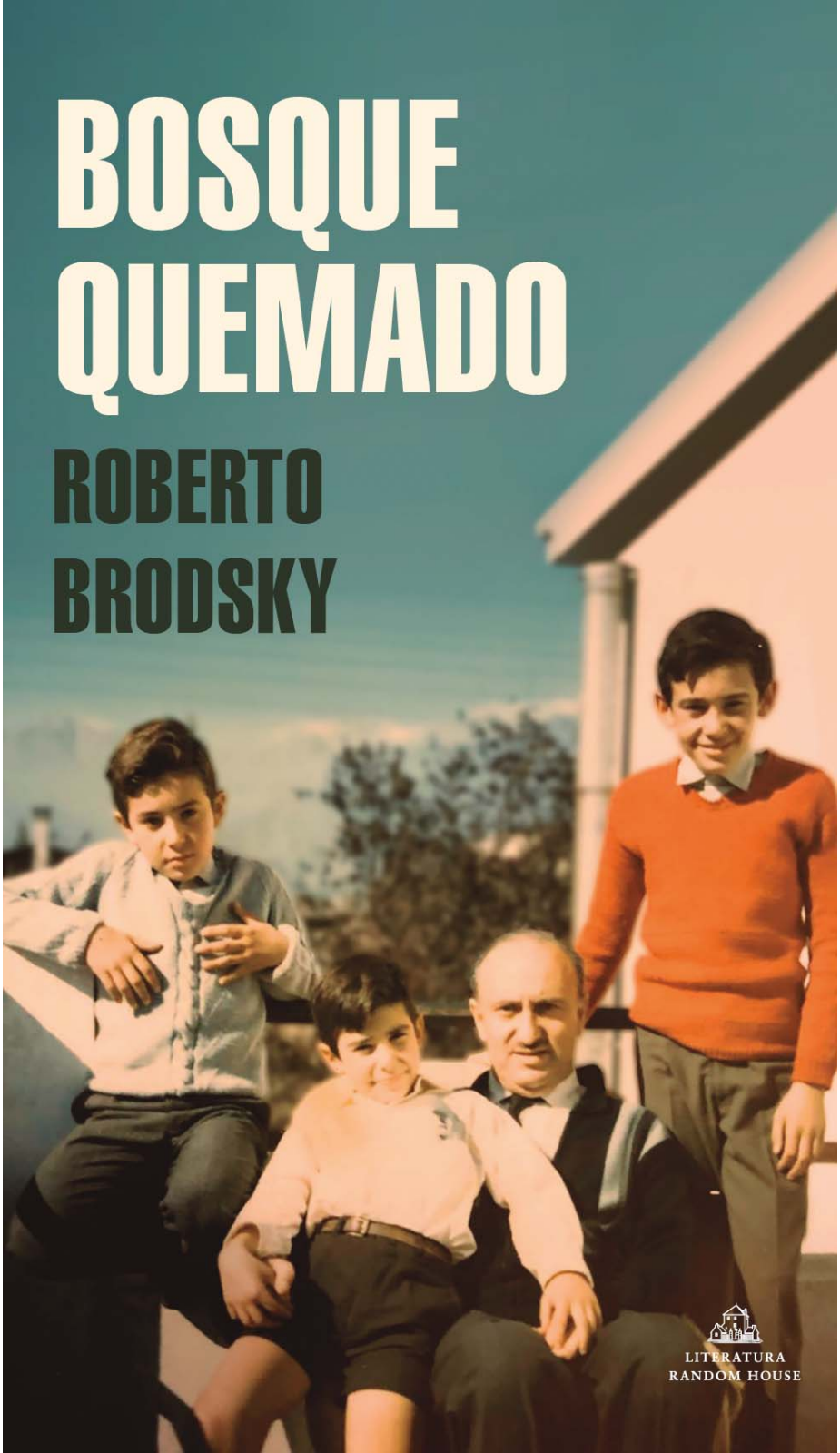
BOSQUE QUEMADO

ROBERTO BRODSKY



LITERATURA
RANDOM HOUSE

Índice

Cubierta
1. Golpes en la puerta
2. Bosque quemado
3. Lechería
4. Cuarto oscuro
Créditos

A Paula Recart, el duelo y el fuego

¿Has visto alguna vez en el campo a mediodía una ampolleta eléctrica encendida? Yo he visto una. Es uno de los malos recuerdos de mi existencia.

JUAN EMAR, *Miltín 1934*

1

GOLPES EN LA PUERTA

Mi padre dice soy yo, tu padre, ábreme. Sin hacerme ninguna idea, obedezco. Pulso el botón del portero eléctrico y giro hacia Victoria que se acerca en calzones desde la pieza.

–¿Quién es? –pregunta ella.

–Mi padre –respondo, y suena como si dijera: la policía.

Asombrada, ella abre los ojos, se detiene a medio camino, gira y vuelve a meterse en la pieza en busca de algo que ponerse mientras yo salgo afuera. La noche es clara y veo la sombra de mi padre apretada bajo los faroles del estacionamiento, vacilando entre dos pasajes de entrada que conducen a distintos conjuntos de pequeñas casas agrupadas como cuadras. Una súbita perversión me demora en silencio bajo el foco que ilumina la tupida enredadera de espinas que sirve de linde natural a la casa. Espío sus movimientos, pero enseguida me arrepiento.

–Por acá –llamo desde unos cincuenta metros para evitar que se desvíe.

Él se detiene, vacila, levanta la cabeza y enfila hacia el esmerado parquecito levantado sobre una loma de terreno irregular, donde sobresalen pequeños bancos de madera ordenados por sector. Dos o tres árboles jóvenes acompañan este diseño básico que separa el condominio en un ala sur y otro poniente, que es donde alquilo yo.

Mientras se acerca, el tranco pausado y las manos siempre enfundadas en los bolsillos de la chaqueta, trato de imaginarme lo ocurrido desde la última vez que lo visité en la villa del cerro donde se fue a vivir con una actriz judía experta en teatro Noh. Pero es difícil llegar a una conclusión. Con ella había mantenido durante muchos años una amistad de tientos y retrocesos, de promesas no declaradas y largas interrupciones, y a poco de volver del exilio mi padre y la discípula del Noh abrigaron un romance heroico que parecía dispuesto a declararle la guerra al pasado, al tiempo perdido y a las situaciones imposibles, al punto de que por primera vez desde la separación con mi madre él había decidido enfrentar los hechos para solicitar la

nulidad matrimonial con los oficios de un abogado.

–Lo mejor es que cada uno haga su vida –sentenció un día de manera sorpresiva e inopinada, tras veinticinco años de divorcio informal y a sólo meses de iniciado su romance con la actriz del Noh–. Habrá que solucionar el tema legal.

–¿Lo dices en serio? –pregunté, impresionado por la determinación.

–Vamos a ver –dijo, alzándose de hombros y con un giro ambiguo que delataba su evidente inseguridad ante una iniciativa que aún no sabía bien dónde colocar–. Uno propone, pero no siempre dispone.

–Se van a arreglar –dije más por tranquilizarlo que otra cosa.

Lo adiviné presionado por su noviazgo al mismo tiempo que temeroso de mi madre, y no me equivocaba. Apenas anunció sus planes, la decisión impactó sobre el acuerdo tácito que mantenía con ella, como si mi padre hubiese corrido de noche la frontera de lo admisible y un campanazo de madrugada alertara del inminente comienzo de las hostilidades tras un cuarto de siglo de cohabitación ejemplar. Él mismo recelaba de una sobrerreacción de mi madre que lo desbordara sentimentalmente, y para evitarse complicaciones propuso de inmediato fórmulas de arreglo que la indemnizaran de su asombro. Sin ley de divorcio a la cual sujetarse, siguieron meses de conciliábulos, tratativas y engorrosas negociaciones patrimoniales, hasta que por fin ella accedió a firmar la nulidad a cambio de ciertas garantías económicas. Mi padre respiró aliviado. La guerra se saldaba con un acuerdo más bien frío, a tono con las relaciones que mantenía con ella, y sin demasiadas bajas que lamentar. Al cabo, había cedido una porción mínima de territorio que no le importaba gran cosa en relación a la libertad conquistada. Atrás quedaban las querellas y los remordimientos que constituían el andamiaje secreto de sus pasiones desde hacía veinticinco años, y algo de esta novedad se coló hacia los nuevos planes que abrigaba en solitario con la actriz del Noh. Creía estar al borde de una nueva vida, por supuesto, y entusiasmado con el cambio determinó que todas sus reservas afectivas y materiales se destinaran a ensanchar las posibilidades que ahora se le ofrecían. Al fin podía decidir algo por su propio interés, sin otra responsabilidad que su bienestar. Confiaba en que lo lograría. La independencia respecto a la trama familiar había requerido de gestos definitivos,

espectaculares, y en el momento de echarse al mar a punto estuvo de liquidar incluso el departamento de calle Suecia, el único bien que conservó tras comprometer sus finanzas en la costosa propiedad que adquirió junto a su novia del Noh. Parecía lo adecuado en vísperas del proyecto que inauguraban, pero la actriz tenía también sus ideas y pronto quedó claro que no era suficiente dominar teóricamente la ceremonia del *sabbath* para entenderse con mi padre, que entre tanto realizaba denodados esfuerzos para acogerse al protocolo japonés que debía seguir en su nuevo hogar instalado en la punta del cerro. Brebajes especiales, pisos insonorizados y biombos de papel mantequilla dispuestos por toda la casa exigían de él un comportamiento sofisticado al que se habituaba con dificultad. Las exigencias lo aturdían. Olvidaba descalzarse antes de poner un pie en el vitrificado de la entrada y durante la cena ensayaba sin éxito complicadas posturas corporales ante las lonjas de sushi, adquiriendo un aire muy similar al que yo recordaba de niño cuando lo veía bajar a la playa perfectamente vestido con zapatos y corbata para leer el diario en medio de la sensual desnudez del verano. De pie con los tacos sobre la arena, nítido bajo un sol destellante, su distraída rigidez contrastaba una vez más con sus deseos de parecerse al mundo que lo rodeaba. Ni con su mejor esfuerzo lograba evitar que se notara, y en la casa japonesa del cerro parecía algo desconcertado cuando recorría los diferentes niveles como otro invitado cualquiera que ha llegado sólo unas horas antes y busca dónde dejar la chaqueta.

–¿Te gusta? –inquirió con una expresión que buscaba misericordia la primera vez que fui a verlo hasta allí, luego de abrir y cerrar puertas interiores para asomarnos a los cuartos con el aire de dos turistas que han alquilado la casa por correo.

–Es grande –dije.

–Para que vengan y no me dejen solo –replicó, en tono acusativo.

Pero la generosidad no bastaba. Visitarlo con niños constituía una invasión de domicilio, y hacerlo con cita mediante podía significar una charla demasiado estirada para repetirla a la semana siguiente, con diaporama incluido sobre los ritos del Noh, el haikú y la poesía del silencio que ella explicaba con celo maníaco mientras mi padre sonreía desde una esfera lejana. El común esfuerzo por un buen desempeño los

unía, y yo me alegraba de ver a mi padre involucrado en una empresa sentimental donde no cabía nadie más.

Aparentemente, sin embargo, nada de todo esto estaba dando resultados.

–Hola –me dice, parándose delante, y una sonrisa abnegada, casi una mueca, asoma en la media luz que llega de los faroles. Siento frío y me doy cuenta que he salido a recibirlo sin camisa, sólo con los pantalones puestos.

–Vamos dentro –propongo sin darle tiempo de seguir hablando.

Caminamos en silencio por el sendero de pastelones. No quiero saber lo que ha pasado, ésa es la verdad; no quiero escuchar ni hacerme cargo de lo que sea que haya sucedido, y por eso le ofrezco algo de tomar y simulo que no es medianoche, que no es mi padre ni soy yo quien cierra la puerta a sus espaldas y lo invita a tomar asiento como quien se dispone a ver un partido de fútbol por televisión.

–Necesito alojamiento –dice él apenas se deja caer en el sillón.

Me dan ganas de agregar una ironía, pero replico:

–¿Se pelearon?

Asiente con la cabeza y luego desvía la mirada para recorrer la sala con ojo clínico. Recién entonces reparo en que ha de ser la primera vez que mi padre visita este lugar donde estoy hace meses. Por un instante tengo la impresión de que ha transgredido una prohibición legendaria para llegar hasta aquí.

–Agradable –concluye.

–Al menos queda a la mano.

El sarcasmo lo coge de sorpresa y remato:

–Entonces se acabó el teatro Noh.

–Las cosas se complicaron –me dice, severo, sin dar espacio a los detalles. Y agrega–: Vamos a darnos un tiempo.

Trato de encajar su explicación. Parece que fuera ayer cuando resumió la ruptura matrimonial con mi madre bajo el mismo manto de ambigüedad. Sólo el tiempo dirá, fue su réplica cuando entonces quise saber si el quiebre era definitivo. También ahora sus esperanzas quedaban libradas a un suceso mágico.

–¿Qué piensas hacer? –pregunto.

Vacila un momento antes de exponer su plan.

–Si no te importa que me quede acá… –dice enseguida–. No serán más que unas cuantas semanas, sólo hasta que me devuelvan el departamento de Suecia. Mañana mismo lo pido.

–Tengo un hijo, papá –advierto–. Vas a tener que compartir su pieza.

–¿Viene todos los fines de semana?

–Sólo de viernes a domingo. Cada quince días.

–Eso no es nada –dice, y se alegra al oír la cláusula–. Allí nos acomodamos.

–Supongo que sí –me rindo, sabiendo que acomodarse significa dormir con mi hijo de allí en adelante, expulsar a Victoria por las noches cuando él venga, y despertar todos los días con los pasos de mi padre a las cinco y media de la mañana. No le puedo negar acogida. Calculo mentalmente el tiempo aproximado que media entre la solicitud y la entrega del departamento de Suecia: quedan por los menos tres o cuatro semanas, como mínimo. Mañana mismo tendría que hacer la petición a los arrendatarios.

–Hola –dice Victoria, asomando descalza, cubierta con un peto sin mangas y medio cuerpo enguantado dentro de una faldita amarilla–. Yo soy Vicky.

–Buenas noches –dice mi padre, algo intimidado pero sobre todo receptivo, poniéndose de pie y saludándola con un suave asentimiento de cabeza, mostrando su mejor sonrisa como si se tratara de una paciente que viniese a consultarlo con el corazón en las manos.

No hay de qué extrañarse. Es su reacción de coquetería acostumbrada cuando se trata de mujeres: ser él quien acoge y otorga para protegerse del vértigo, como un principio de sanación mutua. Así fueron siempre sus tratos con el sexo femenino, vacilantes entre la timidez y la admiración, cuando no se decantaban de manera franca y directa por la necesidad ciega de ser aceptado. Seguramente por eso las actrices lo enamoraban en secreto, subyugando sus resistencias al desvarío y la locura como si en ellas encontrase un acceso a la otra vida que el atávico deber familiar le negaba. Ya en Caracas yo había sido testigo de los arrebatos de su histriónica novia de contingencia, montada sobre la mesa de la cocina mientras dejaba a mi padre indefenso, lo mareaba con los calzones a la vista y luego se dejaba caer en lágrimas sobre sus brazos para contarle sus desdichas con otros

hombres, mientras él aceptaba sin reclamo un rol pasivo en esa comedia de exiliados, el papel del violinista con su estetoscopio listo en el corazón de los derrotados. Aquella amiga suya también era actriz, pero además estaba loca. Furiosamente desquiciada. Lo llamaba a las tres de la mañana desde cualquier bar con un fondo de trompetas sonando a toda orquesta, mientras el timbre extendía un repiqueteo de alarma inconfundible a lo ancho y largo del departamento, hasta que mi padre levantaba el tubo y se instalaba en un rincón de la sala con el teléfono sostenido en vilo para oír los llantos y gritos de la loca sin moverse del asiento, minutos y horas de duro estoicismo que pasaban intercaladas por breves afirmaciones o negaciones del tipo «no te preocupes», «trata de pensar en otra cosa», «estoy aquí», «ya se te va a pasar», «no te desarmes», «deberías irte a dormir», «llámame más tarde si quieres». Pero la loca no soltaba la oreja del oyente; seguía hablando y sosteniendo su atención con la licencia de ser la loca en la plenitud de su quebranto, hasta que, enervado de las frases secuenciadas que percutían en la monstruosa quietud de la noche, yo saltaba de la cama, salía hacia la sala, intercambiaba unas miradas elocuentes con mi padre en su desdichado rol de apuntador, me dirigía a la cocina, sacaba del refrigerador algo de tomar, y volvía hacia el ventanal para mirar allá abajo la fábrica de chocolates con su plantación de máquinas extendida sobre la media luna del patio. El aire fétido llenaba la sala y una sirena marcaba las horas del turno de amanecida en la fábrica, pero aun así mi padre no cejaba en su devoto papel de enfermero. Permanecía impertérrito junto al teléfono, sentado y cabeceando frases tranquilizadoras que marcaban el alba, hasta que finalmente también la loca oía pajaritos en su jardín de cemento y colgaba sin aviso, advertida del cansancio, reacción que por supuesto dejaba a mi padre un poco indefenso pero con la satisfacción del deber cumplido. Sólo entonces volvíamos cada uno a su pieza para dormir unas horas, no sin antes intercambiar unos cuantos latigazos sobre el incidente telefónico o el color de mi piel o el olor a chocolate que impregnaba la atmósfera.

Eso fue en el año 82, o por ahí. Un año amarillo, en todo caso. Yo pasaba los días en cama estabilizando los índices de bilirrubina y midiendo el tamaño del hígado según la tonalidad oscura de la orina.

A mi padre el asunto de la hepatitis le atraía: después de un año de estar solo, es decir sin nadie de la familia a su lado, ahora tenía nuevamente algo serio en qué ocuparse. Mi aparente recaída merecía un seguimiento diario con régimen alimenticio severo y control de muestras, por lo que interpretó mi decisión de volver desde Santiago a Caracas como una solicitud de asistencia médica en vísperas de una adecuada convalecencia. Bien si lo creía así. No podía seguir solo. No debíamos permitirlo. Con mis hermanos y mi madre nos habíamos reunido en Santiago una tarde de invierno para encarar la situación. El mayor estaba recién llegado y con mujer al lado. El otro vivía en reuniones clandestinas. Mi madre quedaba descartada por motivos sentimentales. De modo que la incógnita de quién haría de socorrista fue rápidamente despejada: regresaría con mi padre de inmediato y le haría compañía con mi tinte amarillo verdoso aún depositado en los lagrimales. Fue una decisión consensuada. Yo necesitaba recuperar fuerzas, además, y si a mi padre le era útil mantener un hijo bajo cuidado para no desalentarse, pues adelante. Volvamos a Caracas. Volvamos donde había comenzado. El trato podía funcionar mientras no surgiera ningún otro plan alternativo. Recuperé peso, cierto nervio, pero nada volvió a ser lo mismo que durante mi primera estancia. Estar de regreso en la ciudad tras un año de revelaciones vocacionales en Chile era doloroso y exasperante: ya no había promesas en las calles ni bajo el cielo transparente, y en cada esquina de mi vida pretérita encontraba una nueva prueba de la prisa tomada en dejarlo todo por la patria y agotar de un trago la poca juventud que me quedaba. Qué sentido tenía volver a un lugar donde había conocido la dicha. Ahora necesitaba dejarlo atrás con urgencia, pero Caracas no era el sitio adecuado para olvidar. Tampoco mi padre lo conseguía. Cuando no me controlaba al pie de la cama, lo escuchaba dar vueltas en el departamento como una fiera enjaulada, hasta que no soportaba más el encierro y salía a caminar por el sector de las tiendas ubicadas cerca del edificio. Lo sé porque la loca me avisaba.

–Tu padre… –decía por el teléfono, con un gritito asustado.

–Qué hay, qué pasa.

–Lo vi paseando solo en un centro comercial.

–Debe andar comprando algo.

–No –corregía ella–. Miraba vitrinas y caminaba, como si estuviera ido.

–Déjalo tranquilo, así se distrae.

–Habla con él.

–Lo hago todos los días.

–Insiste, pregúntale. Algo le pasa.

–Está aburrido, ¿qué más puede hacer? ¿Qué haces tú todo el día?

–Hablo por teléfono, ¿y tú?

–Estoy en cama.

–¿Te sientes mejor?

–Creo que sí.

–No le digas que te llamé.

–Entonces no me llames.

–Bueno, otro día hablamos.

–Adiós.

Una loca completa. Se pasaba horas colgada del auricular donde se desmayaba varias veces al día con las cuerdas vocales inyectadas de intriga. Y mi padre que paseaba manos en los bolsillos su eminente cesantía por un centro comercial como en un eclipse, tanteando en sombras su lugar en la película muda que lo tenía de protagonista. El peor año de todos. O quizá fue el mejor y yo no me daba cuenta, metido día y noche en la cama con Proust y el hígado todavía hinchado bajo las sábanas, rodeado de sudores y ansias por zafar de aquella emboscada en que se había convertido mi vuelta a Caracas. Lo importante era el punto de vista. Y el hecho indiscutible de que estábamos ahí, en el décimo quinto piso del edificio Saturno del barrio El Marqués, junto a la fábrica de chocolates Savoy.

Cómo fue que llegamos a esa industriosa vivienda es otro asunto, pero nuestro problema no era ése sino salir de allí. Incluso más: *mi* problema era sacarlo de allí, aun cuando hoy me resulta evidente que ningún cambio demasiado brusco hubiese podido arrancar a mi padre de la jaula de hierro que se había construido entonces, tras ejercer largo tiempo como aprendiz de médico en un consultorio rural de Lechería. De todos modos yo ya estaba harto y sólo pensaba en volar lejos, dejar todo ese martirologio de exiliados. Seguir sujetos a la promesa de un permiso de entrada que nunca llegaba era la tumba de

todas las lecciones recogidas en Chile, la primera de las cuales era el absurdo empecinamiento de mi padre en regresar algún día a un país que lo condenaba al ostracismo. La contumaz indiferencia que yo había registrado en Santiago a propósito de su situación resultaba reveladora del despropósito de mi padre. Era como acordarse de todo el mundo sin que nadie se acordase de él. Un judío alemán jamás echaría de menos Berlín el año 39, pero a pesar de todas la evidencias él no salía del foso. Insistía en seguir apegado al suelo como buen chileno, algo que para mí ya no tenía ningún sentido. Dudo que lo haya tenido alguna vez. Ser chileno no es distinto a ser australiano o marroquí, y si en la valoración de alguien resulta indiferente la condición marroquí o australiana de una persona, ¿a qué tanto ocuparse de volver a Chile para ser chileno? Es lo que yo me decía, pero los exiliados tienen una mirada rota sobre las cosas, la expulsión o la exclusión los lleva a negar lo irrelevante que es habitar un lugar u otro cuando el obstáculo se yergue como la única nacionalidad real. Mejor irse, olvidarse; mucho mejor ser extranjero que padecer el extrañamiento. Y Caracas era sinónimo de extrañeza, de irreconciliable melancolía. Así que decidí convencerlo con el ejemplo, y apenas logré ponerme de pie concentré todos mis esfuerzos en urdir una salida. Comenzaría por forjar una pequeña alianza territorial. Busqué a la única mujer que aún conocía en la ciudad, la seduje con trampas feas y, ensoberbecido de tanta facilidad, me puse a trabajar en un plan de evasión que nos sirviera a los tres. Acababa de cumplir veintitrés años y, además de la novia suicida y el padre exiliado, me asistía la convicción de convertirme en escritor. La vida verdadera me esperaba. En algún lugar debía de estar. Expuse varias veces el asunto ante él, insinué la posibilidad de partir juntos, pero mi padre apostaba su futuro a quedarse quieto y apenas logré remover la trágica incredulidad que se había construido como sucedáneo a la confianza. Un extraño contrapunto de razón y nostalgia lo clavaba delante de mí; un rigor fantasmal que no le permitía moverse ni mirar el mundo desde un eje distinto, acaso porque los fantasmas se alimentan del aire prohibido y él sólo respiraba para acordarse de Chile, pero cada recuerdo le recordaba a su vez la obligación de quedarse donde estaba. Era un círculo vicioso, un infierno de humo y chocolate. Y nosotros

vivíamos en él, le dije un día. Había que salvarse, arrancar. Aun cuando se tratara del relumbre azulino de la locura y en verdad corriésemos detrás una vela. Pero no resultó.

En rigor el murmullo infernal de las chimeneas era nada comparado con su olor. La fábrica estaba emplazada justo detrás del edificio donde alquilábamos, sobre un callejón que cortaba de un navajazo la Rómulo Gallegos, la avenida principal que surgía tan amplia como tenebrosa a medida que la luz se iba, recorrida frontalmente por un parque donde abundaban los juegos infantiles y la basura. En cuanto al edificio, era un solo bloque deslucido cuyos pisos el inquilino debía subir a pie con una frecuencia de tres o cuatro días a la semana, que era la norma habitual de reparación para el único ascensor en servicio. Al llegar arriba, al décimo quinto piso, el ventanal del departamento se abría sobre las bombas y tubos de la fábrica como sobre un horno insomne que te aturdía de entrada. El tufo a chocolate lo impregnaba todo. Incluso las bolsas de basura hedían a cacao, un efluvio pegajoso y mortecino, recalentado día y noche por el zumbido de las máquinas que bombeaban sobre el aire húmedo, arrojando potentes vahos de azúcar fermentada. No había forma de eludirlo, y a veces me sorprendía mojando las almohadas para neutralizar la hediondez que se acumulaba con los días, o encendía velas para quemar el dulzor industrial que pringaba el aire y se colaba por las narices. Parecía inútil oponerse: la fábrica Savoy, en Caracas, sobre el callejón de la avenida Rómulo Gallegos del barrio El Marqués, era una fuente inconmovible de inspiración literaria y malos olores que asolaban el departamento, mientras mi padre se paseaba de una pared a otra intentando sacudirse los rencores y el olor a chocolate que lo envolvía todo; su profesión, su familia, su país (pero ¿cuál país?, le decía yo, si eso se acabó, terminó, no va más, admonición irrefrenable que lanzaba tras evocar la cruda realidad de esa memoria suya que yo había habitado en Santiago sólo para comprender que no existía nada de todo aquello que constituía la dieta diaria del fantasma).

Él no desmentía ni apoyaba el alegato, sólo calculaba el preocupante tamaño de mi hígado por las palabras que escogía. Estaba como poseído de un voluntarismo eléctrico, infantil, con los nervios destrozados por el eco de los atracos, gritos y petardos que rasgaban

las noches en la Rómulo Gallegos. Hasta que un día, sin poder tolerar otro paseo más en la sala ni más llamadas de la loca, decidí jugar las fichas al todo o nada. Debía seguirme, no había alternativa. Juntos haríamos la vida que el exilio le quitaba. Barcelona, Madrid, Roma, París, quién sabe, incluso Londres o una ciudad del medio oeste en Estados Unidos. Amigos tenía en todos lados y ellos le ayudarían. Yo iría adelante en una operación de avanzada, me instalaría con lo que tuviera y luego él llegaría y ejercería como cualquier médico hasta olvidar la promesa del idilio recobrado. Nunca más esa pesadilla del origen y la causa volvería a enturbiarlo. Yo escribiría. Era un plan perfecto, y para demostrárselo le alcancé el relato que había pergeñado durante mi estadía en Santiago.

–No entiendo nada –me dijo muy serio una vez que terminó de leerlo.

¿Qué puede replicar un artista adolescente frente a esto? Muy poco, así que dejé de escribir a los veintitrés años, el día que mi padre leyó mi último cuento. O al menos dejé de hacer públicos mis intentos. Decidí que nunca más exhibiría mis ficciones al público cautivo que era mi padre.

–No entiendo nada –dijo, y acabó de dar vuelta a las páginas como si se tratara de una cáscara de plátano. También recuerdo haber pensado: está bien, papá; ya sé que esto no es *La montaña mágica*, pero es mi montoncito de arena y ante ella no tienes para qué poner la misma cara de terror con que Thomas Mann padecía sus estreñimientos cotidianos. O bien podrías fingir un poco, como yo lo hago ante ti, por cortesía y *esprit de corps* mientras compartimos este alejado y providencial rincón del universo. Pero no dije nada. Él mantuvo la expresión severa del comienzo, con un leve alzamiento de cejas que delataba su sorpresa mientras recorría las líneas de esa trama fúnebre que yo había disfrazado en clave fantástica para exponer la carne viva de los días que olían a chocolate. Era su propia historia de contingencia, claro. O ni siquiera: narraba un episodio de su exilio y el eventual desenlace tal como lo veía entonces, con la vieja casa familiar que se apagaba en la distancia mientras los personajes cargaban con su tumba por el espacio exterior durante años y años, expulsados del círculo virtuoso de los planetas que giraban mirándose a los ojos en

ardiente comunión. El cuento se llamaba «Welcome», y concluía con el plausible regreso de los protagonistas, mientras la familia se esforzaba por reconocer a los recién llegados sin saber con certeza de quiénes se trataba. La sospecha de una sustitución fraudulenta aumentaba al oír las extrañas historias que esos viajeros traían para contar. Enseguida el miedo se instalaba. Una atmósfera de terror a lo desconocido dominaba la bienvenida. Nadie abría la puerta y los recién llegados quedaban fuera de la casa para siempre.

–Toma –dijo, y me devolvió el manuscrito para ir a encerrarse en su cuarto.

Quedé perplejo. Me sentía orgulloso del relato, el último de los muchos que había escrito durante mi aventura chilena como quien se despide de sus mitos. ¿Qué podía significar esa negación suya? ¿Rechazaba su retrato o el mío? Había algo horrible allí, como en todo buen cuento, y sabía que éste lo era a pesar de sus pifias estilísticas y la pueril metáfora del retorno, o en virtud de eso mismo. Pero su reacción ofendía nuestro pacto. Luego, mi padre tenía razón: él y yo habíamos dejado de entender. Nada estaba en su lugar, y aquello parecía no tener fin. Nunca lo tendría. A menos que yo mismo cogiera el timón e inventara una ruta que sirviera de escape para los dos. Precisamente por eso me iba de su lado; para invertir la tendencia y atraerlo fuera de la jaula, lo más lejos posible de la fábrica de chocolate. Estaba decidido. Haría una fuga en toda la línea. Adiós derrotas y esperanzas, no más exilios ni castillos judiciales con prohibiciones de entrada. Después de tanto buscar e ir al frente, la vida estaba ahí, sobre sus espaldas: casi podía tocarla. Pero el éxito del plan dependía de que él volteara y me siguiera. Dejarlo solo, en el décimo quinto piso del edificio Saturno en el barrio El Marqués, era caer al vacío. Matarme.

–Mi padre, Moisés –le digo a Vicky, haciendo las presentaciones, y veo que ella extiende la mano, se saludan el uno al otro y luego se separan, mientras todavía me oigo decir su nombre, Moisés, como si lo anunciara para mí mismo y adoptara un significado distinto. Otra cosa. Como si dijera: la ley.

Mi padre duerme en la habitación de mi hijo. Mi hijo duerme conmigo

los fines de semana cada quince días. Hace ya un mes y medio que Victoria no duerme en el condominio. Así es cómo podría resumir los acontecimientos del último tiempo. Tengo algo de rabia, sólo un poco. He pensado afrontar este estado de las cosas de una forma brutal: Papá, te tienes que ir. O bien dejando caer una proposición insidiosa: Papá, ¿no crees que deberías insistir en la entrega del departamento de la calle Suecia? Incluso imagino una apelación familiar: Padre, mejor vamos a pedirle ayuda a mis hermanos. Pero nada, no me sale la voz. Rumiar es todo cuanto puedo hacer desde las cinco de la mañana. A esa hora es cuando se levanta mi padre.

No es una incorporación inocente. Comienza con la alarma del reloj que trajo en el interior de la maleta al día siguiente de su llegada. Necesitaba ayuda para la mudanza y por la tarde fuimos en el Jeep, un viejo Willy's, a la casa del cerro. Estacioné junto a un coqueto cartel de madera con franjas blancas que rezaba «Visitas» y decidí esperarlo allí mientras observaba con cierto asombro la fachada reluciente y sus terminaciones recién inauguradas, con la exótica techumbre de alerones japoneses enmarcados en el paisaje de montaña, el patio de azulejos suavizado por una caída de agua y el balcón del segundo piso que pretendía dominar el jardín crudo, todavía en ciernes y no completamente acabado, pero que con las restantes extravagancias arquitectónicas ya había logrado reducir no sólo la templanza de esa cenicienta pareja de enamorados, sino también gran parte de los ahorros de la actriz del Noh y todo lo que mi padre salvó del divorcio, sin que para él quedara más que la enorme maleta que ahora cargaba en dirección al estacionamiento de visitas. No quise comentar el asunto, pero el saldo de su juventud recobrada parecía aún más desastroso que la negociación de nulidad con mi madre.

–Allá él si quiere construirle un teatro a la mujer –dijo ella, recelosa, una vez que se enteró del rumbo que tomaban las inclinaciones de mi padre por las artes orientales–. Yo no se lo voy a impedir.

Tampoco tenía fundamentos serios para resistirse, aunque hubiese preferido evitar el divorcio. Llevaba casi treinta años conviviendo con Félix, un pintoso empleado de una fábrica de vestuario masculino que había conocido ejerciendo de asistente social para el personal de la empresa, y en todo ese tiempo mi madre jamás había intentado

siquiera formalizar la ruptura de su matrimonio, un poco por temor a equivocarse nuevamente y otro poco por evitarse la eventualidad de una segunda alianza. Su fuga con Félix no había llegado muy lejos, sólo un par de cuadras más allá del barrio donde vivíamos entonces, y era difícil saber si lamentaba o agradecía ese parador romántico que había modelado la segunda mitad de su vida. La partida de mi padre al exilio había operado como un freno y un llamado a la responsabilidad al mismo tiempo, reteniéndola en una frontera de culpa y deber marital que la sujetó durante toda la década que él permaneció fuera. Curiosamente, la distancia los había mantenido unidos, a cambio de lo cual mi madre hizo sentir una severa vigilancia sobre los asuntos de quien consideraba íntimamente como su legítimo esposo –tanto como Félix era su legítimo amante–, por lo que no dejó de alarmarse cuando lo vio envalentonado en sus afanes divorcistas. Ambos cargaban en las espaldas con una historia de veinte años de plácido matrimonio y otros treinta de sostenida ruptura, y terminaron liquidando el vínculo por medio de un acuerdo que aparentemente anulaba toda fantasía futura: a cambio de firmar los papeles, mi madre logró que mi padre se hiciera cargo del total de la deuda hipotecaria que mantenía por el departamento de la calle Lynch donde vivía con Félix, quien por otra parte, con el paso de los años y la multiplicación de las oportunidades, había ascendido a la gerencia de la empresa de transportes y mudanzas donde se iniciara en los lejanos días de la resistencia revolucionaria. La intensa movilidad social de mi familia actuaba como un laboratorio del exitoso experimento liberal chileno, y en él mi padre ocupaba el incómodo rol del Estado que debía subvencionar los riesgos del emprendimiento privado. Ahora, sin embargo, era su propia iniciativa la que había fracasado.

–Bueno, estoy listo –dijo una vez que tomó asiento en la cabina del Jeep, agarrado del manillar del copiloto como si aquello fuese un cohete a punto de salir eyectado–. Maneja con cuidado.

Una vez que regresamos al condominio, mi padre acomoda sus cosas en la habitación, esconde la maleta en el estante superior del clóset y deja el reloj despertador instalado sobre el velador como si fuera uno de los pocos artículos que hubiese valido la pena rescatar de toda aquella aventura con la actriz de teatro Noh. Es un artefacto

anticuado, pesado y redondo, con un dibujo de lechuza en la cresta de la campanilla y una invisible cuerda mecánica que marca los segundos como una gotera fantasma, pero cuyo discreto acoso se vuelve decididamente implacable cuando el mecanismo estalla y taladra la tabiquería de los muros a las cinco de la madrugada. Sigue entonces una secuencia absurda, sin apego a la lógica: oigo que la lámpara del velador se enciende, mi padre se incorpora, da unos cuantos pasos como si certificara el espacio exterior con un vistazo a través de la ventana de la pieza, hacia los estacionamientos o el muro colindante sumergido en una tibia luz de vela, para enseguida volver junto a la cama y sólo entonces interrumpir la alarma, que entretanto no ha dejado de golpear la sombra con su odioso reproche.

–Apágalo de una vez, por favor –le digo desde el cuarto contiguo, arrastrando una especie de lamento o cansancio prematuro–. ¿Por qué te das vuelta y dejas sonando ese aparato hasta que todo el mundo se despierte? –pregunto con un reproche al tercer día, cuando ya es evidente que no se trata de una equivocación.

–Así desayunamos juntos –responde él con voz apacible, como si aquello no tuviese la menor importancia–. Después te vuelves a dormir, si quieres.

La réplica me desarma. Imposible decirle a un hombre de setenta y siete años que es demasiado temprano para hacerle compañía. Hará lo necesario para sacudir el tiempo que se condensa en torno suyo, impulsado por una actividad frenética que en el caso de mi padre es fácil identificar, porque sigue un orden que en su dispersión es un auténtico modelo musical: primero echa a correr el agua de la ducha cinco o diez minutos antes de introducirse, luego cierra y abre repetidamente la puerta de su pieza, allí destapa un frasco, revisa una bolsa plástica, la cierra, la abre, envuelve algo con ella, la revisa, chasquea la lengua, camina, camina y camina a lo largo del breve pasillo que separa la sala de las piezas, se detiene en la mitad, carraspea, chasquea otra vez la lengua, arruga algo entre sus manos que puede ser un diario viejo o una revista, quizá las páginas del Vademécum o un libro de biología genética, hasta que finalmente corre la cortina de la ducha, ahora sí, o bien espera todavía unos minutos mientras pone a prueba la alarma del despertador, vierte

agua, enciende fósforos, cierra una llave, abre un estante, golpea una taza y se introduce en el baño dejando tras de sí el enervante pitido de la tetera como un aullido agónico que clama pidiendo ayuda.

Entonces me levanto, voy hacia la cocina y vierto el agua para el café. Afuera, sobre el parque comunitario, amanece de manera *incontrolable*. Se me ocurre que este mismo énfasis es el que resienten los vampiros y hombres de la noche. Yo me siento un hombre de la noche pero la convivencia con mi padre tiende a convertirme en un ser diurno, incluso extremadamente madrugador, alerta y despierto a una hora tan pálida que podría escurrir y confundirse con la mala hora de los suicidas que vuelven tardíamente a casa o de los enfermos que abren sus párpados mucho antes de que el día los arrincone en la cama de los hospitales. Pienso en esto todavía con la mano en la manecilla del gas, de pie y en pijama junto a la tetera apagada, y me quedo mirando la luz ambigua que se desvanece o se instala en el patio de los felices, mientras intento acomodar el malestar insumergible de la vigilia a una hora que no acaba de resultar convincente. Mi ser nocturno se encuentra entonces con mi padre diurno en la mesa del desayuno como un fusilado con su pelotón a las cinco y media de la mañana, y siento unos deseos criminales de llamar a la puerta de los felices para invitarlos a compartir con nosotros el toque de clarín con pan tostado y café humeante, pero me contengo. No debo actuar precipitadamente.

Los felices son una joven pareja recién casada que alquila la casa de al lado, separada de la mía por un muro de baja altura y una enredadera fronteriza extendida sobre el ladrillo. Con ellos intercambio ligeros saludos vespertinos y alguna que otra noticia deportiva los domingos. No son mala gente, al contrario: de entre las veinticinco familias de la villa, con agregaciones de hombres solos y mujeres independientes aquí y allá, no parece haber nadie más dispuesto a colaborar en los asuntos comunitarios que Manuela y René. Entre ambos forman un solo equipo; son solícitos, comprensivos, y sin demasiado esfuerzo ponen su interés en la salud del portero tanto como en el pago de los gastos comunes, en abril distribuyen huevos de Pascua entre los hijos de los vecinos, cuelgan luces de colores para Navidad y cada fin de semana vuelven de la feria cargados de frutas,

quesos y flores que Manuela distribuye en los jarrones de agua mientras cae la tarde y René rasga en la guitarra las canciones que se trajo de la universidad. Son felices, y yo los admiro por esta felicidad, sabiendo que en parte ella me fue negada o que algo en mi entorno no tiende hacia la felicidad. Bastaría sin embargo con dejarse guiar por la pendiente de la cursilería o la desidia y apegarse estrictamente a la piel de cada día para conseguirlo, ¿por qué no? Cada cosa en su lugar y ninguna al lado de la otra para evitar todo asomo de pensamiento especulativo. No debería ser tan difícil, pero se requiere disposición, tal como un artista debe estar preparado para el fracaso, un deportista para el éxito o un hijo para recibir a su padre si tiene necesidad.

A los jóvenes como Manuela y René les sale de perlas. Ni se enredan ni se distraen. Ambos son médicos, además, y aparte de sus cualidades naturales se trata de adultos nuevos, por así decirlo, demasiado optimistas y bienintencionados y también ambiciosos para relacionar el nombre de mi padre con la profesión que ellos ejercen, de modo que cuando preguntan por el caballero que hospedo en mi casa y los pongo al tanto de que es mi progenitor y agrego que durante muchísimos años fue profesor de la misma escuela de donde ellos regresaron hace sólo unos pocos veranos, Manuela y René abren mucho los ojos y se muestran levemente descolocados, como si yo bromeara a costa de la felicidad que ellos se han forjado.

–¿Cómo dijiste que se llamaba? –pregunta Manuela.

–Moisés –le digo, y no entrego más datos, para qué: ella niega con la cabeza y René levanta los hombros, y enseguida nos ponemos a hablar de las cuotas para el portón eléctrico y de la falta de espacio en los estacionamientos.

Pero la información que acabo de soltar no es ninguna broma y menos una forma de hacer literatura: si bien Manuela y René dejan caer una expresión de lástima sobre el abismo generacional que los excusa de conocer a mi padre, la verdad es que yo mismo resiento alguna extrañeza, como si estuviese obligado a explicarme o justificar esta ignorancia de ellos como una responsabilidad *nuestra*, es decir de mi padre y mía. Puede que la indisposición a la felicidad sea este malestar o falta de sintonía con el futuro inmediato que encarnan los felices, y que es algo distinto a la desgracia, como se verá a

continuación, pero lo cierto es que se trata de una fisura con el prójimo que se ahonda decididamente cuando, sin mediar provocación alguna, antes de separarnos en el antejardín de la villa, René me pregunta si acaso mi padre es judío. Entiendo su reacción: acabo de informarle que se llama Moisés y es médico al igual que él, pero como no lo conoce y además nunca ha logrado escribir ni pronunciar correctamente mi apellido –algo que lo envalentona o lo intimida, no lo sé muy bien–, se le ocurre salvar la dificultad con una explicación sumaria que distribuye la culpa por partes iguales: judíos.

En cualquier caso, por una puerta u otra, siempre se llega a la tierra prometida. Es un clásico, lo mismo que si me preguntaran por el pene. ¿Lo tiene usted recortado *también*?, parecen decir. O se burlan de mí o no entienden nada de nada. Y eso hasta el día de hoy en que ambas alternativas convergen hacia una sola sospecha: tú parece que no fueras de aquí, me deslizan. No, claro que no. Y a la vez, por supuesto que sí: la ciudadanía es una cosa y el sombrero del pene otra distinta. Porque, además, ¿quién es de aquí? ¿Los primeros alacalufes o los últimos europeos? ¿Los habitantes originarios o aquellos que los exterminaron? ¿Los mapuches o los aymaras? ¿La rancia tradición vascocastellana o los italianos de La Serena? ¿Los alemanes de Osorno o los escoceses de Valparaíso? No, nadie es de ninguna parte si se las arregla contra viento y marea para llegar de este lado. Mi abuelo lo hizo hace cien años con una mano delante y la otra también, porque ésa era la única forma de sobrevivir. Como buena parte de los judíos askenazi escapados de los progromos de comienzos del siglo pasado, siendo todavía un adolescente, acompañó a sus hermanos y a su madre desde Odessa hacia un esquivo punto en el mapa designado con el nombre de Buenos Aires, para luego, años después, seguir solo hacia un valle escondido al otro lado de la cordillera llamado Santiago, donde no estaba obligado a ocupar ciertas zonas rurales a cambio del derecho a entrada. El campo es para las vacas, solía decir él, y aplicó este credo para instalarse con mujer e hijos en la calle Serrano, desarrollando su sentido de sobrevivencia con un negocio de colchones y somieres en el barrio Franklin, donde las tiendas de mobiliario todavía abren sus puertas en medio de una muchedumbre caótica, mezcla de sudores y tráfico que se cocinan a fuego lento en una

cazuela cada vez más depreciada y aguachenta.

Mi padre se crió entre esos olores de trastienda y manteca. Como las ventas del negocio no alcanzaban para alimentar siete bocas, el abuelo Bernardo, que enviudó una década después de haber cruzado a Chile, decidió que los hijos varones lo acompañarían en sus actividades comerciales y las hembras se prepararían para el matrimonio. En cuanto a mi padre, sería el encargado de asegurar el prestigio social del apellido a través de estudios formales, hasta convertirse en el profesional de la familia. Incorporar a un médico siempre ha sido una obsesión entre los inmigrantes judíos, y a Moisés le correspondió ser el elegido. A partir de entonces la medicina sería su única religión. Vivía para ella, obligado a cumplir el mandato familiar al mismo tiempo que maravillado y agradecido de su esclavitud. A los pies de su diosa depositaría todos los prejuicios heredados y traficados en la calle Serrano, hasta mezclar su sangre con una muchacha *goy* diez años menor que él, hija de una católica convencida y de un laico cartesiano que entonaba *La Marsellesa* cada domingo en la compañía francesa de bomberos. Entusiasmados uno con el otro, mis padres consagraron su matrimonio lejos de la sinagoga y la parroquia, muy a tono con la república docente de los años cincuenta que se afirmaba bajo una sucesión de gobiernos radicales. El ritmo del progreso marcaba la secuencia de embarazos, y de acuerdo a esto los hijos llegamos al mundo sin Dios ni Rey pero bajo evidente sospecha judía, ya que según la ley del vientre no pertenecíamos a la tribu de Israel pero cargábamos con las tablas en el nombre de mi padre. Nos iba bien: vivíamos en el barrio de los profesionales de la clase media, asistíamos a un colegio privado donde nos enseñaban lenguas extranjeras, mis padres estaban suscritos al Reader's Digest y nuestra mascota era un boxer que imponía su presencia en toda la cuadra. Pero como no teníamos un hogar estable en el más allá, mi padre se hizo comunista. Y comenzaron los problemas.

Lo compruebo y me dan ganas de salir a buscarlo. ¡¡Cuántas batallas inútiles!! ¡Cuántos molinos de viento se habría podido evitar de no haber abrazado la dictadura del proletariado como destino científico! ¡Cuántas falsas expectativas! Ah, la sociedad sin clases, la justicia universal, ¡el pensamiento del partido! Es posible que nadie excepto

un comunista chileno de los años sesenta comprenda el enorme equívoco que reserva el enunciado anterior. Pero ni siquiera así: posiblemente sólo el hijo de un comunista chileno sea capaz de rendir cuenta detallada sobre esta catástrofe. ¿Lo digo o no lo digo? No; hoy ese lugar está vacío, así que mejor no lo digo. A lo más, advierto su anacronismo y dejo suspendida la imagen de mi padre en esa rarísima mezcla de entendimiento y cerrazón, de autoritaria ingenuidad y bondadosa perversión que se agita en el alma a la vez incrédula y mesiánica de un viejo comunista chileno. Pero si además lleva por nombre Moisés, es médico, judío no observante pero judío al fin y al cabo, y es mi progenitor, entonces mi única revancha posible es correr a la casa de los felices y sacarlos de la cama para gritarles en la cara lo felices que son de ser felices, y luego cerrarles la puerta e irme con paso firme y ademán acusativo: ¡chanchos burgueses!, ¡hijos de puta!, ¡asesinos!; con un dedo levantado no hacia la desgracia pero tampoco hacia la indiferencia, irme nada más tan olímpicamente como ellos se quedan. Pero me arrepiento de inmediato: aquello sería injusto con Manuela y René, como forzarlos a elegir entre la felicidad y la felicidad. Mejor invitarlos cálidamente a desayunar para que mi padre les llene la cabeza con viejos relatos de la Escuela de Medicina, algo que él haría gustoso y que ellos de seguro agradecerían, aunque no podrían sacarle buen provecho siendo las cinco y media de la mañana, una hora en que sólo los fusilados están plenamente despiertos, por lo que desecho también esta idea por antojadiza y dispongo el café sólo para dos con las tostadas sobre la mesa.

Mi padre viene de la habitación ya vestido. No hay nada que decirse, creo. O ya está todo dicho. Bebe el café, mira la hora, atisba el exterior todavía incierto y comenta: «Muy bien», para luego ponerse de pie y alistarse a salir. Me siento como una señora española en un drama de García Lorca. Sólo me falta una pañoleta negra en la cabeza.

–Vuelvo a la tarde –dice él.

–Claro, aquí nos vemos –respondo.

Sale y se detiene un instante bajo las luces del parquecito comunitario que permanecen encendidas como por equivocación en medio de un escenario dormido. Sólo entonces parece reparar en el extravagante horario que se ha impuesto a sí mismo para ser el

primero en llegar a las puertas del hospital, ubicado en la zona norte, al otro extremo de la ciudad, pero su orgullo puede más y sigue adelante hasta perderse de vista tras la pequeña loma que se dibuja al medio del parque. Su resistencia a utilizar un servicio de taxi no es tanto económica como moral: despojado de su automóvil por presión familiar, y luego de una seguidilla de cuasi accidentes en que puso en riesgo su vida y la de los demás, ahora mi padre insiste en trasladarse todas las mañanas hasta el barrio Recoleta como un ciudadano de a pie. No se trata de una figura retórica sino de un afán realizado con persistencia maníaca, como si la larga caminata matutina por la ciudad diera prueba de su determinación a manejar su vida por un curso autónomo a la conjura de los hijos que han pretendido arrebatarle su reino, empezando por la confiscación del caballo.

Sentado en la mesa, pienso que debiera vestirme rápido y seguirlo hasta certificar que ha llegado a su destino, pero es una reflexión tardía, modelada por la sospecha y la culpa, de modo que permanezco con la vista perdida, repasando mentalmente el trayecto que ha de estar haciendo mi padre sin que la sospecha se aclare ni que amaine la culpa. Está próximo a cumplir ochenta años y se nota fatigado. No rendido pero sí inconmovible, saludable y rígido a la vez, como un cuerpo activado por piloto automático que reproduce gestos y rutinas sin detenerse en los detalles, o al revés: distraído en movimientos inmediatos que olvidan su función. Es la edad, me digo. Remonto la noche de su ruptura con la actriz de teatro Noh, voy y vengo pero no logro medir cuánto pudo haberlo afectado anímicamente la disolución del proyecto japonés en la casa del cerro. Quizá el ensimismamiento es un proceso que viene de más lejos y tiene su origen en la asombrosa precariedad que atacó sus circuitos de sinapsis durante los años de perro que pasó en Lechería. No sería tan raro después de todo. Había tolerado demasiado, aunque tampoco la apariencia de paz recobrada duró mucho al volver a Chile, y desde la euforia del primer reencuentro se había deslizado con bastante rapidez hacia la trampa del país esquivo. Prohibido en los hospitales y universidades donde siempre había ejercido, durante un largo período mi padre se había dedicado a atender en una consulta privada, empleándose luego en un servicio de unidades coronarias de urgencia que se deslizaban a toda

velocidad y a las horas más insólitas por la ciudad, hasta que la situación se compuso y pudo reincorporarse al hospital de la universidad que consideraba su casa, acaso la única que subsistía después de todo. Y allí estaba ahora, simulando ser el mismo director jefe de veinte años atrás, llegando el primero en las mañanas y antes incluso de que el portero abriera las puertas de avenida La Paz, dando los buenos días pero resintiendo internamente la progresiva fatiga de material, como la base de un puente que ya ha cumplido su cometido y cede a los sucesivos embates, deshielos y aluviones, anticipando un desenlace de barro perfectamente predecible a la sola vista de los perfiles bioquímicos que acababa de realizarse por recomendación de un colega.

Faltaba poco para que recuperara su departamento de calle Suecia, o era lo que él me aseguraba, y recuerdo haberlo acompañado una tarde a la clínica para recoger los exámenes. Se acercó al mostrador, exhibió su comprobante y recibió a cambio un sobre blanco con el membrete institucional y los resultados que se guardó en la chaqueta no sin antes mirarlos al sesgo, con premura y un leve alzamiento de las cejas. No necesitaba consultar a un especialista para formarse una opinión clínica sobre los elevados índices prostáticos y la presencia excesiva de cristales y proteínas que se acumulaban insidiosamente en el flujo sanguíneo.

¿Fue entonces cuando encendió el motor del automático? Misterio, pero entretanto yo sigo sentado en la ignorancia como un condenado que espera con los ojos vendados la claridad inminente del día por donde mi padre se ha ido con su maletín de trabajo. Repaso su trayecto y el mío, ciego a las cronologías, tal como debe ocurrir cuando se espera oír la orden de disparo después de una vida que termina a las cinco y media de la mañana, cuando de pronto la evidencia surge con una nitidez espantosa de entre el sonido de las bolsas plásticas que ha dejado repartidas y la luz de vela colmando la madrugada. Inquieto, me incorporo y voy hacia el ventanal que da sobre la enredadera y el camino de piedras dibujando un zigzag en dirección a los estacionamientos. Ni rastros de su partida. ¿Por dónde andará ahora?, me digo en voz alta, y ya no me siento una viuda en un drama de García Lorca, sino el mismísimo príncipe Hamlet buscando

al fantasma de su padre en un moderno condominio de Santiago. ¿Dónde está mi padre?, repito angustiado, y quiero vestirme rápido y salir a buscarlo, consciente de que se trata de un mero reflejo defensivo ante la claridad amenazadora del día y su terca rutina de vecinos molestos.

Miro hacia afuera. Las luces del parquecito comunitario continúan encendidas bajo la pujante claridad del amanecer. No hay movimiento en el living de los felices. Voy y vengo, y noto que las ampolletas crudas bañan el espacio exterior con un halo tristísimo, un halo de inutilidad que se expande como un rocío amarillo en el intervalo de luz mixta, sobre la impureza de esta hora que se incorpora mientras todo va quedando a la vista, desnudo y blanco alrededor, como si un fuego súbito estallara en el área de estacionamientos y avanzara, implacable, cruzando el parque por donde él se ha ido. Soy su escudero, me digo; eso es lo único que importa. Entonces permanezco quieto, impertérrito a los sentimientos de venganza que cruzan mi visión con un tufo vagamente achocolatado, y luego me sereno, ajusto mi ira al papel secundario que me corresponde en la hoguera que mi padre ha desatado en este duro amanecer. Yo soy su cuidador, me repito; siempre lo he sido. Ésa es la única razón por la que sigo de pie ante el cristal, seguro y expectante del acontecimiento que nos reunirá de vuelta en un aeropuerto o en una playa, al interior de un bosque en La Floresta o en el extremo de un muelle podrido en la costa de Lechería. Aquí donde estoy me encontrará, murmuro como si un fuego abrasador cabalgara hacia la ventana. Lo mejor es conservar la posición. Y apenas me muevo mientras me voy quemando.

Cómo trabajaba mi padre. Todavía hoy, mientras escribo esto, me parece que está trabajando. Nunca dejó de hacerlo en toda su vida. Cuando no iba al hospital, estudiaba y llenaba fichas que ordenaba metódicamente. Era difícil sacarlo de la tarea. La indolencia y el ocio lo ponían de mal humor, remordían su sentido del deber ante los demás y atentaban contra el placer de abandonarse al vuelo de una mosca revoloteando sobre sí misma. Formado en una universidad pública y gratuita, echarse a mirar el techo constituía para él casi una renuncia, la evidencia acusatoria de que violaba el juramento

hipocrático de anteponer la salud y sus medios por sobre el orgullo que la enfermedad era capaz de inocular en un organismo acosado como el suyo. Y sin embargo, así es como lo recuerdo de manera más fiel: horizontal al derrumbe. Sorprendido de refilón en el departamento de Charcas o en el hotel Bidasoa, e incluso en la casa de Santiago tras la partida de mi madre, su postura me había sugerido alguien distinto al padre socialmente aceptado y reconocido. Desde cierto punto de vista, era una imagen escandalosa: la de un hombre ya mayor que hace el privado recuento de su existencia o de su nada.

Era cardiólogo, uno de los mejores en la especialidad, y en los años setenta se había comprometido con el partido comunista como parte de una generación de profesionales que veía en la salud pública la verdadera misión de la medicina. Estaba equivocado, estaba en lo cierto; lo válido era su convicción de lo que consideraba justo y necesario en ese momento. Dirigía una sección del Hospital José Joaquín Aguirre cuando los militares fueron a buscarlo como responsable de organizar clínicas clandestinas para la guerra civil que amenazaba al gobierno de Allende. El gobierno era tan legal como el apoyo que recibía, pero las patrullas rodearon el edificio y formaron a todo el personal en el patio, donde fueron llamando a los jefes de servicio por altavoces para que se presentaran ante la unidad. Antes de oír su nombre mi padre escapó y, claro, yo lo seguí. Primero a una casa en la precordillera donde se escondió durante semanas, y hacia la cual un día fui llevado junto a mis hermanos por un desconocido que nos pidió fijar la vista en el piso del auto como medida de seguridad, un día que recuerdo como el comienzo, la iniciación, porque no reconocí a mi padre en ese hombre demacrado y ojeroso que, durante la brevísima media hora acordada para la visita, pegaba saltos y miraba en torno cada vez que alguien abría una puerta o cerraba la ventana. Sin embargo era él, mi padre, un hombre de casi sesenta años y de apariencia sosegada como la edad del confín que lo rondaba, poseedor en su caso de un carácter reflexivo y en extremo conciliador, pero que ahora participaba atónito del hundimiento no sólo de los sueños políticos o de la ruptura de sus vínculos profesionales y sociales, sino también de la violenta incerteza del mundo que era la enfermedad del hijo que lo visitaba en su escondite. Algo nuevo,

radicalmente distinto a lo conocido, comenzaba allí, en aquel camuflado refugio precordillerano donde habíamos sido conducidos para ver al padre o despedirnos de él.

Yo llegaba adiestrado a la cita, si es posible expresarlo de este modo. Había estado a su lado desde los inicios de la crisis con mi madre, tres años antes, asistiéndolo en la forma de un testigo mudo cuando ella dejó la casa para irse con Félix, que para entonces oficiaba como secretario de célula, encargado de aprovisionamiento del gobierno popular o cualquier cosa de ese estilo. De parte de Félix la seducción estaba servida con el grito de revolución, pero los motivos de mi madre quedaban en la oscuridad. Puede que ella se aburriera sostenidamente en las reuniones familiares del estadio israelita y ya no soportara más ser considerada la rareza *goy* entre los cuñados y parientes; lo cierto es que mi madre huyó a encerrarse con Félix como si se tratara de una travesura con un hombre quince años menor que dispondría de todo el tiempo para ella, algo que por supuesto ocurrió sólo en parte. Félix era efectivamente mucho menor que mi madre –que por entonces bordeaba los cuarenta años–, no tenía rumbo definido y estaba dispuesto a sacrificar su infinita banalidad en provecho de un idilio turbulento, pero también era el hombre que nunca borraría del todo su pasado como ella pretendía. Navegando entre dos aguas –una propia, que provenía de las montañas de la pobreza y se empozaba en la clase media baja de Puente Alto, y otra ajena, que surgía de la ciudad y alcanzaba para formar un oasis ilustrado entre los profesionales de la pequeña burguesía–, Félix hacía valer su don de ubicuidad para no ahogarse en ningún torrente socialmente comprometedor. Con sus bigotitos recortados y su aspecto de policía de aduanas, guardaba silencio en las conversaciones demasiado elaboradas y lograba mimetizarse con su interlocutor para no dar ventajas. Pero a pesar de ésta y otras destrezas, sin embargo, en la intimidad doméstica, Félix quedaba continuamente al descubierto por sus chistes ramplones, una cierta afectación en la elegancia con que se vestía cada mañana antes de partir al trabajo, las soluciones artesanales que ideaba para los problemas más diversos o los cambios de identidad que misteriosamente adoptaba en privado, con un apodo marinero que lo ridiculizaba y que mi madre insistía en utilizar ante

nosotros. Cuando estaba con ella, Félix no era Félix sino una creación de mi madre, pero, lejos de protestar, él ponía tanta perseverancia en simular el marido que no era como talento en ocultar sus diferencias con ese mundo burgués que constituía en el fondo su objeto de revancha. Y aun cuando mi madre fuese arrancada del tálamo por su propia voluntad, resultaba evidente que luchaba en silencio contra esta disparidad que debía de remorderla más de lo necesario, y que en su ambigüedad le impedía entregarse libremente a sus sentimientos y decisiones. Quizá desde el comienzo había sobreactuado su interés por Félix, y toda su dificultad radicaba en mantenerse derecha sobre un camino quebrado. Lo que fuera, no echaría pie atrás. No todavía.

En el peor momento de la ruptura, recuerdo haber encontrado a mi padre tendido boca abajo y en sollozos sobre la cama matrimonial. Mis hermanos ya no llegaban a dormir y en la casa solitaria su lamento escurría a lo largo del pasillo como un bochorno. Años después recreé este episodio y volví a pararme bajo el umbral del dormitorio para ver su cuerpo sacudido por unos celos sangrientos sobre las colchas, sin que ello modificara en nada mi espanto. No tiene asunto intentarlo de nuevo. El dolor es irreparable en la vida real. Asomado al pie de la cama donde mi padre yacía boca abajo, indefenso ante los espasmos que lo sacudían, podía distinguir nítidamente la hebra que iba enredando su imagen con la mía hasta formar una malla muy fina y resistente, dejando el párpado cosido a una brusca oscuridad. Asustado, sin nadie a quién llamar, no se me ocurrió otra cosa que acercarme despacio y cubrir su ancho cuerpo con el mío tanto como podía para así tapar lo indecible de la escena. Nos quedamos medio aturdidos durante dos o tres minutos, mezclados yo con su llanto y él con mi desconcierto, hasta que de pronto me apartó con brusquedad, se sacudió los ojos con un pestañeo y pidió que saliera de la pieza.

–¿Qué haces aquí? –dijo–. Anda a acostarte.

Parecía más humillado que herido. Volví a mi cuarto en un estado de abandono y aceleración mental sorprendentes, como si anticipara el trayecto que recorreríamos juntos, y permanecí un rato en silencio mientras la tormenta amainaba en la pieza vecina. Estaba ansioso de correr, pero de inmediato noté que el dolor se abría sobre una claridad nueva o de tonalidad distinta, al mismo tiempo que se clausuraba al

mundo exterior, lo apartaba lejos para moldear a solas su descubrimiento, pesarlo entre las manos y considerarlo serenamente, como un revólver encontrado de pronto bajo la almohada, un objeto de riesgo que primero asusta y luego reconforta. Recostado en la cama, pasé así otros cuantos minutos sin saber qué creer ni dónde sujetarme, aplastado por los celos y un amor sangrante hacia los padres, cegado por el odio, dos o tres minutos insignificantes que dilatados en el murmullo del cuarto contiguo iban muriendo en la penumbra donde se apagaban también los momentos precedentes. O eso me pareció. Tenía que arrancar el pasado de raíz, remover la tierra y no plantar en su lugar nada susceptible de reproducir semejante vergüenza. Me dormí a sobresaltos, invadido por un rumor de aguas negras.

A partir de esa noche, mi padre se avino a un trato distinto conmigo, casi un compromiso de asistencia mutua para hacer frente al derrumbe familiar que nos apretaba en los rincones de la casa de Vitacura al término de la jornada. Ya muy tarde, nos quedábamos mirando en silencio como si nos entrara un miedo pánico a seguir allí, en medio de un confort estéril y caduco, muertos de susto a ver quién sobreviviría al otro. Éramos los primeros náufragos de un mundo que al día siguiente sucumbiría por completo, guías aventajados de la colectividad, y la fuerza de este anuncio se anteponía a mi determinación de escapar. De una manera que aún no podía precisar porque no estaba escrito en ningún papel, yo había firmado un pacto con mi padre. En ese pacto, ser fiel a su sufrimiento –es decir, reconocerlo, comprenderlo y no hacer preguntas incómodas– era mi prueba de valor. Desde entonces no nos perdíamos de vista en ningún momento a pesar de la confusión de esos días, y el Golpe contra Allende supuso un cambio que me alegró intensa y secretamente: lo que viniera a continuación no podía ser peor que el marasmo donde nos hallábamos.

Por supuesto, mi padre no era de la misma opinión. Tras huir del allanamiento al hospital, la inseguridad y el sigilo que había demostrado durante nuestra comparecencia a su escondite daban a entender que los líos con mi madre pasaban a segundo plano o constituían sólo el umbral del largo viaje que iniciaba, una travesía sobre la cual no guardaba ninguna idea clara ni objetiva, pero donde

yo podía sospechar que su desengaño encontraría nuevos motivos para ocultarse.

–Niños, ¿les gustaría irse a Israel? –preguntó cuando ya terminaba la visita.

Con mis hermanos nos miramos.

–Yo estoy con los palestinos –dijo Ricardo, que pensaba el mundo desde la política.

–Yo estoy con la Marieta –dijo Pablo, que no pensaba en el mundo desde que estaba con Marieta.

Yo era el menor y sólo pensaba en cambiar de aire. A donde fuera él, iría yo. De modo que los hermanos abandonamos el refugio con la idea de que el asilo en Israel quedaba descartado al no haber unanimidad, pero un helicóptero sobrevoló la zona al día siguiente y el nerviosismo se apoderó de los anfitriones. Extrañamente, las cosas salieron al revés de lo conversado y resuelto. Ante la inminencia de un registro, mi padre fue trasladado de urgencia a la embajada israelí, donde por falta de un tratado de asilo ni siquiera un judío podía pertenecer al pueblo elegido, por lo que debió abandonarla y salir de Egipto no hacia la tierra prometida sino hacia la embajada argentina, que de prometida no tenía nada pero de cuya hospitalidad seguramente nunca dudó porque había nacido allí, precisamente, en Argentina. Es decir que en rigor era un judío argentino nacionalizado en Chile, lo cual era equivalente a ser un judío a secas cuando te perseguían por ser comunista en 1973. Pero de todo esto los israelíes ni se enteraron, o no quisieron hacerlo, vaya uno a saber. Lo cierto es que mi padre permaneció meses en la embajada argentina, dejándose ver en el balcón del edificio de Vicuña Mackenna como una estatua sentada con la mano abierta junto a su oreja en señal de saludo, sacudiéndola de manera no demasiado evidente pero siempre a la misma hora precisa del mediodía. Con mis hermanos pasábamos por el frente para que nos viera, y teníamos prohibido el más mínimo gesto de reacción –ni tristeza ni alegría, ni fingir ni dejar de fingir, ni ser verosímiles ni jugar un papel, sólo tres chiflados de entre quince y diecinueve años que se paseaban yendo y viniendo por la vereda del frente durante meses a una hora ciega del verano que aturdía el resto del día–, hasta que el bendito salvoconducto salió por fin como una

palada más que empujaba hacia la intemperie.

Cuando volví a verlo en Buenos Aires, estaba irreconocible. Era una sombra del aplomado médico que en los días felices me llevaba tras la cúpula del quirófano de cardiología para presenciar operaciones complicadas. Ahora la angustia le quitaba peso y presencia a su cuerpo, lastraba su cara con dos profundas bolsas oscuras que caían en pliegues bajo sus ojos y consumían la figura reposada y bonachona que en otro tiempo acostumbraba a burlarse de la fatalidad con sus pacientes. El aspecto descuidado de sus ropas y el desorden personal (la corbata chueca, el cuello blando, las manchas y brillos delatores en los puños de la chaqueta), todos signos que en otras circunstancias pasaban a formar parte de su legendaria distracción, acentuaban en este caso la impresión de una debacle.

–Te va a gustar Buenos Aires –fue lo primero que me dijo al reunirnos.

Alquilaba un exiguo departamento de un solo ambiente con baño y cocinilla, una especie de bodega acondicionada en un edificio cercano a la plaza Vicente López, donde nos acomodamos en sendas colchonetas sobre el piso con mi hermano Ricardo, que había dejado de mala gana la actividad política para acompañar a mi padre durante esa temporada. Como allí no había espacio para visitas, resolvimos que yo me trasladaría a la casa de los Grimberg cuando llegara alguien desde Santiago. Los Grimberg eran argentinos vinculados al exilio chileno a través de la abuela de David, el segundo de los tres hijos de la familia. David tenía mi edad, y como debía hacerme un hueco en su cuarto cada vez que recibíamos algún huésped en Vicente López, pronto nos hicimos buenos amigos. Luego yo volvía a nuestra bodega, donde mi padre se esmeraba por darle una apariencia de normalidad a la situación. Por las noches, sin embargo, los recuerdos lo asediaban: lo oía revolverse en su cama, quejarse en medio del bochorno de humedad y calor que invadía el piso, sacudir las sábanas y levantarse a dar vueltas en el minúsculo espacio, mientras yo cerraba los ojos y me imaginaba caminando delante de su insomnio para que no tropezara.

No mucho tiempo después, cuando ya mi hermano había partido de regreso a Chile, nos mudamos al departamento de la calle Charcas,

cerca del barrio Once, tradicional centro de los judíos porteños que nos habían acogido a cambio del trato dispensado por Israel.

–Listos –decía mi padre, saliendo del cuarto con el domingo por delante como frente a un espejo de cuerpo entero, milagrosamente reanimado y echando una mirada de reconvención sobre la sala donde yo no acababa de despertar–. ¿Quieres que te prepare un café? Tus primos te están esperando.

–¿Qué hora es?

–Pasadas las once de la mañana.

–Todavía es temprano –protestaba yo, evitando la luz del fluorescente con una almohada sobre la cabeza.

–Estamos invitados a almorzar.

–Pero eso es a la una y media, papá… ¡Faltan dos horas!

–No podemos llegar atrasados –replicaba él–. Hazme caso.

Resignado, me ponía en pie y obedecía al vigor dominical sabiendo que su apuro era una forma piadosa de templar el clima de aburrimiento que lo protegía con aquellos ligeros toques de ansiedad o inquietud. Otro compromiso no teníamos, de modo que el almuerzo ritual con la rama porteña de la familia activaba en mi padre un falso tránsito hacia la normalidad que comenzaba en los preparativos, como si la expectativa de que alguien esperase por nosotros constituyera al fin un punto de llegada, una huella que seguir a lo largo de la semana, o incluso un punto de partida para volver a orientarse, no quedaba muy claro el sentido. Lo cierto es que salíamos del departamento de Charcas con nuestras mejores ropas rumbo a Belgrano, donde nuestra puntualidad encontraba el premio de un hogar perfectamente constituido que podría haber sido el suyo.

Era un respiro ser recibidos así. La reunión transcurría en una suerte de intermedio, un paréntesis dilatado a conciencia por mi padre cada domingo que nos dábamos cita viajando veinte minutos en ómnibus hasta allí. Finalmente, el apellido servía para algo. Ellos, nuestros anfitriones, eran descendientes del tío abuelo Isaac, que había llegado a Buenos Aires con el abuelo Bernardo y otros tres hermanos traídos de la mano por Ana Kotlowicz, la mujer coraje de la leyenda. Cien años atrás, Ana había abandonado la ciudad de Dnepropetrovsk, en el centro preindustrial de Ucrania, y bajado el Dnepr hasta Odessa,

donde embarcó hacia Estambul, atravesó el mar Negro y luego el Mediterráneo para, al cabo de muchos meses, hallarse en medio del Atlántico con sus cinco hijos adolescentes rumbo al inefable puerto de Buenos Aires. Su marido Moisés, mi bisabuelo, había quedado atrapado en el gueto donde presumiblemente había muerto de frío o asesinado en uno de los rutinarios progromos ucranianos de comienzos de siglo, mientras que el padre de Ana, Benjamín Kotlowicz, mi tatarabuelo, huía hacia Nueva York, donde viviría hasta la irrepetible edad de ciento catorce años. Un candelabro de siete brazos repujado en bronce, y arrimado sobre una mesita lateral del living, era todo lo que quedaba de aquella larga travesía judía, de modo que ahora estábamos mi padre y yo como en una escena de Joseph Roth sentados con el tío abuelo Isaac, sus hijos y nietos en un barrio residencial de Buenos Aires, pensando en voz alta en que tal vez no fuera mala idea recobrar la primera nacionalidad de mi padre para volver a asimilarse en tierra argentina durante los años que vendrían.

–Che, para qué volverse a Chile si la revolución podemos hacerla aquí– dijo alguien, y todos reímos: mis tíos, los primos, nosotros, la revolución. Nos reímos y enseguida nos acaloramos en una discusión técnica: unos estaban por utilizar las armas, otros por las urnas. Pero todos a favor de la revolución.

Entonces era una palabra prestigiosa, y más si los otros te veían como un auténtico derrotado del experimento chileno. Pero yo sabía que no era la revolución hacia donde se dirigían los pensamientos de mi padre. Lo que en verdad él añoraba era un aire cotidiano, la persistencia del clan; esta mesa y esta conversación mundana, irrelevante y familiar, que tantas veces le había sido otorgada en Santiago con la certeza de haber hecho bien las cosas, de haber cumplido con cada requerimiento que se le hacía sin necesidad de forzar su tendencia natural a la conciliación, felizmente integrado en un ámbito donde el reconocimiento y el trato regular con las personas que estimaba no parecía tener fin, porque esas cualidades estaban en el uso de cada día. Era un menú burgués servido a la puerta, y él mismo lo había preparado con la paciencia y el esmero de un alumno aventajado. Había sido el mejor de su clase, sus colegas lo recordaban como el más aplicado, estudioso y dedicado desde los tiempos de la

Escuela de Medicina, y las bocas se abrían con un elogio contenido cuando por casualidad en algunos círculos oían decir mi apellido: ¿Usted es hijo del doctor?, preguntaban y aún hoy todavía me preguntan con reprimida nostalgia por el médico que había sido, ajeno a la exagerada suficiencia profesional que entonces suponía la medicina. No; definitivamente no era el reconocimiento y la respetabilidad social lo que mi padre echaba en falta ahora, sino su propia crónica, cierta armoniosa disciplina encontrada en la posibilidad de asistir a los demás, una especie de responsabilidad individual organizada en base a un núcleo de valores casi escolares que lo hacían sentirse orgulloso no de él sino de su pertenencia al género humano, como había expresado inocentemente alguna vez, un orgullo infantil y bonachón que sin embargo no hallaba correspondencia con su experiencia actual. O él había equivocado el camino, o el camino siempre había sido otro y ahora mostraba su abismal topografía. Lo cierto es que algo había fallado en el cálculo de probabilidades para que las cosas se descontrolaran de esta manera y no quedara nada en pie; ni familia, ni trabajo estable, ni casa, ni país, ni judaísmo ni comunismo. Apenas sí una caída a pico en la precariedad donde malvivía con su hijo.

Lo comprobó con dolor durante una junta de la Sociedad Internacional de Cardiología realizada en Buenos Aires durante esos días, y a la cual mi padre asistió con una confianza excesiva. Había presidido el capítulo chileno de la especialidad, y todavía se sentía un miembro activo del Colegio Americano de la orden, pero en Buenos Aires sus viejos colegas atravesaban la calle y corrían a esconderse cuando lo veían.

–Tengo la peste –me comentó agriamente tras volver de la cita.

No supe responderle. Posiblemente estaba en lo cierto. Menos de un año antes sus méritos aún no desteñían por efecto de la contaminación política, nuestra casa de Santiago se llenaba de visitas cada fin de semana y era moneda corriente recibir obsequios de algún cardiópata agradecido, invitaciones a seminarios y congresos profesionales. De pronto, sin embargo, un maleficio parecía haber caído sobre sus hombros; habíamos sido príncipes y ahora éramos sapos, enanos en una tierra abrazada por gigantes, mientras los días pasaban y no

llegaba nunca el ansiado beso que rompería el embrujo y restituiría nuestros encantos.

Aun así, para mí era claro que la cadena de la felicidad y la desgracia se trenzaba en otra parte distinta a la suerte de la revolución. Recordaba la última vez que había visto juntos a mis padres, abrazados al pie de la cama desde donde los observaba a medias, con un enorme parche en el ojo izquierdo que me impedía saber si lo que veía era cierto o una ilusión que acoplaba las figuras por defecto. Tendría diez o doce años, y la tarde anterior, en medio del apuro por salir de clases al sonar la campana del recreo, un empujón me había hecho caer de bruces sobre la columna de las perchas de acero donde se colgaban los vestones. Sentí un pinchazo agudo bajo la frente. Luego, al intentar retroceder, noté que algo en mi cara se abría hacia el interior mientras el filo de la percha rajaba la carne del párpado. El metal estaba frío, y alcé la cabeza con ambas manos apretadas sobre la cuenca del ojo que colgaba desmayado entre jirones de nervios. Estallaron unos gritos alrededor y la profesora vino hacia mí protestando, pero al separarme las manos del rostro retrocedió de inmediato, emitió un breve alarido de horror y cayó desvanecida en medio de una nube de vapor que comenzaba a cubrirme. Desperté en una cama de hospital. Todo era borroso alrededor, y lo primero que distinguí fue a mis padres acoplados en mi único ojo que los abrazaba. Cuando el oftalmólogo retiró el parche, ya no volví a verlos juntos.

–¿Qué pasó al final, por qué se separaron? –le espeté un día a boca de jarro cuando terminábamos de almorzar en el departamento de Charcas, y aclaré de inmediato–: Me refiero a las razones de fondo, a los problemas que tenían entre ustedes.

No nombré a Félix. De hecho, no se podía nombrar a Félix en presencia de mi padre. El nochero de mi madre era el símbolo de esa caída, la marca no tanto de una ofensa como de una imperdonable distracción en el cuidadoso plan de vida elaborado a la sombra de veinte años de matrimonio. Todo su inconcebible esfuerzo y disciplina habían desembocado en el orgullo por lo que tenía para ofrecer, como si efectivamente lo sembrado fuese para los dos, para ella y él, desde ahora y para siempre, en una duración asegurada por la confianza en el ascenso social y las sutiles filigranas tejidas bajo los pies como una

red de protección y compromiso al mismo tiempo.

¿Se daba cuenta él de su monumental distracción o bien había ocurrido algo determinante, algún suceso particular que hubiese gatillado la serie de pequeños desacuerdos acumulados como diferencias irreconciliables? Y por último, si no era el caso, ¿por qué no daba por acabado su matrimonio y se buscaba una novia como había hecho ella con Félix? Quizá su verdadera condena residía en tener vedado el acceso a la intimidad de mi madre o de cualquier otra mujer para rehacerse, lo que en el fondo venía a decir que tenía vedado el acceso a su propia continuidad emocional. El exilio cortaba en un abismo lo que de otra forma hubiese significado *sólo* un divorcio. La duda me escocía, pero no logré sacar nada en limpio al interrogarlo.

–Eso es asunto mío –dijo él, terminante, y allí acabó la conversación.

Parecía un chiste: ¿con quién iba a discutirlo si no? Posiblemente desconfiaba de mí, el regalón de la madre, el niño que en más de una ocasión había servido de excusa y señuelo para los encuentros furtivos a espaldas del padre. Decidí dejar allí la pesquisa, pero mi disgusto creció. Consideraba injusto que me negara una explicación cuando yo era su cómplice y guardián, el cronista fiel que atesoraba sus dolores y luego le contaba cuentos infantiles antes de irse a dormir: apuesto a que la Junta Militar no pasa del próximo mes, dicen que el Departamento de Estado va a intervenir en Chile, empieza a cerrar la maleta porque a fin de año nos vamos de vuelta. Tonterías así. Igual él sonreía, y con eso yo me sentía más que satisfecho. Sólo entonces podía salir y dejarlo solo, sumergido en los exámenes de convalidación de título para ejercer legalmente en alguno de los hospitales donde había presentado sus antecedentes.

–¿Quieres que te traiga algo antes de que me vaya?

–No te preocupes –respondía él.

–¿Te vas a quedar acá?

–Tengo que estudiar para la reválida.

Era su mandamiento, pero sonaba como un reproche. Entonces me demoraba todavía unos minutos mientras fingía buscar las llaves en un rincón o le preparaba una taza de té. La sombra me ayudaba. El departamento de Charcas daba sobre un patio interior rodeado de

edificios que tapaban la luz del sol a toda hora, por lo que debíamos permanecer con las ampolletas encendidas aun con las persianas levantadas. Había un cuarto pequeño para mi padre y una sala que servía de comedor, estudio y dormitorio, que era donde dormía yo. Durante las mañanas, él iba al policlínico israelita y luego volvía para preparar sus exámenes. Almorzábamos juntos, tras lo cual yo levantaba los platos y lo dejaba inclinado sobre montones de libros y fichas que distribuía sobre la mesa como un enorme crucigrama. No volvía a verlo hasta muy tarde, por lo general casi de madrugada, cuando regresaba al departamento de Charcas y lo encontraba ya dormido en su cuarto. Era fácil adivinar que durante mi ausencia él apenas había desviado los ojos de sus deberes, porque los cuadernos de apuntes vigilaban mi entrada desde el velador, subrayando el contraste entre su disciplina y la disipada vida de cafetines que yo llevaba.

–Descansa, no trabajes tanto –le decía siempre antes de salir, sabiendo que no le haría ningún caso.

Aliviado de mi responsabilidad filial, huía del piso de Charcas y me entregaba a la felicidad de ser joven en una ciudad que ignoraba mi pasado y a la que le resultaba indiferente mi futuro. Un presente absoluto llenaba ese mundo ajeno que aún no pesaba lo suficiente para inquietarme. Podía vagabundear por Palermo con los nuevos amigos que había conquistado en el último año de colegio, demorarme en las dobles funciones de la Cinemateca o matar las tardes charlando a la salida del trabajo en alguno de los cafetines del centro. Buenos Aires era mi hogar adoptivo, la ciudad propia, aquella que yo escogía como réplica soberana al lúgubre y arbitrario suelo de origen. Por primera vez descubría y experimentaba el movimiento, la fascinación de la luz, el contorno visible de las cosas con su pulso secreto, olvidado por completo de la insidiosa compañía de los Ford Falcon que, cada vez con mayor regularidad, se instalaban a un lado en marcha lenta y me pisaban los talones durante todo el trayecto desde la Nueve de Julio al departamento de Charcas. Alguien contó que así chupaban a la gente. Los autos ralentaban la velocidad y chupaban a los fichados o a los nerviosos, y la gente desaparecía. Caminar por la ciudad parecía poco recomendable. La tensión política aumentaba a diario entre bombazos

y secuestros, pero sin que interviniera aún de manera directa en el entusiasmo que me confundía con el alboroto de las calles, y esto continuó incluso poco después de que nos visitaran, como si los Ford Falcon hubiesen acelerado de pronto y pasado de largo, aburridos de una presa tan llana y accesible que se exponía en medio de su singular indolencia.

Yo sabía lo que ocurría, todos lo sabían, pero creo que en lo íntimo aún no le daba suficiente crédito. Era como una película de terror o un ciclo de misterio programado en la cartelera de la Diagonal que por alguna razón aún no lograba impactar fuera de pantalla. Hasta el día en que fueron a buscar a mi padre. ¿Lo cuento o no lo cuento? Ir a buscar a alguien es una expresión de época, un abismo sobre el cual nadie quiere oír hablar. Pero olvidarlo es delito, así que mejor lo cuento, digo lo que sé o lo que quedó. Para entonces ya sonaba la alerta roja en la comunidad de los exiliados. En las semanas precedentes, los cuerpos quemados y sin vida de chilenos, uruguayos y argentinos reconocidamente izquierdistas habían sido encontrados en los alrededores del aeropuerto de Ezeiza. El portero del edificio era quien nos ponía al tanto de las novedades que discretamente publicaban los diarios. Hablaba de escuadrones de la muerte que actuaban a la sombra del gobierno y nos advertía sobre las inconsecuencias de la política argentina. Era un gordo fenomenal, sin pelos en la cabeza ni en la lengua, y solía confraternizar con nuestra situación a propósito de los desastres del peronismo. Mi padre, entretanto, atendía cada signo como una señal de advertencia, por inocuo que fuera; súbitamente Buenos Aires dejaba de ser para él ese remanso doméstico que creía ver en los almuerzos del domingo. Por iniciativa suya, yo debía seguir algunas instrucciones precisas en los desplazamientos, como camuflar el acento para no aparecer como extranjero o evitar los callejones y las esperas de esquina. No era el tipo de educación que él habría deseado entregarme. Bajar la vista hacia el piso del auto que subía hacia el escondite de la precordillera, luego caminar bajo el sol como un idiota frente a la embajada de Vicuña Mackenna, y ahora esto. No hay nada atractivo en acompañar al padre en estas condiciones, pero así están las cosas cuando entro al edificio de la calle Charcas a media tarde, subo al quinto piso y, nada

más poner un pie en el corredor, noto el cambio de atmósfera. Demasiado silencio tal vez. Meto llave y me quedo con la manilla y la puerta entornada, a medio camino entre la entrada y la sala inusualmente oscura del departamento, con las persianas echadas y un revoltijo de cajones abiertos en el mueble principal.

–¿Quién es? –Una voz que no parece de nadie, neutra y cavernosa, llama desde la habitación.

Antes de que aparezca viniendo hacia la sala, ya sé perfectamente lo que ocurre. La agitación de mi padre es extrema: tenemos que irnos, me dice, sin detenerse a explicar mientras revuelve una carpeta en busca de pasaportes y agendas de teléfono. Insiste en que recoja sólo lo necesario. No tengo tiempo de preguntar. Acepto que han venido a buscarnos y regresarán enseguida, sin oír esta vez la milagrosa negativa del portero a abrir la puerta de calle. La derribarán de una patada si es preciso, mientras un segundo contingente aleja a los curiosos. Reunimos en una bolsa de supermercado todas las fotos y libretas que encontramos a mano y la tiramos al hueco del incinerador. Salimos al pasillo antes de oír el último atado de papeles que cae. No sé en qué minuto las puertas del ascensor se abren con el portero en su interior que nos apura: vamos, vamos. Noto su terror en los ojos saltones. Los llevo al sótano, dice él. Es como si nos trajera castigados, porque ninguno de los dos protesta ni pide detalles. Él sabrá lo que hace y por qué. Mi padre entrecierra los ojos frente al espejo. ¿Qué imagen habrá cruzado por su mente? Allá, dice el gordo apenas se abren las puertas, indicando hacia un rincón mal iluminado. Una ampolleta cruda cuelga del techo aplastado de la bodega, a un costado del ascensor, y nos miramos un instante sin atrevernos a hablar. Luego obedecemos y caminamos indecisos, volteando a mirar, como si desconfiáramos del siguiente paso. El gordo hace un gesto para que nos acomodemos entre los trastos y muebles viejos depositados junto a la pared del fondo, y mueve repetidamente la palma de una mano hacia abajo. Que nos sentemos o acurruquemos, parece decir. Y enseguida apaga la luz del fluorescente y vuelve a meterse al ascensor. Nos quedamos a oscuras en el sótano, escuchando los tensores y las cuerdas moviéndose a desgano, vacilar en el hueco y sujetar la cabina donde el portero lleva nuestro insignificante destino

en sus manos. El trajín se interrumpe. Un frío mortuorio me hiela la piel al afirmarme contra la pared del depósito. A un costado veo un par de bicicletas arrumbadas y al otro a mi padre que respira conteniendo el aliento, como si estuviese sumergido y respirara por un tubo. Permanece así, agachado pero no del todo convencido de la postura, con los hombros encogidos y la cabeza agazapada, esperando hundirse por completo o asomarse de una vez, mirando furtivamente hacia los lados y luego en dirección al ascensor. En un momento quedamos hombro con hombro. No nos parecemos a nada, no hay una imagen de padre e hijo que se parezca a eso. Parecemos dos delincuentes que huyen y se arrastran por el barro, inmóviles en la sombra cuando oyen los pitos de la guardia. Y sin embargo, poco y nada sabemos él y yo de manejar una pistola, cargar un cuchillo, utilizar los puños incluso, mientras continuamos uno al lado del otro, recogidos y atorados en el depósito de cemento, pendientes de algo que desconocemos y que inevitablemente nos convierte en otra cosa. De hecho es como si a ese hombre que está a mi lado y es mi padre lo viniera conociendo en un idioma nuevo, arcaico. Un idioma que no tiene entidad propia, nace y muere en el instante, una pura contingencia que traduce la falta de sustento y despedaza la continuidad. Nos estábamos friendo en seco. Ignoro cuánto tiempo transcurre, pero mientras permanecemos allí observo el testigo del ascensor y se me sueltan los pedos: la flecha está encendida en la dirección de subida y me imagino a unos tipos rabiosos y de mal humor saliendo de los Ford Falcon e ingresando al edificio, y no quiero pensar en la flecha que tiene que apagarse y luego, pasados unos segundos, volver a encenderse en la dirección de bajada, porque si lo pienso me cago: las puertas de ascensor se abrirán entonces sobre el estrecho pasillo de la bodega y quedaremos en evidencia. Y sin embargo, ahora todo puede ocurrir. Tranquilo, me dice él, mi padre: no te pongas nervioso, y el consejo es como un bálsamo que llena la falta de cabeza. No hemos hecho nada malo, es cierto: sólo estar en el bando de los perdedores. Pero justamente eso nos vuelve peligrosos. Es poesía concreta; nada de grandes cimas ni profundos acantilados románticos, ni atrevimientos formales ni juegos entre realidad y ficción. La muerte es un ascensor y viene bajando, aquí está: la flecha

del testigo se enciende en dirección al sótano y nos apretamos cuerpo contra cuerpo para recibirla. Temblamos los dos, pasmados y ateridos. Las puertas se abren y el reflejo enciende la enorme calvicie del portero con una luz de refrigerador. Es una pelada estupenda, maravillosa. Un cielo brillante. Sin preámbulos, el gordo hace señas indicando que el campo está libre y podemos zafar. Dejamos el depósito y volvemos a subir, mientras el portero cuenta hasta diez moviendo los labios antes de alcanzar la planta baja y despedirnos sin abandonar el ascensor.

Salimos afuera y en la calle nos separamos a la carrera: mi padre coge un taxi y yo otro, cada uno en direcciones distintas. Antes, quedamos de reunirnos el primer sábado en uno de los cafetines de Santa Fe que frecuentábamos cada tanto. Dirijo el auto a la casa de los Grimberg, donde llego sin aviso previo. Setenta y dos horas después, voy al lugar acordado y lo encuentro sentado en una de las mesas del fondo.

–Vamos a tener que salir de Argentina –anuncia él, casi sin detenerse en familiaridades y raspando despaciosamente la cucharilla en el fondo de la taza.

–Sí –digo, y agrego–: Tú primero, ¿no?

Mi padre asiente, a la defensiva. Parece abrumado. Desde la mesa donde nos sentamos a planificar es posible seguir el movimiento de las dos puertas de acceso al café, una que da sobre Santa Fe y la otra hacia Callao. No hay demasiada clientela, pero sí la suficiente para no pasar por extraterrestres.

–Te voy a hacer llegar un poco de dinero.

–Claro.

–Tu madre ya sabe, avísale cualquier paso que vayas a dar.

Lo tranquilizo. David me está ayudando, le digo. Quiero preguntar un montón de cosas, pero no es la ocasión. Mi padre está reconcentrado en no dejar escapar ningún detalle de la situación. Quiere saber cómo me las arreglo, si los Grimberg pusieron algún problema, sugiere alternativas en caso de necesidad y luego me entrega una servilleta con un número donde puedo llamarlo. Me apuro en guardar el dato con torpeza.

–¿Estás bien? –dice.

–Sí, ¿y tú?

No responde. En cambio desvía la mirada hacia la puerta de Callao, como si toda su atención estuviese puesta en otra parte. Enseguida extrae un lote de monedas de su chaqueta y las deposita con suavidad sobre la mesa. Saldremos del café por separado, explica. Él antes que yo. Debo poner atención por si surge algún inconveniente, y no intervenir bajo ninguna circunstancia. El chequeará a su vez mi salida desde la otra esquina. Nos despedimos así, por sobre la mesa: chao, adiós, sonriendo sin mover un músculo, como si jugáramos a la ruleta rusa y hubiese una bala para cada uno esperando fuera. Sale al fin. Dejo pasar unos minutos y lo sigo. En la calle apenas distingo a un hombre de estatura mediana, con las manos en los bolsillos, unas mechas revueltas en torno a la calvicie y la frente despejada, quieto en el paradero y una actitud atenta al espesor de los peatones que me cruzan.

Luego las semanas se extienden, tediosas y vacías, a la espera de un visado de emergencia para que mi padre pueda volar hacia Venezuela donde hemos prometido juntarnos. Mientras, ocupo el tiempo en caminatas imprecisas por el barrio donde vive David, en los alrededores de Plaza Las Heras y luego hasta las viejas tiendas de Once. En ocasiones me paro en la esquina de Charcas a echar una ojeada al edificio que hemos abandonado días atrás. Ignoro para qué: tal vez en busca de un resarcimiento, o pensando en rescatar algún objeto dejado en el departamento y que presumiblemente el portero debió de conservar. Sí, esto último suena plausible. El hecho es que doy vueltas alrededor de la esquina de Charcas cada vez con mayor insistencia, husmeo la fachada del edificio y me obstino. Tengo todo el tiempo del mundo. Puedo imaginar la muerte, acomodarla a esta constatación arbitraria y vertiginosa de haberla visto pasar en un día de suerte. Sólo veinte metros me separan desde la esquina de Pueyrredón al edificio. Es absurdo pero necesario: acercarse, oler, rozar, desafiar lo que desconozco. De otra manera, intuyo que echaré a correr y no me detendré jamás, para siempre rígido como un conejo bajo los focos de un coche. De modo que voy y vengo entre Las Heras y Once, indeciso y secuestrado por el ansia atrapada en la garganta. Es posible incluso que este deambular mío sea el acto mismo del

secuestro: en verdad, el grupo de tareas ha tenido éxito y yo aún no caigo en la realidad de las cosas tal y como son. Mi pesadilla es pensarme a salvo de ellas. Ya ni siquiera vadeo la zona con disimulo: camino directamente hacia allá, con un impulso ciego y destructivo que nubla las esquinas, destacando con nitidez el portón de entrada al edificio como un rito de pasaje. Soy algo que no termina de ocurrir. Y quiero que suceda, de acuerdo a una necesidad muy humana de encontrar un principio de realidad a la catástrofe que vacía mi cabeza de cualquier género de imaginación. Ahora pienso que ese secuestro conjetural me ahuyentó el mundo, lo hizo desaparecer de verdad: seguí viviendo, mi padre siguió viviendo también, y en su muerte ningún terror político intervino para apurar el final, pero por un buen tiempo algo definitivo sucedió alrededor nuestro, por un tiempo las cosas visibles dejaron de latir y el mundo fue una piedra que había que llevar escondida para que no se notara: los pájaros, las nubes, los libros del vecino y el vecino mismo desaparecieron de la experiencia sensible, como si tú mismo te golpearas los tímpanos con un golpe seco y brutal para no saber ni oír que aún había alguien respirando cerca.

De momento, sin embargo, sólo queda armarse de valor, atravesar la calle y llamar por el citófono.

–¿Sí? –ordena una voz que reconozco de inmediato.

–Soy yo, del quinto B –digo sin dar más señas.

Alguien acciona el timbre de la puerta. Titubeo, pero de inmediato el ancho y voluminoso cuerpo del portero surge desde el fondo del pasillo para tranquilizarme. Respiro aliviado. El hombre avanza rápido y hace un gesto imperativo para que no demore fuera del edificio. Obedezco. Nos damos la mano a mitad del corredor.

–¿Cómo está el doctor? –pregunta él.

–Más tranquilo –le digo–. ¿Y usted?

–Uyyy –suspira–. No tan mal como otra gente.

Prefiero no responder.

–Venga –dice enseguida, como si hubiese estado esperando la visita–. Guardé todo lo que pude.

Lo sigo por las escaleras hasta un rellano mal iluminado. El portero extrae un manojo de llaves y abre una de las puertas. Veo, arrumbada

en un espacio no más grande que un clóset de dos cuerpos, lo que queda de nuestra segunda patria.

–Esto va para peor –dice el hombre a mis espaldas mientras me inclino a rebuscar entre un montón de cajoneras y sillas–. Dígale al doctor que se vaya, aquí ya no se puede vivir.

Excepto unos cuadernos que encuentro desbaratados, es inútil rescatar nada, y abandono la idea como si fuera suficiente con haber vuelto hasta allí. El portero me cuenta que esa tarde, nada más salir nosotros de la bodega, llegaron tres autos, bajaron seis tipos, patearon la puerta de la calle y subieron sin preguntar. Se quedaron más de una hora y destruyeron mucho de lo que había en el departamento. Otras cosas se las robaron.

–¿Qué hago con todo esto?

–Son suyas –le digo, y me quedo un instante mirándolo sin encontrar las palabras adecuadas.

–No hace falta, quédese tranquilo –me interrumpe al notar mi turbación–. Sólo dele mis saludos al doctor, por favor.

Nos despedimos, él con su manojo de llaves y yo con mi pequeño tesoro rescatado bajo el brazo. Quiero irme rápido. Quiero esconderme. Quiero cambiar de piel. Esa misma noche, dejo el refugio de los Grimberg y me traslado a la casa de una familia de médicos chilenos que se aprontan también a partir. Al día siguiente cojo el teléfono y llamo a Santiago para dar mis nuevas coordenadas. Atiende mi madre, que ha seguido de cerca las novedades.

–¿Cuándo salen de pesca? –pregunta ella.

–No sé, yo te aviso –le digo.

–¿La marea está muy agitada?

–Sí, mamá, bastante.

–Acá también está nublado –dice.

–Supongo que sí.

–Tengo que enviarte el equipo.

–¿Cuál equipo? –digo, y comienzo a perder la paciencia con sus modos metafóricos de intercambiar información.

–El de las vacaciones.

–No entiendo.

–Tu equipo de montaña –aclara ella.

–Tengo ropa suficiente –la tranquilizo.

–Bueno, llámame apenas se despeje.

–De todas maneras.

–Y dile al capitán que la tormenta ya pasó.

–Sí, claro.

Cuelgo sin llegar a descifrar la última parte de diálogo y de inmediato me arrepiento de haberla llamado. Así sólo consigo estimular su manía por el secretismo y la constante novelización de la realidad que evoluciona en su cabeza con tramas cada vez más complicadas. Mejor es hacerse el dormido, guardar silencio, y dedico las semanas siguientes a distraerme en una timba de chilenos a la espera de que mi padre salga de Buenos Aires. La mesa abre temprano, con dos o tres manos de dados para calentar las apuestas, y luego continúa con un suculento pozo de póquer que no se vacía hasta la madrugada. La suerte sigue de mi lado; apuesto lo poco que tengo y saco lo suficiente para el sustento mientras mi padre acelera los trámites y envía recados. Las noches pasan aturdidas por un vértigo gozoso, ciego al mundo exterior. Durante ese intervalo de imprecisa felicidad, tengo ocasión de encontrarme con él sólo una vez, a la hora del almuerzo en un boliche de La Recoleta, muy próximo a nuestra primera residencia en la calle Vicente López. El momento de la partida se acerca y ambos resentimos la inminencia de un cambio profundo. En el aire no hay quejas sino un peso de piedra sumergido por la preocupación. Lo noto porque apenas cruzamos palabra luego de coincidir en el menú. Simplemente cada uno hace su pedido –ravioles al tuco– mientras el mozo aprueba y se retira.

–¿Qué haces? –dice él de pronto, viendo que yo extraigo una libreta y borroneo unos apuntes.

–Escribo.

–¿Alguna cosa especial?

–No, lo que salga.

Mi padre no insiste, pero es cierto. Busco desaparecer entre las frases, fundirme en el anonimato de una imagen y atrapar la luz que cuelga del cielo en violento contraste con la confusión incorregible que llevo cosida al pecho, inmovilizado detrás de un cristal opaco y duro que se enloza con los días. No tengo otra actividad aparte de la timba

nocturna, y las dos se parecen hasta el exceso. Supongo que necesito con urgencia una mujer a quien tocar. O una rana. O una puerta. Lo que sea, pero que sea real. El sexo lateral de la adolescencia ya no resulta suficiente. Cada vez regreso más hambriento de esos desfogues, como una pelota lanzada una y otra vez sobre el mismo punto. Las palabras acuden en mi ayuda, sólo eso. Con ellas construyo una balsa sobre la cual deslizarme y proteger la caída, como si bajara por un torrente hacia la ancha desembocadura donde inevitablemente también las imágenes se perderán. La poesía no sabe nadar, es un puro derroche, pero las frases ofrecen esa ilusión de posponer la realidad o el instante en que todas las cosas se harán reales, y en la voracidad del joven grafómano remedo hasta la saciedad los modos y las formas que extenúan mis posibilidades de aplazamiento. Son versos pueriles, reactivos, un sucedáneo lírico de la desesperación y, al mismo tiempo, objetos que emiten un vago recuerdo de armonía despojada, como esas estructuras desnudas que asoman detrás de la fachada mientras las máquinas alisan el terreno. Podría vivir aquí dentro, me digo; entre las palabras, como encerrado en un juguete si no supiera que se trata de un atolladero, y no ahora sino desde mucho antes de quedar en la calle. Los poetas y sus poesías. Tengo que salir; aplacar el apetito y que mi nulidad muerda su falta de sustento. Allí donde me espera el mundo adulto. Mientras aquello no ocurra, anoto y corrijo; es decir escribo, dedico toda la energía a preparar el salto, eludo cuanto puedo el compromiso, extremo los recursos de la libertad juvenil y abro un cauce paralelo, irreductible, modelando una aventura individual que sirva de mito y demonio particular al mismo tiempo. Mi programa vital en una línea.

Nada de esto, sin embargo, puedo explicárselo a mi padre en el curso de aquel almuerzo ensimismado, y a la hora de los postres nos enfrascamos en la revisión de los detalles para salir de Buenos Aires, él hacia el trópico y yo de vuelta a Santiago. Luego ambos nos ponemos de pie y bajamos en silencio en dirección al río hasta detenernos sobre la esquina de Ayacucho. Él golpetea mi hombro con cierta timidez.

–Bueno, adiós –dice.

–Suerte, papá –le digo.

Es un intercambio parco, cotidiano. Nos separamos. Él voltea y finjo

imitarlo, pero me quedo observando un momento su rigidez mientras se aleja y camina con las espaldas encogidas, apretado contra el borde de los edificios de la calle Ayacucho y llevando su maletín resguardado bajo el brazo en actitud cautelosa. No parece contar con su hijo ni con nadie, realmente amenazado y solo en una ciudad envenenada por la sospecha. Mi padre como una sombría estampa de la verdad. Entonces quedo tieso, lapidado por la propia insignificancia ante el instante que lo fija y aísla en el trance de caer.

Es odioso, pero no veo forma de cambiar el curso de los hechos. En cambio, atravieso la calle y sigo camino al río con ganas de dar un rodeo antes de entrar al departamento donde me hospedo. Al llegar a la plaza Vicente López, sin motivo alguno, tomo asiento en uno de los bancos y permanezco un largo rato descansando, hasta que la tarde comienza a desvanecerse y ya no tengo deseos de moverme. Una fatiga que no es física me retiene bajo los árboles, entre los bocinazos del tráfico que corre por los costados y el eco infantil de los niños que juegan bajo la vigilancia de las empleadas domésticas. La gente regresa a sus casas y entra en los portales dejando tras de sí un aire de reserva o extrañeza. Pronto el lugar queda vacío. El viento sopla en torno, y me levanto inquieto hasta alcanzar los bordes de la glorieta central. Es imprudente seguir allí, aislado en el claro y lleno de rumores alrededor. Apoyo los brazos en el parapeto sin ver nada. Tengo que reaccionar rápido, disolver el miedo que me acorrala o moriré allí mismo, aplastado por la fuerza de esa losa imaginaria que me oprime día y noche como un animal hambriento, curvado de rabia sobre mis propias carnes. Una campanada cruza como un rayo mi resistencia, la clausurada fuente de luz y dolor que atesoro en secreto, y estremecido agacho la cabeza para no dar espectáculo. Un reflujo de imágenes se agolpa espejeando el caos. Aguanto con las mandíbulas apretadas, pero el espasmo sacude mis hombros, gana volumen atravesando el esqueleto con un pequeño escalofrío y baja hasta las piernas. Con asombro, advierto que la cara me salta entre las manos y se estruja bajo el hipo de las convulsiones. El movimiento permanece continuo un minuto o dos, como si borrara del todo mi presencia allí en la plaza. El joven poeta.

Una vez que mi padre obtuvo su visado de emergencia y abandonó Buenos Aires, regresé transitoriamente a Santiago para estar con mi madre, reunir un poco de dinero y volver a partir. Ella y Félix compartían un departamento en el centro donde los días pasaban anestesiados frente a la pantalla del televisor, entre mensajes dedicados a la reconstrucción del país y maratónicas transmisiones nocturnas con aprontes del festival de Viña. Comenzaba el verano y Félix disfrutaba especialmente con un show de risas que parodiaba la vida de unos oficinistas de medio pelo. Las débiles protestas de mi madre no alcanzaban a tapar su resignación, y en ocasiones yo tenía la impresión de que ella lo juzgaba más duramente de lo que hubiese querido, como si continuamente buscara disculpar su humor plano y anecdótico, su pasión televisiva y la docilidad con que se acomodaba a lo que la vida le ofreciera. Si Félix era un sobreviviente de la mitad para abajo, tal vez mi madre, en su enrevesada imaginación, considerara su deber educarlo y protegerlo, tendiendo puentes hacia los sobrevivientes de la mitad para arriba. Curiosamente, sin embargo, con su talento natural para la vida práctica, Félix estaba mejor situado que cualquier otro miembro de la familia. Había encontrado trabajo en una empresa de transportes y, en base a su astucia nada especulativa, ascendía rápidamente en la consideración de los jefes que promovían su buen desempeño con nuevas responsabilidades. Su antigua militancia de izquierda ya estaba enterrada en su corazón o en el bolsillo, y como empleado de confianza no había tardado nada en enderezar la proa hacia el pleno rendimiento. Acababa de comprar un furgón utilitario de puertas corredizas con cuatro líneas de asientos, y por las mañanas mi hermano salía a repartir escolares para ganar un poco de dinero a cambio de dejar el estanque lleno de gasolina al término de la jornada. No era el único auxilio que brindaba. Las bodegas de su empresa servían por igual de depósito para los libros de medicina de mi padre como para los muebles sobrantes del antiguo esplendor, y cada mudanza familiar se solucionaba de antemano con alguno de los camiones de transporte que él administraba. De la noche a la mañana, Félix se había vuelto imprescindible, y en esas circunstancias tenía todo el derecho a retorcerse de la risa frente a la pantalla del televisor.

Yo no sintonizaba con su buen humor. Durante los pocos meses que compartí con ellos, recibí un larga carta de mi padre remitida desde Caracas. Se encontraba bien, y dentro de las dificultades propias de su alejamiento –así lo definía– confiaba en lograr pronto una cierta estabilidad. Dentro de poco iniciaría nuevamente los trámites de convalidación para su título profesional.

La carta era asombrosamente extensa, entre ocho y diez páginas escritas de su puño y letra con una caligrafía que se esmeraba por ser legible, de signos pequeños y apretados al margen. Redactada a la manera de un informe, evitaba caer en lamentaciones, y el tono objetivo y templado resultaba engañoso. No llegaba a imaginarme su situación, a pesar de que él ponía todo su esfuerzo en representarla como algo ameno, exento de amenazas y prometedor si yo convenía en acompañarlo. Describía la ciudad como un valle pletórico de vegetación que serpenteaba entre colinas blancas, bajo una luz transparente al alcance de la mano y el mar a las espaldas, al otro lado de un cerro. Quizá estaba aburrido y se animaba escribiendo, pero entre párrafo y párrafo se daba tiempo para repasar lo vivido como algo que aceptaba sin reclamo, estoicamente, y de lo cual no debía avergonzarme. Yo no sentía vergüenza sino ansiedad y deseos de irme, partir, viajar sin propósito con la excusa de reunirnos si así lo quería, pero lo más raro era que él esperaba que leyera sus palabras sin oponer reservas, es decir, como la voz de un padre cuya situación ha dejado de ser tal y ahora le habla al hijo desde la precariedad de su nueva condición, unido, como decía él, a «los parámetros pertinentes que hoy ajustan mi destino».

El llamamiento me impresionó. Revelar secretos e intimidades no armonizaba con su carácter introvertido, auténticamente asustadizo y púdico. Ni entre sus adquisiciones burguesas de un cuarto de siglo como médico y profesor universitario, ni en la rigidez educativa del niño inmigrante que había sido, figuraban como conductas posibles la admisión de las debilidades o el derrumbe de la autoridad paterna. Entonces, ¿a qué final se refería exactamente? ¿Al doble o triple exilio que padecía? ¿A la separación matrimonial? ¿A las dificultades profesionales? Quizá era todo a la vez. Lo que fuera, la confesión tenía algo de irrepetible, único, como una infidencia autobiográfica que

adoptaba de pronto un estatuto interminable y opresivo en su desnudez. Te espero, decía; tu presencia es importante para mí.

No pensé nada, pero ahora pienso en el suicidio. Ahora pienso que necesitaba seguir adelante como fuera, y que por eso me escribía. En medio de la turbación, comprendí que la invitación a acompañarlo quedaba marcada a hierro y no era cuestionable. Guardé el sobre en un lote de correspondencia, fotos y papeles salvados del departamento de Charcas, y luego fijé una fecha de salida. Pero nunca contesté. Durante años la carta del padre me siguió sin que yo lograra ofrecer una respuesta digna o siquiera necia. Las veces que lo intenté –estando él en Lechería y yo en Caracas, o él en Caracas y yo en Barcelona, o ambos en París aguantando la Navidad en un hotelito de la Rive Gauche mientras fuera nevaba sobre el Barrio Latino y nos mirábamos con la distante perplejidad de quien observa sus propias huellas en el barro; o incluso en Santiago, cuando ya habíamos regresado y no quedaba nada que perder–, en éste u otro momento, jamás logré pasar del encabezado y las primeras líneas. La sola idea me abrumaba, y Kafka me consolaba.

Recordaba haber leído su *Carta al padre*, fascinado por esa contagiosa imposibilidad de encontrar un punto de entendimiento entre padre e hijo, desde el momento en que ambos habían quedado atrapados en la necesidad de mostrarse como lo que en verdad no eran. Pero si la carta de Kafka había sido escrita para consagrar esa distancia, al revés la carta de mi padre parecía redactada para salvarla, lo que por otra parte hacía inviable el acuerdo con el hijo. Por lo demás, aquí era yo quien había intentado engañar al padre, silenciando los amores adúlteros de la madre y el tendencioso caos guardado bajo el espejismo familiar. Si alguien debía exigir una compensación por el daño infligido, ése no era Franz sino Hermann. Allí se concentraba el problema. El padre no era la autoridad sino mi debilidad, por lo que no había recurso a la palabra más allá del tácito pacto de compañerismo. Finalmente también yo cargaba con un Edipo demasiado grande y por eso huía de Kafka, o me parecía estar huyendo de Kafka como de un bicho repugnante que crecía oculto en algún lugar de mi cuerpo y me secuestraba del mundo exterior. Lo mismo que los familiares de Samsa frente a la horrorosa metamorfosis

de Gregorio, la humanidad me espantaba. Y él, mi padre, se me aparecía como la imagen exacta del último hombre en una humanidad transformada.

De modo que no pude contestar la carta. Había tantas cosas que desbrozar y decir, ponderar y aceptar, que sólo nombrarlas me pesaban una eternidad. Entre todas formaban una montaña de sal, y moverla hacia cualquier lado parecía un trabajo para muchas vidas. Como hijo estaba obligado a adoptar un tono falsamente comprensivo si decidía enfrentar al padre en su terreno, y la inversión resultaba penosa. Me inmovilizaba, en suma, y yo necesitaba moverme, rápido y cuanto antes mejor para sacudir la pringosa amabilidad familiar que me sofocaba en Santiago. Así que renuncié y guardé la carta en vísperas del viaje, queriendo perderla de vista lo más pronto posible. La carta del padre, bien doblada y conservada en el cajón de un mueble del céntrico departamento que mi madre compartía con Félix; la solitaria e inquietante carta del padre que yo conservaría en los talones hasta olvidar su solapada advertencia. Diez años después regresaríamos juntos a Santiago para quemarlo todo.

Pero eso ocurrió después, mucho después; el 83, comienzos del 84, casi al filo del horizonte que nos comprometía a mantener ajustado el rumbo. Antes, salí hacia el norte con un saco de dormir artesanal que mi madre fabricó entre la resignación por verme partir y el alivio de saber que mi padre no estaría solo, y llegué una tarde de fines de marzo a encontrarme con él. Terminaba así un viaje de meses bordeando la costa del Pacífico hasta Guayaquil, enfilando luego hacia Bogotá para atravesar enseguida la provincia de Bucaramanga y llegar desde allí a Cúcuta y San Cristóbal, en los Andes venezolanos. Fue una travesía en camiones y favores a través del paisaje trágico y miserable de las carreteras sudamericanas de una sola pista, estrechas y malamente asfaltadas, surcando como cuchilladas o cicatrices interminables la extensión vacía del mito, y regularmente interrumpidas por pequeños poblados y ciudades interiores que surgían sin mayor atractivo a un costado del camino y enseguida quedaban atrás, hieráticas y desconfiadas. Era un paisaje de hambre que se perdía y me daba de comer sin preguntar nada, porque de los cien dólares de la época que cargaba encima no gasté más de ochenta

en todo ese tiempo. Me quedaban veinte cuando decidí pagar un transporte desde Mérida y avisar que llegaría al día siguiente a Caracas.

Mi padre esperaba en el rodoviario. Tenía las manos en los bolsillos y se paseaba por el andén, inquieto, cuando lo divisé por la ventanilla del bus mientras la máquina estacionaba.

–Muchacho –dijo apenas me vio en la escalerilla del bus.

Nos abrazamos, dominados por la incorregible torpeza física que nos ahorraba exhibiciones de emotividad, y luego caminamos sin demasiado alboroto hasta el hotel, ubicado a pocas cuadras del rodoviario, en el barrio El Silencio, que de sosegado no tenía más que el nombre. Yo no veía colinas blancas por ninguna parte, y el aire sucio y espeso golpeaba las narices. Atravesamos la avenida Baralt, una vía céntrica atestada de humo, ruidos, comercio ambulante y gentes que corrían de un lado a otro sudando en medio de un calor espantoso, y subimos hasta meternos en la sombra de una callecita lateral que hedía a fritura y orines. Media cuadra más allá estaba el hotel.

–Llegamos –dijo mi padre, mostrando su mejor sonrisa.

No quise comentarlo, pero él lo sabía tanto como yo: aquello era como viajar desde Dnepropetrovsk a la esquina de ninguna parte, en cualquier lugar. Allí no éramos nada; ni chilenos del exilio ni tampoco inmigrantes judíos que venían a labrarse un futuro con un negocio en mente; en el hotel Bidasoa éramos un problema: habíamos vuelto al origen del problema y por arte de la contingencia nos habíamos convertido en el problema del origen, en su pasiva fatalidad, ferozmente desplazada y expuesta ahora bajo la destellante canícula del trópico. Lo único positivo era que seguíamos juntos y podíamos sentirnos medianamente satisfechos del reencuentro. Él había salvado el pellejo huyendo de Buenos Aires a Caracas como antes lo hiciera la corajuda Ana desde el progromo ucraniano, y con eso bastaba. En cuanto a mí, no había mayor novedad: mi padre era mi país, mi patria portátil. Yo sería del lugar donde estuviese él.

Me acomodé en el piso, sobre un colchón agregado a la cama de la pieza, y comenzamos a vivir juntos en el hotel Bidasoa durante las cuatro o cinco semanas que siguieron. El hotel era un edificio de cinco

plantas, pequeño y sucio, con una alfombra raída en el vestíbulo principal y un tablón con campanilla que hacía de recepción. Una luz de tubo, mortecina, dibujaba sombras en la pared cada vez que pasábamos por allí a pedir las llaves del cuarto. El aire era húmedo y olía a encierro. En las mañanas él traía algo para desayunar y disponía las compras sobre el velador, mientras anunciaba con voz afable, compasiva, los frutos de esa abundancia melancólica: aquí tienes pan, mantequilla, azúcar, un poco de café. A veces llegaba con alguna fruta exótica que limpiaba con esmero y descascaraba apelando a un listado de advertencias sanitarias. Luego repasábamos las novedades internacionales del periódico que leíamos en voz alta para poder comentarlas, o visitábamos un sitio histórico en el radio céntrico y volvíamos sólo media hora después, cansados y sudorosos de girar en torno a las imágenes chillonas que engalanaban el Panteón patriótico del Libertador.

–Son gente amistosa, muy alegre –solía decir él, como si se tratara de un consejo para desenvolverse con éxito sin apurar demasiado el logro del objetivo–. El clima ayuda tanto, ¿no?

En general, yo estaba de acuerdo. Pero en verdad pensaba en Félix, o en la imagen de Félix que insistía en cruzarse por mi cabeza. Conociéndolo bien, el amante de mi madre habría estado en su medio natural de haber venido aquí para disfrutar de su doble vida, vestido con una guayabera mientras saludaba al sol un poco más templado y fresco cada mañana. Era la norma. Mi padre, en cambio, calzaba zapatos de clavo cuando miraba su reloj y, a eso de las once, partía disciplinadamente a realizar los trámites para la convalidación de su título profesional, mientras yo me quedaba divagando como si buscara imágenes de continuidad entre los libros de medicina tropical que adornaban la pieza.

Pero era cierto que el clima disolvía cualquier prisa. Con el ocio por delante, comencé a buscar distracción más allá de los alrededores del hotel, a toparme con la vida agitada de la avenida Baralt, excursionando luego hacia los barrios del Este, la plaza Venezuela y Chacaíto, próximos a la ciudad universitaria y el bulevar de Sabana Grande donde los negros se sentaban a jugar al ajedrez con un cigarro en la boca. Esos paseos me recordaban mucho los primeros días en

Buenos Aires, cuando recorría Once y las cercanías de Plaza Francia sin una dirección precisa, un poco al sesgo, impulsado únicamente por las relaciones de forma y color que antecedían mis tratos con la ciudad nueva, expuesta y voluptuosa, todavía ajena e impenetrable, pero cuyas texturas y olores yo educaba en cada momento para dibujar con claridad el contorno de mi entusiasmo. Dilataba al máximo la ignorancia, anotando religiosamente cuanto veía y quedaba suspendido y sin nombrar, confiado en prolongar esas relaciones de contagio que eran mi carta de ciudadanía, la llave secreta que me introduciría de a poco en el peso y la costumbre que inevitablemente llegarían luego y también padecería. Había desplegado con éxito el método durante los meses que pasé viajando por las tierra trágicas, cuando las playas y los perros ladraban en el cielo abierto de los remolques que me llevaban de noche a cambio de nada, y en las actuales circunstancias casi podía considerarme un artista. La gracia me acompañaba, y también en el hotel Bidasoa descubrí la felicidad de escapar hacia la calle donde nada ni nadie me esperaba. El exilio de mi padre, su desgracia, cubría como una bendición mi levedad recuperada.

–Me voy –dijo él entrando una tarde a la pieza, al término de esas semanas de interminables trámites para obtener una pasantía en la provincia. Se veía entusiasta, pletórico de deseos por emprender cuanto antes el trabajo en la medicatura rural que le había sido asignado como examen de suficiencia para ejercer profesionalmente–. Me voy a Lechería a revalidar el título.

–¿Cuánto tiempo? –quise saber.

–Un año, a lo sumo dos.

–Yo me quedo –dije.

–Tienes que encontrar un lugar para vivir, ponerte a estudiar, sacar documentos de residencia en extranjería, buscar un trabajo…

–Seguro que sí.

Acordamos que apenas tuviese oportunidad y un poco de dinero, lo visitaría en Lechería, al oriente del país, donde abundaban las playas desérticas y se podía disfrutar de un buen fin de semana. Días después dejamos el hotel y nos despedimos. La intensidad de la luz creció de golpe en el cielo, absorbente, ineludible, al alcance de la mano, y

surgieron por fin las blancas colinas en medio del caótico verdor que serpenteaba bajo la transparencia de ese cielo que borraba la memoria.

Como quien elude una responsabilidad aplastante, postergué durante meses la visita a Lechería para encontrarme con mi padre luego de abandonar el hotel Bidasoa. En todo ese tiempo las cosas habían cambiado. Asistía a los cursos de la universidad en las mañanas, trabajaba en una productora audiovisual por las tardes, y dormía con María las noches en que su padre lo permitía. María era la hija de mi jefe, por lo demás, un cineasta chileno que había filmado en Santiago una película que narraba el asalto a un banco por parte de un grupo de revolucionarios que pretendían reunir dinero para ir en ayuda de los oprimidos. Sólo faltaba el sonido, y el resultado era algo así como un Costa Gavras en película muda, lo cual podía ser un despropósito por la cantidad de cosas importantes que se decían entonces.

Ocurría que el rodaje del film estaba terminado pero la banda sonora y los diálogos se habían extraviado al sacar por separado las latas fuera de Chile, escondidas en distintos viajes y maletas de embajada. Al término de la operación, el padre de María había logrado reunir todo su material visual en Caracas, donde se instaló a rearmar uno por uno los parlamentos de las escenas ya filmadas. Como también el guión había desaparecido, el único método fiable de reproducir los contenidos consistía en leer los labios de los personajes y anotar lo que pareciera plausible, de manera de entregar unas líneas más o menos consistentes a las voces de los actores que se reunían cada tarde en el estudio a seguir de cerca esas imágenes frías e insonoras. Era como hacer hablar a un muerto y luego intentar oír lo que decía, para enseguida repetirlo. Sabiendo que hacía falta ayuda, me ofrecí a trabajar a cambio de algún dinero, y de inmediato surgió la opción de mudar mis cosas a la pequeña productora donde se realizaban las grabaciones.

Oficié de proyeccionista con mi vista corta y sin cojear durante meses, concentrado sólo en asegurar los dientes de la película y fijar buenamente el foco del aparato sobre el telón. Mi labor se limitaba a instalar el corte del día en el proyector y echarlo a rodar en un loop incesante que llenaba la pantalla con la misma toma repetida hasta la

náusea. Cuando los actores creían haber adivinado el texto original, se procedía a grabar las voces en medio del mayor silencio, instante que María aprovechaba para visitarme en la protegida oscuridad de la sala de máquinas. Nos quedábamos mirando la escena un poco aturdidos, remedando el diálogo de los personajes con un ligero movimiento de los labios hasta que nuestras bocas se iban una encima de la otra de tanto musitarlo. Quizá la prohibición de hablar y hacer escándalo nos empujaba a fingir una casualidad. Yo la oía anunciarse en el pasillo con la sangre revuelta, una pestaña de luz invadía los tres escalones que separaban el piso de la tarima, la puerta se cerraba a sus espaldas y enseguida quedábamos a oscuras, respirando agitados bajo el sonido maquinal del proyector.

Al comienzo era una inmersión suave, casi inadvertida, pero luego nos zambullíamos con descaro bajo el rumor del loop que flotaba y se expandía dibujando curvas en la oscuridad como una serpiente o un tren que volvía sobre sí mismo golpeando a intervalos regulares el aire pesado y húmedo. La compacta privacidad de la sala de máquinas nos protegía mientras duraba la grabación, hasta que las luces se encendían y quedábamos tiesos, los cuerpos violentamente dibujados por las ampolletas y el hostigoso canto de los grillos alrededor. Como no teníamos dónde estar, pasábamos muchas horas allí, evitando las permanentes visitas de los técnicos de sonido, los actores del doblaje y el propio administrador, mister Dewitt, un norteamericano con facha de mormón que llegaba temprano y salía muy tarde de una oficina contigua. Era fotógrafo profesional y había llegado a la ciudad siguiendo a una modelo que luego lo dejó, algo que mister Dewitt parecía agradecer en el fondo, porque pasaba jornadas completas encerrado en su despacho, manipulando viejos materiales que atesoraba con celo y cierta nostalgia por los días de la agencia de fotos donde se había desempeñado hasta su jubilación. Nunca supe si la productora le pertenecía o estaba asociado a ella, lo cierto es que mister Dewitt había invertido buena parte de sus ahorros en las moviolas y los equipos que alquilaba, mientras aún se permitía realizar uno que otro trabajo a pedido, no muchos pero los suficientes para que yo me interesara en sus archivos. Eran cuantiosos y todos en blanco y negro, retratos en su mayoría. El arte de mister Dewitt era elusivo:

rostros desenfocados, perros callejeros, cuerpos consumidos en un carro del metro de Londres o Nueva York. Tenía predilección por los gestos privados y anónimos en espacios públicos, reacios al encuadre, como si las figuras escaparan del lente o el lente las ayudase a escapar. Su orgullo particular era una Rolleiflex de caja antigua con la que había realizado gran parte de sus mejores sombras, como las llamaba él.

–¿Te gustan?

–Quiero aprender –le dije, la vez que me sorprendió hurgando entre las tiras de contacto metódicamente rotuladas en sus estuches.

–Puedo enseñarte, pero necesitarás una cámara.

–No hay problema –dije, pensando en la Nikon del suegro que nadie ocupaba.

–¿Estás durmiendo acá?

–Por ahora sí, hasta que encuentre otra cosa.

–Eso va ayudar –dijo.

Mister Dewitt era un maestro supersticioso. Limpiaba los lentes y medía las luces demorando cada instante, consciente de que el mayor lujo que podía permitirse un fotógrafo acontecía durante los momentos previos a la faena. Una vez fuera, en la calle, la ciudad se precipitaba y sólo quedaba obturar según su técnica de los desplazamientos. Los objetos corrían hacia los ángulos sin perder fuerza y fijando tensiones que sólo la cámara lograba capturar. Era la lección perfecta para un miope.

Las clases se desarrollaban en las horas libres que quedaban entre el trabajo y la universidad, por lo común durante las noches, y con María debíamos calcular al milímetro los tiempos de intimidad entre el doblaje de la película y los rigores de mister Dewitt. La situación se volvía incómoda, sobresaltada, pero María sabía tanto como yo de la falta de espacio propio. Sus padres se habían separado tras salir al exilio, y como la madre había quedado en París con su hermano menor, era María quien llevaba la casa donde vivía con su padre y su abuelo, un legendario director de teatro que, tras enviudar y perder su trabajo en Chile, se había trasladado a Caracas donde se ahogaba fumando el día entero y buena parte de la noche. Como en la casa además vivía una mujer que cuidaba del abuelo y ayudaba en la

cocina, junto con el primo pequeño de María que dos años antes había perdido a sus padres en un allanamiento en Santiago, pretender estar solos en su casa nos exponía a un juicio colectivo cada vez que explorábamos bajo las ropas. De modo que, sin pensarlo demasiado, sintiéndonos rodeados de deberes y tareas, una tarde emprendimos viaje al oriente del país con la excusa de visitar a mi padre en Lechería.

De acuerdo al plan, pasaríamos las noches en Puerto La Cruz, frente a un lote de islas llamadas Borrachas y a unos cuantos kilómetros de donde estaba él, sobre la misma provincia de Anzoátegui donde por esa época del año se celebraban fiestas de tambores y podríamos aislarnos tanto como fuera posible, olvidados al fin del desorden de las familias y las herencias desgraciadas. Luego, si nos animábamos, iríamos juntos a Lechería siguiendo por el camino de la costa. Era fin de semana de carnaval, y conseguimos auto con un chileno que manejó a toda prisa por la carretera soltando rumbas en el tocacintas hasta depositarnos ya de tarde en el malecón principal del puerto. A nuestros pies, mirando hacia el norte, las mareas golpeaban la oscuridad con un sonido seco y regular, como un saco a punto de romperse en el vaivén ensordecido. Lejos, unas luces diminutas espiaban la bahía desde el fondo de la noche. Caminamos a lo largo del bulevar sin rumbo fijo, deteniéndonos cada tanto a consultar precios en los hostales. La cercanía del mar picaba en la piel y el aire caliente inflaba los pechos de las mujeres que deambulaban bajo los faroles de la costanera. También el cuerpo de María parecía más ligero y achispado que de costumbre.

–Entremos allí –dijo ella con pasmosa seguridad, señalando hacia uno de los locales embanderados de fiesta.

La seguí. La habría seguido al polo norte si me lo hubiese pedido. María era un espacio sin bordes, la materia inasible alrededor de la cual giraban todos los demás asuntos y planetas desde la primera vez que su cuerpo había eclipsado la proyección revolucionaria en la sala de máquinas. Ahora me observaba detenidamente a la entrada del salón mientras la orquesta se anunciaba entre amagos de trompeta. Ella solía intimidarme con la mirada, como si sus ojos estuviesen ocultos detrás de sus pronunciados pómulos y atisbaran el mundo

desde un follaje espinudo y luminoso a la vez. Clavó esos ojos suyos en los míos y volvió a disuadirme. Por lo demás, hacía un calor endemoniado. Así que no dudé más. Un grupo de marineros franceses acodados en la barra alegraban la noche bebiendo pastis, y al vernos allí no tardaron en arrastrar su borrachera hacia la mesa donde estábamos sentados. Un tufo de alcohol mentolado me golpeó la cara. Trabajaban como tripulantes de un carguero que había atracado en la isla mayor dos noches antes, y de inmediato quisieron invitarnos. María dominaba perfectamente el francés luego de dos años de acompañar a sus padres al exilio en París, y también sabía reír y cantar *Ouh la la/Ouh la la/Qu'il est beau/L' amour à Santiago* de modo que la comunicación entre ellos resultó harto sencilla. Al rato bailaban todos juntos abrazados en la pista del salón, y una tristeza como un pájaro se posó en mi cabeza al terminar la segunda copa de pastis. El brebaje era pólvora pura regada en mi cabeza. Veía a mi padre en la medicatura rural de Lechería, aturdido por el calor de la primera hora de la mañana, y luego en el consultorio, ocupado en clavar cuidadosamente una jeringa y desinfectar una mordedura de escorpión, mientras repetía con voz hosca y severa: «No te preocupes, no te preocupes de nada», y luego yo abría los ojos y sabía que tenía que preocuparme y correr cuanto antes a Lechería.

Entretanto, María bailaba. Del cielo del local colgaban grandes aspas de ventilador que daban vueltas en sentido contrario a la ronda que se había formado en el centro de la pista para alentarla. El espectáculo sumaba otros clientes al grupo de marineros, y ahora entre todos batían palmas y aullaban mientras María elevaba lunas llenas sobre su público con un frenético movimiento de caderas. El carnaval de oriente la arrastraba, y yo pensaba que de seguir así nunca llegaríamos a visitar a mi padre en su exilio de Lechería.

Una tercera copa de pastis me derrumbó. Dejé caer la frente sobre la almohada de las manos y me puse a pensar. En el fondo, me resistía a conocer el lugar donde él tocaba fondo, el espacio físico que dejaba obsoleta la forma firme con que había enfrentado la derrota hasta entonces. No dormir o amanecer antes del alba con la vista fija en la punta de los pies, levantarse a desayunar sin ganas de probar bocado, enfrentar los ritos del espejo que abrían de par en par sus recuerdos,

caminar hasta la plaza del pueblo entre el polvo y la indiferencia de los paisanos, abrir la puerta del consultorio y simular día tras día que a los sesenta y cinco años aún seguía creyendo en el engrandecimiento profesional, eran todos actos que sugerían un término, un límite para el cual ni él ni yo estábamos preparados. Por separado cada uno podía aceptar, incluso aprovechar como lección de vida, una disonancia tan injusta como aquélla, pero de ahí a reunirnos en torno a una mesa y aceptarla como rutina, había un abismo que sugería la clausura definitiva de las normas que él pretendía haberme inculcado.

De hecho, ¿existiría Lechería para él, con su ancho borde marino y la playa de conchas rotas desde donde nacía el trazado del pueblo, las quince o veinte cuadras alineadas por las palmeras que protegían del sol y de su curva abierta en el cielo, tal como surgía de la postal que me había enviado a la ciudad? Probablemente sí; aunque también es posible que la considerara sólo profesionalmente para evitarse otros males, y no viera de las casas pintadas de colores vistosos más que el consultorio donde su artesanía médica adquiría un valor absoluto. Fuera de sus paredes blancas y quebradizas, se abriría la plaza como otra estación más del oriente, enferma y calenturienta, poblada de moscos, pulpas de mango podridas y uno que otro vago dormido entre los pastos pelados. Luego el polvo y las calles secas, destartaladas como las suelas de un ejército en retirada, profundizarían la perspectiva del fin, de la muerte en vida a lo largo de una nueva jornada inútil y feroz, abandonada al uso y la resistencia por puro afán de permanecer, saludar, despedirse, llenar el hueco sin otro fundamento que el siguiente día, ya precavido ante el insomnio que lo esperaría ansioso como el sol al regresar caminando hacia la casa que alquilaba en un extremo de la finta que dibujaba el pueblo frente a la playa. Así debía ser.

Un moscardón zumbaba en mi cabeza cuando María sacudió mis hombros para que me moviera.

–Ven –ordenó, radiante y festiva–. Vámonos con ellos.

–¿Adónde?

–Al barco –dijo–. Tienen una lancha esperando en el muelle.

–A la isla Borracha –dije, como si tropezara con un obstáculo.

–Nos están invitando.

–¿Y Lechería?

–Después, en otra ocasión –respondió, tirando de mí hacia la noche que estallaba en fuegos de colores, más allá del bulevar donde esperaba la embarcación de los franceses–. Te lo prometo.

Entendí que debía seguirla sin oponer resistencia. El mar, el mar, pensaba sin lograr despejar la sensación de cruzar a tientas por los durmientes de un túnel llovido. Apuramos el paso y una vez en el embarcadero un guardia marino ayudó a soltar cuerdas mientras subíamos y nos acomodábamos unos sobre otros. El motor rugió, la juguera de la hélice salpicó dentro y entre gritos de júbilo y terror la velocidad nos sumergió en la noche ancha que dejaba atrás la bahía. Pronto las luces de Puerto La Cruz fueron un solo lamparón que destellaba a la distancia. La lancha pisoteaba la inmensidad vacía y brincaba sobre las mareas, llenándonos de agua la cara. También nuestras ropas estaban pegadas y húmedas. De pronto María se soltó de uno de los tripulantes que la perseguía y me abrazó entre risas.

–Mira –y apuntó una luz recostada hacia el oeste–, allá está Lechería.

–¿Como sabes?

–Él me dijo –señaló al marinero que insistía en acercársele.

La brisa me impedía mirar y sacudí la cara. Un destello frágil marcaba el borde del horizonte. No era más que una ampolleta encendida como testigo a nuestras espaldas. Lechería. Quedé en silencio hasta que dejó de notarse.

–Vamos a dormir en el barco –susurró ella, apretándose contra mí.

–Sí –dije–. Y nos vamos a quedar.

El susto había pasado y ahora una sola idea ocupaba mi cabeza. No estaba dispuesto a desalojarla. Finalmente, llegaba la hora tan esperada de marcar para siempre el anhelo y la soledad de los cuerpos, recoger el ansia y extenuarla con la torpeza de quien supera con un estertor agudo su retardada iniciación sexual. No habría otra isla así en mi vida, y la mayor de las Borrachas fue surgiendo a los tumbos, como una súbita aparición del oleaje frente a la tierra dormida, hasta que la fuerza del motor declinó y nos fuimos acercando entre tableteos sutiles a los largos terraplenes extendidos sobre el agua. Era difícil distinguir con exactitud dónde nos hallábamos, pero el buque debía de

estar muy cerca, a unos cuantos metros, porque la caída sostenida de un chorro delante nuestro señalaba la indubitable presencia de un casco que vomitaba a estribor.

–*Allez, on-y-vas* –dijo alguien por detrás.

Una escalera, empujones, un brusco sangoloteo al abordar el puente y al momento siguiente ya estábamos corriendo hacia una escotilla, conducidos por una linterna de tiro fuerte. *Attention la marche!*!, decía un gordo que iba delante y volteaba hacia nosotros al traspasar cada una de las compuertas de acero en el laberinto de cabinas. El seguro de las manivelas giraba enloquecido mientras los cuerpos se encorvaban para acceder al pasillo que daba sobre los camarotes. Ven, sígueme, oí que reclamaban. Tropecé con una saliente del piso y caí dentro de un cuarto estrecho y rectangular. Fíjate, aquí también es carnaval, dijo María saltando hacia el ojo de buey para echar una mirada fuera, extasiada con el resplandor de los petardos que iluminaban el oscuro interior de la caja donde nos apretábamos entre besos, tiesos y sin habla, como aturdidos por la simpleza de la fuga. Habíamos logrado eludir la vigilancia del grupo y ahora oíamos las llamadas estridentes de los marineros que tropezaban a lo largo de los herméticos corredores. Nos buscaban dando voces y ovillamos los cuerpos uno contra el otro. Un desorden de caricias y preliminares fue cubriendo la entrada al camarote. Parecía que aquello podía durar para toda la eternidad, mientras Lechería, lo que éramos hasta entonces y lo que seguiríamos enseguida, la película de los muertos y el mundo de los vivos, se apagaban sobre la vasta superficie anónima. Iniciamos las maniobras. Dios mío qué momento. Su cintura era todo el mar y yo apenas cabía.

2

BOSQUE QUEMADO

Descubrí que mi padre sufría de Alzheimer una tarde que visité con Victoria una exposición de arte moderno. Era domingo, y habíamos ido al museo queriendo escapar de su omnipresencia doméstica, ya que por entonces mi padre aún no lograba recuperar su departamento de la calle Suecia y en los ratos libres deambulaba incansablemente chasqueando la lengua por el pasillo de la casa. Necesitábamos un poco de privacidad, estar solos, y fuimos al museo pensando en un respiro sentimental, pero también atraídos por una selección de trabajos de la Bienal de Venecia que se exponía en Santiago y que a Victoria le interesaba particularmente. No soy dado a esas visitas, pero en este caso el impacto fue inmediato.

El público era escaso y admiraba los muros con un respeto lúgubre, como si llevara flores al cementerio. Una de las secciones exhibía la obra del japonés Tatsumi Orimoto con fotos de su madre rodeada de montones de marraquetas y hallullas, otra presentaba la del inglés Richard Billingham con un tríptico en blanco y negro donde retrataba a su padre recostado en su cama bebiendo ginebra de una botella, y una tercera al chino Hai Bo donde el artista contrastaba fotografías de soldados de la revolución cultural con treinta años de diferencia. Un escalofrío recorrió mi espinazo. Orimoto, Billinghamn y Bo se dedicaban a la fotografía, pero ante todo eran artistas, es decir, lograban convertir el ojo de la cámara en una extensión del cerebro. Yo soy fotógrafo y nunca he sido artista, pero reconozco de un click a quien mira dos veces y con eso le basta para capturar el tiempo, la tragedia. Y otra cosa: la obra de Orimoto se titulaba paradójicamente «Art Mama», la de Billingham no tenía título, o más bien su título era «Untitled», y era siempre su viejo padre echado en el cuarto con una botella de ginebra, mientras que la de Ho se llamaba simplemente «Soldados», y toda su fuerza residía en el intervalo de treinta años que separaban los retratos de esos rostros carcomidos por la revolución. La elipsis de tiempo actuaba por ausencia y constituía el verdadero relato de lo que tenían para contar aquellas caras con la estrella roja en la

frente, como si el espacio vacío entre las imágenes fuera el silencio entre dos notas musicales puestas allí a modo de pretexto. Pero no era todo, ya que un efecto similar se producía entre una serie y otra, incrementando el atractivo que ofrecía el conjunto. Me acerqué a observar con detalle, saltando del trabajo de Orimoto al de Billingham y de éste al de Ho para volver a Orimoto repetidamente, buscando comprender las monumentales ampliaciones sin que Victoria dejase de observarme como a un chico que corre por los pasillos, hasta que logré establecer una conexión mínima que unificaba el misterio. El arte moderno, concluí, era en esencia un cadáver: Ho retrataba la Larga Marcha y el tiempo perdido de los jóvenes soldados de Mao en la China de los años sesenta, Billingham homenajeaba a su padre en un tríptico portentoso que lo fijaba de cuerpo entero con su afición a la bebida, y Orimoto se autorretrataba junto a su madre en una serie de pequeño y gran formato donde ambos aparecían al centro de una asombrosa instalación de marraquetas y hallullas de variados tamaños. Volví a mirar a la madre de Orimoto, luego al padre de Billingham y finalmente a los soldados de Mao, uno de los cuales guardaba un notable parecido con el propio Hai Bo, según el autorretrato que figuraba al pie del marco principal. De los tres, era Orimoto quien sin embargo llamaba más mi atención. El efecto final de «Art Mama» era gracioso y devastador a la vez, pero se volvió todavía más inquietante cuando Victoria dijo a mi lado:

–Su mamá padecía un Alzheimer, ¿te das cuenta?

Fue como si me acusara. Pedí una explicación y Victoria me alcanzó el catálogo. En una nota destacada junto a la información sobre «Art Mama», se revelaba que efectivamente Orimoto había ideado su artificio para lograr comunicarse con su madre, luego de que los médicos le diagnosticaran la enfermedad de Alzheimer. Advertido de que en las fases terminales este mal limitaba el uso y la comprensión del lenguaje corriente hasta llegar a una total agnosia, Orimoto había decidido intervenir en el progresivo aislamiento que amenazaba a su madre. De acuerdo a la nota explicativa del propio artista, la disposición de objetos primarios y de necesidad básica como los zapatos o un simple pedazo de pan eran capaces de aliviar la perturbación mental de los enfermos de Alzheimer, o al menos

disminuir sus efectos, creando un entorno de afectividad que por lo general les estaba negado. La idea de Orimoto comenzaba a ser aplicada terapéuticamente para retrasar el desarrollo de los síntomas, caracterizados precisamente por una pérdida progresiva de la memoria, con gente que se despistaba a cada momento, sostenía respuestas extravagantes para preguntas simples, manipulaba objetos sin un motivo aparente y se paseaba de lado a lado protestando contra el clima en horarios insólitos. Es lo que los especialistas llamaban el grado uno de la enfermedad, cuando se está en el umbral de ingreso y el paciente sufre la plena conciencia de su situación, antes de la pérdida total de las coordenadas.

Me estremecí y el pavor me invadió. A mi mente acudieron relojes, paquetes, bolsas plásticas, ruidos de llaves, cucharas y tenedores abandonados en el baño junto a un arsenal de movimientos en falso que percutían sobre los muros como el cadáver del arte moderno azotado en el aire retenido del museo. Sólo los soldados de Mao y el padre borracho de Billingham parecían comprender la situación.

–Tenemos que irnos –le dije a Victoria, y soné autoritario.

–¿Qué te pasa? –se extrañó ella–. ¿Qué bicho te picó ahora?

–Victoria –insistí, y utilicé un tono pedagógico, casi ilustrativo–: Moisés tiene Alzheimer.

Ella se me quedó mirando seria, desconfiada, relacionando una cosa con otra como si se alejara paso a paso de la felicidad, y luego su expresión cambió de golpe hacia una palidez severa.

–Moisés –repitió su nombre en tono de advertencia, casi como un pensamiento hablado o una revelación epifánica, sólo eso, antes de agregar con verdadero pánico en la voz–: Tenemos que encontrarlo.

Fue rara su alusión. Mi padre nunca se había extraviado camino al hospital en la madrugada, o era lo que yo pensaba, y el anuncio de Victoria parecía querer conjurar esa posibilidad al mismo tiempo que la provocaba. Con auténtico terror imaginé que en ese preciso instante el automatismo que caracterizaba la conducta de los enfermos en grado uno abandonaba a mi padre delante de un semáforo con luz roja. Enseguida lo veía dando vueltas por el barrio Franklin en busca de su niñez, sin lograr disimular la perplejidad. Quise correr a encontrarlo, armado como Orimoto de un cargamento de marraquetas

y hallullas para darle abrigo. Busqué un teléfono y llamé de inmediato al condominio.

–Papá –y oí mi propia voz como un sonsonete siniestro–. ¿Estás ahí?

–Claro, dónde si no –contestó con su habitual laconismo.

–Quédate en la casa y no salgas –ordené casi.

–¿Qué pasa? ¿Hay algún problema?

–No, quería avisarte nada más. Voy para allá.

–Te espero –dijo.

Sonaba decaído. Podían ser mis aprensiones ante las analogías de Orimoto que acababa de descubrir, pero preferí estar solo y no demorar la llegada. Me despedí de Victoria, y luego de atravesar el parquecito comunitario lo encontré echado en la cama. Reposaba con la vista fija en el techo como una imagen pintada del domingo en la tarde. Había corrido la cortina del dormitorio sobre la pequeña ventana que daba hacia el poniente y la luz entraba por los extremos dejando la pieza sumida en un claroscuro inmóvil, desmayado. No eran más de las seis, demasiado pronto incluso para un hombre diurno como mi padre. Se había puesto el pijama y metido dentro de las sábanas, con los anteojos y un libro dejados a un lado, sobre el cubrecama, en una postura que disfrazaba su preocupación en asuntos muy distantes de la lectura. Di vueltas capturando de refilón el desorden de las cosas, asomé la cabeza por la cortina sin descorrerla, abrí un poco la ventana en busca de aire fresco y me quedé parado de espaldas un momento.

–Estuve en el museo –dije.

–¿Viste algo interesante?

–Arte moderno.

–Quién lo entiende –dijo con desgano.

Se hizo el silencio acostumbrado en esos diálogos mecánicos entre personas que se conocen demasiado, y giré en busca de un refresco.

–¿Quieres algo? –pregunté mientras iba a la cocina.

–No, nada; no te preocupes –oí que decía, y algo parecido al viejo reproche se deslizó en la entonación. Cuando volví a la habitación, había corrido definitivamente el libro de su lado, y también los anteojos, que ahora reposaban sobre el velador. Yo esperaba seguir con el simulacro, parado a los pies de la cama con mi vaso en la mano

y las espaldas apoyadas en el canto de la puerta, cuando él decidió hablar claro.

–Me van a operar –lanzó de sopetón, con un énfasis brutal.

–¿De qué estás hablando?

–Hablé con el proctólogo el viernes; no hay otra salida.

Traté de encajar la novedad con aire displicente, reduciendo la alarma que me producía. De modo que ahí estaba el resultado de los exámenes que había guardado apresuradamente en el bolsillo de la chaqueta y había llevado en consulta al especialista. Llevaba dos días con la noticia metida en el cuerpo como una carga de dinamita, sin comentarlo con nadie.

–¿Cuándo tiene que ser?

–En dos semanas.

–Eso es mañana –dije con auténtico asombro.

–Al menos te voy a devolver la pieza.

–No estoy apurado.

–Me alegro –repuso, y noté un vago malhumor inalcanzable.

–Operarse de la próstata a los ochenta años es normal –intenté tranquilizarlo.

–No es eso.

–¿Qué quieres decir?

Giró el cuerpo y quedó recostado, ausente, apoyado en un brazo y con el otro libre sobre el cubrecama, pasando los dedos alrededor de la calvicie y refregando cada tanto su cara en un intento de sacudir el diagnóstico adherido al tedio del domingo. Dudé un instante, pero de pronto un súbito quejido lo sacudió. Volteó hacia la ventana y miró asombrado, como si yo fuera el pájaro imaginario que lo visitaba, plegaba sus alas a los pies de la cama y avanzaba hasta alcanzar sus rodillas para llevárselo.

–¿Qué hay? –dije, alarmado–. ¿Qué viste?

–La cortina –pidió, y un gesto del brazo acompañó su espanto.

–Está cerrada, papá.

–No…

Me apresuré en obedecer y fui hasta la ventana. Sólo entonces reparé en que la había dejado abierta. Cerré y fui a sentarme a su lado esta vez, sobre un hueco del cubrecama.

–¿Así está mejor?

Asintió con la cabeza. Luego se volvió de espaldas, con la vista fija en el muro.

–¿Pasa algo?

–Tú sabes bien –dijo–. Tú y yo sabemos bien qué es lo que pasa.

Pensé que se refería a la inminencia de la intervención. Tenía suficiente experiencia de pabellón para adivinar que a su edad el ingreso al quirófano lo exponía a muchísimos riesgos. De acuerdo a la información que manejaba, bastaría una mala oxigenación en el cerebro o una descompensación provocada por la anestesia para que se activaran las fatídicas placas de amiloide que poblaban las zonas reservadas a la memoria, y esto sin contar otras posibilidades nefastas derivadas de la propia operación. Nada de esto sin embargo parecía ser fuente de su amargura.

–Los dos sabemos por qué está ocurriendo *esto* –aclaró enseguida.

Iba a contestarle con una broma, pero me contuve. Una dureza nueva, inconmovible, cortaba el sonido de sus palabras. Había algo definitivo en ellas, y pensé que había dejado pasar mucho tiempo antes de arrojármelas encima. Ahora ya estaba hecho, podía irme y dejarlo tranquilo. Era cierto, por lo demás: yo sabía tanto como él de su soledad no buscada, y no había motivo para tener esperanzas de que *esto* fuera a cambiar en uno u otro sentido. Yacía tendido en la cama de una habitación que podía ser cualquiera y que en todo caso no era la suya, en una casa donde había quedado transitoriamente hospedado tras su fracasada aventura con la actriz de teatro Noh, reducido a un presente minúsculo luego de haber cruzado fronteras físicas y emocionales que en su vida de médico jamás había imaginado y para las que sin duda no estaba preparado, y al filo del fin aquí estaba, desactivado de todo un domingo en la tarde como si viera pasar su vida en un idioma irreconocible y esperara allí que vinieran a recogerlo como broche final al espectáculo.

–Todo se va a arreglar –dije por oírme hablar nada más, como una réplica técnica a un problema mayor que excedía las posibilidades de un solo hombre.

Mi padre dejó caer la cabeza sobre la almohada, un gesto dirigido hacia el cielo de la pieza antes que a nadie, y agitó los dedos de su

mano libre en un ademán característico suyo cuando prefería guardar silencio. Me puse de pie y abandoné la pieza.

–¿Quieres que te cierre?

Asintió desde la cabecera. Ajusté la puerta con delicadeza para no importunarlo y al alejarme por el pasillo oí un latigazo. Del otro lado mi padre chasqueaba la lengua.

Hueón conchetumadre, me dijo, ladrón culiao, sale de aquí, gritó: ¡auxilio, socorro, me quieren robar!, mi billetera, ¡¡apoyo!! Levanté las manos. ¿Quién es usted?, dijo. Déjeme, no me toque, ¡no me toque, mierda!, saltó. Di un paso atrás en momentos que una mujer entraba a la pieza. Señorita, acusó: por favor dígale a este sujeto que se retire *en-el-ac-to* de este lugar. Me apuntaba con el dedo levantado y sin fijarse en el hilo de sangre que chorreaba sobre el piso. Miré angustiado a la enfermera. ¿Qué se ha imaginado?, me encaró otra vez. Primero suelte mi billetera. Sí, ¡usted! ¡Abra las manos! Yo lo vi, lo vi: ¡bandido!, ¡bribón!, ¡¡payaso!! Sáquenlo de aquí, pidió buscando a la mujer. ¡Enfermera! ¿Qué significa esto? Él me hirió, ¡tiene una navaja, cuidado! ¿De dónde salió? ¿Es mía? ¿Es mía esta sangre? Déjeme, ¡suélteme! Que se vaya; dígale que se vaya… Una segunda mujer apareció a mis espaldas. Señor, cálmese, decía ella, pero él insistía en apuntarme: ¡Retírese de aquí!, amenazó. Escupía encima. ¡O llamaré a la policía! Te tengo cachao, hueón; a mí no me hacís leso así no más… ¿Que me siente?, mi padre miró a la segunda enfermera con expresión delicada, y la situación se volvió hilarante. ¿Para qué, si estoy sentado?, dijo. Deme el dinero, yo lo guardo, es mío. Sí, ya; pero cuidado con ese hueón, que no se me acerque, es un falso, ¡un falso!, se agitó otra vez y el cuerpo tambaleó junto a la cama. La mujer lo sostuvo y él volvió a los insultos: ¡¡Payaso!!, acusó, encarándome con el pecho levemente inflado dentro del camisón. ¡Quería matarme! ¡Sacarme los ojos! ¿No ve la sangre? Tenía una navaja. Revísenle los bolsillos, pidió, y la segunda enfermera lo tranquilizó; por favor, y él: ¡pero si estoy perfectamente bien! Suélteme, ¿ya? ¿Acaso no sabe quién soy? ¡Míreme! *Yo soy* el médico a cargo, y le ruego que aclare *in-me-dia-ta-men-te* su presencia en este recinto hospitalario, ¿me entendió? Suélteme, le digo… ¡¡Apoyo, apoyo!!

La mujer entonces habló directo hacia donde estaba yo:

–Espere afuera, por favor –ordenó, enjuta y habilidosa, moviéndose rápido entre dos sondas esparcidas por el piso y el catéter sangrante que goteaba sobre las sábanas. Su compañera, más alta y robusta, sujetaba a mi padre procurando que en su furia loca no tropezase con el armazón de metal atravesado. El vertical ahogaba la bolsa de suero burbujeante como si fuera un feto ahogado.

La habitación se había transformado de golpe en una orgía de insultos, sangre que escurría, algodones sucios repartidos como copos de nieve en el barro y una luz de alarma que intermitía sobre la cabecera de la cama abandonada en medio del arrebato. La eventualidad de un despertar violento tras el postoperatorio no estaba descartado, pero ahora un aire tóxico, infame, de matadero y vísceras carneadas, subía por las narices y revolvía el estómago.

–Nosotros lo llamaremos –aseguró la enfermera que sostenía a mi padre mientras él seguía bufando entre los brazos de la mujer, la mirada puesta fijamente en el delirio que yo representaba, pero ya mudo, rendido a los calmantes que comenzaban a hacer efecto.

Una de las agujas que segundos antes colgaba inerte sobre la almohada había vuelto a ser reenganchada en la vena del brazo izquierdo. Debilitado, se dejó llevar de vuelta a la cama entre gruñidos y tirones de manguera mientras la otra mujer enderezaba el trapecio donde goteaba el suero. Un muñeco de estopa y serrín operado por los hilos de la ciencia médica era lo que quedaba de él en ese instante. Se dirigía al umbral tan temido de su retiro definitivo. No era justo; lo había predicho y ahora su cuerpo era transportado por dos policías de blanco impoluto hacia la sala de maquillaje. Toda una vida entregada a la medicina para terminar abrazado por una camisa de fuerza. Que insultara era lo de menos. Sólo quedaba fumar.

Me dirigí a la zona de visitas y busqué una cabina telefónica. Eran las once y media de la noche. ¿A quién iba a llamar? ¿Qué podía anunciarles? Querida familia, nuestro padre despertó en otro mundo. ¿Acaso no se daban cuenta? No, aún *no querían* enterarse. Procuré calmarme. En el televisor empotrado sobre el muro, frente a un sofá vacío y el silencioso lustre de los pasillos, una muchedumbre celebraba en las calles y plazas la obtención de la décima estrella para el equipo

de Chile. La pantalla repetía los goles, el electrizante estallido final y luego hacía contacto con los móviles emplazados en sitios estratégicos de la ciudad. Con un poco de fortuna, de no mediar el arrebato demencial de mi padre, acaso hubiese podido abandonar por unas horas el turno para sumarme yo también a la felicidad. Pero ya no era posible salir a festejar. Estaba pegado al piso, inerme y con la cabeza embotada. ¿Qué imágenes había interceptado su cerebro para que su lengua se destapara en una coprolalia parricida? Me acusaba de querer embaucarlo, lo que sólo podía significar dos cosas: o era verosímil, y en ese caso yo tendría que revisar los fundamentos de la acusación, o era un delirio, y entonces mi padre acababa de ingresar al grado dos del Alzheimer, el más doloroso y ambiguo de todos, entre la conciencia de la ruina y el calor infantil que encontraría junto a sus propias marraquetas y hallullas de hospital. La tercera posibilidad era una mezcla explosiva de ambas cosas.

La duda me escocía y metí la cabeza en sus reclamos con todo el turno por delante. ¿Cuántas veces lo había dejado solo para que me rechazara de ese modo? Remontaba recuerdos viejos con el enano de la culpa encabezando la procesión. El enano enumeraba casos con su dedo verde apuntado hacia el pasado y luego escamoteaba mi réplica saltando rápido hacia el episodio siguiente. No acababa nunca de acusarme. En mi descargo, sabía que mi único delito había sido no darme por vencido, como cuando decidí dejar Caracas para convertirme en escritor. Vaya propósito. Él había intentado retenerme pero yo insistí, arranqué como el hijo de Saturno tras el relumbre azulino de la locura que nos devoraba con el sordo ruido de las máquinas hediendo a chocolate en el departamento del barrio El Marqués, mientras no parábamos de discutir mi decisión la noche de la víspera. Recuerdo que el olor de la fábrica subía convertido en un vapor fétido que se colaba por las ventanas y anegaba la sala, al punto de que habíamos terminado por encerrarnos en la cocina para zanjar la cuestión.

–Te estás equivocando –me dijo él.

–Eso ya lo sé.

–Entonces, ¿para qué lo haces?

–Porque no puedo más, se acabó.

–Estás enfermo, ¿no te das cuenta? Tienes el hígado malo. Ni siquiera tienes adónde llegar, ni plata ni amigos. ¿Qué vas a hacer?

–Conseguirlo. Todo eso se consigue.

–¿Y yo? –balbuceó.

–Qué estás diciendo.

–¿Qué va a pasar conmigo? ¿Adónde voy a ir?

–No entiendo –dije, y era cierto: primera vez que oía, nítido, el reclamo que hasta entonces había permanecido oculto en nuestras recurrentes discusiones.

–¿Crees que me gusta estar aquí?

–Yo no elegí esto, papá.

–Tampoco yo –reclamó él.

–¡Entonces ándate! –me sulfuré–. ¡Acompáñame!

–Qué tontería es ésa.

–¿Prefieres seguir esperando? Pero ¿hasta cuándo? Te pasaste años en Lechería y ahora quieres continuar acá. ¡No puede ser! ¿Para hacer qué?

–Dame una idea mejor.

–Descuelga tu diploma de la pieza y prepara la maleta.

–No puedo, es absurdo.

–Entonces deja que me vaya y antes de un año te recibo en Barcelona –insistí, exultante y temerario, como si fuera el primer hombre que señalara el camino ante el último de su especie. El diálogo se había vuelto melodramático y cada frase caía contra el piso como un lonja de piel viva que se desgajaba hasta iluminar un núcleo blanco y poroso. Él hizo una pausa antes de darse la vuelta, ofendido y fatigado.

–Haz como quieras –replicó, dando por perdida la situación.

Se giró, caminó hasta el ventanal de la sala, observó las chimeneas humeantes al pie del edificio como si maldijera el hostigoso zumbido de las máquinas y finalmente cruzó el pasillo para ir a encerrarse en su cuarto.

Quería pedirle que confiara en mí; yo lo sacaría de allí aunque su orgullo se antepusiera. Aun así, no falté a la promesa. Seis meses después de haberme instalado en La Floresta, una pequeña localidad escondida al otro lado del Tibidabo, recibí a mi padre con su paso

distraído y la pipa colgando de los labios o aferrada en la mano empuñada. Ya no sé de qué huíamos. De la violencia urbana, del exilio chileno, del aburrimiento a toda hora, de su comunismo y de mi anticomunismo, de todo lo anterior y mucho más, seguramente. El caso es que corríamos los dos por la misma pista, porque a las dos semanas de compartir noches de porro y tragos de absenta que él dejaba pasar caballerosamente en la ronda latinoamericana de La Floresta, alquilamos un Renault y partimos en viaje de turismo y carretera por el interior hacia Madrid, donde apostábamos a un puesto de trabajo en una clínica especializada donde se interesaban por su currículo. Un médico chileno, amigo suyo, lo había recomendado y estaba concertada una entrevista. Del resultado que obtuviera dependía un nuevo esfuerzo de revalidación para su título. Si se daba, seguro que sería el cardiólogo más solvente y colegiado de la historia de la medicina, con cuatro notables exámenes de grado y una cesantía especializada en honor a su apabullante trayectoria. Bastaba exhibir su hoja de servicio para que los jefes de departamento le cerraran la puerta en las narices por temor a ser desplazados. Y él dale con la medicina social, los pobres, los desvalidos, los honrados porque no pueden robar y los enfermos que no podrán sanar, pero más, mucho más todavía con la reválida del título. Como si fuera su metáfora. ¡Aaaah, la sufrida reválida! Todo un mar de fondo en la singladura de mi padre. No sé qué pretendía con ella, si igual no le daban pasada ni se la darían en el futuro. Maldita reválida profesional: cuántas humillaciones no había sufrido por querer seguir siendo lo que era, un médico, en vez de dar vuelta el bote para instalar su quiosquito de exiliado. Al cabo de un mes y medio, con el culo cuadrado de tanto viajar sobre la cuerina del Renault, después de Sevilla y Granada y Extremadura y Toledo y el extrarradio de Madrid, habíamos vuelto al punto de partida con la vaga esperanza de que un día lo llamarían para traérselo lejos de la fábrica de chocolate.

–¿Estuvo bien el paseo, doctor? –preguntó el Pájaro, uno de los fijos en la ronda de La Floresta y quien recibía en su casa las contribuciones para conseguir el mejor alucinógeno de la zona. Su apodo obedecía precisamente a su actividad del momento: un preparado de suave hacchís en uno de las muchos receptáculos que coleccionaba para

estos fines. Terminó de rellenar el tubo y dio una probada, ofreciéndola enseguida a uno de los ocho o diez vecinos reunidos esa noche para darnos la bienvenida.

–Quedamos a la espera –dijo él, mi padre, cordial, rechazando con paciencia la oferta que iba de mano en mano y humeaba intensamente después de cada inhalación–. Me prometieron que estudiarían una posibilidad.

–Esos burócratas de Madrid –terció alguien–. Olvídese de ellos, doctor.

–Si quiere, puede llamarlos desde acá –propuso el Pájaro, administrador general de la línea telefónica gratuita y clandestina utilizada por los miembros de la ronda. Un hilo camuflado en el bosque permitía colgarse del servicio regular y comunicarse con Chile o con cualquier otro lugar del planeta, todo gracias a la cooperación española.

–No es necesario –agradeció mi padre–. Mejor no apurar las cosas.

–Usted manda, doctor –dijo el Pájaro, recogiendo entre sus manos la bola que humeaba.

Transcurrieron dos semanas pero nada ocurrió. Ni rechazos, ni aceptaciones, ni postergaciones. Su esfuerzo había sido tomado seguramente como un acto desesperado, y es posible que lo fuera porque nadie avisó ni envió mensajes con terceros. La gente suele huir de un hombre necesitado. No quedaba ninguna gestión por realizar. Lo habíamos intentado en buena lid, y ahora él debía retomar su trabajo y yo comenzar el mío. Nos despedimos sin querer hacer recuento. Mi padre regresó solo a Caracas, yo cambié las noches de La Floresta por el Barrio Chino de Barcelona, y un enorme foso de agua sucia, gargajos, viscosidades y regurgitaciones de impotencia y asco creció a nuestros pies, formando un lago artificial que enlodaba más y más las orillas ya de por sí musgosas que nos distanciaban. Pocas semanas después me informé de que mi padre había solicitado autorización oficial para visitar en Santiago a mi abuelo moribundo. Se lo negaron y Bernardo falleció en medio de la impotencia de su hijo, el elegido.

Casi enseguida el vértigo me arrastró por los muros de la calle Hospital. Desde hacía varias noches que el ruido en el piso vecino no me dejaba dormir. Taladraban y martillaban los muros. Yo salía y

volvía tarde para eludirlos. Ya no tenía novia, familia, país, estudios ni deseos de ser escritor. Se acababa mi vida literaria y comenzaba la vida útil. Una vida de fotógrafo sin red, en honor a mister Dewitt, porque me iba a los bares y acomodaba la copa a un rincón desde donde podía observar las peleas y los flirteos sin necesidad de capturarlos con un clic. Volvía tarde. Una noche me detuve por error ante una ronda de gitanos y perdí todo el dinero que cargaba encima. En algo malo debía de estar pensando para llevar la plata del alquiler en los bolsillos. Al subir las escaleras, noté que el ruido en el piso vecino amainaba. Me eché a descansar. Un calor húmedo, atosigante, irritaba los sentidos. Fui al balcón a tomar aire y vomité. Una vez y otra, involuntariamente, como si hubiese ingerido toneladas de alimento en mal estado. O droga adulterada. O ambas cosas disueltas en una sopa con trocitos sólidos de dudosa procedencia. Quién sabe; el chorro caía en hilachas y miasmas amarillentas sobre la estrecha vereda, junto a una mujer que se quejaba de modo lamentable tirada allí abajo. Un carro de policía se detuvo, el conductor avistó a la mujer, un nuevo espasmo me dobló sobre la baranda y el auto echó a andar hacia el fondo de la calle donde estacionó como si nada. Al alejarse, la baliza roja y azul cortó los quejidos de la mujer con alucinante regularidad. Pedía auxilio y el relámpago pasaba agitando su cabezota greñuda como una leve señal de aprobación. Fuera de este grupo infrahumano, la calle estaba desierta. Quise sumarme y bajé.

–Conserva la calma, sobre todo no te pongas nervioso. –La voz de mi padre en el teléfono buscaba ocultar su angustia tanto como disculpar la mía–. Hoy mismo te mando un giro al Santander.

–Gracias.

–Avísame cualquier problema, ¿de acuerdo?

–De acuerdo.

Colgó. Colgué. Mis movimientos eran torpes. Al abrir la boca, en vez de palabras dejaba escapar una risa grotesca. Me ponía histérico con facilidad. Oírme reír, por ejemplo, era una completa tortura; cualquier detalle ridículo provocaba un nuevo acceso que me delataba en medio de temblores incontenibles. Infernal. La rosa del infierno era mi risa. Señor, por favor ¿me puede decir si es tan amable qué calle es ésta? Joder, tío, ¡déjame pasar! Me sujeto del muro más próximo. Claro, por

supuesto: la plaza Cataluña, qué bonita y amplia es, si parece un carrusel. Muchas gracias. Muy gentil de su parte. Con esta moneda haré millones. Un día más, qué digo: un solo minuto más en ese estado en el que me había plantado desde que bajé a reunirme con la vieja, y me habría quedado a vivir allí para siempre. Quizá todavía estoy ahí y ése sea mi único problema con la felicidad. ¿De verdad alguien se interesa por conocer la trama incidental de cómo un hombre se convierte en un *clochard*, un pordiosero de la civilización? Hijo mío, ven, yo te explico; siéntate a mi lado, acuclíllate y deja caer firmemente tus espaldas contra este muro. Reposa y alíviate del dolor que cargas como un animal sangriento. Ahora dame una moneda para comenzar. Y ríete. ¡Ríete hasta enmudecer! Tres días perdido no es nada, nada. Perdido, absoluta y totalmente perdido. Nada. La vieja tenía la boca ardiente, y el policía vino a mirar con la luma en ristre. ¡Cojonudos!, exclamó, parado delante el muy guacho. Los adoquines estaban hechos un asco. Pero fue gentil: entre burlas y obscenidades esperó que termináramos, le pegó un chiflido a su compañero y nos metió en el coche apenas el auto retrocedió. Un paseo por el túnel del orden y la ley. La vieja chillaba, y a mí me soltaron antes de llevársela al hospital. Pero cada túnel llevaba al siguiente, y en los pasos de un ducto a otro se colaba la luz del sol. Cuántos días, no sé. Pero un minuto más, qué digo: un segundo más allí sentado y sumergido, y no habría tenido vuelta atrás. Me paré de un salto. Traté de disimular mi lamentable condición ante los transeúntes que pasaban a mi lado y caminé recto hacia el edificio de teléfonos que permitía llamadas de cobro revertido.

–Ayúdame –le dije–. Estoy perdido.

Salí del brete gracias a él. Meses después de este eclipse total, acompañaba a mi padre de regreso a Chile. Era la Navidad del 83 y su nombre figuraba en las listas de personas autorizadas a volver. Mi madre llevaba años presentando solicitudes y cartas para un permiso de ingreso temporal que no había sido otorgado ni aun para la muerte del abuelo Bernardo, el viajero adolescente que había salido del mar Negro y había fallecido sin poder tener en la cabecera a su hijo médico, el orgullo de la familia. La autorización sobrevenía ahora

como un milagro cuando ya no había razones para esperarlo. Recuerdo que afrontamos juntos la noticia. Yo estaba de paso en Caracas, donde había ido a pasar las fiestas de Fin de Año con mi padre, y la coincidencia volvió a reunirnos en el momento de quebrar los platos. Había que tomar una decisión, pero él se mostraba vacilante.

–¿Qué voy a hacer? –me dijo, desorientado por la inminencia de un acontecimiento que había esperado a lo largo de una década.

–Irte, por supuesto –contesté–. Volver; eso es lo que has querido desde el primer día que saliste, y ahora que te dan permiso tienes que aprovecharlo. Antes de que se arrepientan.

–¿Y tú?

–Qué pasa conmigo.

–¿Adónde vas a ir?

–Yo vivo en Barcelona –le dije–. Allá tengo mi casa.

–¿No te ibas a mudar?

–A Madrid, sí; ahora cuando vuelva.

–¿Qué vas a hacer allá?

–Me ofrecieron un trabajo en la agencia EFE. Parece interesante.

–¿Ya no quieres estudiar?

–Prefiero trabajar.

–Antes vente conmigo a Chile.

–¿Qué voy a hacer allá?

–Acompañarme… –dijo, y entendí que el miedo lo inmovilizaba con la misma fuerza que a mí me empujaba a partir. Decidió insistir–: Después decides si te quedas en Santiago, vuelves a Barcelona a recoger tus cosas o te mudas a Madrid.

–Mi pasaje de regreso es desde Caracas.

–Lo arreglamos. Yo pago la diferencia.

–Bueno, entonces vamos a empezar por vender todo esto –dije, indicando alrededor. Había muebles viejos, plantas interiores que se acumulaban junto al ventanal que daba sobre la fábrica, una cocina, lavadora de ropa, una mesa de comedor y otras tantas extensiones domésticas que mi padre acumulaba con esmero y una extraña gratitud, como si tuviese certeza de su provisionalidad y temiera al mismo tiempo el día tan ansiado en que habría que seleccionar no más de dos cosas y cerrar la maleta para dejar el departamento.

–¿En serio? –dijo haciendo inventario y sin creerlo, mientras abarcaba con la mirada el mobiliario.

–Claro, supongo que no te vas a llevar el exilio de vuelta a Chile.

–No, para qué –replicó.

Sólo entonces su ansiedad se destapó, tanto que esa misma tarde nos pusimos manos a la obra. Los interesados en comprar no faltaron, y en menos de dos semanas pudimos liquidar todo. A la tercera viajábamos rumbo a Santiago, sentados uno junto al otro y en completo silencio. Parecíamos una estatua con su escultor sorprendidos justo en el momento previo a la despedida, cuando tras años de encierro y esfuerzos absurdos el hombre y la obra callan un instante para decirse adiós. Íbamos despiertos y alertas ante el extático momento del reencuentro con el mundo conocido, pero en esa intimidad previa a la exposición pública los dos sabíamos que el momento tan esperado era un anacronismo familiar, un tardío premio a la perseverancia que no guardaba ya ninguna relación con los hechos, con lo que habíamos sido un verano bochornoso del 74 y lo que éramos ahora, diez años después, marcados para siempre por la extrañeza y el desajuste, por la destrucción ajena y la mutilación de los deseos propios, por la volatilidad de las causas y la duración irreductible de los efectos, por la amenaza de un nuevo giro catastrófico de las cosas que nos mantenía sin pegar pestaña como si vigiláramos la intemperie, insomnes y mortalmente despiertos y alertas ante cualquier signo de alteración. Fue raro, porque desde el mismo instante que abordamos el avión y él se aferró a su asiento sin pegar un ojo durante los ocho horas de vuelo, tuve la impresión de que retrocedía hacia el ensimismamiento, volvía al poblado de Lechería que lo había acogido a su llegada al trópico y se refugiaba mentalmente bajo aquel cielo anónimo e indistinto como quien se sujeta a un recuerdo precioso porque ha encontrado su sitio allí, se ha vuelto inencontrable en el corazón mismo de la demolición.

–¿Todo bien? –pregunté en un momento, mientras sobrevolábamos el Amazonas venezolano, media hora después del despegue.

Él ni siquiera hizo amago de haber escuchado. Me dio un salto de risa, pero era para echarse a llorar. Iba demasiado tenso para distraerse con el menor detalle, la vista fija en la cuenta de los días ya

vividos que quedaban atrás, pensando acaso que cometía un error al desprenderse también de la desgracia en el momento de abordar el avión y entregarse a un falso final feliz. Lo había sostenido a la medida de su decisión actual, sin darse tregua y descartando cualquier posibilidad intermedia, de modo que ya no le quedaba otra salida que ésta, aunque eso significara liquidar sus motivos de incredulidad. Por mi parte, parecía increíble que regresáramos y estuviésemos allí, todavía juntos después de persistir durante toda una década como compañeros de ruta, confabulados pero también consumidos.

¿Había algo en limpio que sonsacar? Me lo preguntaba sinceramente y una rabia negra se agolpaba antes de formular cualquier respuesta. La rabia y mi padre mudo sentados como dos turistas que se dejan llevar a un callejón. De forma instintiva, apoyé una mano abierta sobre su antebrazo que reposaba a un costado. Era un gesto de ánimo, de complicidad final. Se sonrió, pero casi de inmediato su cara volvió a ser una máscara fría y sin expresión. En ese momento era sólo un hombre asustado, lesionado tal vez para siempre en su dignidad propia y en su confianza hacia el mundo, casi desprovisto ahora de una imagen que lo familiarizara ante los demás, y necesitado más que nunca de su hijo escudero. Pero incluso conociendo el valor de ese regreso y su necesidad, yo no me engañaba con su significado. Sentados allí uno al lado del otro en la cabina del aparato que sobrevolaba la cordillera, pensé que a fuerza de modelar una sola imagen –la del regreso a casa– éramos dos extraños que se habían alejado para siempre. La casa había dejado de existir y, desplazados fuera, con el tiempo, nos habíamos esculpido mutuamente un rostro inconmovible mi padre y yo, la mueca rígida del que ya no puede nombrar el mundo ni abrazarse a él porque lo ha extenuado, su propia experiencia ha terminado por descarnarlo y lo ha llevado del otro lado, firmemente instalado donde no deseaba estar, en una alteridad que registra, almacena, compara, retiene, imagina, borra y corrige incesantemente mientras espera y desespera, tiembla y permanece inerme ante un espejo que se niega a dar noticias de ese forcejeo. Sentí que la dispersión se coagulaba y nos daba las espaldas mientras los altavoces del aparato anunciaban el descenso. Giré la cabeza y observé que mi padre seguía tan rígido en su asiento como si volara a un lugar

completamente desconocido. Sería necesario llenar esa imposible vuelta a casa con sonrisas y agradecimientos felices para no alertar a los presentes.

En el aeropuerto, bajo un lienzo con la leyenda «Bienvenidos», esperaban mi madre y los hermanos, algunos amigos y unos pocos compañeros de mi padre. La alegría en el rostro de los anfitriones contrastaba con el semblante más bien perplejo de los recién llegados, y mi padre fue saludando uno por uno a quienes habían venido a recibirle como si levantara con cada abrazo las losas que llevaba acumulando sobre su cuerpo. Para mí era un alivio compartir su estatua con los demás.

–Al fin, ¿te vuelves a Madrid o te quedas acá? –me dijo una semana más tarde, cuando quedamos solos y pudimos hablar.

La pregunta encubría un juicio, hacía balance y yo no encontraba puntos que exhibir a mi favor. Me alcé de hombros. De forma brutal, el reencuentro había devastado mi proyecto inicial, destacando en un primerísimo primer plano lo distante que estaba de emprender algo en Madrid, Buenos Aires o Santiago. No sabía qué responder. Me había quedado sin plan. Era un puro comienzo que llegaba al final. Estaba demasiado confundido para tomar decisiones, además, y mi cabeza sólo atendía a la imagen de un suicida que se arrepiente justo antes de llegar al suelo, digamos entre el quinto y el tercer piso. Había traído a mi padre de la mano y ahora rogaba en silencio para que él no me soltara. Desde hacía ya un buen tiempo que ninguno de los dos parecía seguro de estar haciendo lo correcto, y me encerré a escribir una larga carta donde pudiera expresarle la infelicidad que me agobiaba. Querido padre, escribí. Taché de inmediato. No, lo mejor era salvar la distancia para instalarse de inmediato en una complicidad que no podía negarme, y volví a empezar: papá, me preguntas si estoy dispuesto a quedarme contigo aquí o bien hacer mi vida lejos tal como lo había planeado cuando tomé la decisión de acompañarte de vuelta a Chile. Hasta aquí iba bien, pero luego del encabezado retórico el asunto se descalabraba. Unos sapos enormes saltaban de la cabeza al papel. Volvía a tachar y retomaba la carta ya sin presentación de ningún tipo, como si mantuviera con él una discusión muy lejos de allí, en una estación de trenes a las afueras de París o en un bar de La

Floresta: ¿Qué puedo responderte –le decía– si, una vez más, los dos sabemos que la decisión no nos pertenece a cada uno por separado, en la medida que seguimos juntos y que nuestros caminos están unidos para siempre de un modo que ni tú ni yo sospechamos? Era la pregunta que más o menos buscaba formular, pero las palabras se torcían y quebraban bajo el peso de la desmesura. Lo reintenté dos o tres veces, pero un resultado idéntico a los anteriores me convenció de lo contrario: finalmente, escribir la carta era explicitar el carácter horrendo de ese vínculo, aceptarlo pero también correr el riesgo de estimular su magnetismo hasta dejarse aniquilar por él. No era prudente. Las circunstancias nos habían empujado a una situación que excedía todo propósito paterno o deber filial, y a cambio de una salida decorosa me puse a buscar la carta que él mismo me había escrito y enviado desde Caracas cuando necesitaba convencerme de que me fuera con él, muchos años atrás. Su invitación era elocuente, pero ahora, al volver las páginas, el antiguo vértigo resurgía. Lo mejor era quedarse quieto, hacerse la mosca muerta en el callejón. Si huía, quedaría por siempre esclavizado a una imagen del padre que me inyectaba de furia. Había estado demasiado cerca suyo. Demasiado cerca y demasiado tiempo. Moverse lejos era prolongar esa herencia como quien ralentiza innecesariamente una cierta velocidad de destrucción. Si permanecía a su lado, en tanto, no podría eludir los juicios culpables que su mirada me impondría conociendo los tropiezos que yo acumulaba. Ahora mi padre querría cerrar su paréntesis abriendo un enigma sobre mí. No había escapatoria. Éste era el embudo chileno que yo tanto temía. Aquí estaba. Su exilio había sido mi escuela, mi aventura, la contingencia de mi fuga, y el retorno a casa me inmolaba en aras de una dudosa recuperación familiar. Pero ante ella no había defensa posible; la inmolación era el precio a pagar por el saber adquirido, su resultado lógico, de modo que ante esa nulidad final lo mejor era volver a cargar la máquina de fotos y ponerse a trabajar. Seguiríamos él y yo con nuestras manos tomadas por un buen tiempo. Antes, eso sí, rompería la carta como testimonio de una ecuación irresoluble: justamente la que formaban mi padre, el suelo que nos recibía y la respuesta diferida. Escribir no tenía solución. La fórmula resumía bien mi vocación prohibida por la literatura. Mejor

callar, transitar por otra mesa. Destruir las pruebas. Pensaba que entonces los nudos se soltarían, pero fue un error. No hay sobras que arrojar en el inventario del náufrago.

Una noche divisé una fogata encendida en plena avenida como un albur que destellaba. La gente protestaba y lanzaba piedras desde las esquinas. La medicina social se curaba a sí misma del olvido, furiosa, ardiendo en medio del fuego revolucionario que se elevaba hacia la noche. Fijé la vista buscando hacer un clic sobre el tiempo de mi padre que despertaba de su letargo y rugía de nuevo, irresistible, convertido en una masa subyugante que arrastraba confusiones y escrúpulos. A su paso, los cables del tendido eléctrico estallaban y convertían la noche en una selva de presencias furtivas que se agrupaban en las sombras y saltaban de pronto hacia las calles, sobre los neumáticos que elevaban densas cintas negras hacia el cielo. No había tiempo que perder, y corrí hacia allá con mi cámara al hombro. Sabía que sería bien recibido entre la masa. En Chile hasta los poetas malditos se dedicaban a la política.

Tras el alta clínica, mi padre recuperó su departamento de calle Suecia, yo volví a dormir de corrido, mi hijo regresó a su habitación cada fin de semana por medio y Victoria retomó sus paseos en calzones frente al televisor apagado en la villa comunitaria. Un mes antes, esto era todo lo que yo quería para volver a la normalidad, pero la salida del hospital me llenó de dudas al ver que mi padre recuperaba el color y el habla con intervalos de silencio tan blancos como el hielo. Intensifiqué las visitas al departamento de Suecia con afán vigilante, pero el diagnóstico no resultaba concluyente. Lo interrogaba sobre cosas simples y él respondía con delicados asentimientos de cabeza.

Fue entonces cuando lo invité a pasar unos días en la playa.

–Te va a gustar –le dije.

–No necesito vacaciones –argumentó él con desprecio, negándose a aceptar la oferta–. ¿Por qué insistes en sacarme de aquí?

–No quiero sacarte de ningún lado, papá. Se da la casualidad que nos prestan una casa donde podemos ir, y creo que te haría bien un descanso.

–¿Tengo cara de cansado, acaso? ¡Dime! –protestó.

–Por supuesto que no –dije–. Soy yo quien necesita un poco de sol.

–Bueno, si de verdad *tú quieres ir* a la playa, y me invitas, es otra cosa.

–Perfecto –me apuré en darle el punto–. Así aprovechas de conocer el lugar.

–¿Quiénes irían? –dijo precavido, mostrando excelentes reflejos.

–Nadie que no quieras ver.

–Es decir…

–Victoria, mi hijo, y nosotros dos.

–¿Tu hijo se llama Victoria? ¿Por qué le pusiste ese nombre?

–No, Victoria es mi novia.

–¿Y qué edad tiene?

–No sé… Diez años menos que yo.

–Eso no es posible.

–¿Por qué?

–Es la misma diferencia que teníamos con tu madre.

–¿Y eso qué tiene que ver? –dije, exasperado al ver que perdíamos otra vez el hilo de la conversación. Hasta entonces yo me negaba a aceptar pasivamente sus desorientaciones y equívocos, insidiosos como brotes alérgicos o escapes de gas que atacaban de golpe y al instante se cerraban, dejando en el aire un tufo a pavor y comedia. A pesar de que la convalecencia parecía marchar de acuerdo a lo previsto, su fatigado organismo apenas sostenía la compleja combinatoria de medicamentos que debía ingerir, y con mis hermanos atribuíamos a esta saturación química sus imprevistos saltos de conciencia. Los despistes, sin embargo, eran cada día más recurrentes.

–Estábamos hablando de mi hijo –insistí.

Él hizo una pausa, cauteloso, evitando quedar al descubierto.

–Tu hijo…–retomó, haciendo un esfuerzo para no equivocarse–. Violeta.

–No, no; mi novia se llama Victoria, nada que ver con Violeta.

–Pero dijiste que era mujer.

–Ella sí, pero mi hijo es hombre.

–¿Qué edad tiene?

–Va para los diez años.

–Quieres confundirme, ¿no es cierto?

–Papá, por favor…

–Está bien, me callo: no me hagas caso.

Hasta allí había llegado nuestro acuerdo de fin de semana, hasta esa foto que Victoria tomó luego como quien recoge huellas oculares para un informe psicoanalítico o un crimen de familia. Era primera hora de la mañana y habíamos llegado la noche anterior tras vencer su orgullo ante la eventualidad de ocupar, aunque sólo fuese un fin de semana, la casa de mi madre en la costa de Quintay. En la foto estamos los tres con mi padre sentado al centro, flanqueado por el hijo y el nieto en una especie de trono doméstico. La imagen lo muestra dueño de sí mismo, impertérrito, apacible en su rol de padre y abuelo, con las extremidades de las manos en tenso reposo sobre los brazos del sillón mientras nosotros custodiamos su aparente serenidad con el sol en la frente. Mi hijo lleva puesto el pijama y su expresión delata esa asombrosa fijeza con que los niños suelen enfrentar el lente de la cámara, como si inmovilizaran en ellos mismos la complicidad del instante sin saber en qué consiste el artificio. Con el cuerpo ligeramente inclinado sobre el hombro de mi padre, su postura hacia él traduce una comunión desinteresada, en contraste con la seriedad fatal que exhibo al lado derecho de la fotografía, con el tronco algo estirado sobre los travesaños de la terraza y una evidente desconfianza hacia las manipulaciones de Victoria.

–Los tres hombres –dice ella oculta tras la cámara, antes de obturar, de seguro buscando las relaciones íntimas del objetivo sin las cuales la foto perdería todo su valor. Es sólo un asunto técnico. Entonces, como si un megáfono hubiese transmitido la instrucción, mi hijo esboza un gesto de astucia indefinible, mi padre mantiene el tipo incólume, y yo trato de ser fiel a lo que representa ese ejercicio: padre, hijo y nieto, unidos los tres por una engañosa cadena evolutiva donde resulta difícil determinar cuándo arranca la genealogía y por qué, ni quién es el padre ni dónde está el hijo, ni en qué momento el padre dio paso al abuelo y éste al niño. Porque así están las cosas unas pocas horas más tarde, después de bajar a la playa, almorzar, ver pasar el día en la terraza y admirar los colores cambiantes del cielo en la simulación de otro verano más que comienza de acuerdo a lo planificado.

–¿Y esto? –dice Moisés saliendo del dormitorio principal que hemos decidido ocupar con Victoria, y donde duermen normalmente mi madre y Félix, mientras mi hijo y mi padre han quedado provisoriamente instalados en la pieza de huéspedes.

Alzo los ojos hacia la mampara de la terraza donde él permanece inmóvil, esperando una respuesta. Trae una caña de pescar colgando de la mano, y me lo quedo mirando como si alzara un gato muerto encontrado sobre la cama. Pero se trata sin lugar a dudas de una caña de pescar, *su caña de pescar*. El hilo del carrete parece listo y dispuesto para su uso, enhebrado a lo largo de las argollas y el armazón de fibra de vidrio de color gris sobre los cuales mi padre preparaba los plomos y las moscas de anzuelo para salir de pesca a primera hora de la mañana. La impresión es fuerte; tanto que Moisés no puede evitar la extrañeza de encontrársela treinta años después de haberla perdido y olvidado en una habitación muy similar a ésta, en una casa en la playa como las hay por miles a lo largo de las playas chilenas, un verano familiar que revienta en su cabeza antes de chocar de frente con mi madre como un oleaje embravecido que golpea y se retira a la vez.

–¿Se puede saber quién dejó tirado esto en el clóset? –dice con la interrogante clavada en un sitio impreciso de la memoria.

Me alzo de hombros, intentando reducir la importancia del hallazgo, pero sé que no será posible sostener la impostura por demasiado tiempo. El Rey acaba de encontrar su vieja corona en un clóset del castillo de Elsinore, y maldigo para mis adentros la inoperancia criminal de Félix, el usurpador, quien además de ocupar el tálamo nupcial no ha tenido mejor idea que conservar para él los vestigios de su víctima, pensando en que de seguro, nunca y bajo ninguna eventualidad, tendrá a su antiguo rival hurgando en la habitación matrimonial de su propia parcela de agrado.

–Es mi caña de pescar –dice mi padre, retomando su pesquisa en tono admirativo y sin salir de su asombro, mostrando todavía entre sus manos el fruto de la inspección–. ¿Te acuerdas?

–Sí, claro –respondo, elusivo, mientras observo desde la terraza a Victoria y a mi hijo que han ido de caminata por entre los eucaliptos y el fresco temblor amarillo de los aromos–. Cómo no me voy a acordar.

De inmediato, mi padre chasquea la lengua y oigo sus pasos que se

alejan de vuelta hacia la habitación. Desplaza objetos y mueve trastos en el clóset. Imagino una cinta de negativos desplegándose ante él. Debo permanecer quieto de momento, no intervenir, pero en medio de la inmovilidad resulta ser mi propia cinta la que se desprende de las sombras del viejo castillo de arena mientras sucumbo al fantasma que pernocta allí y da vueltas por la playa.

Sé a donde me lleva. No es tanto un sitio como un momento preciso de turbación adolescente. Para entonces ya ni el relajo del verano lograba disfrazar el conflicto conyugal entre mis padres, un choque sordo y apretado cuya definición se posponía a cada minuto, provocaba bruscos estallidos y abría enormes franjas de silencio cada vez más difíciles de digerir en los almuerzos. La tensión se aposentaba en la sala y luego se estiraba por los pasillos somnolientos. Yo eludía la evidencia y me esforzaba en atribuir la odiosa rivalidad a causas misteriosas y problemáticas, como si se tratara de fuerzas o cosas que pugnaban por hacerse un lugar en la casa, un asunto de falta de espacio en el fondo, hasta que la definición llegó una tarde en que dormitaba sobre el camarote superior de uno de los cuartos secundarios. En un momento escuché pasos y enseguida mis padres, creyendo vacía la habitación, se encerraron a discutir en la pieza donde yo reposaba. No tendría más de trece años, y me hice el muerto como ahora, respirando apenas para no ser descubierto. Ellos trataban de no levantar demasiado la voz y evitar así llamar la atención del resto de la casa, pero esta misma precaución hacía que sus palabras silbaran con una virulencia desconocida, sórdida. Acurrucado, invisible al otro lado de la cerradura tras la cual ellos se enfrentaban como cuchilleros en la sombra, aproveché la privilegiada posición y agucé el oído todo lo que pude: dónde has estado, crees que soy huevón, acusaba él; déjame tranquila, quién te crees que eres, replicaba ella. Era un teatro cruel. Yo sabía que mi madre se veía a escondidas con Félix, pero ignoraba la fuente secreta de los mil reproches que mi padre le endilgaba: ante la perspectiva de un competidor, él acaba de descubrirse enamorado, furioso de pasión. Mientras ella huía y lo esquivaba, él deseaba: por eso la insultaba, interrogaba, se remordía y enseguida volvía a la carga, desesperado por los celos y la traición. Pensé que la abofetearía allí mismo, pero

entonces alguien llamó por el pasillo y mi madre se escabulló dejándolo solo. Esperé unos segundos. Quizá ya había salido por la puerta, tras ella, y yo podía despegar aquella incómoda postura que me mantenía quieto, en estado de suspensión universal, como un satélite espía en la nave del camarote, pero ocurrió todo lo contrario: mi padre tomó asiento o recostó el cuerpo justo debajo mío, porque los travesaños temblaron con su peso, y permaneció allí un largo rato, no sé si recapacitando o urdiendo una salida, seguramente las dos cosas a la vez, moldeando su rabia, enfurruñado como un toro sin espacio para embestir. Hasta que por fin resopló, los travesaños temblaron nuevamente, y murmuró por lo bajo y para sí mismo algo que no logré captar. Enseguida abandonó la pieza.

Poco después de este episodio, mi hermano mayor se acercó para anunciarme que los padres se separaban. ¿Cómo lo sabes?, pregunté. El papá me mandó a que te lo dijera, contestó. Por cuanto tiempo, insistí. No sé, un año o dos, me dijo él. Y eso fue todo. Las razones y motivos profundos –si acaso existen de verdad, y no ocurre simplemente que la felicidad y el tedio se cansan de formar pareja– nunca habían sido aclarados, pero la justicia poética estaba del lado de mi madre: con cuarenta años encima, los hijos ya criados y crecidos, el marido ocupado, un atractivo físico todavía en carrera y una vitalidad indeclinable que soportaba con dificultad las convenciones rutinarias, era comprensible que sacudiera el cuerpo contra lo que ya comenzaba a ser pasado, a la vez tan suelta y sola en medio de la frenética actividad política y profesional de mi padre, que había resuelto plegarse ella también a la revolución proletaria. Y ahora era Félix quien tenía la caña de pescar. En las manos de mi padre tenía el aspecto de una corona vacía.

–¿Qué ocurre? –La voz de Victoria me sacudió en la terraza–. Pareces un fantasma sentado aquí fuera.

Hice un guiño restándole importancia al comentario. Pero era cierto, estaba oscureciendo alrededor. Detrás de ella venía mi hijo. Los dos entraron a la casa y casi de inmediato oí que mi padre salía de la habitación. Me incorporé y fui a ver el clóset. Allí estaba otra vez, en su lugar de siempre. Más tranquilo, volví a la sala donde Victoria aprovechaba los restos de luz natural para preparar algo de comer. Mi

hijo limpió los recipientes de vidrio antes de que fuera noche cerrada y enseguida las sombras fueron esparciendo una quietud algo siniestra, retenida en la palidez de las quijadas y los huecos de las caras azotadas por el relumbre de las velas. Pequeños remolinos oscuros se formaban entre uno y otro, como en una estampa rural o un cuadro holandés. Una de las virtudes del lugar era precisamente ese descenso por el tiempo hacia una época indefinida, casi oculta entre la aspereza del campo y la bravura del mar, sin luz eléctrica ni agua potable, con la doble ventaja de la ciudad a sólo dos horas de autopista y el almacén más próximo a no menos de veinte minutos por un camino de tierra intransitable en invierno.

Mi madre había adquirido el sitio a comienzos de los noventa y, de acuerdo a su voluntad, una década más tarde sus cenizas fueron esparcidas allí mismo, sobre esa tierra tosca y rocosa que enmudecía cada noche bajo un circuito de estrellas que parecían haber muerto hace millones de años. En sus comienzos, cuando los dueños de aquel extraño paraje costero iniciaron el loteo de los terrenos y se asomaron los primeros interesados, las dificultades de acceso por una ruta interior aún sin pavimentar actuaron de filtro para quienes llegaban hasta allí pensando en un balneario con salvavidas y club de yates protegido. Sólo rocas, falta de agua en los pozos y un mar violento esperaban a los curiosos. Con mi madre y Félix íbamos en «la camioneta», como a éste le gustaba llamar a su pan de molde japonés, un utilitario de puertas corredizas que se bamboleaba con cada piedra y bache que encontraba en el camino. Hicimos incontables trayectos de fin de semana cargando materiales de construcción, motores de agua, tuberías y balones de gas, hasta que al cabo de ocho meses la casa quedó inaugurada y comenzó a funcionar en la penumbra de un bosque de eucaliptos.

Era un islote entre la tierra y el mar donde ellos podían sentirse amos y señores, y esto no sólo en términos patrimoniales. De hecho, tras la dilatada firma del divorcio, fue allí donde mi madre pudo finalmente desarrollar planes y proyectos de pareja con Félix. Había tardado décadas en conseguirlo. Ya no debía viajar al extranjero en auxilio de mi padre o ir en su búsqueda con el alma arrepentida, reconquistarlo en los aeropuertos ni ofrecerle amistosa bienvenida. Se

habían separado legalmente, y la novedad otorgaba un estatuto nuevo a su relación con Félix, hasta entonces sometida de manera casi inverosímil a un cierto clandestinaje social que ellos se habían autoimpuesto y en parte asumían también en su condición de escapados. Ahora podía sentirse liberada y segura de sus pasiones. Aquí era ella quien tomaba la palabra por sobre el juicio vigilante de los hijos. En su casa de la costa el entorno no la asediaba con sus comentarios peyorativos, tampoco debía rendirle cuentas a nadie por las escalofriantes diversiones domésticas de Félix y su gusto por los estelares nocturnos en televisión, y no necesitaba disculpar su tendencia a los chistes verdes y aburridos ni disfrazar su ignorancia sobre Van Gogh, Chéjov o cualquier otro artista y escritor de los muchos que a ella le fascinaban y despertaban su fantasía. En aquel lugar medio salvaje y apartado de la pretenciosa urbanidad, desaparecían su culpa y responsabilidad ante el pasado. Ella podía volver a ser la amante desaforada mientras Félix hacía valer su derecho a sintonizar un programa de rancheras a todo volumen si con ello lograba hacerle olvidar los acordes románticos de su viejo y querido Chopin. Aquí mi padre estaba más lejos de lo que nunca ella imaginó como separación.

¿Había recuperado mi madre su vitalismo al sancionar definitivamente sus diferencias con mi padre y tomar para sí la mundanidad práctica de Félix? Daba para pensarlo. Las diferencias entre uno y otro no podían ser más elocuentes: Félix era un luchador nato capaz de escalar techos y clavar banderas con la velocidad de un gato montés, mientras que Moisés era un contemplativo que olvidaba cobrar sus honorarios y se abismaba con pensamientos de arrecife. Uno iba trepando por la vida y el otro desbarrancaba oponiendo su oficio a la enfermedad y la muerte. En cuanto a ella, mi madre, su adulterio había escandalizado en otro tiempo a la parentela y a los camaradas de partido, que no le perdonaron que abandonara a uno de los suyos, médico judío comunista, en medio de los deberes del proceso revolucionario. Desde ese punto de vista, mi madre era una pionera. Había resistido las críticas y el aislamiento, pero luego, durante el exilio, se había ocupado de visitar a mi padre y hacerle llegar lo que necesitara, manteniendo hacia él una lealtad que se echó

en falta de parte de los viejos compañeros de templo y colegas de hospital. Cuando regresó, al cabo de diez años, mi madre no dudó en cederle el departamento que ocupaba mientras él no encontrara algo mejor donde ubicarse, y esto a expensas del sacrificado Félix que debió marcharse a otro sitio por unos meses de celibato. Aprovechando la circunstancia, mi madre llegó hasta proponerle un nuevo comienzo, pero mi padre dilató la respuesta, vaciló, reflotó su vieja querella, luego surgió la actriz de teatro Noh y sobrevino el divorcio. Ya no había revolución comunista ni burguesa que justificaran la obsesión ni el cuidado por el prójimo, así que cada cual podía marcharse por su lado.

A lo largo de cuarenta años, sin embargo, mi madre siempre se había mantenido como un satélite ingobernable en relación a él, un ser voluble que se sujetaba al mundo sólo por medio de ese acto de rotación continua que buscaba conmover la aparente inmovilidad de mi padre. Para bien o para mal, el modelo había dado como resultado que la iniciativa le perteneciera; era ella quien lo enamoraba y se casaba, quien tenía hijos y los criaba, se buscaba un amante y lo dejaba, cuidaba su soledad y celaba su compañía, ponía condiciones y acordaba los términos de la nulidad para abrazar su otra vida. Daba la impresión de que en eso estaba cuando adquirió el sitio donde Félix había tenido la brillante idea de trasladar la caña de pescar de mi padre.

¿Era frívola mi madre? ¿Félix era su verdadero socio espiritual y ella nunca tendría que haberse obstinado en casarse con mi padre, alguien que estaba en los opuestos de su actual pareja? ¿O era que Moisés había quedado aislado en su orgullo y con un proyecto de vida partido en dos, sin asimilación posible al nuevo país que había encontrado a la vuelta del exilio ni una comunidad de origen donde guarecerse? Y en medio de ese cuadro, nosotros, los hijos, ¿dónde quedábamos? En el fondo, ¿cuánto había de Félix en mi propia astucia y oportunismo, y cuánto de la férrea moral de mi padre para perseverar en medio de la adversidad?

No lo sabía, pero los contrastes me asediaban como espectros al descorrer el velo sobre ese taller Hamlet que formábamos en la penumbra de la casa de la costa como si fuese la de un castillo

dormido hace siglos. Comenzaba a preguntarme, o más bien comprendía la necesidad de preguntarme sobre esta historia que lastraba mi propia biografía emocional, donde me resultaba fácil reconocer los intercambios y sustituciones adoptadas en el pasado para ocupar el rol de Félix, el mando medio que usurpaba la corona. Si en un principio el deseo clásico buscaba eliminar al padre y seducir a la madre, este caso podía ser visto más bien como un ejemplo de traición vicaria al mandato edípico: impedido de vengar a mi padre en un principesco duelo de espadas, finalmente había decidido plegarme a Félix, emularlo, adoptar su impostura y lugar para sobrevivir en medio del caos del reino que se desmoronaba. Era él, Félix, el usurpador, Félix, quien había servido de modelo, y no mi padre. Ahhh… Freud, Freud: cuánta basura cabe en tu nombre. Ahora tenía los pies en la mierda y las moscas zumbaban alrededor. ¿Cuánta cobardía, de hecho, llevaba acumulada desde el primer compromiso más o menos serio tomado en Caracas? Entonces me había negado persistentemente a tener hijos. Pensaba que aún era demasiado joven para convertirme en padre, pero en estricto rigor era porque no estaba dispuesto a convertirme en *mi* padre. Prefería huir, postergar ese anclaje amargo. A cambio, yo iba a ser Félix, y lo fui: el amor debía traicionar, violentar, abortar, mezclarse, transgredir, pasar a la clandestinidad sin pedir ni dar tregua. El amor debía resistir su emocionalidad. El amor, sobre todo, no debía notarse. El auténtico pecado original era ser percibido por lo demás. Todo el rencor podía reducirse a ese axioma: detestaba la norma del padre que yo debía repetir para mi vida. Por eso había esquivado con todas mis fuerzas la vuelta a Chile. De manera indirecta, volver me obligaba a reconsiderar un patrón de conducta ya derrotado. Mi rabia era rabia con el padre, y sabía que Hamlet se vengaría.

–Lechería, dígale al paciente que espere fuera un momento por favor.

La voz de mi padre cortó en dos el silencio de la sala y aplacó el hongo venenoso que crecía en mi cabeza perfilando oblicuas acusaciones sin respuesta. Con Victoria nos miramos furtivamente, tratando de orientarnos por el reflejo de una llama que flameaba sobre la mesa de centro, donde mi hijo levantaba su propio mirador con las

piezas de dominó.

–Me estás hablando a mí –dije, más como afirmación que otra cosa.

No contestó. Un rumor de napas corría por debajo de la casa y nos aislaba de la distante opacidad del oleaje. Victoria terminó de vaciar un picado de verduras en la olla y se acercó con delicadeza a la mecedora donde mi padre daba la impresión de estar dormido.

–Quizá quiere descansar –sugirió.

Él levantó la vista para observar esa presencia desconocida que, mediante una leve inclinación, lo auscultaba con una cuchara de palo en la mano. Enseguida dio un respingo que pareció alejarlo a muchos kilómetros de allí.

–Usted es la nueva enfermera, ¿no? –dijo muy serio.

Quedé rígido, resistiendo la inquietud de Victoria y de mi hijo vueltos hacia donde me había instalado a manipular recuerdos mientras sostenía la cámara de fotos en el regazo.

–¿Qué ocurre, papá? –pregunté cauteloso–. ¿Te sientes bien?

Un silencio prolongó la duda. Él se puso de pie, avanzó dos o tres pasos hacia la ventana que daba sobre la línea del horizonte y apuntó con la vista apoyada en la oscuridad del mar. Inquieto, apreté el obturador sin darme cuenta.

–Bueno, veo que la situación está controlada –concluyó, girándose no sé si al oír el gatillo de la máquina o porque acababa de cerrar una larga especulación interior–. Mañana seguimos hablando.

Enseguida giró sobre sí mismo y sin necesidad de alumbrarse con una vela, como si conociese de memoria las dimensiones de la casa y el número de escalones que subían hasta la pieza de huéspedes, su cuerpo se fundió en la sombra. Al rato después oímos que comenzaba a roncar.

Entre las muchas paradojas que encierra la enfermedad de Alzheimer, la cancelación del flujo del tiempo es una de las principales para quienes padecen sus síntomas. También, progresivamente limitados por distintos trastornos de motricidad y lenguaje que atacan en las fases avanzadas del mal, los pacientes de Alzheimer se vuelven dependientes e incapaces de ejecutar por sí solos los actos más rutinarios, como cepillarse los dientes o amarrarse los cordones de los

zapatos. Son niños seniles, aunque no sólo afecte a los viejos. Otra característica, y asociada con la anterior, es que esta inmediatez regresiva e infantil repone un vínculo básico con las cosas y objetos de uso cotidiano, vínculo que suele estar extraviado entre las personas sanas, que ven con espanto cómo una existencia productiva y hasta hace poco socialmente integrada se desarticula de pronto hasta volverse un enigma de gestos y voces incoherentes. Siendo así, es normal que sean los cercanos al enfermo quienes en rigor «sufran» el mal y desesperen ante la progresiva pérdida de referencias de los afectados, quienes poco a poco y luego violentamente ingresan en un limbo salvaje donde las nociones de tiempo y espacio carecen de utilidad. Incluso más: si no hubiese conciencia externa del daño, éste podría confundirse sin demasiado esfuerzo con un retorno a lo sagrado, un loop hacia ese pretérito secreto y primitivo donde lo que llamamos «alma» conserva intactas sus relaciones con el origen. Un mundo sin palabras habita la pureza de esos actos como característica del mal. Tocar una peineta dejando correr las yemas de los dedos una y otra vez sobre los dientes de plástico, descoser una almohada llevando el hilo por cada punta del tejido, extraer las hebras de tabaco de un cigarrillo hasta dejar el filtro vacío como un microscópico ducto de ventilación, son todas actividades que se asocian con la imagen que cualquiera se hace de un paciente aquejado de Alzheimer, pero también con los de un asesino serial antes de atravesar la calle o la frenética errancia de un pintor antes de manchar la tela. Detenida en un no tiempo, estática sobre un punto de absorción absoluta, el mal de Alzheimer es una enfermedad sagrada en el patio de una cultura que corre asustada golpeando puertas para volver a entrar en la intimidad perdida. Me digo y repito esto mismo como un consuelo, mientras veo a mi padre extraer una por una las costuras de un saco de dormir en medio de la noche cerrada. Parece un lobo con su cría a la luz de la luna.

En la sala, las plumas y los copos de algodón han transformado el piso en un campo de nieve. Deben de ser las tres o cuatro de la mañana. Mi hijo y Victoria duermen. Me acerco sigiloso para no violentarlo, pero él apenas reacciona. Es posible que desde su perspectiva no quede el más mínimo rastro de futuro. Se ha ido lo que

siempre lo amenazó. Y parece aliviado. Su cara expresa una inocencia inconcebible, y tiene los hombros inclinados hacia delante mientras prosigue su tarea de sustracción y desmenuzamiento. La envoltura del saco ha quedado arruinada, abierta de par en par y fláccida, como un muñeco de trapo desinflado. El cuerpo de mi padre está desnudo. Me doy cuenta de que soy yo quien tiene miedo, no él.

Antes, sin embargo, una señal de preaviso me ha llegado en medio de la noche. Una caída de agua se filtraba en el sueño mientras dormía. Entreabrí los ojos y de inmediato los cerré. Una sombra vacilaba al pie de la cama, sobre el chorro que golpeaba el piso y escurría por la habitación formando una poza profunda donde la imagen flotaba en su dicha. La orina inundaba la cama, pero la tibieza del líquido me protegía del asombro y la vergüenza iniciales. De niño, en la casa de la playa, siempre soñaba con los camarotes flotando en el mar. Al despertar descubría mi propio charco en las sábanas. Pero esta vez el flujo no amainaba ni mojaba. Era más una insidia que algo material y sensible. Volví a abrir los ojos y esta vez distinguí, sin recurso a la duda, el perfil erguido de mi padre que se dibujaba contra la pared. Me levanté de un salto para ir en su ayuda.

–¿Qué estás haciendo? –pregunté estúpidamente, con las plantas de los pies humedecidos.

–El baño –dijo él–. No lo encuentro.

–Ven conmigo.

Logré atraerlo hacia el pasillo y entramos juntos por una puerta contigua, donde era visible la loza blanca del váter gracias a una pequeña ventana adosada a la pared por donde se filtraba la luz de luna. En silencio, mientras él terminaba de orinar, me prometí instalar una placa solar antes de la siguiente visita.

–Me siento mal –dijo.

–No pasa nada –lo tranquilicé, sin darle demasiada importancia y creyendo que se refería al estropicio acuático en la habitación principal–. Mañana estará seco.

Mi padre asintió con escasa convicción y salimos de vuelta a su pieza. Mi hijo dormía en la cama más alejada de la puerta, y dejé a mi padre bajo el umbral para volver a mi cama con una toalla que recogí al pasar y desplegué a modo de esponja sobre el piso encharcado.

Mañana estará seco, reflexioné en silencio antes de enredar las piernas junto a Victoria. Hasta allí la falsa alarma no era más que un falso despertar. Cierro los ojos y vuelvo a dormirme. Ignoro cuánto tiempo transcurre hasta que oigo nuevamente sus pasos dando vueltas en la sala, me levanto malhumorado pensando en una de sus tantas neurosis domésticas, pero al asomarme descubro que esta vez ya no se trata de un desvarío nocturno ni de una desorientación cualquiera.

–Papá. –Me acerco y tomo asiento a su lado, sin interrumpirlo. Sus manos continúan despedazando el saco como si se tratara de una gallina de campo. No sé qué más decirle aparte de invocarlo. Pienso en marraquetas y hallullas. Un escalofrío me recorre el cuerpo. Ya no necesito correr ningún velo para interpretar adecuadamente las señales equívocas sembradas aquí y allá durante los últimos tres meses. Esto es lo que es. Lo que ninguno ha querido ver por pudor o rechazo natural adquiere ahora una dimensión irrecusable frente al delirante panorama de plumas y motas de algodón alfombrando el piso. Me doy cuenta de que he quedado cabizbajo y sin reacción sólo cuando oigo a Victoria asomarse a la sala.

–¿Qué ocurre? ¿Qué está pasando aquí? –murmura ella, y viene hacia nosotros con el pavor alentando su cuerpo, se inclina pero no alcanza a tocarme, y luego queda a la espera, como arrinconada a un metro de donde hemos quedado sentados.

Levanto la vista. Mi padre levanta la vista del saco. Dos presos encadenados a una rueda que se hunde en el barro no lo expresarían mejor. Siento cosquillas en los pies. Ella hace ademán de retroceder, como si hubiese descubierto una intención horrible en el encuadre de película muda que debemos formar. El foco de la luna inunda el centro de la sala y agarra la figura de Victoria por las espaldas, formando un contraluz plateado. Deben de haber pasado dos o tres horas desde el episodio de la orina, porque el disco vigilante y lechoso está ahora inclinado sobre el poniente luego de vadear la casa desde el extremo opuesto.

–Lechería, usted debería estar descansando –dice mi padre. Su tono de reproche es apoyado por una expresión de autoridad dirigida hacia ella. Incómoda, sintiéndose aludida, Victoria intercambia conmigo una mirada que parece ser la última que está dispuesta a concederme.

–Dime qué hago, por favor –implora en voz baja.

Me alzo de hombros. Estoy mudo, desactivado.

–Me parece que usted no quiere escucharme –insiste él.

–Abríguese o se va a resfriar, doctor –dice Victoria, indecisa pero fingiendo naturalidad. Veo con auténtico celo que está logrando salir del estupor antes que yo, porque enseguida agrega–: ¿Quiere que le traiga una frazada?

–Cómo no –dice mi padre, y festeja la ocurrencia con los brazos levemente alzados mientras el saco se abre como la garganta de un pájaro que todavía graznara entre sus manos–. Si eso puede ayudar a una solución. Por supuesto, claro que sí. Hágame el favor. Dígame: ¿hace cuánto que trabaja en el consultorio? Me parece no haberla visto antes por aquí.

Victoria agita rápido una de sus manos, dos o tres veces sin exagerar ni ponerse en evidencia. Mientras finge atender a mi padre, me insta a ponerme de pie para ir hacia la pieza en busca de una manta. Obedezco, tratando de sacudir el abatimiento que me clava al piso. El cuerpo me pesa y tengo los miembros flojos, chupados por la brusca revelación de lo que hasta entonces he podido evadir con tozudez, siguiendo la unánime opinión de la familia que ha insistido en callar que el Rey va desnudo por los pasillos. Esta vez, sin embargo, no se trata de un despiste senil, un vacío pasajero o una simpática jugarreta de la edad que acaba entre risas y recuerdos verdaderos. Mi padre acaba de ingresar al estadio superior de la enfermedad de Alzheimer, un territorio del cual no se tienen noticias claras ni evidencias terminantes sobre la verdadera condición del paciente o el sufrimiento que puede estar soportando. Incluso los especialistas manifiestan dudas al establecer el diagnóstico, ya que no existe ninguna prueba aislada que por sí sola sea capaz de establecer la enfermedad. En el fondo, la ciencia es recusada una vez más por su prudencia empírica y el triunfo se lo lleva la bestia. Lo único seguro es que nadie regresa de allí. Y otra cosa: no están permitidos los compañeros de viaje. Una vez atravesada la puerta y roto el hilo de la sociabilidad, el acceso se cierra a los curiosos que permanecen del otro lado, sosteniendo un simulacro de esperanza con una frazada en la mano por si llega el caso de que mi padre eventualmente logre salir de las sombras algún día.

–El fascículo auriventricular podría estar afectado, ¿no le parece? De otro modo no se explica la excitabilidad, a menos que responda a un vicio valvular de tipo congénito que esté incidiendo en el comportamiento del nódulo.

Victoria dice que sí con la cabeza, y entonces comienzo a sentirme mal de verdad, como si la compasión del escudero traicionara a su señor mientras delira haciendo el recuento de sus viejas hazañas. De inmediato lo cubrimos y llevamos al sofá donde podrá estar más cómodo. Tiene un aspecto auténticamente quijotesco, con las mechas del pelo revueltas alrededor de la calvicie y la expresión desorbitada, carente de armadura y explicación. Veía el delirio y la muerte encima suyo, pero a la vez era como si, por defecto, su indefensión final tradujera el logro de una vida que relampagueaba en su instante de mayor carencia, con la bandera al tope en su última batalla. Una roca que sostiene a quienes la pisan. O ésa fue la impresión que me dio, porque siguió hablando de un modo trágico y preciso, alucinado por fórmulas, síntomas y patologías que surgían galopando en su mente y que él recitaba de memoria, con una devoción y un conocimiento que al oírlo delataban al joven universitario que había sido, hambriento de saber y necesidad, fascinado por los tratados de cardiopatía que había devorado en otro tiempo y que ahora mitigaban su propio dolor como la única orilla conocida en medio de una extrañeza absoluta.

Temerosos de una reacción violenta, con Victoria evitamos contradecirlo y la noche se nos fue en mantenerlo lo más quieto y arropado posible. En las pocas horas que quedaban de aquella jornada fatal, mi padre todavía intentó un par de veces salir a la terraza, agitado por la oscuridad del oleaje que golpeaba en los roqueríos. Se lo impedimos con tretas vergonzosas, y por la mañana, a primerísima hora, despertamos a mi hijo, montamos en el Jeep y partimos de urgencia a Santiago. En el trayecto él no dejó de analizar las disfunciones del anillo fibrotendinoso, las propiedades de la vena aorta, los distintos tipos de bloqueo sinusual y la dificultades que representaba la taquicardia paroxística, dejando caer en cada caso variados consejos sobre la terapéutica adecuada. Su cabeza era una enciclopedia médica que había perdido la memoria.

Tardamos sin embargo varias semanas en confirmar el diagnóstico

con un especialista.

–Es un bosque quemado –dijo el doctor Pichard, ilustrando con la metáfora el tipo de situación que debíamos afrontar con mis hermanos allí reunidos. Y enseguida agregó, con un tono que no buscaba ser conmiserativo ni piadoso, sino más bien didáctico–: Imaginen que su cerebro fue víctima de un incendio que arrasó con recuerdos, referencias, memoria, todo. El único consuelo que puedo dar es que él no lo sabe.

–Conque un bosque quemado –musité, perplejo.

–Sí –apuntó él–. Un bosque quemado donde todavía quedan algunos árboles y ramas humeantes.

Duro y claro, Pichard era un médico no tan joven como los felices pero de una generación distinta a los discípulos de mi padre que habíamos consultado previamente, y que de manera incauta se habían dejado impresionar por el perfecto dominio de la retórica clínica donde él se pertrechaba. El doctor está perfectamente, habían asegurado ellos en sendas oportunidades, tras atender al maestro y despedir al colega en la puerta de la consulta con golpecitos de hombro. Casi de inmediato, y una vez fuera del edificio, los síntomas resurgían en forma de agudos ataques de agnosia donde mi padre volvía a preguntar quién era yo al momento de subirse al taxi, confundía a uno de mis hermanos con el portero del edificio y en la calle regalaba su dinero a quien se lo pidiese. En vista de que la situación se repetía, decidimos variar en busca de una tercera opinión que ignorase los pergaminos del cardiólogo y sólo se preocupase de diagnosticar a mi padre.

–Deben contratar a una enfermera para que lo acompañe día y noche –dijo Pichard a modo de consejo práctico, y anotó en su bloc de recetas una dirección con un teléfono–. Si no es suficiente, llamen a este lugar. Es una clínica especializada en enfermos de Alzheimer. Mientras tanto, quien tenga mayor cercanía con el paciente debe tomar precauciones para evitar convertirse él mismo en un *burn out*.

–¿*Burn out*? –pregunté intrigado.

–Es el síndrome del cuidador quemado, así se le conoce –dijo Pichard, sin abandonar el tono pedagógico. Enlazó luego las manos sobre el escritorio y advirtió–: Quiere decir que si usted se mantiene

todo el tiempo junto a un enfermo de este tipo, cuidándolo y protegiéndolo, muy pronto adquirirá un estrés crónico, sus reservas anímicas se agotarán y su propio organismo comenzará a deteriorarse junto con el del paciente.

Tragué saliva. ¿Acaso no era ése mi caso? ¿No llevaba yo el incendio de mi padre inoculado como un virus desde muchos años antes, mientras soportaba, embestía, neutralizaba, eludía y aceptaba por fin su *mal du pays* como una enfermedad propia que a él lo consumía y a mí me asediaba? La situación era deprimente. Nos despedimos de Pichard y con mis hermanos acordamos para el día siguiente un cónclave donde resolveríamos los cursos de acción inmediatos. Empezaríamos por la enfermera, que debía ser localizada y contratada desde esa misma noche. Acordamos que yo me dirigiría al departamento de la calle Suecia con el fin de preparar su llegada.

–Es inútil estimular el músculo en el período refractario absoluto en que se encuentra el paciente –dijo mi padre nada más verme aparecer en la sala.

A su lado, mi madre intentaba convencerlo de que ingiriera la comida que acababa de prepararle. Cruzamos una mirada cómplice y me senté a observar. Aquel mediodía ella había quedado momentáneamente encargada de vigilarlo mientras los hijos consultábamos a Pichard, y luego de dos o tres intentos de alimentarlo me la llevé aparte para resumirle la situación. En un par de horas llegaría uno de mis hermanos con la enfermera de urgencia para iniciar el cuidado oficial. Controlarlo de cerca era lo esencial, expliqué. No había que darle chance a que saliera solo y se extraviara en la ciudad. Mi madre bajó los ojos. Su mentón se sacudió con un ligero temblor involuntario. Luego miró hacia la sala.

–Bueno, qué le vamos a hacer –dijo reprimiendo un puchero. Enseguida se volvió y levantó una mano buscando mi mejilla–. Pobrecito, pareces tan cansado –agregó como si fijara la ambigüedad de sus propios sentimientos en el roce inquieto de la palma.

–Lo estoy –dije.

–Mejor te vas a tu casa.

–¿Y tú?

–Voy a esperar a la enfermera –replicó–. Quiero conocer a esa niñita antes de dejarla sola con tu padre.

Me reí. No era la primera vez que lo celaba al milímetro. En Buenos Aires había llegado de visita muy poco tiempo después de habernos instalado en Charcas, y más tarde, en Caracas, había aterrizado prácticamente de improviso una noche en que tuve que salir en busca de un hospedaje de emergencia para recibirla. En vista de que por entonces vivía solo, alquilé una pensión para los dos en Santa Eduvigis, un barrio no demasiado violento y al alcance del bolsillo, donde ella podía moverse con confianza, realizar extensas y sombreadas caminatas bajo el follaje de los manglares, hacer amigos entre los demás huéspedes e incluso proyectar negocios raros con la abundante colonia de chilenos, mientras mi padre iba y venía en espera de los exámenes finales de su reválida. Durante ese tiempo, él viajaba constantemente entre Lechería y Caracas, donde por fuerza se topaba con mi madre instalada en aquel lugar como si llevara años viviendo en la ciudad. Obligados a compartir la pensión de manera intermitente, con una pieza reservada para los días en que mi padre se encontraba de paso, los dos formaban el perfecto matrimonio moderno que apenas se habla, nunca se escucha y siempre espía la huella del otro, acogiendo de refilón la presencia del rival sin la cual todo ese movimiento de fintas y amagues pierde sentido. Hoy me resulta imposible adivinar si se odiaban o se amaban durante esa obligada convivencia, pero era evidente que dependían mutuamente de sus excusas para reencontrarse. Mi madre traía a la ciudad papeles que consideraba necesarios para algún trámite de mi padre, ya fuera de jubilación anticipada en Chile o de reválida profesional en Venezuela, y éste solía agradecer su comparecencia con un orgullo filudo y sentencioso, donde no cabía réplica posible mientras Félix siguiera presente, colgado de un hipotético y siempre suspensivo regreso de mi madre a Santiago. Te daré nada o casi nada, parecía ser el lema amoroso de mi padre, que mantenía de este modo un poder innegable sobre el vaivén sentimental de mi madre. Presionada por el imperativo solidario, ella no era capaz de sacrificar a Félix si no contaba a su vez con la seguridad de ser bien recibida por su marido exiliado. En ésas se las llevaban, como gato y ratón, acechando en cada estación de

paso una nueva oportunidad de enrostrarse el error cometido y el que continuaban cometiendo mientras se mantuvieran estables con sus esgrimas en guardia. Las ocasiones para estocarse no habían sido pocas: Buenos Aires, Caracas, Barcelona, París… Durante esos diez años de errancia, no hubo ciudad que no reuniera a mis padres con el único propósito de separarlos nuevamente. En cada oportunidad, volvía a imponerse entre ellos el extravagante rito de habitaciones separadas en los hoteles, departamentos, pensiones, casas de hospedaje y departamentos donde llegábamos a preguntar por precios, mientras la casera o el amigo se extrañaban de tener bajo techo un matrimonio tan mal avenido y al mismo tiempo un divorcio tan armónico.

–Tu padre no perdona –me dijo un día ella, resignada pero sin amargura, saliendo de un largo silencio tras despedirnos de Moisés y de mi hermano mayor en la estación de Austerlitz.

El tren se deslizaba por el extrarradio parisino en dirección al sudeste, en un viaje de invierno que nos llevaba en fuga seudoturística a los templos de Grecia, pasando por Italia y la Yugoslavia de antes de la guerra. Íbamos con la piel tumefacta por el frío y la nieve que continuaba cayendo sobre los techos que raleaban a medida que nos alejábamos de París, sin haber removido aún la resaca de la víspera. Por entonces, mi hermano mayor vivía en Bruselas, y nos habíamos reunido los cuatro en un gélido hotelito del Barrio Latino para pasar juntos la noche de Año Nuevo, queriendo así remedar un poco los viejos encuentros familiares y otro poco para sacar a mi padre de su aislamiento en Lechería con motivo de las fiestas navideñas. Además, mi hermano partiría en los días siguientes a Berlín en una aventura incierta cuyo destino final era La Habana, y sin decirlo creo que todos comenzábamos a resentir un desgarro mayor en nuestras vidas, una imposibilidad de seguir contándonos entre las personas normales, miembros de una familia que habitaban en una casa, se reunían, dialogaban, compartían, se estrechaban y luego se alejaban unos de otros sin demasiado pesar, cada cual con sus intereses definidos y motivaciones claras. Una familia amparada por la Historia, en suma, esa puta estrecha que parecía dispuesta a cobrarnos siempre un poco más caro.

Con el frío de París helando los recuerdos, esa noche de Año Nuevo

apenas logramos terminar los brindis. En verdad, por aquella época, habitábamos en varias fronteras a la vez. No era tanto un limbo como una zona exterior a nosotros mismos, salidos fuera de cauce y sin saber dónde caería cada uno al cabo de este proceso de dispersión continua. ¿Qué había ocurrido con nosotros para terminar de esta forma? Nada muy distinto del resto, sólo que en nuestro caso ya no había centro. O bien el único centro era el cuidado de mi padre y quedaba lejos, en Lechería. Una sirena en el Campo de Marte dio el aviso de medianoche. Elevamos las copas y nos alistamos para despedirnos.

–Tienes que mantenernos informados –dijo mi padre.

–No antes de diez días, en todo caso –advirtió mi hermano, sin sospechar siquiera que pasarían tres meses sin poder dar noticias suyas, encerrado en una habitación de La Habana especialmente habilitada para el suicidio–. Ahí te llamo.

–Buena cosa –dijo él.

Mi madre asintió. Permanecía sentada en un sofá, quieta y conforme con su rol de personaje secundario mientras mi padre buscaba darle una cierta fluidez a la escena que parecía sacada de una imagen de deportación.

–¿Qué vas a hacer tú? –pregunté en un momento.

–Acompañarlos a ustedes mañana a la estación, y después despedir a tu hermano –dijo mi padre, echando un vistazo hacia la calle como si descontara mentalmente las horas que restaban para cargar la maleta–. ¿Cuándo sale tu avión? –agregó dirigiéndose a él.

–Cuarta vez que me lo preguntas, papá –dijo mi hermano.

–¿Y qué me contestaste?

–Que me voy el viernes.

–Ahh, muy bien: el viernes entonces –replicó.

Quedamos en silencio. En pocos días todos dejaríamos la ciudad y luego ocurriría lo inevitable: solo en la habitación del hotel, mi padre se vería forzado a esperar todavía un par de jornadas antes de volar a Venezuela con su pasaporte provisional que le recordaba quién era. Entonces tendría tiempo de sobra para añorar sus días de becario en París a mediados de los años cincuenta, cuando recién casado vino con mi madre a perfeccionarse en cardiología. El tiempo, los afanes, el matrimonio, los hijos y la misma medicina provocarían en él acaso una

impresión de completa inutilidad. Ante la estupidez de la derrota, el desaliento sería inevitable. Mi hermano vació el champán que quedaba y bebimos los cuatro a la salud de un mejor año para todos. Pero aquello era un simulacro de festejo, un fuelle roto que se plegaba con mucho esfuerzo y enseguida se expandía entre gruñidos sordos, dispersándonos en medio de una sequedad inconmovible. Afuera, en la calle, seguía nevando intensamente. Casi enseguida nos retiramos a dormir.

Al día siguiente, sin embargo, un reanimado sentimiento de liberación y desahogo me invadió. No era nada nuevo, y ya en ocasiones anteriores un entusiasmo idéntico me había alentado a saltar fuera del saco roto y cambiar la piel vencida por otra cuya utilidad final ignoraba. Vivía con la sensación de que, por un efecto no buscado del deshuese familiar, sólo cabía seguir adelante. Era mi consigna. Temía además que cualquier lazo gregario redujera o trivializara la experiencia. En esas circunstancias, viajar, perder ciudades sin apuro ni peso, era el único consejo legítimo que estaba dispuesto a recibir, y en la cabina del tren, sentado ahora junto a mi madre, procuré fijar una idea que empezaba a adquirir forma definitiva en mi cabeza: renunciaría a una vida acordada por los hechos. Debía terminar con el paréntesis del padre, empezando por el mío propio. Imponerse sobre la derrota, si acaso se trataba de eso. Era una decisión tomada, lo veía claro; el encuentro de Año Nuevo en París cerraba con su tristeza chejoviana el ciclo de obediencia al exilio, y ese viaje en tren con mi madre hacia el clima más templado de Grecia parecía engalanar semejante proyecto. El tren adquiría velocidad, y ya podíamos abrir la boca sin temor a ser malinterpretados luego de dejar atrás la reunión de familia en aquel miserable hotelito de París.

Fue entonces cuando mi madre habló:

–Tu padre no perdona.

–No *te* perdona –dije yo, corrigiéndola con el acusativo.

Ella no contestó la provocación. Horas después me arrepentí. Hacerla enojar era difícil. Su carácter se acomodaba con una facilidad asombrosa a las nuevas circunstancias, por complejas que fueran, y durante el tiempo que habíamos compartido en la pensión de Santa Eduvigis, en Caracas, o más tarde, en el piso de la calle Hospital, en

Barcelona, nunca tuve que ocuparme de ella ni recrear su estadía con excursiones folclóricas. Mi madre tomaba lo que venía, y se entregaba con el mismo placer tanto a una reunión de bar como a un travesía por las islas griegas. Esta vez no fue la excepción. Dejó pasar mi comentario y sólo horas después, como avisada por un consejo interior, retomó el tema donde mismo lo habíamos dejado asomarse. Para ella el matrimonio con mi padre había sido una experiencia feliz, plena a lo largo de casi veinte años, hasta que comenzó a desmoronarse a fines de la década de los sesenta. Las causas ella no podía atribuirlas a nada en particular, pero sí existía un hito que en mi recuerdo no era indiferente, cuando decidieron abandonar la casa de Ramón Escobar, en la comuna de Ñuñoa y donde había transcurrido nuestra infancia, para mudarse al impersonal y aséptico barrio de Vitacura. Detrás de aquel cambio no latía un anhelo de ascenso social, como a veces yo me había inclinado a pensar, sino un deseo de mi padre por no eternizarse en la vieja casa que pertenecía a la familia de mi madre, y de la que habíamos usufructuado durante años. Era su propio anhelo de independencia, largamente trabajado, el que impulsaba a mi padre tras el proyecto. Para hacerlo realidad, había invertido todos sus ahorros en comprar el sitio y hacer construir la nueva casa, pero a medida que la edificación avanzaba y el tiempo de entrega se acortaba, mi madre experimentaba un desapego creciente frente al entusiasmo de su marido. Muy probablemente, en los días que visitaban las obras en el acomodado eriazo de Vitacura, mi madre ya se imaginaba convertida en un florero más de los arreglos de claveles y crisantemos que los pacientes agradecidos harían llegar al venerable médico en su nueva morada. No tardó entonces en darse cuenta de que los hijos ya no eran niños, el marido vivía fuera de la casa, y ella se había quedado empantanada. Antes de concretar la mudanza, me confesó, su matrimonio había entrado en crisis terminal.

–¿Nunca hablaste con él? –pregunté–. ¿No se te ocurrió avisarle cómo te sentías?

–Muchas veces –dijo–. Pero estaba todo el tiempo ocupado con sus cosas. Ya sabes cómo fue eso. Hasta que un día me invitaron a pasar un fin de semana a unas termas, y a tu padre justo se le ocurrió visitarme. Creía que estaba con una amiga y llegó a verme, pero se

encontró con otra cosa. Fue una escena horrible.

Creo que guardé silencio y dejé que el traqueteo de los rieles cubriera mi asombro. Era la primera vez que escuchaba íntegramente la historia de su separación, y el hecho de que fuera ella misma quien la relatara neutralizaba cualquier juicio que yo tuviese al respecto. La «otra cosa» a la que hacía referencia no era sino Félix, por supuesto, y hacia él yo guardaba sentimientos contradictorios: a veces pensaba que había salvado la vida de mi madre, y otras que era ella quien lo había rescatado de la nada. No hablamos mucho más esa noche. Cuando ya amanecía, oí a mi madre revolotear por encima de los bultos arrumbados en la rejilla de la cabina. Llamé su atención entre sueños, sin comprender lo que ocurría.

–Necesito agua, no puedo más… –murmuró ella, agitada. Estaba de pie sobre su asiento, hurgando en la mochila de una italiana que roncaba frente a nosotros–. Sé que guardó una botella aquí, la vi meterla dentro antes de dormirse.

Parecía auténticamente desesperada. Me incorporé. Déjame ayudarte, le dije. ¿Por qué no vas al baño? Ya fui, me contestó, en medio de su agitación. Está congelada. No sale una gota. En la llave hay un cubo de hielo. Anda a ver si no me crees, advirtió. Sí te creo, le dije en sordina, zamarreando el cordón de la mochila mientras intentaba abrirla. El frío era extremo y el tren se deslizaba a toda velocidad por un paisaje blanco, sumergido en la nieve. Debíamos de estar ya muy lejos de la frontera. Finalmente logré aflojar el nudo y metí la mano. Una forma redondeada le dio la razón a mi madre. Esto es una locura, le dije extrayendo la botella. Parecíamos dos carteristas husmeando entre los bolsos. No entiendo lo que te pasa, dije. Yo tampoco entiendo, replicó, y sin mayor trámite me arrancó la botella de las manos y se puso a tomar del gollete como si llevara semanas alucinando en el desierto. Déjale un poco a la italiana para que no se enfurezca, le dije, viendo que tragaba sin discreción. Pero no me escuchaba. Tomó y tomó hasta vaciar el contenido, y cuando la italiana despertó en la mañana y preguntó en voz alta a los pasajeros quién era el *cazzo* que se había metido en su mochila durante la noche, mi madre ya tenía la boca pegada a una manguera de la estación donde nos habíamos detenido por veinte minutos. Estábamos en

Yugoslavia, y la glucosa formaba burbujas en la sangre de mi madre. Al volver de ese viaje de espanto y confesiones a lo largo de la costa adriática, supo que estaba seriamente enferma de diabetes.

El diagnóstico tuvo para mi madre un efecto provocador. Obligada a seguir un régimen estricto, dedicó gran parte de su energía en transgredirlo como si pulsara con la enfermedad. Bastaba que Félix o cualquiera de sus hijos se volviera de espaldas para que ella extrajera un bombón de chocolate atesorado en algún bolsillo secreto, manifestando de este modo su voluntad de endulzar su vejez a pesar de la salud. Ante esta conducta recurrente y contumaz, mi padre había mantenido una inalterable distancia profesional, y no intervenía salvo en las emergencias, cuando ni las inyecciones de insulina ni las rápidas ingestas de medicamentos parecían poder evitar el riesgo de un shock diabético. Sólo entonces su voz autorizada se hacía oír mediante un potente y definitivo consejo clínico que era seguido como artículo de fe en medio de la urgencia. En ocasiones como ésas, yo pensaba que la exposición de mi madre a su enfermedad operaba como un último recurso para llamar la atención del médico de la familia, que de otra forma no se mostraba dispuesto a transigir en su negativa de mezclar rencores con glicemias. Finalmente, el juramento hipocrático podía más que su orgullo, y Moisés se apuraba en salvar la situación con trato severo, recurriendo a un estilo técnico que no solía utilizar con sus pacientes habituales, y que probablemente humillaba a Félix tanto como a mi madre en su afán de correr peligro y mostrarse necesitada. El Alzheimer modificaba el orden de los factores, sin embargo, y ahora era mi madre quien se ofrecía de motu proprio a cuidar de él, de la misma forma que Félix cargaba siempre consigo un par de jeringas y había aprendido a leer los niveles de azúcar en la sangre para vigilar su diabetes.

–No se agite demasiado –aconsejó mi padre cuando volví a la sala para retirarme–. Hay un pequeño abombamiento de la región precordial que debemos tratar, pero el choque de la punta indica que la resistencia es normal.

Agradecí la precisión del informe imaginario tal como cientos de veces había oído a sus cardiópatas verdaderos alabar con devoción la serenidad que les transmitía, le sonreí a mi madre y di media vuelta

para dejarlos solos. Estaba decaído, y regresé al condominio pensando que acaso fuera ella, y no yo, el cuidador que se quemaba. De hecho, sin decirlo ni ponerse al descubierto, era mi madre quien lo había mantenido bajo foco durante años, lejos o cerca pero sin perderle el paso, soportando sus negativas y despechos con paciencia considerable. Era curioso que, una vez divorciados y enfermos los dos, revalidaran sus votos de matrimonio a escondidas de Félix, y volví al condominio imaginando sin esfuerzo el alevoso recogimiento sentimental de mi madre ahora que disponía de su ex marido en actitud rendida por todo el tiempo que quisiera.

–Anda tranquilo, yo me encargo –había dicho ella al despedirme en la puerta del departamento de Suecia. Finalmente había quedado situada a la cabecera y con pleno control de la situación, por sobre hijos, amantes, colegas, camaradas de partido y familiares directos. Era su consuelo y su victoria sobre la ruptura y el rechazo, pero también la esquiva lealtad que acudía en la hora de sombra, cuando él ya no podía reconocer en esa mujer al rival que necesitaba.

Comenzaba a oscurecer cuando atravesé el parque comunitario. Iba cabizbajo y pensativo. Me oprimía pensar en mi padre como un delirante senil. Prefería verlo derrotado pero sereno como durante sus años de exilio en Lechería, o estoico y contenido como cuando bajó del avión y abrazó uno por uno a cada familiar, amigo o colega que se amontonó a recibirlo en el aeropuerto. Cualquier cosa menos la invalidez mental.

–Hola, señor fotógrafo –dijo Manuela cuando me vio aparecer sobre el linde que separaba las dos casas.

Levanté la vista hacia la voz cantarina que llamaba a menos de dos metros, en el extremo opuesto del cuadrilátero que formaba la tupida línea de arbustos que separaba un patio de otro. Manuela regaba el pequeño antejardín sosteniendo el chorro en una pose desvaída, con una mano en la cadera y el cuello ligeramente doblado hacia el charco que comenzaba a formarse bajo la enredadera.

–Perdona, iba muy distraído –me excusé, y agregué más por cortesía que interés–: ¿Cuidando las flores?

–Las espinas –dijo ella, sin deshacer su postura hipnótica.

La respuesta me agradó. Llevaba puesta una falda de verano, ligera

y con dibujos de colores que subían una cuarta sobre sus rodillas y dejaba las piernas desnudas, salpicadas por minúsculos globos de agua que saltaban de la boca de la manguera y brillaban en la luz crepuscular. Tenía muslos contundentes a pesar de su estatura, o más bien era un atributo de su figura pequeña y elástica, como la de una voleibolista en reposo.

–¿No quieres un café? –dijo antes de que me volviera–. Pareces abrumado…

–Puede ser –le di la razón. Necesitaba estar solo y al mismo tiempo agradecía cualquier forma de compañía. Como cuando te dan una muy mala noticia y el nervio comienza a protestar contra el abandono–. ¿Ahora mismo? –pregunté.

–Sí –dijo ella, dejando caer la manguera que escurrió a sus pies. Algo de ese movimiento alivió la presión que me oprimía. Manuela levantó una pierna para evitar mojarse y la sandalia, de suela plana y abierta sobre el empeine, se deslizó fuera del engarce de los dedos. Hice clic. Al menos mi ojo había vuelto al trabajo. Lo tomé como una señal de que recuperaba cierto equilibrio a pesar de las funestas novedades del día–. Te espero –agregó ella antes de inclinarse para cerrar la llave del surtidor colocada bajo un rectángulo de cemento.

Mi retina se zambulló en la corrida de su falda sobre el muslo oscurecido. Todavía genuflecta, apartó con una mano el pelo color trigo que caía sobre su cara. Una parte del rostro siguió escondido. Nos sonreímos de un modo artero. Entré a dejar el bolso y enseguida volví a salir para atravesar el cerco. La puerta estaba entreabierta y la voz de Manuela llamó desde el interior cuando me oyó tocar. Permiso, dije, y cerré a mis espaldas. En el cubículo de la cocina, detrás de una mesa en altura que hacía las veces de comedor, bar y pasaplatos, Manuela se afanaba con la máquina del café.

–¿Y René?

–Hoy le toca turno –dijo ella–. La medicina es un apostolado, aunque eso ya lo debes de saber por experiencia propia.

–Sí, era la rutina de mi padre.

–¿Por qué hablas en pasado? Hace poco se veía muy bien.

–Está enfermo –dije–. Precisamente, vengo de ver al neurólogo.

–¿Por eso estás así?

–Supongo –dije, torciendo la mirada y alejándome hacia la sala.

Quedamos en silencio, bruscamente, sometidos a lo que parecía una pausa en medio de una incómoda relación de hechos. Expectante, Manuela protegía con ambas manos el recipiente de vidrio donde acababa de echar el agua para el café, acaso esperando de que yo terminara de darle el malhadado diagnóstico mientras pasaba revista a la pequeña biblioteca médica reunida sobre unos estantes de ladrillos. Allí estaba lo único que en ese momento me estimulaba realmente del living de los felices: libros de fisiología, terapéutica clínica, enfermedades hereditarias, principios de patología cardiovascular. Levanté un volumen y hojeé al azar: cantidad de mercurio en la sangre, movimientos presistólicos, qué es la hemoglobina, cómo se forma el plasma y se obtiene el suero, dónde se genera el latido del corazón, por qué un masaje vascular es discontinuo. Cuánta indecible tristeza se ocultaba allí. Parecía un antipoema. Si pudiera cambiar de vida, pensé en un relámpago lejano, rebobinar la falsa vida de fotógrafo que llevaba. Estudiaría medicina, sería un hombre real y leería libros reales, que sirvieran para solucionar problemas reales. Si acaso me decidía, incluso podía pedirle a los felices que se transformaran en mis tutores: clases vespertinas en la casa del vecino, sábados incluidos, dos a tres horas diarias, anatomía con Manuela y epidemiología con René, hasta cumplir el sueño de mi padre y salir de allí convertido en el nuevo doctor de la familia. Así cuidaría de su mal tal como él intentó hacerlo con sus padres cuando se decidió por la cardiología. Llegó tarde, por supuesto. Pero siempre se llega tarde donde más queremos ir.

Una agitación de plumas rumoreó a mis espaldas. Era Manuela.

–¿Y? –oí que decía a mi lado, casi encima del hombro.

–Y ¿qué? –dije volviéndome.

La cortina de pelo lacio había vuelto a caer sobre su frente, velando parte de la cara oculta en una declarada ambivalencia, como una criatura del bosque agazapada detrás del follaje. Me espiaba y yo era su cazador. Un deseo explosivo turbó de pronto la prudencia necesaria. No, me dijo ella, apartando con la palma abierta la proximidad que se deshacía. Esto no está bien, señor fotógrafo. Su lengua pequeña y carnosa se retractaba y latía con precipitación, recogida dentro de la

boca traviesa. Paladeaba su rechazo sacando provecho con una resistencia húmeda, como una anfitriona que no sale a abrir la puerta y observa desde la sala cómo su invitado equivoca la entrada, llega al patio y se pierde por corredores clausurados. Una anfitriona feliz, pensé entre la rabia y el cansancio de la sangre que renunciaba. Pasé dos dedos por sus labios como si frotara un fósforo mojado, hasta diluirlo.

–Sólo quería distraerme un poco –dije.

–Yo también.

–Entonces estamos de acuerdo, vecina.

–Ése es el problema, vecino –acotó con aire de sabiduría.

–Quizá otro día te hago una foto –propuse.

–Y yo te enseño mi especialidad.

–Es un buen trato, mientras no sea tanatología.

Ella se rió. Dio media vuelta y fue a recoger el recipiente del café que reposaba sobre la mesa. Su trasero bailaba coqueto y espigado dentro de la falda, recogiéndose orgulloso en la funda de colores. Era una fantasía que se escabullía, nítida, entre el principio de placer y el de realidad. Lo mejor era darle la razón. Arruinar la felicidad de los felices no era una buena idea. Tarde o temprano, las leyes de buena vecindad se cobrarían venganza y sólo quedaría el rumor del sexo veloz como una finta no del todo lograda. Yo sabía sin embargo dónde se originaba esa ilusión, y Manuela probó intuirlo a su vez.

–¿Puedo ayudarte en algo? –dijo–. Me refiero a tu padre.

–¿Sabes cómo curar el Alzheimer?

–No.

–Me lo imaginaba.

–Lo lamento. –Manuela me alcanzó una taza.

Asentí y quedamos en silencio, parados uno frente al otro, bebiendo café con la vista un poco perdida, como si constituyéramos un matrimonio ni tan joven pero al menos reciente que ha salido a mirar casas por los barrios emergentes y lleváramos en el bolsillo los primeros ahorros considerables para asentar la alianza en una villa comunitaria como ésta, pacífica y protegida, con inmuebles de dos o tres ambientes que permitieran variadas ampliaciones por imaginarias que fuesen, dedicando largos minutos a contemplar posibilidades y

medir espacios hasta convencernos a nosotros mismos y vislumbrar la oportunidad de una decisión correcta, porque ya estamos, esto es, aquí es donde debemos quedarnos a sembrar el próximo toque de clarín hacia la orilla verdadera. No era tan difícil, después de todo.

–Estaba rico –dije.

–Cuando quieras. –Manuela recogió la taza con una delicadeza exagerada, como si hubiese seguido mis pensamientos de cerca y los aprobara.

–Creo que me voy a mi casa.

–Ya sabes, si necesitas algo aquí estoy.

–Claro. –Sonreí y me alejé hacia la puerta.

Manuela me siguió con los ojos. Giró levemente la cabeza y una mitad de su cara volvió a quedar oculta, abombada por la compacta y breve cascada de pelo que se curvaba sobre la línea del mentón. Los labios se insinuaban entreabiertos, turbando la imagen que cualquiera podía hacerse de una doctora.

–No me dijiste cuál era tu especialidad –dije antes de abrir.

–Odontología –se burló ella.

Salí sin contestar. Antes de vadear el linde de arbustos y abrir la puerta de mi casa, ya estaba arrepentido. Ahora era absurdo volver. La fatiga me venció y sin pensarlo mucho me desnudé y metí el cuerpo entre las sábanas. Era tarde cuando desperté con los pasos de Victoria en la pieza. Encendió la luz del pasillo y comenzó a desvestirse cuidando los movimientos para no hacer ruido. Volteé a mirarla. Estaba al pie de la cama. Al contraluz, la línea de sus caderas quebraba el eje vertical de la puerta y expandía la línea de un horizonte de carne firme y perfecta. Salió del cuarto un instante y llamé con un deje de desesperación al pensar que se iba. Victoria, dije. Aquí estoy, repuso ella desde la sala o la cocina. Claro que me había visto. Por supuesto que dormiríamos juntos esta noche. Dejé que se moviera a su antojo. Dejé que fuera por un instante todavía el sueño posible de lo que pensaba sería la vida. Casémonos, dije luego, y podría haber dicho: separémonos, porque fue como perforar un agujero muy fino en el muro para llegar a su oído. Ella se dio cuenta, porque sentí el aire suspendido del otro lado y escuché luego unas pisadas cautelosas que se aproximaban al cuarto. Enseguida vi que asomaba el cuerpo bajo el

umbral y permanecía allí, esperando, apoyada en el canto de la puerta, sin hablar, con la luz del pasillo marcando los hombros y el pelo revuelto. No sé cuánto rato. El eje volvía a ser vertical, pero esta vez con las líneas de su cuerpo ocupando el centro. Sí, todo era cuestión de líneas y diagonales sobre el plano: el amor vertical, el sexo dibujado por una horizontal, los puntos de fuga disparados hacia los costados del encuadre. Casémonos, repetí, sin moverme yo también, con la cara pegada a la sombra.

Todas las aprensiones que abrigué desde el primer día del diagnóstico de Pichard quedaron confirmadas en los meses siguientes. Mi padre empeoró de manera proporcional a la incapacidad creciente de las enfermeras que se turnaban día y noche para contener sus delirios y escapadas por la ciudad. En vista de que la situación se tornaba peligrosa, con mis hermanos tomamos el consejo médico y mi padre fue internado en una clínica especializada, eufemismo que los neurólogos y geriatras utilizan en estos casos para designar la antesalas del irremediable final.

La casa del Alzheimer era un limbo de almas que se preparaban a viajar. Los pacientes hacían ejercicios físicos en barras especiales desde la primera hora del día, caminaban interminablemente sobre un mismo punto en medio del sordo rumor de las cintas mecánicas, y se distendían frente al televisor cuando quedaban exhaustos. Parecía un gimnasio de mantenimiento biológico para mentes idas, aunque en el caso de mi padre era sorprendente comprobar que la estructura de su pensamiento continuaba incólume cuando abordaba bajo cualquier pretexto la temática médica. Entonces su libertad resurgía, ajeno a la ruina que homologaba oficios, religiones y clases entre los enfermos que pululaban en buzo por las habitaciones y pasillos de la casa.

Mi madre iba allí y lo visitaba en horarios desusados, o se instalaba a hacerle compañía durante las mañanas en que Félix salía a su trabajo de gerente transportista. Se presentaba como «la señora del doctor», y se acoplaba a su mutismo o lo ayudaba en los ejercicios con una pizca de malevolencia al franquear sin oposición los caducos reparos de su terco marido. Ella hacía de bastón y piso al mismo tiempo, y entre ambos mantenían largas conversaciones encerrados en un solo alegato

de recién casados. Era una inversión curiosa, porque ahora el nuevo amante de mi madre era mi padre, mientras Félix resignaba su chance al rol de marido engañado, con lo que se confirmaba la incurable disponibilidad de las mujeres hacia el adulterio, que en este caso, el de mi madre, adoptaba la venturosa forma de una fidelidad extrema, casi redentora. O así interpreté sus visitas, hasta el día en que me enteré de que había contraído matrimonio con Félix de manera oficial aunque secreta, aprovechando un viaje turístico a Paraguay donde aprovechó la liberalidad jurídica y la ausencia de testigos para honrar la peculiaridad de su alianza.

–¿Te vas a casar? ¿Para qué? –preguntó ella cuando se informó de mis planes con Victoria, y luego agregó, notificando de sopetón su nuevo estatus–: Es una lata, yo me casé de nuevo y no cambió nada. Al contrario.

Quedé tieso. Íbamos camino a la casa del Alzheimer para recoger a mi padre, como hacíamos todos los sábados por la mañana en que lo llevábamos de paseo y terminábamos en un cafetín sorbiendo helados cuando ella dejó caer la novedad como una cuestión secundaria. La miré sin soltar el volante, impresionado por su brusca sinceridad. Apenas lograba asimilar la noticia, y en ese minuto sospeché que fuera sólo una bomba de humo que ella lanzaba dentro de la cabina del Jeep con una mezcla inconsciente de despecho y celos ante mis proyectos matrimoniales.

–¿Te casaste? –pregunté, indeciso, tras una pausa que estallaba por dentro–. ¿Me estás hablando en serio?

–Claro –replicó en tono de sorpresa–. ¿No es lo normal, lo que todo el mundo hace cuando está con un hombre?

–Mamá, llevas casi un cuarto de siglo viviendo con él, ¿por qué te casas ahora?

–Se nos ocurrió –dijo, y había en su explicación un deje infantil, ligero y tan decididamente irreflexivo que logró inquietar las perspectivas que yo mismo abrigaba con Victoria–. Así que aquí estoy –agregó con candidez.

Luego abundó en algunos detalles, pero no me animé a felicitarla. Además de impresionante, el anuncio me resultaba inverosímil tanto por el hecho como por las circunstancias que lo rodeaban, con mi

padre declaradamente enfermo y asistido al milímetro por ella misma cada mañana en que lo visitaba con devota puntualidad. Recuerdo que circulábamos por la calle Manuel Montt, ya casi llegábamos a la casa del Alzheimer, y en mi desconcierto yo no sabía si estrellar el Jeep contra el muro de la Escuela de Suboficiales, devolver a mi madre a su departamento o dejar que continuara internándose en el bosque donde se incendiaba con mi padre.

–¿Desde cuándo que estás casada? –pregunté, con un breve estremecimiento.

–Uy. –Alargó el sonido para graficar la extensión de su escondite–. Después de firmar la nulidad con tu padre. Creo.

–¿Y no le avisaste a nadie?

–No, ¿para qué? –afirmó–. Un día lo decidimos y al siguiente lo hicimos, aprovechando un fin de Semana Santa que nos arrancamos a las cataratas de Iguazú.

–Buena fecha –dije, picado por un secreto que había prolongado en el tiempo sin que nadie en la familia se enterara, un secreto de enamorados que había regresado de Paraguay con mi madre aparentemente liberada de culpas y deudas impagas, pero que ahora se revelaba como una situación imposible. Sin poder contenerme, agregué–: ¿Quedaste contenta, al menos?

–No, pero tampoco tiene ninguna importancia. –Y su cara se dobló en una mueca irónica que sonreía sin pesar, como si alcanzara a fijar la vista más allá del hastío y la desilusión que coronaban su increíble capacidad de mudarse a territorios donde no quería llegar. Giró para mirarme y mantuvo los labios curvos, burlones, apretados en una negativa soberana–. Es así –agregó, zanjando el tema–. Nos casamos y ahora cada uno hace su vida.

–¿Qué vas a hacer tú? –pregunté, tratando de ajustar piezas en el rompecabezas de mi madre.

–Cuidar a tu padre, claro –dijo ella con seguridad olímpica, nada fingida.

–¿Y Félix?

Hizo un gesto de rechazo o indolencia, como si espantara un enigma que no lograba resolver sola. No hablé más. Su descripción de todo el asunto correspondía exactamente al modo en que ella había vivido sus

decisiones sentimentales, es decir no como reconocimientos afectivos sino como errores largamente madurados, deslices definitivos que escapaban de sus manos y cuyas consecuencias volvían sobre sus hombros con el peso de un secreto arrepentimiento. Era su característica, la que había primado en su separación con mi padre, y la conciencia que ella misma poseía de este aprendizaje hacía que sus reacciones fueran impredecibles. Pensé que vivía bajo el signo del amor de Swann. Por eso el gesto de repudio no iba dirigido tanto hacia Félix como hacia la recurrente inversión de sus sentimientos, focalizados siempre sobre el lugar incorrecto. Pero había algo allí que yo aún no lograba identificar, una motivación nada trivial que se me escapaba bajo la máscara de su impenetrable frivolidad. Como si bajo el indolente bostezo del engaño, ella optara por esconderse ante la ciega necesidad de sentirse amada. De momento, sin embargo, yo sólo sabía que debía vigilar las pasiones que me heredaba.

Llegamos a la casa del Alzheimer en silencio y me dediqué a observarla durante el rato que estuvimos con los médicos y enfermeros. Mi padre hacía su rutina de ejercicios en la pequeña sala habilitada como gimnasio, sin advertir nuestra presencia, mientras ella solicitaba un informe detallado de la última noche. Tal vez era yo quien se equivocaba al enjuiciarlos; tal vez los hijos hacen mal en adoptar poses de fiscal para atormentar la vida de los padres, sin darles la oportunidad de que alguien, un testigo externo, pueda alegar por ellos. Dejé que mi madre se ocupara de vestirlo y ayudarlo, y luego salimos de allí en dirección al cafetín. Mi padre iba sentado al lado, con las manos en el regazo y los hombros rectos, con la mirada al frente y una expresión saludable, distendida, notoriamente beneficiada por la gimnasia que había borrado momentáneamente las huellas de su padecimiento, sin importunarse por la posición de mi madre que asomaba entre ambos asientos, con una mano apoyada en su hombro y la otra sujeta de mi respaldo. Hablaba con dulzura del verano que se iba. Era mediados o fines de marzo y, vistos desde fuera, ofrecíamos una estampa de perfecta normalidad familiar, geométricamente dispuesta en razón de la edad y sus relevos, como si por efecto de una súbita corriente de energía millones de cromosomas dispersos alinearan las células del tiempo y condensaran su abanico en una

epifanía doméstica. O fue lo que ocurrió inmediatamente después, cuando estacioné y tomamos asiento al aire libre en una mesa un poco apartada del gentío, lo que me hizo pensar en la escena del cafetín como en una suspensión, una fisura del hábito que se dejaba penetrar por coordenadas autónomas, no completamente identificables y donde latía una oscura belleza sin amo. Podíamos ser otros, ya éramos otros a decir verdad, y el fantasma se encarnó al instante siguiente.

–No lo puedo creer; mira quiénes están aquí –oí que decía una voz femenina desde la mesa contigua, y enseguida agregaba–: Pero si son *ellos*.

Mi madre levantó la vista sobre mis espaldas y giré sobre la silla. Tampoco yo daba crédito a la repentina invocación. Me levanté de un salto, mientras mi padre alzaba la mirada buscando distinguir la singularidad de esos rasgos que se acercaban a nuestra mesa con la expresión conmovida de una pareja de resucitados. Nos abrazamos. Mi madre los besaba y sus ojos se humedecieron. De pronto hizo uno de sus pucheros clásicos, su mentón tembló.

–Hace años que no sabemos nada de ustedes –dijo Consuelo.

–Les seguíamos la pista, pero no más que eso –corrigió Gabriel.

–¿Y ustedes? –preguntó mi madre.

–Así como nos ves ahora –dijo Consuelo.

–Somos una foto en medio de un terremoto –rimó Gabriel, dando a entender que la frase constituía una carta de presentación invariable a lo largo de los años. Y agregó–: Sólo que estamos un poco más viejos.

Parecía el truco de un duende melancólico. ¿De verdad estaba ocurriendo aquel encuentro del narrador con el tiempo recobrado? No era sólo que mis padrinos surgieran de la nada, como una ilusión causal provocada por la lenta sombra de parra que nos cubría; ni tampoco que hubiesen pasado treinta años sin verlos ni saber nada de ellos, exactamente desde la época que se apartaron de mis padres para evitar tomar partido por cualquiera de los dos cuando se separaron; ni menos aún que yo interpretara la aparición de Gabriel y Consuelo como un sucedáneo sentimental del derruido espíritu bienpesante que había hecho progresar a esa generación y luego, por los mismos motivos, la había quebrado en pedazos. Podía tomar cualquiera de estas justificaciones, útiles para explicar mi desconcierto, pero ninguna

bastaba para sostener el alumbramiento que nos elevaba a centímetros del suelo y nos apretaba en una imagen de clan, cerrada al mundo exterior y única en su milagrosa ambigüedad. La foto de una vida, pensé mientras una imagen muy distante se tornaba inmediata y rebobinaba salvando desconfianzas.

Los padrinos tomaron asiento en la mesa y el diálogo derivó velozmente hacia una reconstitución de episodios discontinuos donde el punto muerto seguía siendo el exilio de mi padre. Como si quisiera disculparse, Gabriel dio a entender que no se habían contactado en parte por escrúpulos y en parte también porque sus amistades ya no eran las mismas de antes. Del mismo modo que habían dejado de verse con mucha gente cercana, comprendí que también sus antiguas relaciones con el mundo se habían ido apagando sin llegar a renovarse. Acaso no lo necesitaban. Gabriel había seguido adelante en su trabajo de editor, permaneciendo en Chile junto a Consuelo a pesar de las dificultades para ejercer su oficio. Sus hijos, en cambio, habían partido fuera. Desde entonces estaban solos. Se las arreglaban con el poco dinero que Gabriel rescataba de la jubilación, modestamente y sin hacer ruido, visitando a los parientes en el exterior cuando los ahorros lo permitían. Por sus palabras, por la cordialidad que ponían en explicarse, incluso por las vestimentas un poco demasiado cuidadas que llevaban para ir a sentarse un sábado a la terraza de un café, era notorio que vivían un desarraigo corrosivo y sin heroísmo, forjado en el apego a una moral en franca retirada y atentos a las nuevas costumbres inmobiliarias que los arrinconaban un poco más cada día. Al rato de estar allí escuchándolos, me di cuenta de que, sin salir del barrio, Gabriel había transitado el camino opuesto al de mi padre para llegar al mismo resultado. Añoraba un sitio y una velocidad dialogada que ya no existía, y sintiéndose primero repelido y luego excluido de una ciudadanía económica que por edad ya no lo contemplaba, justificaba su remoción con la misma ingenuidad con que mi padre había apostado su judaísmo a la revolución proletaria. Ambos habían buscado diluir los orígenes y sus ambivalencias de identidad en una solución que neutralizara el problema, y la fórmula nacional había sido para Gabriel lo que el comunismo para mi padre: un modo de pertenecer, de encajar en algo. Pero ningún recurso patriótico o

político podía salvarlos del derrumbe; el de mis padrinos, como el de mis padres, era un capítulo más en la crepuscular novela de esa generación de profesionales progresistas que había solidarizado con los desplazados y oprimidos que se ocultaban en ellos mismos. Ahora el burgués se recluía en sus hábitos y el judío retomaba su lugar en el torrente sanguíneo. Sentado allí, con la actitud de un maduro adiestrador de equitación, aparentemente yo era el único vínculo que encontraban para charlar con la nueva época. No dejaba de ser un curioso papel para alguien que había puesto sus mejores años y el más duro empeño en huir de los mayores. Cuando se incorporaron, una mezcla de sentimientos encontrados opacó la despedida. Los vi de pie y de pronto me sentí impelido a retenerlos, maravillado por la rotura del tiempo que nos contenía y se dilataba como al interior de una vieja tonada. Tuve entonces la certeza de que se esfumarían nuevamente, confundidos en la multitud de la memoria, pero no porque los lazos reales fueran débiles y resultara forzado proponer algo distinto, sino porque ya no habría otra oportunidad de encuadrar el tiempo de mis padres a propósito de ellos, sus auténticos testigos.

–Sigues siendo nuestro ahijado –dijo Consuelo.

Sonreía como si deshiciera una amarra larga y nudosa. Sus ojos se mantenían firmes y claros. Luego se apartó y la vi irse con Gabriel hacia los estacionamientos, pero al instante ya no estaban. Miré a ambos lados, fui hasta la caja con la excusa de comprar cigarrillos y asomé el cogote hacia la calle por donde transitaban los autos, pero fue inútil. La tierra se los había tragado del mismo modo misterioso en que habían surgido bajo la sombra en la terraza del cafetín. Pero yo no me los había inventado. Lo prueba de alguna manera el hecho de que aquella fuera la última oportunidad que tuve de compartir con mis padres. Antes de que se cumpliera una semana de aquel encuentro, llamaron de la casa del Alzheimer para informar que el doctor había fallecido esa madrugada.

3

LECHERÍA

Lechería es una pequeña localidad costera de la zona oriental de Venezuela, próxima a Puerto La Cruz, la ciudad más desarrollada de la provincia, desde donde se accede al balneario siguiendo una ruta secundaria recostada sobre el mar y coronada por un morro de tierra sedienta. A unos cuantos kilómetros de camino está el poblado de Lechería, una estación de paso donde treinta años atrás la gente esperaba sin prisas la llegada del correo dos veces a la semana, se daba el gusto de regatear el precio de una corbata en la única tienda de vestuario y asistía durante toda una temporada a las funciones rotativas del cine para mirar la misma película estrenada ocho meses antes en la capital. No tenía Lechería más de cinco mil habitantes cuando visité a mi padre en aquel lugar perdido del trópico, en las orillas de la provincia de Anzoátegui. Un calor abrasador te mordía y salivaba encima, sobre cada poro de la piel, como si por efecto de la humedad estuvieses a punto de echarte a llorar y ese amago de explosión sentimental se dilatara a lo largo de las veinticuatro horas del día.

Mi padre –lo mencioné antes– había llegado a Lechería a mediados de los años setenta para ejercer durante un año en un consultorio rural. Era el requisito que debía cumplir para convalidar su título profesional y poder trabajar en la ciudad, pero pasado el período reglamentario decidió quedarse allí un tiempo más. Quizá no tenía trabajo en Caracas, o tenía miedo de no llegar a conseguirlo y prefería ser médico en la selva que cesante en la capital. Quién sabe si el exilio aumentaba su prudencia o un temor atávico, anterior a los hechos que terminaron por arrinconarlo en aquel lugar, le desaconsejaban tomar riesgos; lo cierto es que en Lechería mi padre persistía en una rutina gris de médico de provincia y su único arrojo visible consistía en levantarse por las mañanas, admitir la desgracia que le hacía compañía y partir al consultorio a curar enfermedades tropicales de las que hasta entonces nunca había escuchado hablar. Ángrimo, dijo en sus funerales una correligionaria suya que lo trató en esos arenales.

Estábamos reunidos en la sala del crematorio, y mientras ella hablaba volvió a invadirme por un momento el frío de piedra que se me pegó a los labios cuando me incliné a besar la frente de mi padre en la casa del Alzheimer. Ya no parecía estar allí, en su cuerpo, y no me importó que los operarios de la funeraria trajinaran encima suyo para desnudarlo, vestirlo, componerlo y llevárselo. Era un servicio completo de tránsito al otro mundo. Luego descubrí que el ataúd no lucía del todo bien con la cruz de Cristo atornillada a la tapa y la bandera comunista extendida encima, y en algún momento del velatorio uno de mis hermanos o yo mismo desprendimos la crucecita en honor a la estricta verdad que marcaba a fuego su último tercio de vida. De pronto, la hoz y el martillo cubrieron literalmente la pasión de mi padre. Podía ser incómodo pero reflejaba con exactitud lo ocurrido, al menos respecto a su devoción por la medicina. De todas formas, los símbolos ya no importaban: mi padre había fallecido durante la noche de una trombosis múltiple y ahora nos encaminábamos al crematorio donde ardería dentro de un ataúd del Hogar de Cristo y bajo la bandera de Marx cubriendo su cielo judío.

El acto fúnebre continuó entre discursos de despedida sin que yo lograra pronunciar palabra, y mi hermano mayor agradeció en el nombre de la familia. Luego habló aquella amiga suya que lo recordó íngrimo durante los años de exilio. El adjetivo le venía bien. Ubicada a diez grados de latitud al nordeste del Ecuador, la localidad de Lechería fue para mi padre una orilla vacía, un espacio desértico y en cierta forma ideal para revisar el guión donde él ocupaba alternativamente un rol secundario o estelar según el género de historia que se decidiera a contar sobre su vida en aquella extravagante locación. Le sobraba el tiempo, y si no se reinventó por completo al menos sí pudo sentarse a reflexionar y restaurar un principio de realidad en función del académico dedicado que siempre había sido, acomodando la zozobra y el olvido a una tranquila sombra sin compañía. Mantenía un estado de ánimo imperturbable, sereno, pero su falta de expresividad al respecto resultaba intimidante. Nunca lo oí quejarse de haber recalado en Lechería, aunque tampoco recordara el lugar con algún énfasis particular. Parecía un sitio inexistente en su bitácora, un nombre que más valía dejar atrás, y al concluir la ceremonia volví cabizbajo al

condominio, sin ganas de mostrarme en público y pensando en la triste e insuficiente visita que yo había realizado a Lechería para acompañar a mi padre durante unos pocos días. Una visita de médico, se me ocurre pensar, ahora que su cuerpo arde y se quema hasta convertirse en auténtica ceniza, porque la imagen del incendio yo la había recogido en Lechería; era allí donde mi padre había comenzado a calcinarse figuradamente bajo un puro presente que lo devoraba en la verticalidad de los trópicos. Allí, en esa intemperie cegada de luz, era donde había quedado a la vista.

Es cierto que su puesto en el consultorio garantizaba la anhelada estabilidad, la certeza de una tierra bajo los pies, pero también constituía la evidencia de una humillación continua. ¿Cómo haría para enfrentar en Lechería la hostigosa canícula que lo seguía? Es lo que yo me preguntaba entonces, mientras el bus serpenteaba por una ruta costera y se aproximaba hacia la pequeña localidad de oriente. El mar surgió a cierta distancia, entre una vuelta y otra del laberíntico camino que surcaba la vegetación hostil. A los costados, las plantas selváticas y unos enormes troncos caídos se desparramaban en un caos voraz. Una humedad pesada como un gas se coló de pronto por las ventanas e inundó el interior de la cabina cuando la máquina descendió sobre el plano, enfiló luego por una calle principal que corría paralela a la playa y desembocó finalmente sobre una plaza de palmeras que raleaban junto a la estación. El calor se volvió bochornoso. Las puertas se abrieron y una bocanada de aire caliente me golpeó las narices anunciando el final del trayecto.

Nadie esperaba mi llegada en la plaza Bolívar. Ser discreto era parte del objetivo, por lo demás. No había querido anunciarme por miedo a decepcionar, una prevención muy común ante mi padre durante ese tiempo, reforzada luego de variados intentos por visitarlo y que por alguna misteriosa razón siempre se frustraban antes de acometer el viaje. Había desviado el rumbo durante mi primer viaje al oriente venezolano, y a este acto fallido siguieron otros durante los meses siguientes, dejando suspendida la promesa como una fantasía que goteaba sobre la esperanza de mi padre a medida que el reencuentro se aplazaba. No nos veíamos desde la despedida en el hotel Bidasoa, y aunque hablásemos por teléfono, yo sospechaba que las misteriosas

postergaciones obedecían en el fondo a mi incapacidad para tolerar su nueva situación. ¿Qué me esperaba y con qué me encontraría al llegar a Lechería?

Piedras, polvo, calles de arena… El misterio estaba frente a mí. Caminé con mi bolso al hombro, a pleno sol, saboreando la astringencia del lugar que se exhibía en medio del calor agobiante. La perspectiva de las calles chatas reverberaba y se disolvía como una línea ilusoria que temblaba en la fuente de luz, gastaba el efecto óptico y lo consumía al pisar la extensión de conchas blancas que brillaban trituradas bajo la presión del cuerpo al avanzar. Parecía un rito de paso hacia el tiempo muerto que yo temía enfrentar, y la hostilidad de la refracción disminuyó al girar en dirección a la playa. La casa estaba ubicada en un cuadrante relativamente urbanizado, con una diagonal mal asfaltada y las laterales embadurnadas con ligeras capas de alquitrán que se derretían al sol. Tenía un aspecto marchito de escenario para película del oeste, y todas mis ansias despertaron a la vista de las fachadas de una sola planta alineadas sobre ambos costados de la calle. Me dediqué a buscar una numeración inexistente y terminé rendido al sistema de señales que llevaba escrito en una libreta: frente al negocio de helados y refrescos «San Angel», caminar cuatro casas a la derecha hasta llegar a la reja azul. Un estrecho patio conducía hacia la puerta de entrada. Golpeé y di vueltas alrededor, picado por la curiosidad. ¿Cómo haría mi padre para atravesar las horas vacías fuera del consultorio si no era con la vista fija en el cielo de palmas que cubrían la cabaña? ¿Vendría alguien a ayudarle con las tareas domésticas? Nadie salió a abrir, y al espiar por las ventanas divisé una pequeña sala que hacía de comedor junto a la cocina. Una mesa y dos sillas daban a la austeridad interior del inmueble un aspecto monacal, y los únicos signos vitales que registré fueron los trastos del desayuno en el lavaplatos. Sobre la mesa, restos de migas de pan formaban un curioso dibujo abandonado al azar. Un vecino asomó la cabeza.

–¿Puedo ayudarlo?

–Busco al doctor –dije yo.

–¿Al doctor Chile? Ah, no; él vuelve a la tarde.

–¿Sabe dónde puedo ubicarlo?

–¿De parte de quién?

–Soy su hijo.

–¿Usted? No sabía que el doctor tuviese hijos.

–Pues sí.

–¿De dónde viene?

–De la ciudad. Vine a visitarlo.

–A esta hora… –El hombre miró su reloj, se rascó la cabeza–. Debe estar en la cancha, vaya por esa calle al fondo hasta encontrar la media luna. Seguro lo encuentra por allá.

Obedecí la indicación y continué con el sol en la frente hasta divisar una construcción de gradas que subían por detrás de una tosca fachada de cemento. Aquello debía de ser el estadio de béisbol. En los alrededores proliferaban las casas bajas y los postes enterrados en la arena, siguiendo la línea del malecón que penetraba el paisaje hacia la derecha y concluía sobre el mar. A lo lejos, un puñado de embarcaciones ligeras rodeaban el estrecho muelle levantado sobre pilotes, veinte o treinta metros de esfuerzo humano metidos dentro del horizonte y formando un límite natural con la extensión vacía que asomaba del otro lado de la playa, mascando el arenal que se adivinaba indolente, desvinculado de la vida del pueblo que tenía a las espaldas.

Y eso era todo, no había más. Lo constaté durante los ocho o diez días siguientes que pasé allí con mi padre. Lejos del aura fantástica con que yo lo recubría, Lechería era más bien un lugar de mentira, un balneario donde se estaba al sol como un lagarto en el paisaje que vacilaba y cubría cuerpos y cosas en una inmediatez pura, tan falto de misterio como inaccesible, y muy semejante en el fondo al panorama de postal que yo había recibido en Caracas con el remitente consignado al reverso. Incluso, a poco de llegar, comprendí que allí mi padre era parte del paisaje, se incluía en la exuberancia de selva y mar que lo rodeaba, mimetizado con la omnipresencia recalcitrante del clima y sus leves contrastes de colores, como esos animales que se petrifican sobre las cortezas de los árboles y respiran en los huecos de la piedra para disminuir los riesgos de extinción o evitar ser eliminados. Ya no se sentía completamente extraño rindiendo su examen de suficiencia, y hasta se permitía bromear al respecto. Unos

chistes suaves, resbalosos y tímidos.

–Me van a raspar –advertía, cuando nos demorábamos por cualquier motivo junto a la camilla, en el interior de la salita donde atendía–. Mejor salimos y conversamos fuera.

En ocasiones lo sorprendía de pie frente a la ventana del consultorio, las manos en los bolsillos del delantal y una expresión de recatada inutilidad ante el bochorno del clima, sin otro uso que la fijeza que proyectaba sobre el agónico movimiento de la calle principal que parecía dar vueltas en torno a la plaza y morir en el aparcadero de los buses, bajo un islote de palmeras. Sin ánimo de espiarlo, me anunciaba con un ruidoso forcejeo de la puerta y enseguida él deshacía el gesto para ir a refugiarse junto al repostero que servía de botiquín.

–Todavía trabajando –reclamaba yo–. Cómo te estrujan, papá.

Él respondía al saludo con palabras de disculpa o un irónico alzamiento de cejas. No tenía elección, y había dejado de mirar y dar vueltas las páginas del calendario del Ministerio de Salud que colgaba del muro.

–Los parámetros pertinentes –comenté un día, evocando con cierta burla las palabras con que me había animado a seguirlo–. Así que se trataba de esto.

–Sí, exactamente; los parámetros pertinentes –replicó él, seguro pero a la vez indefenso–. ¿No te parecen suficientes?

Admití con un cabeceo silencioso. En el fondo, estaba agradecido de poder evitarse un nuevo desvío. Lo comprendía bien cuando tomaba su lugar junto a la ventana y desviaba la vista hacia la calle. No había nada que mirar afuera. Una pobreza distinta, dominada por la facilidad, regía la vida en Lechería. Estoy tentado de decir que aquella pobreza se bastaba a sí misma, descalza y cruda. Supongo que él la hacía suya durante esas sudorosas jornadas de pasantía, porque apenas protestaba contra la plaga del dengue en el calor agobiante o la escasez de antibióticos cuando visitaba las chozas de los alrededores. Educado desde el primer escalón para sortear la precariedad y adaptarse al régimen objetivo de las cosas, mi padre no exhibía otro recurso que su obstinación judía para hacer frente a la dificultad y sacar adelante su tarea. Hubiese podido entregarse con toda justificación a un alegato de circunstancia –razones no le faltaban–,

pero la escuela del rencor le resultaba ajena, caprichosa por naturaleza, y optaba en cambio por disolver el agravio en un quietismo paciente y laborioso, aceptando con total docilidad su nueva destinación.

Tuvo oportunidad de demostrármelo cada nuevo día que pasaba en el consultorio, persuadido por el contacto con los problemas inmediatos y tangibles de sus enfermos. A veces yo pensaba que en su aislamiento mi padre se había acostumbrado a valer menos, a reducirse a sí mismo, pero ocurría todo lo contrario: en su conciencia de la dificultad, nada de lo que realizaba en la medicatura rural constituía una humillación. Para él la obligatoriedad de la reválida era una oportunidad de permanecer, conservar la actividad, curar el mal cuanto podía y aplicar conocimientos. Acaso no veía en su situación ninguna catástrofe personal, ni menos que ésta lo disminuyera por tener que radicarse en Lechería. Acaba de cumplir sesenta y cinco años y entraba a la vejez sin continuidad alguna, ignorado por un reconocimiento ya caduco, liberado contra su voluntad de los accidentes de la identidad y del prestigio, pero no parecía echarlos en falta ahora que su ejercicio de médico pasante limitaba con la inactualidad del elegido, como si de pronto hubiesen quedado atrás las viejas preguntas y los imperativos del origen. Es posible que tampoco estuviese en posición de permitirse algo distinto, según lo sugería con una insistencia rayana en la fatalidad. Como fuera, participaba de la enfermedad de sus pacientes y de la queja permanente de las auxiliares con un interés sin énfasis, exhibiendo su etiqueta médica como única distinción en la claridad cegadora que bañaba el aire inmóvil, empujado por el deber de llevar corbata, zapatos, cinturones, cierres y chaquetas sobre el cuerpo sudoroso y mortalmente agradecido de cargar los hábitos. En todo lo demás, su conducta se acoplaba perfectamente a los ritmos parsimoniosos y agotados de un pueblo de provincia en algún lugar ilocalizable del trópico. Para sus habitantes –y mi padre era el médico de todos ellos–, Lechería no existía: era un remanso, un reposado infierno donde venían a bañarse los turistas que emergían de la selva y luego se iban.

Yo estaba aliviado de ser uno de ellos. Escondido tras la cámara de fotos que llevé para inmortalizar la ocasión, y que comenzaba a cargar

en todo momento siguiendo el consejo de mister Dewitt, intercepté y fijé con un clic de angustia la impotencia que me recorría.

–No te muevas –le ordenaba, sorprendido de verlo inusualmente vestido con traje de safari y la cabeza metida bajo un sombrero campesino para protegerse del sol, antes de partir a una de sus rondas habituales.

–¿Así está bien?

–Sí, perfecto.

Él obedecía, rígido, buscando seguridad con una mano que revoloteaba en torno a la pipa apagada. El foco lo aislaba de la selva que emergía a sus espaldas como un decorado inverosímil, mientras yo demoraba la ilusión todavía un instante antes de obturar. Disparaba y enseguida la composición se disolvía, implacable, en un aire de simulación y derrota. Era difícil sostener su retrato en semejantes condiciones. Por más artificios que interpusiera, no me resultaba posible encajar con naturalidad el tipo de vida que llevaba mi padre entre su cabaña de cuidador de cafetales y el esmirriado consultorio de Lechería. De una manera indefinida pero persistente, la situación me violentaba. Para peor, mi padre hacía profesión de una bondad exasperante. De modo que no perdíamos ocasión de discutir, yo apelando a una intensidad crispada por los hechos y él regido por la constancia de sus parámetros pertinentes para vivir y comprender el mundo, fiel a un determinismo que todo lo explicaba pero nada poseía, salvo la segura estima de sus enfermos. Su hierática inmovilidad bastaba para justificar mi fuga, y descubrí de un carpetazo que los insaciables deseos de huir a cada momento no obedecían a una juvenil atracción romántica por lo nuevo y lo distinto, sino a un rechazo de lo cercano y real que me repelía. Estando en Lechería llegué a pensar que escapaba de su propia complicidad con un orden que lo desmerecía. Todos los indicios estaban allí, delante nuestro como esperando un veredicto, pero éste se aplazaba en el tiempo porque oírlo entonces, en el exilio, no era posible: yo huía de mi padre porque sufría por él; en vez de él, quiero decir. Era yo quien vivía fuera, a la intemperie, buscando un apaciguamiento imposible: la serena convicción del padre era la expulsión del hijo, y como lo sustituía en la caída, tampoco me libraría.

Creo que sólo entonces, al intentar una aproximación de este tipo, reparé en la visita a Lechería como un sitio extremo al que nunca llegué porque viajaba conmigo, pegado a la piel de esos diez años de incoherencias y bendiciones paternas. Nunca franqueé –me doy cuenta– el lugar que aquí designo, por convención, «Lechería», «exilio», «caída» y tantas otras señas retóricas con que el pensamiento busca levantar la losa que ya comienza a ser ceniza, fúnebre manía imaginaria para ajustar la realidad a un tipo de experiencia irreductible, definitiva, íngrima conciencia del padre en Lechería, y ante la cual me rebelaba con impaciencia suicida.

Bastaron esos pocos días sin embargo para descubrir que los parámetros pertinentes de mi padre remitían a una falla de origen, a una metódica voluntad de arraigo cuyo único y auténtico delito consistía en la sublimación de ciertas pruebas que lo mantuvieran en equilibrio. Con su falta de miedo que tampoco era coraje propiamente, con su amor por los vencidos y su dedicación a los enfermos, con su lealtad al comunismo y su estricta fe en la materia que haría evolucionar la Historia, en suma, mi padre actuaba en la obra equivocada para poder ser libre, es decir para aceptarse como espíritu. Indiferente a la divisa del interés y el dinero, había hecho de la medicina y del compromiso político la vía para integrarse y solucionar las ambivalencias de la asimilación. Había cumplido, se había incorporado; era chileno. El conflicto quedaba aplacado. Había relegado su judaísmo a un lugar secundario tal como lo exigía la sociedad de la época al recibir a los inmigrantes hebreos que pasaban del otro lado de la cordillera a comienzos del otro siglo, cuando aún no cumplía quince años, y sin lamentarlo había amarrado luego su suerte a la ideología del partido de los pobres. ¿Podía culpársele de no haber calculado bien? Al contrario: de entre los partidos burgueses, el comunismo chileno era de los más confiables. Él también estaba por la defensa del orden y la legalidad. Era lo que quedaba por hacer: ya tenía una patria por la cual partir al exilio y morir. Era el judío de los judíos, y en su cielo vacío ahora los parámetros pertinentes sustituían precisamente la depresión casi cósmica que dejaba el compromiso, y que él rellenaba con dificultad sólo gracias a ese pozo de agua milagrosa donde transcurría su estancia en Lechería. Sabiéndose

amenazado en sus opciones, había vuelto al problema primero –cómo hacer para pertenecer, imbuirse, aliviar la distancia de los vínculos al mismo tiempo que se recogía en una intransitable lejanía–, y al oírlo hablar quedaba en evidencia que aún no encontraba la salida. Su universo derruido continuaba existiendo como explicación, y para no dar la batalla por perdida ceñía cada desacuerdo con un estricto fetichismo lógico, donde por cierto, en fin, evidentemente, la evaluación de los factores objetivos y subjetivos debía guardar una proporción igualitaria y equilibrada al momento de tomar una decisión, cualquiera fuera ésta, en el entendido de que cada individuo conservaba para sí una sensibilidad propia respecto de los fenómenos de la sociedad, todo esto dicho en un idioma taxonómico y bajo el mayor de los resguardos. Era una fórmula sin fisuras que transformaba la necesidad en virtud, y en esa hechura de razón y determinismo era difícil que conciliara posiciones con la falta de sustento que marcaba la experiencia del hijo.

Pero puede que esta impresión mía obedezca a las malas noticias que traía para darle, y que nos afectaban de manera directa. Desde nuestra furtiva salida del departamento de Charcas, los parámetros pertinentes enloquecían y se desbocaban por las calles de Buenos Aires en sentido inverso al quieto Apocalipsis de Lechería, galopando no sobre ángeles bíblicos ni helicópteros wagnerianos, sino montado en los rudimentarios Ford Falcon que durante los últimos meses habían visitado separadamente tanto la casa de David en la calle Las Heras como a la familia argentina que nos había recibido en los almuerzos del domingo. Los resultados eran desastrosos por ambas partes. Los padres y hermanos de David habían sido secuestrados desde la casa que me sirviera de refugio, y otro tanto había ocurrido con uno de mis primos, desaparecido en una redada. El reporte era funesto, y puse al corriente a mi padre la misma tarde de la llegada, omitiendo detalles para no agriar todavía más la visita. Una vez que terminé, mi padre preguntó fechas, nombres, se levantó de la mesa buscando distraer el impacto que lo abrumaba y quedamos largo rato en silencio, hasta que encontramos una excusa para salir afuera.

Caminamos hacia el muelle y nos paramos un rato allí, viendo las embarcaciones que se sujetaban de los poyos hundidos en el agua y se

mecían a la espera de soltar los remos. El sol ya recortaba el horizonte, sobre la franja izquierda. Mirábamos los botes y yo sentía que debía decir algo, intervenir en el rumor de fondo que nos ensimismaba en el opaco movimiento de superficie, pero el informe que acababa de soltar me cosía la boca. La casa de Las Heras donde me había hospedado tantas veces había sido dinamitada una noche y sólo David había salvado el pellejo, huyendo donde su abuela chilena para luego seguir viaje a Francia, donde se encontraba ahora refugiado. De mi primo, en tanto, no se tenían noticias desde hacía meses. ¿Se vinculaban estos castigos con la ayuda que ambas familias nos habían prestado? La pregunta quedaba suspendida en la arbitrariedad de los móviles, pero un saldo macabro se cargaba a la cuenta de nuestro paso por Buenos Aires sin que pudiésemos reducir la acusación a sus alcances formales. De un modo insidioso, injusto, nosotros *también* éramos partícipes de lo sucedido. Nuestro trato íntimo y directo con las víctimas nos obligaba a cargar con una vaga imputación de responsabilidad. Habíamos quedado atrapados entre dos abusos, uno fáctico y otro moral, y ya podía prever que ambos se esforzarían por reducirnos a un solo argumento.

Qué hay allá, me oí decir de pronto, señalando hacia el borde de la península que se dibujaba a los pies del morro. Arena, contestó él. Es todo lo que hay. Unos camiones sacan lo que pueden y lo llevan al puerto cada semana. ¿Para qué?, quise saber. Están construyendo un complejo hotelero, respondió. Turismo, dije yo. Sí, turismo, confirmó. También él miraba en dirección a los cerros blancos que se amontonaban en la sombra. El paisaje se volvía cruel, invadido por un manto de aburrimiento, y al centro estaba mi padre. Llevaba el botón superior de la camisa abrochado al cuello y una chaqueta de pana exageradamente amplia para su talla. Qué le vamos a hacer, dijo de pronto, buscando algo en las nubes. Luego alzó los hombros y emitió un chasquido con la lengua, un sonido de enfado y agobio a la vez, como si resumiera o contemplara un listado de prohibiciones que colgaban del aire. Clavó los pies con un golpe de talones repetidos sobre los maderos, un taconeo marcial que era como una señal de cambio, y sin ponernos de acuerdo, un poco por distraernos y también para eludirnos, giramos a mirar en sentido contrario, hacia la

envolvente quietud en la que se sumía el horizonte. A nuestra derecha, vista desde el muelle, una formación de pájaros se alejaba en desorden siguiendo la ruta de un pesquero que navegaba desde las islas en dirección a Puerto La Cruz. Una estela parsimoniosa y crepuscular se abría bajo la popa como si arrastrara un desecho o sembrara dudas en el agua, las dejara caer delante nuestro para que recapacitáramos juntos mientras veíamos alejarse la vida que no volverá, la suya propia y la de aquellos que habíamos dejado atrás en Buenos Aires, la vida que había sido y desaparecía sin ninguna clase de conmiseración, como si padre e hijo tuvieran que reunirse sobre ese extremo aguzado y blanco para reconsiderarse el uno al otro con la honestidad debida. Estábamos solos en una parada del trayecto, él con sus ruinas y yo ansioso de construir las mías, pero también podíamos vencer la fatalidad y plantar allí mismo una nueva vida si así lo decidíamos. Parecía tan simple… La causa común favorecía el acuerdo; bastaba con extender el brazo para que el cambio sobreviniera. No se hable más, padre: me mudo hoy mismo a Lechería. Empezaremos por ampliar la cabaña. Algo así pensaba yo que debía decir. Ya habría tiempo de estudiar, pavonearse, trabajar, disfrutar de un oficio, resolver la independencia económica y hacer claridad en torno al mito propio que me acompañaba, programa que por otra parte él parecía auspiciar al mismo tiempo que solicitaba atención de urgencia, aunque sin confesarlo abiertamente. A qué negarse a servir de algo para alguien, finalmente. Hasta podía proyectar la difícil felicidad sexual iniciada con María en las Islas Borrachas para continuarla con alguna de las mulatas que asistían a mi padre en el consultorio. Vamos, ¿qué esperas? Todos mis sentidos permanecían alerta tratando de adivinar lo que él más quería. Equivocadamente o no, sin meditarlo siquiera, yo había antepuesto sin embargo el trágico informe de Buenos Aires al mérito de reencontrarnos en Lechería, y en ese primer movimiento de piezas sentí que una fuerza de choque nos estallaba en la cara. El efecto que provocaba no era conciliable. Una doble violencia surgía de la posibilidad de quedarse juntos y quietos para contener la insidiosa acusación que corría junto a semejantes noticias. Era como volver a la bodega de calle Charcas y condenarse a permanecer allí, genuflectos y entumidos, hasta que el conserje avisara. La expectativa me hizo

estremecer. Mejor era no decir nada y que cada cual siguiera su camino. Dispersarse con el estallido, él de vuelta al consultorio y yo al estudio de mister Dewitt en Caracas, como si saliéramos de una ratonera con los oídos tapados y hacia destinos disparejos. La ocasión estaba perdida, y él también pareció entenderlo así, porque en medio de la creciente oscuridad que nos hacía vacilar sobre los tablones, sin mediar proposición, de golpe quiso regresar a la cabaña. Volvamos, dijo. Enseguida dimos por terminada la jornada.

Eludimos tocar el tema en lo sucesivo, pero el parámetro pertinente persistió. O más bien dio origen a un imperativo. Aún no adoptaba ese contorno vidrioso que pugnaba en la oscuridad, pero una inquietud cortante, vengativa como una palabra que se busca y va precisando con los años, surgió en el horizonte. Era apenas una aguja clavada en algún rincón del cerebro, pero al reproducirse y multiplicarse en el hueco del tiempo, poco a poco el episodio en el muelle de Lechería se apoderó de mi recuerdo y lo enjauló. Enjauló todo el recuerdo, quiero decir. Con el informe de Buenos Aires yo había reemplazado la íngrima demanda de mi padre por un motivo superior: la desaparición de los cercanos. Mi tarea era testimoniar, dar cuenta de lo ocurrido a otros en *nuestro lugar*. Había adoptado la posición del mensajero que lleva consigo el último aliento de la víctima. Para eso había conservado la vida en el departamento de Charcas, visitado a mi padre en Lechería, y regresado con él a Santiago al cabo de diez años. Mi parámetro pertinente era documentar la realidad que me había tocado en suerte. El negativo fotográfico donde se imprimía y guardaba la luz era mi mejor metáfora, y lo atesoré bajo siete llaves. Como un original que esperaba cobrar forma cuando las circunstancias lo exigieran. Por lo demás, las imágenes que registré en Lechería actuaban como estímulo suficiente para conservar el propósito. Tampoco podía burlarme de los recuerdos ni ser libre respecto a ellos. El olvido era un prohibición, una licencia poética que llegaría sólo con el correr de los años y la triste comprobación de que la vida era una oportunidad que no volvería por más vigilancia que ejerciera sobre ella.

A más de alguien le parecerá rara esta digresión, pero la expongo pensando en los libros que publiqué tras la muerte de mi padre: hostiles, peludos, en guerra con mis vecinos los felices, libros ciegos

que me granjearon un extraño prestigio de visitante no completamente descaminado pero sin duda ajeno al espíritu de la época. Como un campesino a las puertas de la Ley. Un guardia incluso había traído una silla para que pudiera sentarme a esperar. Yo conocía el origen de esa tradición, y no la recusé. De hecho, me pertenecía. Desde la visita a Lechería, entendí que la vida que no volverá había decidido quedarse a mi lado, incrustada en el corazón de ese atardecer en el muelle. Alimentó mis fugas, escoltó a mi padre en su regreso a Chile y siguió acompañándome durante los años que siguieron hasta empujar mi voluntad mucho más allá de su muerte física, cuando dejé a un lado la cámara de fotos y comencé a publicar novelas y cuentos como quien sana de una enfermedad contraída en la adolescencia. La vida que no volverá escribía por mí, si puedo expresarlo de este modo, y se despedía de él. Pero un escritor no es más que una intuición que busca oxígeno. A veces dura lo que un libro, que ya es mucho, y otras ni siquiera logra asomarse a su propia página en blanco, lívida de terror, agazapada como un animal en el bosque. A veces, esa intuición estalla y se apaga enseguida, lo cual es una auténtica prueba de valor. No era mi caso. Mi intuición demoraba las cosas, perdía el tiempo, barruntaba el regreso de la vida que no volverá como su única bandera posible. Soportaba el orden de los acontecimientos como mi padre en Lechería. Hasta que finalmente sucedió, volví a Buenos Aires cuando ya parecía inimaginable la ocurrencia de un evento que pusiera término a la espera.

No fue un regreso cualquiera. Había estado de visita en la ciudad otras muchas veces, como turista o por algún trabajo ocasional, sin que me importunaran los recuerdos ni la necesidad de dar explicaciones. Un día lejano, incluso me había topado con David en un carro del metro a Primera Junta y habíamos caído uno en brazos del otro al reconocernos oblicuamente mezclados entre los pasajeros, envueltos en un anonimato de rutina mientras repetíamos nuestros nombres para cerciorarnos de que éramos los mismos personajes que nunca más pensábamos volver a ver. Siento que camino en el vacío, que todo está sordo alrededor mío, me confesó entonces David cuando bajamos del tren y subimos a la superficie para contarnos las existencias rehechas, particularmente la suya, tensionada

terriblemente por la memoria íntima que guardaba de la ciudad, con sus sitios, caras y nombres grabadas como huellas familiares en cada esquina. De sus padres y hermanos nunca más había tenido noticias, y el caso había sido llevado a instancias internacionales debido a la impunidad manifiesta que ejemplificaba el proceder de esos años. Indeciso entre radicarse nuevamente en Buenos Aires o permanecer todavía un tiempo en París, donde se había refugiado durante los mismos días en que yo visitaba a mi padre en Lechería, David estaba solo en el mundo cada mañana de su vida cuando el mundo despertaba.

Es cierto que las pintadas amenazantes en los muros y los seguimientos callejeros eran historia pasada, pero la inquietante normalidad no hacía más que recrudecer su sentimiento de vacío, como un ruido de ambiente. Caminábamos por un parque, hacíamos un alto, rebobinábamos, volvíamos a retomar el paso. ¿Te acuerdas? Sí, claro. Dormíamos en su pieza, junto a la escalera, yo en un saco y David en la cama. En la escalera había una biblioteca enorme, perfectamente clasificada. Nos quedábamos hablando hasta tarde, contentos en el fondo de recibir visitas en el departamento de Vicente López para poder hospedarme en su casa. Y luego, después. Toda la familia. Padres y hermanos. No, no era una ficción; era un episodio de la historia argentina donde el lenguaje no alcanzaba para representar el relato que David me hacía de la tarde en que allanaron la casa de Las Heras. Cuánto deseaba en ocasiones haber estado ahí para ir con los suyos, eliminar la culpa y el horror de haber sobrevivido. La normalidad, ¿qué era eso? Incluso ser víctima directa parecía más tranquilizador: te habían jodido la vida y punto. Pero ocupar el lugar del que no estaba sólo tenía una dirección posible, por los años que te quedaran, no importa si te dedicabas entretanto a la expresión corporal o hacer clases de natación. Se trata de mantener siempre el cuerpo en movimiento, ¿no?, le dije, recordando su pasión por el yoga. David se rió; una mueca más bien, con los pómulos inflados al separar los labios y mostrar los dientes, tensionando cada segmento de la cara como si se tratara de un examen de rendimiento muscular, mientras los ojos permanecían sumergidos al fondo de la máscara, anhelantes y a la vez fríos, imperturbables a pesar del revuelo. No una risa, sino

una señal. Claro: moverse quieto, me dijo.

Llegamos caminando hasta la siguiente estación y allí nos despedimos, no sin antes intercambiar direcciones. Acordamos no perdernos de vista y escribirnos sin falta cuando uno u otro se mudara de sitio. Ya en otra ocasión yo había tenido oportunidad de reencontrarme con viejos amigos de la época escolar y visitar también a la familia argentina. Era un alivio en tiempo real. Actualizaba con largas caminatas los espacios y tiempos suspendidos que conservaba en la memoria, y así restituía una imagen necesaria de la ciudad para volver a orientarme en ella, ya que sospechaba que de otra forma la desconocería. Era mi propia reconstitución la que buscaba, y no perdía ocasión de atravesar nuevamente la plaza Vicente López cada vez que la oportunidad se ofrecía. De modo que me alegré de volver nuevamente a la ciudad con ocasión del primer *bar mitzvah* que celebraba la parentela argentina en cien años desde la llegada de la heroica Ana Kotlowicz a Buenos Aires. Quedé hospedado en la casa de mis tíos, donde un busto de mi primo desaparecido evocaba su juventud en la sala principal. Su madre, mi tía, lo había esculpido con amoroso recogimiento. Lo elogié y ella aprovechó de mostrarme otros trabajos suyos: una estrella de seis puntas, un perfil de mujer con la cabeza cubierta. Acabábamos de terminar el desayuno, y en un momento nos pusimos a hablar y recordar, hasta que la evocación nos llevó de vuelta a los almuerzos familiares de los días domingo. Qué tiempos, dijo ella, con la llaga asomada en un suspiro. Tú venías con tu padre, eras un nene. Se quedaban toda la tarde y después salíamos al cine o a dar vueltas por ahí, ¿te acuerdas?, dijo, y dejó una mano quieta sobre la frente de aquel busto macizo, como esperando una frase tranquilizadora que demoraba en llegar. Enseguida se apartó hacia el fondo de la sala y la mano libre recogió la otra que vacilaba sin saber dónde caer. Refregó ambas, dos y tres veces, reanimándose de a poco, con plena conciencia de haber ido muy lejos en un fracción de segundos. Todo era tan confuso, ¿no?, dijo luego. Bueno, tú ya sabes. Ellos tenían fichado a medio mundo. Asentí con cautela. Nos paramos a mirar un álbum de fotos. Había recobrado la calma, pero ya no sonreía. Más que una acusación, su lamento deslizaba una protesta. No se dirigía especialmente contra nadie, pero tampoco excusaba la

indolencia: como yo, como todos, como el universo entero, la desaparición de su hijo era una ofensa irreparable, artera y virulenta, y de la cual sus semejantes debían hacerse cargo en un rincón de sus propias biografías, de su falta de celo para no atraer sospechas cuando llegaban de visita los domingos y de las consecuencias de sus actos cuando se es un perseguido político o se está de visita en tierra extranjera. La casualidad o la coincidencia eran motivo de legítimo reproche, y en la desmesura del recuento detecté algo inaccesible, algo terco e instintivo que aislaban su dolor como un hueco temible, hecho de convulsiones y horrendas soledades que hacían inútil la venganza o el mero resarcimiento. De ahí no era pensable extraer nada, ni siquiera un sacrificio. Y más: me pareció ver que para ella, en su convicción íntima, no existía ningún supuesto válido que permitiera dar sentido a los ideales que habían arrancado la vida de su hijo. Desde hacía treinta años no había dejado pasar un solo día sin pensar en él, en lo que hubiese podido ocurrirle, si acaso había sufrido en vez de, comparado con, y en ese delirio que va y viene, en esa conjetura enloquecida de lo desconocido que la comprometía, cada uno de nosotros, los vivos, los otros, tenía para ella una responsabilidad secreta en lo ocurrido así fuera de manera mansa e indirecta, habiendo contribuido primero, avalado después, y estabilizado finalmente con los brazos cruzados ese acto impuro y gratuito de su desaparición. Durante treinta años no había dejado de llorarlo, y al cabo había adquirido el derecho a un egoísmo irrecusable: ella era la única que no cambiaba su mundo por otro, y en cambio permanecía anclada en sus sentimientos de entonces. Era, de algún modo, lo mismo que yo había visto de mi padre cuando lo visité en Lechería.

No logré sacar de mi mente estas imágenes durante la ceremonia del *bar mitzvah*, y luego, durante la noche, en medio de la fiesta en una casa de eventos especialmente acondicionada para la ocasión, intenté inútilmente participar del baile junto al resto de los invitados. No hubo caso. El diálogo me había dejado un regusto amargo. A la vez que podía justificar el recelo y la desconfianza de quienes tenían un hijo o un padre lanzados al río, consideraba injusta la extensión indiscriminada de responsabilidades morales. Porque se trataba de eso, efectivamente. Saber hasta dónde la moral sujetaba la vida después de

la organización de un crimen.

En el salón, los invitados bailaban y daban vueltas bajo dos bombas de papel picado que dejaban caer una lluvia de colores sobre las cabezas. Muchos seguían con sus kipá en la nuca y otros se habían puesto de pie para batir palmas al son de la música. Parecían disfrutar de una auténtica felicidad comunitaria, y sin embargo los judíos eran un pueblo azotado por la Historia como pocos. ¿De qué fuente inagotable extraían su enérgico optimismo? En Buenos Aires podían permitirse ser judíos sin más, al contrario de lo que ocurría en Santiago, donde aparentemente sólo cabía serlo como un devoto contribuyente del estado de Israel. Aquí se movían a sus anchas y podían discutir sin perdonarse nada. Estaban en su tierra como en cualquier lado. No necesitaban de la palabra patria, pero les importaba la ciudadanía: marcaban el calendario con fiestas y ceremonias durante todo el año, y cada nuevo miembro renovaba la pertenencia de los demás. Aunque pasaran dos generaciones sin entrar a la sinagoga, confiaban en que la tercera haría su *bar mitzvah* para gloria de las anteriores. La misma tragedia era un motivo para reincorporarse a la comunidad y volver a celebrar. El efecto final era sorprendente. Me paré a mirar lo que había allí, como si faltara un dato hasta entonces oculto que haría comprensible el conjunto, pero la sensación de extrañeza entre los abrazos y las risas no disminuyó. Luego me despedí y salí en busca de un taxi para volver al departamento. Necesitaba descansar.

Nada relevante ocurrió hasta el día siguiente. Yo debía regresar a Santiago en el vuelo de la tarde y decidí aprovechar el tiempo para acompañar a mi tío que deseaba visitar el Memorial, un pequeño parque recordatorio proyectado sobre la costanera y que debía ampliarse hacia la zona del puerto en los años siguientes. Hablamos de la ceremonia de la víspera, nos burlamos un poco de la nueva afición familiar por el judaísmo, y luego de recorrer las esculturas que homenajeaban a las víctimas y de reconocer a mi primo en una de las fotografías colgadas del panel central, volvimos al auto y nos dirigimos hacia un sector de restaurantes instalados al borde del parque. En un momento, sin embargo, comenzamos a alejarnos hasta llegar al barrio de Núñez, y no sé en qué minuto nos metimos en la autopista y dimos

vuelta para caer sobre el recinto militar de la Esma donde se había establecido el último paradero de mi primo. Era domingo y en las calles pasaban montones de gentes con banderas de River Plate en dirección al estadio. Pasión de multitudes, ironicé, y algo me hizo recordar las palabras de David cuando regresó a la ciudad, quizá el nerviosismo al sumergirnos en un túnel insonorizado e indiferente a los gritos que llegaban de la calle cuando pasamos frente al edificio vacío, pero el hecho fue que mi tío se mantuvo en silencio y no pareció escucharme hasta girar y perder de vista las siluetas negras que alguien había colgado a lo largo del frontis como un testimonio de sombras.

–Lo viste ayer, ¿no es cierto? –dijo luego.

–¿A quién?

–A David. –Me miró con sorpresa–. Si estaba sentado frente a la mesa donde nos pusimos, a dos metros tuyo… No puede ser que no lo hayas reconocido.

Negué con la cabeza, me llevé una mano a la frente, lamenté en voz alta mi distracción, y un leve estremecimiento endureció mis piernas mientras rehacíamos el camino de vuelta en dirección al barrio norte. Intenté explicarme lo ocurrido como una torpeza sin importancia, pero no era cierto: aprovechando mi anonimato, yo había dejado pasar el tiempo observando detenidamente a los invitados del *bar mitzvah* sin que ninguno reclamara mi interés, imaginando historias y relaciones para cada uno de esos rostros que se mezclaban con entusiasmo. Y ahora resultaba que David estaba entre ellos sin saber quién era yo, lo mismo que él dejaba de ser alguien particular para mí. ¿Qué podía significar? Demasiado tiempo sin verse, quizá. También podía ser descuido, falta de atención para un retratista profesional. O bien olvido. Sí, era más bien esto: era olvido. De otra forma no se explicaba que después de quince años nos reconociésemos en un tren subterráneo atestado de gente con sus periódicos levantados sobre la cara, y tan sólo un tiempo después pasásemos de largo uno frente al otro en una ceremonia judía con invitaciones de mano. Olvido. Gente que se pierde de vista y a la cual sin embargo asignamos un lugar crucial en nuestras vidas, lo que viene a decir que también nuestras vidas se pierden de vista. Para ellos y para nosotros mismos. David

ocupaba ese lugar (ya no me atrevo a hablar en tiempo presente); su casa y su familia habían sido mi refugio cuando faltaba espacio en el departamento de Vicente López o era necesario huir de la calle Charcas, y ambas habían sido devastadas por la tragedia. Yo era un jalón adherido a esa experiencia, tenía una deuda impaga con la soledad de David, y me había interesado en consecuencia. ¿Qué había hecho para saldarla? Nada. Apenas registrar aquí o allá los escenarios de un crimen sin foco, y evitar toda amenaza o tentación que abriera paso al olvido. Mi pago había consistido en extender el parámetro pertinente de los vencidos hasta donde resultara evidente. Me había empleado como reportero gráfico a mediados de los ochenta y obturado la máquina sobre el sudor caliente de la masa en las calles, pero la secreta obsesión del mensajero quedaba oculta. Capturar imágenes con la cámara levantada no era sólo un oficio con el cual ganarse la vida; también y por sobre todo constituía una necesidad de controlar la velocidad del hecho, evitar su extinción, no apurarse en darlo por muerto, inmovilizando en cambio la súbita fisura de un detalle que luego se ampliaba y adquiría consistencia en el cuarto oscuro. Moverse quieto, según la fórmula de David. Bastaba considerarlo un segundo para advertir que mi trabajo replicaba este mandato. Y al cabo de tanto deber hacia los demás, el olvido llegaba. Era una conclusión paradójica, pero avalada por el recuento más crudo: mi padre había fallecido en el bosque quemado del Alzheimer, sin memoria ni referencias reales; David había estado frente a mí toda la noche sin que yo lograra reconocer ni fijar sus rasgos; y ahora el miedo de la vida que no volverá efectivamente se apartaba de mí con un vértigo nuevo.

Eran demasiadas impresiones juntas para un fin de semana en Buenos Aires. Me sentía sorprendentemente ligero, casi avergonzado de una repentina falta de peso. Como si el largo duelo de fuego que me oprimía el pecho y lo quemaba, vacilara en el umbral de lo indistinto. Ya podía reírme yo también del negativo fotográfico que me había sido confiado. Mi alegría significaba que en parte también David comenzaba a vivir lejos del cuarto oscuro donde había quedado atrapado.

Mi tío detuvo el auto junto a una pizzería de Recoleta y bajamos a

comer algo con la idea de salir pronto rumbo al aeropuerto. Antes de terminar y levantarnos de la mesa, él quiso saber algo más sobre la enfermedad de mi padre. Hablé de la casa del Alzheimer y de los últimos días que había pasado allí, pero mi tío desvió rápidamente la conversación hacia los años de exilio y subrayó la posibilidad de que el esfuerzo por mantenerse alerta y en guardia le hubiese pasado la cuenta al cabo de una década. Estábamos de acuerdo: había soportado demasiada presión, sufrió de insomnios desde el primer día que salió de Chile y un abatimiento permanente se había incrustado en su cuerpo durante la época más negra, cuando residía en Lechería. Si acaso hubiese cedido un poco en su obsesión de entonces, advertí; con un leve cambio de giro o instalando un negocio propio, quizá las cosas habrían sido distintas para él.

–No, te equivocas –replicó mi tío–. Tu viejo era un guerrero; él nunca iba a pedir tregua. Lo sé por la carta que me hizo llegar. Había tenido noticias de Buenos Aires y quería animarme.

–¿Una carta, dices?

–Escrita en Lechería. Era allí donde hacía su convalidación, ¿no?

–Claro, fue un período bastante complicado. Y el lugar era… –Dudé un segundo–. Terrible.

–Sí, es la idea que me dio.

–¿Te contaba de su vida?

–Un poco, a su manera. Ahora cuando volvamos te la muestro.

–¿En serio? –dije, picado por la curiosidad–. ¿Todavía la tienes?

–Por supuesto –me tranquilizó él–. Es una carta extraña, ya vas a ver.

Asentí, disimulando la ansiedad por volver pronto al departamento mientras mi tío despachaba algunas teorías con un tercio de la pizza todavía en la tabla. Según él, mi padre no alentaba ninguna esperanza durante ese período, y por lo mismo su resistencia había sido encomiable, debilitándose sólo una vez que pudo regresar. Sí, era muy probable. También yo lo había pensado en una oportunidad. Dejé que el tema cayera, concentrado en la hora de partir y todavía sorprendido de esa última novedad. Nos levantamos y fuimos a recoger las maletas al departamento.

–Aquí está –dijo él, luego de inclinarse y registrar los archivadores

de su estudio por largos minutos, extrayendo al cabo un sobre victorioso con dos estampillas ahogadas bajo el manchón de un membrete de correo–. Anda, llévatela, después me la pasas cuando yo vaya a Santiago.

–¿No te molesta? –dije, sabiendo que a su edad la posibilidad era escasa.

–Para nada –hizo una pausa–. Así la comentamos la próxima vez.

Agradecí su confianza. Minutos después el taxi llamó a la puerta y nos despedimos. Cargué mis cosas con la carta bien guardada en el bolsillo de la chaqueta, retardando el momento de revisarla hasta no encontrar el momento adecuado. Dos horas más tarde ya podía desplegarla sin interrupciones mientras el avión anunciaba el despegue. Iba sentado junto a la ventanilla. Las hojas ardían entre mis manos. Tres páginas de papel mantequilla entintadas con la segura caligrafía doctoral de mi padre. Abroché mi cinturón y me dispuse a leer.

Querido primo y hermano;

Te hago llegar esta carta con premura y tras haber sido informado de los luctuosos acontecimientos familiares ocurridos en Buenos Aires. Disculparás que no te haya escrito antes, pero en mi situación no ha resultado fácil mantener el contacto ni recabar novedades desde el lugar en que me encuentro, a pesar del empeño y la necesidad que me asisten en este sentido. Quisiera, a riesgo de lo peor, ir y abrazarte en estos duros momentos. Todo mi cariño y afecto están contigo para ayudarte y fortalecerte en la incertidumbre que has de estar padeciendo, aun cuando el episodio que la provoca es un suceso inimaginable y ante el cual no existe disposición de espíritu capaz de hacerle frente.

¿Hay alguna esperanza de volver a verlo? Lo ignoro, pero hemos de prepararnos para lo peor. No te culpes de lo ocurrido. Es una época negra y despiadada, que tendríamos como responsabilidad superar cuanto antes si no fuera porque ha tomado como rehén a nuestros hijos. ¿Debemos dejarnos ir hacia la oscuridad en busca de lo que es nuestro? Estaríamos en pleno derecho y hasta en el deber de hacerlo, y nadie podría reprocharnos que actuásemos en este u otro sentido. Pienso en lo anterior y sin embargo no encuentro la respuesta adecuada. Excúsame si te parezco sombrío en mis pensamientos, no debiera formularlos ante los hechos que te afectan, pero mi trabajo en la pequeña localidad donde he venido a cumplir la reválida de título ha tenido un efecto lenitivo en relación a la experiencia de los últimos tiempos. Estando acá, la misma oscuridad ha quedado reducida a una lejana vislumbre en el cielo.

No te miento si a veces creo imposible reconciliar nuestras existencias con el

empuje y la fuerza que exigen una vida plena y en constante renovación. Se ha roto el vínculo esencial que nos ligaba a ella, si me permites decirlo; aquel que justificaba nuestras confianzas y aptitudes para combatir el sufrimiento. Ambos somos médicos y sabemos que el cuerpo se acaba, es una materia destinada a consumirse, pero lo que constituye un proceso natural se torna lábil en las actuales circunstancias. Nos han infligido la experiencia de una muerte prematura capaz de corromper la mayor de nuestras certezas.

Quizá sea éste el momento de confesarte que no soy el mismo que recibiste en tu casa hace apenas tres o cuatro años atrás. Vivo solo, me relaciono con mi entorno a través de las rutinas médicas (por lo general, se trata de cuadros febriles, diarreas, sangramientos nasales, vómitos y cefaleas, todos síntomas relacionados con una peste tropical de origen incierto), si desaparezco en una visita al interior de los poblados vecinos es probable que nadie note mi ausencia hasta muchas semanas después, y he llegado a prescindir de vínculos estables tras un duro combate con la necesidad de compañía. Ya no espero nada, duermo poco, cumplo con los horarios y desarrollo un instinto de supervivencia capaz de engañarme a mí mismo y a los demás. Mis medios son escasos, y la realidad me dice que continuaré así por un período difícil de pronosticar. Pero si hago este recuento no es con la intención de abrumarte, sino con el fin de extender hacia ti el cuidado que yo mismo pongo ante la oscuridad que se prolonga y me obliga a mantener los ojos abiertos.

Entiéndeme que no lo hago con un fin preciso. Si algún día regreso a mi país, será por equivocación. Todo habrá sido inútil, y el mundo mejor por el que luchaba se habrá llevado a mis hijos o a los tuyos con un reproche sangriento y desconfiado. Si acaso sobreviven, ellos tendrán razón en apegarse al olvido, contra la historia de sus padres y acaso también del porvenir de ellos mismos, juramentadamente descreídos y escépticos. Yo no puedo seguirlos, donde quiera que estén o vayan a ir en el futuro. Aun en la oscuridad seguiré despierto en este sitio con todo lo que he sido. Mi único miedo, si te soy sincero, es pegar los ojos sin saber con qué me encontraré al abrirlos nuevamente, como imagino debes de estarlo tú frente al dolor que te aflige y hago mío.

Te abraza con afecto,

Moisés

Volví a leer, dos o tres veces. El viejo estilo de papá hacía crisis, rotundamente, y algo pavoroso se colaba entre los blancos de las frases. ¿Qué podía ser? La fecha de la carta coincidía con los días de mi visita a Lechería. Por fuerza comenzó a escribirla una vez que estuve allí, y la cesura del tiempo me devolvió de golpe a la escena del muelle donde chocábamos contra el aire vacío de la bahía. Un guerrero, había dicho mi tío al comentar la actitud de mi padre frente

al drama que motivaba la carta. Un bolche. A él en cambio lo habían jodido con su hijo. ¿Qué significaba este contraste al que había hecho referencia? En bruto, suponía que la mala suerte de mi padre guardaba cierta coherencia con su militancia política. Su exilio quedaba en el ámbito de las consecuencias previsibles que podía afrontar un comunista por el hecho de serlo, mientras que nada semejante podía decirse de lo ocurrido con mi tío. En el primer caso había una serie causal por establecer, pero en el segundo únicamente arbitrariedad y locura. Uno había conservado a su hijo en el exilio, el otro lo había perdido quedándose en casa.

Es lo que deben de estar pensando quienes lean esta historia sin tener arte ni parte: a diferencia del tío porteño más directamente afectado por la violencia, el padre del narrador es sólo un médico comunista exiliado que realiza una pasantía rural en Lechería, y quien luego de muchos años vuelve a su país de origen como quien deja caer los párpados tras unas cuantas noches en vela. Lo cual es estrictamente cierto, pero también del todo falso. Lejos del guerrero que ha establecido un plan de repliegue táctico, y lejos también del hombre que lleva en las suelas una estación de destino, e incluso más lejos aún del padre de familia que ha visto disolverse a los suyos, mi padre tocaba la fibra del mal en Lechería. Era lo que ocultaban los parámetros pertinentes que levantaba para comunicarse. ¿*Debemos dejarnos ir hacia la oscuridad en busca de lo que es nuestro*?, decía en la carta donde preguntaba al mismo tiempo que formulaba la respuesta. Su contención, su mutismo a leva y a monte, su aprobación irónica de cuanto examen le tocara rendir, daban cuenta de que en realidad había pasado del otro lado. Lechería era su gulag. No había otra interpretación posible. Se ocupaba diariamente de revisar cuerpos lastimados y desfallecientes, recomendaba tratamientos, calmaba los temblores de la fiebre, pero él mismo escondía su enfermedad tras la salud de los pacientes. Era un guerrero, sí; pero de una batalla donde no pesaban las balas de la Historia ni menos aún la condición del inmigrante que ha venido a Lechería para labrarse un futuro personal que le resultaba indiferente. El mal, entonces. El mal y mi padre. Mi padre y el mal. O yo mismo narrador, hechizado por los dos. Pero ¿era ésta la palabra adecuada? ¿Y cuál otra sino el mal, la oscura y

venenosa certeza de que no hay otra calamidad alrededor y se debe guerrear con eso, contra eso, hasta dar prueba de que se ha vencido con la cabeza del ángel agarrada de los pelos y el cuchillo sangrante en la otra mano? Era una suerte ser médico; obtener de sus semejantes un privilegiado y constante primer plano de la corrupción de los órganos, la decadencia de las funciones, el sobresalto de las patologías. Todas las máscaras puestas a la vez sobre el rostro quieto de mi padre que se abismaba en el cielo de su cabaña tras dejar el consultorio.

Pero había otra cosa. Desde un cierto punto de vista, que mi padre fuera un guerrero sólo podía significar que los demás no lo éramos, o que al menos yo mismo no daba el tipo. Era esta segunda o tercera instancia de lectura a la carta lo que más me incomodaba en aquel vuelo de regreso a Santiago, ya que la falta de esperanzas que expresaba en ella venían a confirmarme en la literatura como una vocación prohibida. El otro lado era mi asunto, pero la ficción estaba vedada mientras no lograra precisar la imagen de mi padre en Lechería. Debía encontrar la forma exacta que lo señalara. ¿Cuál era exactamente? Me ocupé en buscarla durante largo tiempo. La palabra «mal» continuaba entre mis manos como un guante caliente, sin decidirse a calzar entre los dedos, ya fuera por insuficiente o exagerada: estaba el mal de los enfermos y el mal de los desterrados, y en ambos casos se trataba de un estado provisorio, un tránsito hacia revelaciones de otro tipo que él declaraba abiertamente clausuradas en su caso. Había que esforzarse, buscar más y mejor, ser riguroso como el pensamiento que cada uno se hace de la belleza o la locura. La literatura es una palabra entre millones, pensaba yo entonces; si llego a encontrarla, también las puertas de la Ley se abrirán para mí. ¿Lucha? ¿Demolición? ¿Santidad? ¿Era eso; la santidad del judío ignorado por propios y ajenos, pero que según la Cábala salva al mundo en su ascesis? No sabía. Entretanto, silbaba. Silbar es la lengua de nuestro pueblo, escribió Kafka antes de recluirse en el sanatorio para morir, y de golpe fue evidente que no lo lograría, pasarían los años y llegaría a viejo, me volvería tullido y desdentado, mis carnes se aflojarían sobre los huesos debilitados sin encontrar la palabra que encerraba el nombre de mi padre en Lechería, por la sencilla razón de que era el motivo para estar allí lo que yo había extraviado. La vida

entera se le había ido en Lechería, y esto ya era justificación suficiente para callar en base al parámetro pertinente. Me había quedado sin poder nombrarlo. Estando cerca suyo, por lo demás, en Lechería u otro lugar cualquiera, era impensable escribir ni recorrer un trazo distinto al que él dejaba; no me lo permitía en primer lugar la firmeza de su posición derrotada, y en segundo lugar la veneración que los enfermos le profesaban con la angustia en la cara. Representar el mundo era una frivolidad o un lujo; él en cambio mantenía en pie la integridad vacía de la fortaleza que se derrumbaba. Pero si no había retórica, tampoco las nociones de éxito y fracaso guardaban sentido. Un gran accidente movía al mundo y, a semejanza suya, ahora que la llegada a Chile se hacía definitiva, sólo podía habitar la imagen prohibida que alumbraba la carta de mi padre.

El psicoanálisis sabe más que yo de estos espejos lacrimógenos que me hicieron caer en depresión durante las semanas y los meses que siguieron a su fallecimiento. Visto de manera retrospectiva, el episodio de mi visita a Lechería recién concluía de un modo vicario con el hallazgo de la carta, mientras se anunciaba el aterrizaje en Santiago y yo caía de improviso en una tambaleante relectura del pasado. Me desconcertaba pensar que esas palabras a mi tío habían sido escritas evitándome. Claramente no deseaba que yo fuera su mensajero, ni menos exponerme a sus propias conclusiones. Recuerdo que en los días siguientes, y salvo esa breve incursión en la tiniebla del muelle, de hecho, mi padre no volvió a mostrarse desorientado ni se dejó arrinconar más de lo que estaba. Los largos silencios volvieron a reinar como respuesta a mi falta de tacto, y la visita siguió su curso sin otra marca memorable que un brillante salto de cascada al interior de la selva.

Es cierto que me hospedé allí y compartí con él casi dos semanas de retiro, gasté varios rollos de fotos, fuimos a nadar al mar algunas tardes regaladas por los pacientes de la medicatura, cocinamos juntos unos peces del lugar que sabían amargo y finalmente volví a la ciudad, llevando el encargo de escribirle a mi madre para solicitarle unos papeles que él echaba en falta para sus trámites de reválida profesional. Todo aquello ocurrió tal como lo cuento aquí; banal y doméstico, sin sobresaltos dramáticos ni lamentaciones familiares, sino

más bien de un modo frontal y pegado al piso, como al compás de una piedra que marcara los minutos de la convivencia con golpes fríos en medio del sofoco y la humedad del clima que no cejaba ni de día ni de noche. Era una rutina monástica en pleno trópico: sin una mujer visible que prestara servicios a domicilio y de la clase que fuera, mi padre lavaba su ropa una vez a la semana, cuidaba con mucho esmero unas plantas interiores de aspecto selvático y se enfundaba un delantal de cocina para preparar platos básicos los sábados y domingos. En días hábiles almorzaba fuera. A primera hora de la mañana, poco antes de las seis, yo oía el primer revuelo de tazas y servicios en la cocina, seguido de un silencio largo, como de alguien que fumara varios cigarrillos al hilo mirando por la ventana a la espera de hacerse visible en un horario decente. Pero mi padre no fumaba, así que sólo podía tratarse de una pausa digestiva al acabar el desayuno, un recuento de lo no dormido y simulado como sueño para tranquilidad del hijo, ya que luego acomodaba restos en el refrigerador, chistaba, emitía tres o cuatro carraspeos regulares, y partía caminando al consultorio, no sin antes cerrar sigilosamente la puerta principal y la pieza de huéspedes donde yo dormía. A eso de las nueve, me levantaba y descubría sobre la mesa una taza dispuesta y el café ya molido al fondo del recipiente donde echar el agua, tras lo cual partía de caminata hasta el mediodía, hora en que pasaba por el consultorio y lo recogía para almorzar juntos en alguno de los puestos cercanos a la playa. Al atardecer, la rutina se hacía ligeramente más tediosa, hasta que nos encerrábamos a jugar a las cartas después de comer un sándwich y hacíamos planes o nos quedábamos fatalmente callados.

Así que esto era Lechería, pensaba yo. Sólo esto, y sin nadie alrededor, como un remedo del primer saludo que crucé con mi padre, cuando partí a buscarlo al estadio de béisbol nada más llegar al lugar y golpear la puerta de la cabaña. El sol ya había subido en el cielo, y atravesé la calle de piedras hasta dar con el recinto que se elevaba en forma de cono sobre el otro extremo. Sin perder tiempo en vadear el lugar, subí los escalones de un túnel angosto y maloliente que daba sobre las gradas, a media altura del estadio, suficiente en todo caso para divisar la pelota que se elevaba de frente, igual a un minúsculo sol blanco con su pronunciada curvatura entre los tablones y el cielo

duro y seco, contrastada sobre el plano celeste que hacía de telón al arco de la pelota. Asomado a la baranda, alcé la vista, curioso de la trayectoria que seguiría sobre el fondo de cielo, mientras el hombre del bate dejaba de correr y daba unos pasos, colocaba las manos en jarra y se volvía satisfecho, deteniéndose a observar perniabierto sobre un redondel de ceniza. Su compañero se había repantigado con el bate cruzado sobre el vientre, indolente al resultado, mientras un tercer jugador, con un casco de aluminio sobre la cabeza, se dirigía pausadamente a recoger la bola como quien acepta una burla que acaba de caer al otro lado de la reja. Un rayo de luz oblicua golpeó el casco y me hizo apartar la vista. Los tres hombres mantenían entre sí una geometría de líneas irregulares que se deformaba sobre el campo a medida que se desplazaban, como si la figura girara mostrando alternativamente sus tangentes a un cuarto sujeto que hacía de público, sentado a medio camino entre el borde superior de la incomprensible arquitectura triangular del estadio y la zona de cancha donde se movían los jugadores. Despreocupados, lerdos y narcisos en sus ajustados buzos con franjas de colores en los costados, los hombres daban voces, eructaban y escupían como si nadie los observara.

Mi padre no había creído necesario proteger su cabeza con un sombrero, así que lo reconocí de inmediato. Ahí estaba, sentado en un estadio de béisbol como en una estación sin Dios. Vestía traje y corbata. Parecía un adiestrador en trance de ordenar el equipo, atento a la técnica de sus pupilos mientras anota mentalmente las correcciones que ha de realizar antes de que llegue el día de batear en serio. Haciendo visera con una mano en la frente, eché una mirada en torno y enfoqué su postura tranquila, inmóvil, aislada en el amplio recinto de tablas alineadas en elevación y semicírculo alrededor del ángulo que dibujaba la cancha. No me vio hasta que estuve muy cerca suyo, mientras iba hacia él moviéndome rápido con pequeños brincos entre las gradas. Se puso de pie, cauteloso ante la brusca aparición de esa figura familiar que se le acercaba con empuje, y acaso creyó que era un espejismo del mediodía, otra alucinación del hiriente reflejo que despabilaba sus recuerdos en las mañanas, porque se mantuvo rígido en su armadura hasta tenerme completamente al alcance.

–Caramba, doctor Chile – fue todo lo que se me ocurrió decir en

defensa propia cuando me paré delante suyo con los brazos cayendo a los costados. Caramba, mientras él levantaba atónito los párpados lastimados por el sol, inclinaba ligeramente el cuerpo hacia atrás como para adquirir una visión uniforme, y enseguida soltaba una sonrisa que era más bien de alivio por la buena salud del escudero que se le unía nuevamente.

–Muchacho –dijo–. ¿Qué haces aquí?

4

CUARTO OSCURO

Mi padre falleció en 1998 y mi madre unos años después, hace de esto no mucho tiempo, meses en verdad. A veces sólo días o minutos. La distancia es minúscula al medirla con la ausencia de las personas que nos explican. Lo que fuera, ambos se han ido. Desde entonces soy padre sin padres en el arrollador mundo de los hijos. Un mundo de belleza siberiana, más frío y remoto del que nunca pensé encontrar, donde únicamente Félix sigue estando de pie entre los recuerdos, rebosante de salud y nuevos proyectos. Vaya personaje. He sabido que figura inscrito en una academia de tango donde baila los fines de semana. Un día de estos lo introduciré en la intimidad de Manuela, lo pondré bajo su régimen de citas cuando haya terminado de acostarme con ella. Pensé decírselo la última vez que nos enfrascamos, pero no hubo minuto. Era comienzos del verano.

–El novio de tu madre… –comentó Manuela, dubitativa.

–¿Sí?

–Hace un tiempo anduvo preguntando por arriendos en el condominio.

–Puede ser –dije, sabiendo que la mudanza era una idea fallida de mi madre.

–Es un tipo bastante misterioso.

–Claro, así fue cómo la conquistó.

–¿Desde cuándo están juntos?

–Se fue con ella cuando yo era un adolescente. Después se complicaron más de lo necesario. Creo que se llevaban mejor cuando eran amantes y andaba cada uno en lo suyo.

–Raro…

–Tiene su lógica.

–¿Igual que nosotros?

–Es distinto –dije, y me acerqué lo suficiente para mezclar el plural con los sabores ácidos que se desprendían de las sábanas–, nosotros no tenemos historia.

–¿Qué, entonces?

–Un acuerdo.

Manuela levantó un hombro, desafiante, y su cuerpo dio un respingo ante lo que parecía una provocación de mi parte. Enseguida se incorporó de un salto, giró sobre las plantas de los pies y caminó de espaldas hasta el baño. Su desnudez lustrosa, de nalgas firmes y redondeadas, desapareció un instante tras la cortina de la ducha mientras echaba a correr el agua. Las piernas dibujaron dos paralelas perfectas y algo inclinadas, como una maestra de esquí ilustrando la postura correcta en la pendiente, con el peso distribuido entre los hombros y las caderas, los glúteos ligeramente levantados mientras una pequeña nube de vapor comenzaba a colarse por allí. Retrajo los brazos y, tras una vacilación que fijó durante un segundo la carne fresca estilando sobre el piso, introdujo todo el cuerpo bajo el chorro generoso. La cortina destacó un perfil menudo, como un racimo de uvas regordetas colgado a los pies de la cama.

–Espera que te sorprenda –oí que replicaba, como pidiendo a viva voz que atendiera el teléfono.

No entendí bien la invocación y dejé que la frase escurriera con el sonido del agua. ¿Quién o qué iba a sorprenderme? ¿Félix? ¿Mi madre? ¿Ella misma, Manuela? No estaba para nada claro. Según como yo lo veía, lo único asombroso era estar puntualmente encima o debajo suyo a esa hora un poco muerta de la tarde en que nos repetíamos el plato una vez al semestre, ojalá los primeros días de abril y a comienzos de octubre, después de cada cambio de estación si no surgían impedimentos. Sexo seguro, desafectado, confiadamente lujurioso y realizado sin variaciones en un hotelito discreto ubicado a pocas cuadras del lugar donde habíamos iniciado ese intercambio de fluidos extramaritales. Era una fórmula difícil de encontrar, pero lo habíamos conseguido. Cinco años atrás, las formas compasivas de un encuentro no del todo fortuito habían estallado entre mis manos, y lo que había nacido como una incursión luctuosa pronto se transformó en una cita obligada de antiguos vecinos. Manuela seguía siendo feliz con René, y hasta diría que era más feliz aún con la ligera infidelidad semestral que se permitía, mientras que para mí el asunto funcionaba como la terca garantía de un hombre que ha estado largo tiempo solo y recién acaba de acoplarse, un contrapunto que renové con esmero

tras el primer efecto sorpresa cuando, sin pensarlo demasiado, Manuela insistió en acompañarme al departamento que había dejado mi padre.

Supongo que mi terror nada fingido a perder el deseo la envalentonaba. De otro modo no habría tomado la iniciativa, viéndome con el ánimo por los suelos y la sombra de mi padre extendida sobre cada paso que daba, pronto a repartir sus cenizas entre Ucrania, Israel y Argentina según su voluntad, luego de dividir justicieramente sus restos en ánforas de peso regular que serían distribuidas entre conocidos dispuestos a viajar con el trofeo. Una cuarta parte permanecería en Chile, eventualmente al pie de un árbol, y una impotencia glacial se apoderaba de mí frente a estos preparativos. El día que nos topamos en el antejardín, hubiese querido ignorarlos o retroceder hacia la casa. Era domingo. Manuela y René volvían del parquecito comunitario, avanzando sin prisa con el periódico ya leído, revisado y comentado, cinco o seis cuerpos de información intimidante apretados bajo el brazo como un garrote. Nos saludamos por sobre la valla de arbustos y me mostré apurado.

–Lo siento –dijo Manuela, clavándose delante–. No sabía que lo de tu padre fuera tan grave.

–Estuvimos averiguando –agregó René a su lado–. Es increíble, pero tenía muchos discípulos.

Increíble que no lo supieran. O increíble que tuviera discípulos. Increíble qué, tuve ganas de preguntar. Tan sólo una semana antes lo habíamos llevado al crematorio, y el comentario me sonó torpe pero sin mala intención. No tenía sentido hacerse el ofendido. Con toda probabilidad, ni siquiera sospechaban la existencia de un agravio detrás de esa mención a mi padre, y quizá efectivamente no hubiese agravio alguno. ¿Por qué razón tenían que conservar memoria y razón de cada egresado que los antecedía desde la primera promoción de la Escuela de Medicina? ¿De dónde sacaba yo ese patético reclamo de víctima insatisfecha? ¿Qué pretendía? ¿Embestir contra la generación de los felices? Era un reproche injusto y desmesurado, por lo demás, sobre todo tratándose de ellos, los felices, gente que había tenido que improvisar contra el miedo para hacerse una idea propia del lugar donde vivían. En vez de atacarlos, mejor haría en cuidarlos. Eran los

nietos, la marca de una época que servía a todos, alfabetizados como estaban en los valores de la eficiencia y el desempeño, empujando una suave rebeldía que luego aplacarían con habilidad y furia hasta conquistar la confianza de sus mayores, esos padres y abuelos que habían cruzado la calle y cerrado la puerta a cal y canto en medio de los aporreos fuertes y desesperados de la noche que corría, subiendo el volumen del televisor por el bien de los pequeños, para proteger la infancia de René y Manuela, nuestros muchachos, ella y él, sanos y buenos y que ahora ya instalados del otro lado, cohesionados en su ambición y sin el riesgo evidente de desperdiciarla, podían permitirse mirar el mundo desde esa conmiseración hacia los hombres que sólo se obtiene a sabiendas de haber atravesado el infierno con los ojos vendados. Era la generación salvada, la que perdonaba, y por eso las instituciones apostaban por ella. Habían nacido en el sitio y momento precisos, quince años después de todo, y se preparaban para tomar el control. Muy a su pesar, con fino olfato político, rivalizaban entre ellos por llegar primero, pero les incomodaba hacerlo público porque los trivializaba como grupo. De modo que trepaban socialmente con un aire de indolencia y *nonsense* universal, como si nada de aquello les importara en verdad y las gracias llovieran sobre sus ingenios naturales, acogiendo el éxito con la despreocupada afectación de quien encuentra en sus bolsillos algo parecido a la gloria y la observa preguntándose para qué servirá. Juiciosamente, además, no demostraban demasiado esfuerzo ni apego por ella, en la eventualidad de que el día de mañana otra casualidad menos beneficiosa sustituyera la flama sosegadamente postapocalíptica que levantaban. Una generación irresistible, en suma. Tan alegre y subyugante que no se podía evitar una revoltura de estómago ante semejantes bondades. O quizá era que la muerte de mi padre soplaba firme en mi oído. Lo que fuera, allí estaban.

–Bueno, lo que necesites –dijo René, condolido.

–Gracias.

–Puedes venir hoy a la noche si te sientes un poco… tú sabes. –Vaciló, la palabra no venía a su mente, o prefería omitirla por delicadeza.

–Ingrimo –dijo ella, y yo la miré con auténtica curiosidad antes de

que agregara, como para despejar mi sorpresa–: Fue una bonita despedida. Lástima que no quisieras hablar.

–Sí, echamos de menos que dijeras algo en la ceremonia.

–No tenía idea de que hubiesen ido –me disculpé.

–Los vecinos se acompañan –dijo Manuela.

–Preferimos no molestarte, pero ahí estábamos –aseguró René.

Asentí. Comenzaba a sentirme un completo desgraciado.

–Bueno, si no apareces hoy a la noche, te lo llevo yo misma –amenazó ella.

–¿Qué cosa? –dije intrigado.

–Oxígeno –dijo Manuela–. Un poco de aire para tu cabeza. –Y sacudió ligeramente la melena para ilustrar la insinuación.

Nos despedimos. Ignoro si esa noche asomó por la puerta con su aspecto infantil y descuidado. Regresé tarde y no volvimos a toparnos sino hasta dos o tres semanas, cuando me avisaron que debía recoger las llaves del departamento de mi padre en la calle Suecia. Los arrendatarios habían desalojado a petición de la familia y, en espera de los trámites de posesión efectiva, lo prudente era dar una señal de interés ante el conserje y la administración del edificio. Me dirigía hacia allá cuando nos cruzamos en los estacionamientos. Manuela llevaba el delantal colgado del brazo como un muñeco, y algo dije que debió de sonar agradable, porque se echó a reír con la cabeza echada atrás tal como yo imaginaba que harían sus pacientes en la consulta odontológica, si es que era cierto que se dedicaba a torturar bocas y raspar muelas todo el santo día. Enseguida apoyó el brazo en la ventanilla del Jeep y miró dentro de la cabina como si registrara visualmente las posibilidades que se le ofrecían.

–¿Estás escapando? –dijo al ver la maleta en la cabina.

–Al contrario, voy a revisar el departamento que dejó mi padre –expliqué–. Tengo que sacar algunas cosas.

–¿Quieres que te acompañe? A veces es mejor hacerlo de a dos.

–Puede que me demore…

–No es problema, en serio. René está de turno.

–Por qué no.

–Cinco minutos –dijo ella, y la vi atravesar el parquecito comunitario con su delantal en el brazo y un pequeño maletín en

forma de tortuga, mientras yo retrocedía para sacar el Jeep y luego dejaba el motor en marcha con la punta orientada hacia el portón de salida. No creo que pensara en nada. Estaba como embotado y frío ante la expectativa de la tarea que me esperaba, deseando no tener que afrontar un inventario demasiado exhaustivo de objetos abandonados en los cajones y estantes de mi padre, posibilidad bastante incierta por otra parte, ya que el departamento había quedado en alquiler desde su reclusión en la casa del Alzheimer. Eso había sido hace un año o más, y no cabía imaginarse que los arrendatarios construyeran durante ese tiempo un pequeño altar de oración con los libros de medicina o lo que fuera que quedara de mi padre en la calle Suecia, pero durante el trayecto con Manuela no dejé de experimentar una cierta ansiedad por llegar rápido y acabar con las suposiciones.

Estacioné y Manuela me siguió en silencio. Con su blusa sin mangas y la falda gris que caía recta hasta la rodilla, parecía una agente de seguros que viniera a levantar acta sobre los daños a declarar, austera e impersonal mientras el conserje nos precedía, se paraba frente a la puerta, miraba de refilón la maleta y depositaba las llaves en mis manos antes de retirarse con un breve excusa que denotaba alivio por deshacerse de toda responsabilidad. Como si acudiésemos a la escena de un crimen, pensé. La puerta se cerró y comencé la inspección. El departamento replicaba la funcionalidad algo vacía de un estudio profesional: una sala de estar, habitación con salida al baño, y cocinilla. Olía a encierro, y abrí el ventanal que daba sobre una pequeña terraza con vista hacia la montaña. Alrededor, el edificio estaba rodeado por otros tantos bloques de siete pisos levantados en serie por las inmobiliarias que densificaban el sector con voracidad democrática desde hacía por lo menos una década. La luz declinaba desde el poniente. Un viento suave meció las cortinas echadas que ensombrecían el interior. Miré en torno. Se veía bien conservado, con el empapelado crema y la moqueta del piso sin manchas flagrantes. Ni rastro de cuadros en los muros, estantes de libros ni muebles donde apoyar un cenicero. Tampoco encontré cenicero alguno, por lo demás. En la habitación sólo había un viejo televisor abandonado en un pedestal de poca monta. Quizá perteneciera a mi padre, quizá a los

arrendatarios. Lo cierto es que ya no tenía dueño. Posiblemente funcionara mal. Aquello parecía una pista de aterrizaje, y yo con la maleta todavía en la mano como si esperara el avión de las siete y media de la tarde para abordar un destino. No había nada que recoger allí, y dejé la maleta en el piso mientras buscaba un interruptor de luz. Las ampolletas no respondieron y supuse que el suministro había sido cortado.

–No –dije, viendo que Manuela intentaba levantar la cortina que daba a la terraza–. Mejor déjalo así.

Ella se volvió a mirarme por sobre el hombro. Abrí los brazos, resignado, y algo extraño debió de notar en el gesto porque su expresión severa cambió de golpe. Yo apenas lograba estar de pie. La fatiga parecía apoderarse de mis músculos en medio del espacio vacío, como si soportara la desnudez de los muros en distintas partes del cuerpo a falta de otros objetos donde distribuir el peso que me oprimía el pecho. Me dejé caer sobre el piso, con las espaldas apoyadas contra la pared, y fue como si el rango de visibilidad descendiera bruscamente dos o tres niveles respecto a la débil luminosidad que empapaba la cintura de Manuela. Ella soltó el cordón y su perfil se hizo sombra mientras caminaba hacia mí, sentado en el otro extremo.

–¿Qué pasa, vecino? –dijo, inclinándose con una genuflexión que mantuvo sin esfuerzo. Negué con la cabeza. Estaba como aturdido. Ella acarició mi frente, apoyó las rodillas sobre el piso y sus dedos se pasearon sobre las mejillas empapadas hasta quedarse entre los labios.

–Están fríos –comentó sorprendida, y luego probó a entibiarlos, lamiendo con una delicadeza algo exagerada la sal que me cocía la cara–. Te hace falta temperatura –concluyó.

Yo me reí.

–¿Vas a darme primeros auxilios?

–Sólo reanimarte un poco.

–Puede ser peligroso –dije.

–Déjame intentar.

–Te interesan las bocas.

–Soy una experta –dijo.

–Adelante…

Abrió y auscultó la cavidad con un interés técnico, como si buscara

el mejor ángulo para extirpar de una cuchillada el dolor ahogado en la garganta.

–¿En serio eres dentista? –balbuceé inquieto.

–Cirujana –dijo Manuela, sin hacer caso de mi nerviosismo, hablando en voz baja con la oscuridad que comenzaba a envolvernos–. Es mi especialidad.

Mantenía su boca entreabierta muy cerca y por encima de mi frente, mientras su pequeña lengua rosada se retractaba y reaparecía vacilante entre los labios. Enseguida hizo algo que no ha vuelto a repetir. Succionaba con fruición. Su aparato producía una sensación aguda y extraordinaria. Lenta. La lengua raspaba y se hundía como una cuchara de bordes dolorosos y punzantes, mientras sostenía mi cabeza inmovilizada por completo. Me fui recostando de espaldas sobre el piso. Ella continuó absorbida en su tarea, montada a horcajadas sobre mi pecho y las rodillas apretadas contra los hombros. Su boca era un horno que cocía por dentro, y tenté sus caderas con las manos ciegas hasta lograr aferrarlas por sobre la falda. Levanté un poco para colaborar. Era liviana como una piedra. Un cuerpo de goma y de esqueleto ligero bajo los muslos firmes. Era justo el tipo de asistencia que yo necesitaba. Ah, Manuela… ¡Manuela de los felices! ¡Cómo se relamía en el gollete sin fondo de mi cabeza! Una marea de quejidos nos revolcaba hacia el final, y subimos y bajamos sin poder llegar, hasta que un brinco suyo nos derrumbó y caímos exhaustos, quietos, suspendidos en la enervante responsabilidad de haber obrado mal y terminado mucho mejor a pesar de la exótica postura. Casi de inmediato la calma nos rondó como un animal herido.

–Eso estuvo bien.

–Es por la primera sesión –dijo, se burló.

Acomodé los lentes en su lugar. Manuela se incorporó y la oí moverse hacia el baño. Luego echó a correr el agua y caminó unos pasos por la habitación desangelada de mi padre. Pero él ya no estaba por ninguna parte. Me puse de pie y tropecé con la maleta. Ella reapareció a un costado, carraspeando. Una fastidiosa familiaridad me hizo detestarla.

–Te distraje un poco, ¿ah? –ladeó la cabeza, desafiante.

Extendí una mano y enguanté sus pechos por debajo de la blusa.

Hice que girara de espaldas para poder acariciarla. Ella comenzó a resoplar entre dientes. Tuve un acceso de rabia. Ganas de maltratar el deseo. Enseguida el hilo se tensó nuevamente. Ella respiraba con dificultad, encorvada por los mimos.

–¿Qué vas a hacer con esto? –rogó en un momento.

–Un cuarto oscuro –le soplé encima, haciendo resumidero de la situación–. Voy a instalar aquí mi cuarto oscuro.

Fue lo que hice. Suecia ocupó el sitio de la alteridad que habitaba. Ni matrimonio, ni hijos, ni trabajo ni amante ni nada. El lugar no admitía compañía. Una vez resuelta la posesión efectiva del departamento, trasladé una cama-sofá, un mesón, la ampliadora, un estante de bandejas para las cajas de negativos, y planté mi retaguardia en el piso de mi padre. Pensaba revelar y copiar los cientos de negativos que reservaba celosamente para un momento estelar como éste, definitivo y transparente, largo como el día después del combate que lo había consumido en su trinchera, pero al poco tiempo el propósito se develó frustrante. El momento ya había pasado o nunca llegaría, lo cierto es que el desánimo me invadió. Apenas lograba acercarme y palpar las cubiertas de las cajas con los nombres y las fechas marcadas encima. Los rótulos envejecían mi entusiasmo, como un indiscreto espejo al fondo del ropero: «Lechería 1976», «Caracas 1978», «París 1979», «Barcelona 1981», «Caracas 1982», «Santiago 1984» … Era para desquiciar a un archivista. En ocasiones, un solo vistazo a las tiras ennegrecidas me sumía en un estado de postración que se extendía por horas y me dejaba inmóvil, sin voluntad, con el cuerpo tenso y estragado. De pronto me descubría de pie con la cámara en la mano y la vista perdida en pensamientos crepusculares. Hacía clic para romper el embrujo y un peso de tumba me derrumbaba sobre el sofá, donde permanecía otras dos horas recreando hazañas del pasado y modificando el futuro con actualizaciones arbitrarias. Una especie de somnolencia moral envenenaba mi disposición al trabajo.

En esas circunstancias, agradecí que el televisor del cuarto funcionara todavía. Lo encendía y el aparato me regalaba con su indiferencia el duelo que necesitaba. Pues sí, me sentía morir en el departamento de Suecia. Había almorzado allí con mi padre y mis

hermanos cada miércoles durante al menos siete años, y ahora tocaba pagar la cuenta. Comíamos bien y él tenía el tiempo por delante. No es que existiese un motivo especial para la elección de ese día por sobre otro, simplemente había quedado establecido así desde un principio, como un corte obligado a mitad de semana para hacer repaso de las variaciones y acontecimientos mínimos servidos cada miércoles con el menú del anfitrión. La cita tenía una estructura fija, exenta casi de variaciones dramáticas, con abrazos efusivos al llegar, un nudo de preguntas y respuestas banales al sentarse a la mesa, y el anticlímax final, cuando el fervor familiar decaía y rápidamente era reemplazado por las bromas, risas y burlas piadosas de alguno de los tres hermanos que se daban cita en el departamento del padre para resarcirlo de las complejidades del retorno al durísimo *farwest* chileno.

–¿Cómo anda la candidatura? –preguntaba él a mi hermano Ricardo.

–Ahí, en la lucha.

–¿Y las mujeres? –se dirigía a Pablo, el mayor.

–Hueveando, como siempre.

–¿Y el ojo?

–Trabajando –decía yo.

–Estos tipos –protestaba él, sin apuntar contra nadie. Y sonreía–: Buena cosa.

Con mis hermanos hacíamos lo humanamente posible para no faltar. Los miércoles de Moisés y ceniza, benditos sean, cuánto daría por uno solo de ellos. Pero la paz entre nosotros había llegado tarde, y Suecia no era el sitio apropiado para renovaciones espirituales. Trabajar allí era un sacrificio. Me deprimía con facilidad, si acaso no arrastraba una depresión crónica desde mucho antes, y dejé a un lado los negativos. Puede que en esa imaginería personal residiera parte del desaliento. Como un interés acumulado durante décadas y que nadie podría cancelar. Morosidad filial, entonces. Morosidad y espacio, que tampoco ayudaba; demasiado funcional, como ya dije, práctico, acotado al dormitorio y la sala de estar, con un deje de asepsia vigilada por el entorno del barrio, una especie de tubo de ensayo multiplicado a lo largo y ancho del valle hasta donde se perdía la vista desde la terraza hacia el oriente. Un departamento célibe, pensé. Con aspecto de consulta psicológica y un foco de luz vacía sobre la cabeza,

como la que utilizan los dentistas en los reclinatorios. Definitivamente debía apropiarme del lugar, adaptarlo a mis necesidades y llenarlo con otros materiales, insuflarle vida. Era una tontería, pero decidí escribir lo que no podía copiar. Los negativos seguirían guardados en sus cajas mientras no tuviera valor suficiente para desempolvarlos. Hice a un lado la ampliadora, conseguí una buena silla de hierro y me incliné sobre las palabras con el foco de la cámara de espaldas a la mesa. La historia de mi padre, rota en mitades y vertida al papel como quien desarma una muñeca rusa con una bomba dentro. Capítulo primero: Golpes en la puerta. Moisés viene por mí.

Avanzaba a los tumbos, pero avanzaba. Cada tanto, extenuado, dejaba la sala y me refugiaba en la habitación en busca de reposo. Encendía el televisor y cerraba los ojos, arrullado por la hipnosis sonora que salía del aparato. El opio del pueblo me fumaba la cabeza durante un instante de felicidad. Era un sueño redondo, profundo y rapidísimo, con el sonido uniforme y metálico desplegado alrededor como un cúpula protectora. Bastaba sin embargo esa breve parada en las sombras para alertar al fantasma que me espiaba con sus recuerdos desde algún rincón del cuarto. Advertido de mi negligencia, el fantasma comenzaba a dar vueltas como un coleóptero sobre un cráneo agujereado.

–*Revenge*, Hamlet… –zumbaba, malicioso, antes de clavar su aguijón en el hueso y exhalar, lleno de furor–: ¡¡*Revenge!*!

Entonces, disipada cualquier tregua, yo me ponía de pie y recomenzaba, infatigable.

Pero una obra literaria no es un ajuste de cuentas, y debía girar repetidamente la cabeza hacia atrás y adelante en busca del crimen verdadero, del híbrido veneno de beleño en el oído de mi padre, para verificar que también en este caso la venganza en la risa se diluía. No había revancha que tomar. Por más que me esforzara, todo el relato sonaba bastante poco sincero, excesivo, tremebundo, con esos salmos morales repartidos entre saltos mortales, inverosímiles, y esas formas robadas de la gloria sólo para esconderse mejor. Incluso el tono estridente de las circunstancias políticas quedaba invalidado al precisar con claridad las inconsecuencias que arrastraba. Mi libertad no dependía del padre, sino de resolver el equívoco al que me

obligaba. Si todo su ser había quedado atrapado en Lechería, yo estaba preso de la ofensa: de los otros hacia mí padre, de mi padre hacia mí, y de la mía hacia los demás. Adiestrado como estaba en relaciones de correspondencia, apelaba al espíritu activo de la negación. El rechazo era mi forma de encajar. Una trampa, en el fondo, que sólo yo veía y a nadie más afectaba. Mientras impostara el lugar de los olvidados, siempre abrigaría una esperanza de salir de allí. Dar cuenta de mi padre, hacer fe de él, equivalía sin embargo al mayor de los abusos que podían cometerse. Al revés de aquellos clásicos progenitores que no dejan crecer a sus hijos, aquí era el hijo quien no dejaba morir a los padres. Mi libertad…

–¿Es una novela? –preguntó Victoria cuando le comenté el asunto.

–Una mezcla –dije–. Ni puramente novela ni tampoco biografía, en sentido estricto. Es ficción, en el fondo.

–Pero tendrá algún nombre, un título, qué sé yo.

–*La carta del padre*, ¿te gusta?

–¿Así se llama? –dudó, cautelosa–. Sí… Me gusta, pero ese libro ya existe.

–No, ése es otro, donde un escritor le escribe a su padre. Aquí es al revés; el padre es quien le escribe al hijo.

–Ah, es una carta tuya a tu hijo.

–No, no estás entendiendo. Es *mi* padre quien escribe la carta.

–Y te la manda a ti.

–No, a mi tío. En Buenos Aires. Desde Lechería.

Me miró raro, asustada. Como si me hubiera vuelto loco.

–Entonces es la carta del primo.

–Olvídalo –me ofusqué–. Hablemos de otra cosa.

–A ver, de nuevo –insistió ella, imperturbable–: Tu padre le escribe una carta a tu tío, y tú te asignas el rol del destinatario por una especie de justicia familiar. O al menos de intérprete. ¿Es eso?

–Claro –dije victorioso–. Simple como el sol.

–Pero entonces está mal el título. No es tu padre quien escribió la carta, o no lo hizo en esa condición. Fue alguien distinto, un personaje de ficción, un hombre a quien posiblemente no conoces y a quien le asignas el rol de padre sólo porque coincide con los datos de tu visita a Lechería. Pero él no es tu padre; quien escribió esa carta no le habla al

hijo, ¿o sí? –replicó ella con una certeza no exenta de piedad–. La otra posibilidad es que esa carta la hayas escrito tú, seguramente como un modo de tener noticias de tu padre muerto y, de paso, consolar a tu tío con una carta que nunca recibió.

Quedé de una pieza. Ambas ecuaciones eran perfectas. Perfectas e incómodas. Por supuesto, la primera alternativa me restaba autoridad y la segunda excedía mis atribuciones. La suma daba como resultado una impostura absoluta ¿Acaso con ambas no transgredía al fin la prohibición de la literatura?

–La carta me la entregaron en Buenos Aires, te la puedo mostrar –dije, severo–. Es lo único que no me inventé de todo el asunto.

Me corrigió con delicadeza. También con algo de resignación.

–Ya sé, pero no es tuya de tu padre –dijo–. Es la carta de Moisés.

Victoria era una mujer razonable. Debería decir razonablemente dominante, pero queda mal. Nos habíamos conocido en una sesión de fotos a propósito de una entrevista de prensa, y a los diez minutos ya me estaba dando instrucciones sobre el mejor ángulo para retratarla. Quedé prendido en el acto. Sus comentarios eran implacables y cariñosos, y yo solía considerarlos como ejemplos de un empeño mayor por imponer orden en el mundo. Los suyos eran consejos de preservación. Algo que yo no tenía y favorecía a la especie. Por entonces estábamos recién casados y las cosas marchaban sin fallas confesables en el equipo. No es que ahora sea tan distinto, pero al comienzo ambos nos asombrábamos de lo poco reñido que podía resultar el matrimonio, esa guerra lenta que nos minaba con desacuerdos típicos pero en ningún caso catastróficos como los que yo imaginaba antes de desalojar el condominio para irnos a vivir juntos. Nos templábamos en el compromiso, por decirlo de algún modo. Si soportaba el cambio de casa, aguantaría el matrimonio, pensaba yo entonces. El único punto de discordia parecían ser los recuerdos que lastraban la operación. Pude comprobarlo la misma tarde en que abandoné el condominio y ella llegó a colaborar con una ruma de cartones de embalaje tras desoír las dificultades que planteaba la mudanza.

–Traje ayuda –dijo con entusiasmo.

Me volví. A unos cuantos metros desde donde estábamos, Félix despejaba el maletero de la camioneta estacionada de cola: camisa blanca arremangada en los puños, jeans azules con la línea del planchado simétrica, zapatos de mocasín negro con lengüeta sobre el empeine, y el eterno bigote boscoso que marcaba su cara ocultando la sonrisa. Se movía con confianza, levantando los brazos con un leve vaivén atlético y el cuello algo rígido mientras azotaba fundas y preparaba cuerdas.

–Qué bien –sonreí.

De Félix podían decirse todas las barbaridades de forma y tono, de dramática falta de combinatoria cromática, pero nunca que mezquinara ayuda en los traslados. Eran su especialidad. De un domicilio en otro, fuera asunto de mi madre o de cualquiera de los hijos, Félix disponía una amplia plataforma de rodados para cada caso, con variedad de tipos y tamaños según la necesidad, desde un camión de container a una furgoneta con puertas corredizas que en cuestión de horas hacía traer a la puerta o conducía él mismo, como en esta ocasión. Una vez puesto en la tarea, cargaba el mobiliario y despachaba en un segundo o tercer viaje lo que estuviese fuera de uso, para guardarlo en las bodegas que administraba con la severidad de un almacenero.

Curiosamente, muchos de los muebles, cuadros y sillas remontaban su origen a la vieja residencia familiar de Vitacura, desde donde habían salido expulsados a un viaje sin retorno ni aparente destino, de barrio en barrio y de escalera en escalera, llevando consigo un aire de vagón afligido que volvía a reciclarse con obstinada pertinacia en cada nuevo traslado. Mi madre conservaba la mayor parte de ellos, incluso la vieja cama matrimonial servía de lecho para su vida con Félix, y así como éste había rescatado la caña de pescar de mi padre, también cada hijo guardaba en su morada un artículo precioso de aquella mudanza inaugural en Vitacura, la primera y acaso la única que contaba, como si desde entonces nos abocásemos a reunir y conservar las piezas sueltas del rompecabezas familiar. De entre todas esas reliquias, la mía era una lámpara de pie con pantalla rugosa, de luz ahumada y poco práctica para usos domésticos, pero imponente a su modo. Una fotografía de mi padre, leyendo el periódico y con la pipa

en la mano bajo la aureola crema de la pantalla, había quedado asociada al objeto en cuestión. La base era de madera, ancha como un tronco y bastante pesada de cargar.

–Mejor la regalas –dijo Victoria, al ver que yo me esmeraba por depositarla con gran delicadeza en el antejardín, donde comenzaban a acumularse los libreros–. Allá no te va a servir.

–No es por eso que me la llevo –dije, dejando la lámpara en el suelo con un bufido–. Es que me gusta tenerla.

–Está vieja, ni siquiera da buena luz –insistió ella.

Victoria había dejado caer una caja y miré en torno. Observé que Félix venía hacia nosotros dando largas zancadas a través del parquecito comunitario. Nos saludamos.

–Listo –dijo, sacudiendo las manos–. Podemos cargar.

–Hola, ¿necesitan ayuda? –oí a mis espaldas.

René y Manuela habían salido a mirar, y nos presentamos todos con ese compañerismo afable de los que se preparan a sacar un auto del barro.

–Bueno, adentro está lleno de cosas –dije.

–Empecemos por esto –dijo Félix, asiendo con ambas manos el pie de la lámpara.

Vicky me miró a la espera de algo, Félix preguntó sí o no, René alzó los hombros, ignoro lo que hizo Manuela porque trataba de evitarla, hasta que por fin negué con un movimiento de la cabeza: la lámpara se queda, dije; voy a pasársela al portero y la recojo después para llevármela si quiero. Félix abrió las manos como si de pronto al tronco le nacieran espinas y con una suerte de extraña resignación grupal entramos todos a la casa para empezar a cargar los bultos de la mudanza. La lámpara nos miraba hacer como un tótem vigilante cada vez que pasábamos delante suyo.

–Si quieres, nosotros te la guardamos –dijo Manuela cuando terminamos y ya casi me había olvidado.

–¿En serio?

–Ahí la acomodamos –confirmó René, ayudando a Félix con las cuerdas y los pulpos que cruzaban la caja de la camioneta–. No será la última vez que nos veamos.

–No, claro que no –dije.

Fui a cerrar la casa, comprobé que no quedara nada por echar y dejé la lámpara a un costado. Volví a los estacionamientos. Cruzamos besos y apretones de mano. Con Victoria subimos al Jeep y dejamos que Félix tomara la delantera. René y Manuela acompañaron la salida caminando abrazados junto a los autos hasta llegar al portón automático. Allí se soltaron. Despidieron a Félix agitando las manos mientras la camioneta giraba hacia la calle como un animal de carga desbordado hasta las orejas. Luego fue nuestro turno. Adiós, adiós. Gracias por todo.

–Los felices –dije, con algo de ira, o de lástima, o de envidia.

–Son felices –dijo Victoria. Deslizó hacia abajo la visera y a través del espejo adosado observó un instante a Manuela y René que habían vuelto a enlazarse por delante del portón, a espaldas del Jeep que se alejaba.

–¿Te parece?

–Sí –dijo–. Aunque sea mentira, son felices.

Pasaron meses antes de volver al antiguo condominio con la excusa de llevar la lámpara a mi fumadero de opio. Manuela me ayudó a meterla en el Jeep y acomodarla de través. Era una operación más compleja de lo que parecía, y acabé invitándola a terminar el trabajo en el departamento de Suecia.

–Tu cuarto oscuro –dijo ella una vez que llegamos, repasando con los dedos la cubierta de la mesa y los estuches de negativos ordenados al costado en pequeños divisores metálicos–. ¿Funciona bien?

–No siempre –dije.

Quedamos un poco tiesos, indecisos, como sonriéndole a un premio que ya había sido otorgado. Propuse llevarla de vuelta al condominio y ella bromeó con quedarse. Oscurecía. Subimos al Jeep y a medio camino estacioné junto al hotelito disimulado entre el follaje de los plátanos orientales. No tuve que decir gran cosa. Se entendía: una mano subida en el muslo, un roce de dedos, los labios. Creo que fue entonces cuando surgió el acuerdo, la premeditación calculada de los intervalos que podíamos permitirnos sin estropear la decencia ni perder el rumbo. La primera vez lo habíamos hecho en abril, ahora estábamos en octubre. Podíamos repetirlo con distancia, graduar los

vicios. Adelante. El adulterio en el umbral de un nuevo matrimonio se transformó así en parte activa y fundamento de un buen matrimonio. La regularidad fijaba los límites del engaño, aunque es cierto que en ocasiones la indisciplina revolviera la sangre y no esperase las variaciones del cielo para reunirme con Manuela. Todo dependía de los obstáculos y salvoconductos que animaban la función. Mis preferidos eran los turnos de René, y entre los más molestos estaba el tedio de representar una excusa cualquiera para recogerla y encerrarse a fornicar bajo el follaje. Doctora, susurraba yo en su oído, con un deje vengativo. Mi vecina, la putita. ¿Te gusta eso?, husmeaba ella, golosa de malas palabras. Sí, le decía. Mucho. Quieres que sea tu puta, ¿ah? Dímelo de nuevo, reclamaba. Lo hacía y la temperatura se disparaba. A veces las fechas no coincidían con las ganas, y en otras el simple paso del tiempo brincaba exigiendo la huida en la noche para volver a casa tranquilo.

Me remordía sin embargo la incoherencia de este equilibrio. Lo que había comenzado como una saludable distracción erótica, se había convertido en una extraña forma de pago que dejaba atrás el duelo por el padre con un expediente fraudulento. El formato era abusivo, y decidí exponer el caso a una psicóloga recomendada. La consulta se desarrollaba en un tercer piso de un edificio céntrico, en una habitación clara y de paredes blancas que parecían insonorizadas, a pesar del rumor de voces que de manera continua se deslizaba sobre las superficies lisas del cuarto. Por todos lados había cajitas con pañuelos para sonarse los mocos. Me senté, luego me tendí sosteniendo una de las cajitas sobre el pecho. Según cómo ella lo veía, mi conducta reproducía fielmente la infidelidad original de la madre, lo que podía interpretarse como una forma indirecta de recuperar al padre y así realizar de manera subliminal el Edipo del hijo. La conclusión se imponía sesión a sesión, o quizá era el susurro colectivo que llenaba el aire, como un rodillo de pintura que al pasar una y otra vez sobre los muros confundiera todos los murmullos de todas las habitaciones contiguas en un comentario único. Confirmé la sospecha de arrastrar un remoto cuadro depresivo cuyo origen resultaba ilocalizable, y a través de la terapia adquirí una visión completa del precario equilibrio libidinal que sostenía a los hijos de matrimonios

rotos. Haría falta un estatuto particular, con normas afines a la educación recibida, para no violentar el mundo interior que cargaba encima. Como una tifa que permitiera ejercer el libertinaje de manera respetable. Tratar de incorporar a la fuerza el régimen matrimonial clásico era desgraciar las posibilidades de la pareja, y tras seis meses de consulta terminé convencido de que era infiel no porque hubiese dejado de amar a Victoria, sino al revés. Tanto quería mi matrimonio que optaba por volcar mis instintos destructivos fuera de casa, concentrándolos sobre Manuela para no perder el deseo de desear mientras el tiempo pasaba.

Pero ni el erotismo ni la familia, ni las novelas publicadas ni los negativos guardados, ni el psicoanálisis ni la política lograban por sí solos llenar el hueco, y allí estaba yo de nuevo, lejos de Vicky y cerca del daño, completamente untado de buen sexo, cuando Manuela entró a la ducha y yo me quedé medio pasmado, pensando en lo que había querido decir con aquello de la sorpresa, y sin esforzarme demasiado por descubrirlo mientras manipulaba el teléfono. El aparato había quedado muerto durante la tarde para que no estorbara, y cuando volví a reconectarlo la pantalla arrojó más de siete llamadas perdidas. Todos con el número de teléfono de mi madre en la pantalla.

¿Se habría agravado?

El último año su indisciplina diabética había adquirido un sesgo casi suicida: se alimentaba mal, desobedecía las prohibiciones del azúcar, faltaba a los controles médicos, ingería chocolates a escondidas y maltrataba su organismo con extenuantes caminatas a la hora en que Félix debía volver del trabajo. Era difícil mantenerla quieta, y desde la muerte de mi padre su fragilidad y descuido iban en aumento: una vez se había fracturado el brazo al caer por unas escaleras, luego tuvo un episodio de descompensación que bordeó el shock glicémico, enseguida debió ser intervenida con rayos láser por hemorragias reiteradas en la vista y una ceguera creciente. El último eslabón en esta cadena de infortunios databa de un mes y medio atrás: un preinfarto había provocado su hospitalización para una intervención de urgencia, episodio que la mantuvo una semana inmovilizada en la unidad de cuidados intensivos y tuvo consecuencias siniestras. Su cuerpo, ya extremadamente delgado y con la piel ajada, salpicada de

manchones en la cara y las manos, se encogía y retiraba como una pequeña pasa consumida por el esfuerzo. De nada había servido el despliegue casi heroico de energía con que había logrado superar en un primer momento el trance clínico y levantarse de la cama: a los pocos días, ya estaba nuevamente internada en Urgencias con signos de insuficiencia respiratoria aguda y complicaciones mayores. Salió del quirófano más debilitada aún. Dormía en exceso y cuando despertaba permanecía horas con la mirada perdida, impotente y malhumorada, calculando el costo de las horas de hospital que llevaba en el cuerpo y consumía sus ahorros. Le aconsejamos que tuviera paciencia, pero una mañana ya no estuvo dispuesta a permanecer un segundo más en la lona.

–Llévenme de vuelta a mi casa –dijo–. Quiero el alta hoy mismo, antes de que sean las doce y sigan cobrándome por ocupar una simple cama. Esto va a salir una fortuna.

–¿Y si tienes una recaída?

–Me dejan allí –replicó–. No soy una maleta para que me anden arrastrando.

Obedecimos. Una rutina de vigilancia quedó acordada. Félix sería su enfermero de doble jornada, a pesar de los rechazos incomprensibles que ella le propinaba. Postrada ahora en su habitación, mi madre enferma era una salva de pólvora que esperaba la ocasión para explotar con el cuerpo sumergido entre almohadones. Le disgustaba que la trataran como a una inválida –ella, que había sido durante toda su existencia una obrera de ideas disparatadas, no se conformaba con menos de dos o tres actividades diarias– y casi a ciegas lograba arrancarse a las salas de cine de La Reina a pesar de la oposición de Roxana, la fiel empleada que acudía al mediodía a preparar el almuerzo y hacia la tres de la tarde se retiraba. Otras veces salía sola de caminata por el barrio para visitar a quien la distrajera, encantada de sentarse a charlar con sus viejas amigas. Inventaba citas, reuniones, cualquier cosa con tal de escapar a la expectativa de una vejez congelada detrás de la ventana. Sin duda prefería llenarse de luz un segundo y rendirse al aire fresco que soplaba en las calles antes que refugiarse en una duración vegetativa. Como si refutara el deterioro físico, se encerraba con sus cuadernos de cuentas y pasaba horas

rellenándolos con anotaciones misteriosas. Durante las últimas semanas íbamos diariamente a visitarla al departamento de calle Lynch, donde llevaba a cabo su plan de acción como si dirigiese aún desfalleciente y en posición horizontal el último pequeño gran negocio de su vida. Un patólogo amigo nos había advertido de un evento inminente si persistía en su afán de automedicarse, y decidimos trasladar dos balones de oxígeno en caso de emergencia. Si su estado se agravaba, mantendríamos a firme su decisión y acudiríamos al patólogo para suministrarle los cuidados finales. Con las expectativas reducidas a un milagro, yo me acercaba a su cama por las tardes y cogía sus manos intentando adivinar el futuro. Pero no había futuro: mi madre se moría luego de haber quemado su prudencia y buena parte de su frágil salud con el Alzheimer de mi padre.

–*Burn out* –me oí decir mientras terminaba de certificar las llamadas perdidas y una prisa culpable me invadía.

–¿Qué dices?

Manuela había salido del baño y terminaba de embutirse unos jeans cuando dejé el teléfono a un lado. Tenía los pechos descubiertos, y se acomodó los pantalones con un leve cimbreo de cintura que los hizo revolotear en el aire. Eran firmes y espigados, todavía felices.

–Tengo que irme, ahora mismo.

–¿Vas a salir así?

Me miré de arriba a abajo. Cierto, estaba *espantosamente* desnudo. ¿Cómo podía…? Me incorporé de un salto y en dos minutos estuve presto y vestido, agitando las llaves en la mano para apurar el desenlace. Ya tendríamos otra ocasión, en abril como último plazo.

–No es muy amable de tu parte –dijo ella, parándose junto a la puerta.

–Vamos, vamos… Por favor.

–Al menos dime qué pasó.

–Salgamos –pedí–. O te quedas dentro.

Fue lo último, porque Manuela buscó el pasillo con una especie de brinco y no esperó a que cerrara, sino que bajó rápido las escaleras haciendo sonar unos tacos ofendidos sobre las baldosas mientras yo la dejaba ir. Oí que insultaba o se burlaba al llegar al lobby, pero ya se había marchado cuando atravesé la recepción y me despedí. Fui a

buscar el Jeep estacionado y mientras conducía hacia la calle Lynch, llamé al buzón de mensajes para confirmar mis sospechas. La voz de Félix sonaba lacónica y abrumada. Tu madre quiere hablar contigo, necesito que vengas, es urgente.

–¿Dónde estabas? –Victoria sostenía la puerta más inquieta que desconfiada. Se hizo a un lado apenas me vio llegar–. Todo el mundo te andaba buscando.

–Trabajando, encerrado –mentí, pasando dentro y sin ofrecer flancos dudosos.

También a ella le habían avisado por teléfono. De esto hacía dos horas como mínimo. Otra gente daba vueltas alrededor. El pequeño departamento de Lynch era un hervidero, en verdad, pero un hervidero lastrado por el murmullo que estrechaba a los visitantes que seguían apareciendo a mis espaldas. Los saludos de mano tenían algo eléctrico que paralizaba. No tuve necesidad de preguntar. Victoria me puso al corriente. Hacia las tres de la tarde, los dolores agudos seguidos de un preinfarto habían decidido a Félix a dar la alerta. Mis hermanos habían acudido de urgencia al patólogo en vista de la gravedad de la situación. El final se aproximaba. Miré en torno. Félix se paseaba por la sala con aire consternado, sin saber muy bien qué hacer.

–Quiero verla –dije.

–El médico está con ella –dijo Victoria.

Asentí y caminé sin oposición hasta la puerta del cuarto que permanecía cerrada. Entré sin golpear. El patólogo inyectaba en ese instante una dosis de morfina para sedarla, y volvió la cara cuando advirtió que alguien se aproximaba.

–Esto la va a tranquilizar –dijo, acabando la tarea.

Me acerqué con cautela. Se iba mi madre. Estaba reclinada sobre unos almohadones que dejaban su nuca firmemente apoyada contra el respaldo de la cama y el cuerpo cubierto por unas colchas que la cubrían hasta los hombros. Su cabeza era un hechizo de pelos revueltos, ensortijados, con la mirada un poco extraviada en los ojos todavía vivos, con un brillo de luz ceniza en el fondo. Mis hermanos acompañaban el momento, de pie al otro lado de la cama. Nos

abrazamos. El patólogo devolvió la jeringa al estuche, recogió los algodones, hizo un bultito con los dedos y fue a botar los desechos al baño. Su salida de la habitación produjo un revuelo en la sala, porque de inmediato se acercaron tíos, sobrinos, cuñadas. Todos querían acercarse, pero yo no me convencía.

–Déjenla descansar, debe estar agotada –dije con descuido, al desgaire, queriendo esquivar el coro de tragedia que comenzaba a imponerse al interior del cuarto.

Mis hermanos me miraron como si yo no acabara de comprender lo que sucedía. Pobre muchacho, el regalón de mamá. Puede ser que tuvieran razón, pero mi cuerpo no respondía aún a la certeza de la agonía. Estaba como subido en una nube, o anestesiado, distraído en el apuro que me había arrancado del hotelito. Mi madre sufría sólo de un desmayo circunstancial. En cuestión de minutos recuperaría el ánimo. Salí de la habitación y en la sala encontré a Vicky que hablaba con otras mujeres. Estaban todas. El primer amor, el segundo amor, el tercer amor, como copos de nieve que caían sobre la vastedad de la noche en el invierno de la montaña. ¿Qué estaba pasando? ¿De verdad mi madre se moría? Las mujeres charlaban entre ellas, en voz baja. Si ellas estaban reunidas, era porque ya sabían.

–Te llama, quiere verte –dijo mi hermano acercándose.

–¿A mí?

–Sí. Pidió hablar contigo.

Fue como un llamado de atención al grupo. Victoria me frotó el hombro. La sala se había llenado otra vez con los que venían de la pieza. Flotaba un aire espeso, de marejada contenida. Salí hacia la habitación y al entrar cerré la puerta a mis espaldas. Los brazos extendidos de mi madre buscaban en sombras un muro donde apoyarse. Tomé asiento a su lado y recogí el cuerpo que se inclinaba hacia delante. Respiraba con una lentitud conmovedora, tardíamente, como un ahogado que desfallece de hipotermia. Aferró su pecho contra el mío. Estaba confundida, o asustada. No entendía. Murmuró un quejido en mi oído, lento y angustioso, y sólo entonces el candado de la conciencia saltó por completo. Esto era la muerte. Era real. Lo veía: algo físico y pegado al cuerpo que despedía un olor amargo. Me solté de su apriete. Ella quería despedirse, y yo hablarle. Acaricié el

rostro pálido y tembloroso que comenzaba a perderse con la mirada enloquecida. Una caricia de agua, casi. Tranquila, le dije: no va pasar nada malo, quédate quieta, yo te acompaño, descansa, eres tan bella, estás tan hermosa, palabras delicadas e imposibles que me venían de un lugar desconocido y pauseaban su resuello tibio, hasta que se fue apagando del todo, bajando la frecuencia del jadeo a medida que nos acercábamos. Era dulce tenerla así, apoyada de espaldas entre los brazos mientras nos despedíamos con los ojos fijos en una quietud de pronto más altiva que vencida. Ya respiraba más tranquila. Ya no respiraba o se deslizaba fuera, hacia una entrada oscura donde apenas sí lograba distinguirla, y sostuve el cuerpo en la misma posición inclinada hasta dejar de oírla. No hubo una sacudida ni un estertor final, sólo un hilo muy fino y nítido que se contraía y dilataba. Hasta que se rompió. Fue un instante solo. Quedé inmóvil yo también, y luego no. Arrullé el cuerpo sin que nada enturbiara el reflujo que comenzaba a llenar la habitación. La serenidad parecía haber ocupado mi puesto. Permanecí un largo rato así, con mi madre en los brazos tan firmemente aferrada que oía su muerte llevando el pulso. Luego la separé y recliné sus espaldas a lo largo de la cama, con la cabeza libre de los almohadones que molestaban. Creo que caminé por el cuarto de un lado a otro, deteniéndome un par de veces a observar la rigidez del cuerpo, y luego salí hacia la sala donde todos aguardaban expectantes.

–Murió –dije, sin expresión alguna, apareciendo en busca de un asiento como si volviera de la ducha que tan sólo unas horas antes me había saltado.

Félix no era mi padre. Tal vez fuera el doble masculino de Madame Bovary y yo lo mantuviera hospedado en mi casa como una prolongación desafortunada de los sueños que en otro tiempo él había empujado, decidido a dejar atrás las barrosas calles de la periferia de Puente Alto donde había crecido confundido con las piedras que llenaban sus bolsillos. Obligado desde temprano a mantener a la madre, casado presumiblemente con una vecina que sólo buscaba techo y le dio unos hijos que apenas sí veía, no fue extraño que Félix cayera rendido como un niño bajo los mimos de la asistente social que lo atendía con la particular delicadeza de una mujer madura en los

tiempos de la fábrica de vestuario masculino. Era lo que siempre había buscado: alguien mayor a quien admirar y seguir, que pudiera guiarlo por los escarpados y riesgosos caminos de la solvencia personal, y bajo cuya sombra protectora su astucia quedara eximida de todo examen o sospecha. Ella lo respaldaba con su confianza. Por lo demás, se sentía en las nubes. Con o sin revolución, podía oficiar como el peón de campo que marcaba las reses y al mismo tiempo como el patrón que calculaba fortunas al numerarlas. Lo había conseguido. El amor obedecía a una conjetura sobre sí mismo, y desde el primer momento de dificultad política se prodigó en atenciones hacia esa familia putativa que lo tenía de invitado y anfitrión a la vez, no sabía identificar bien su estatus, tanto era el esfuerzo común que realizaban todos por diluir las diferencias. En ocasiones, hasta podía decirse que las odiosas comparaciones quedaban anuladas en el sutil desplazamiento de las costumbres entre esos pequeñoburgueses ilustrados y el irrefrenable ascenso del gusto popular que Félix encarnaba. Iba con los tiempos. Llegó a ser aceptado y querido, y así como había ofrecido cariño y favores hacia esos muchachos que de manera incomprensible insistían en mudar de residencia a la primera insinuación –una manía que no lograba comprender, agradecido como estaba él de aguachar el cuerpo en una superficie llana y tibia donde nada más el sol diera de costado–, al cabo de tantos años juntos se contentaba con ocupar una sólida posición secundaria en los afectos generales.

Su actitud al respecto había sido intachable. Evitó con delicadeza sobreactuar el papel que desempeñaba y, como si se tratara de un artículo de fe, mantuvo el tipo cada vez que se le requirió un sacrificio ante la preeminencia indiscutible del doctor al interior de ese círculo de leales donde él se había introducido y, de alguna manera, había quedado preso con su conquista en la mano. Era fácil admitirlo, y ya no le dolía buscarse al final de la lista donde estaba ahora, viudo de una mujer que nunca había dejado de mirar su pasado como una oportunidad perdida, y participando de los avatares de un entorno adoptivo que estaba lejos de ser suyo. La pérdida lo había devuelto al grado cero de su aventura y forzosamente debía replantearse su lugar en el mundo. No estaba mal como epílogo de la novela social:

Monsieur Félix Bovary se hallaba en trance de iniciar la última etapa de su viaje, y había elegido como guía al hijo cronista de la familia.

La expectativa de un desenlace digno, si no feliz, tenía sin embargo tintes bochornosos; en no más de cien páginas mis padres habían muerto uno después del otro –es decir, muertos como se muere hoy en día, con impaciencia por reducir rápido el chiflón abierto en el pecho– y la presencia de Félix bajando a desayunar con nosotros por las mañanas tenía para mí un aire de familiaridad impostada. Sin duda, él continuaba siendo aquel personaje enigmático y desconocido que treinta años atrás yo había descubierto a hurtadillas a la salida de un teatro mientras llevaba a mi madre colgada de su brazo. Era la imagen adolescente del asesino, o más bien del asesinato, con los amantes protegidos por el tumulto a esa hora indebida en que yo incursionaba por las afueras de los teatros sin permiso de los padres, una escapada furtiva que había sido castigada con la revelación de un secreto que salía del anonimato e instalaba su tienda en las orillas de la biografía, se incorporaba a ella, establecía lazos, aventuraba complicidades y finalmente llegaba hasta aquí, donde su viudez quedaba automáticamente instalada como un problema más a debatir en la sucesión hereditaria.

–Vente a la casa –propuse cuando concluyó el funeral y me comentó que no lograba pegar pestaña en el departamento de Lynch. Tenía los ojos enrojecidos y se veía literalmente derrumbado–. Te hará bien alejarte por unos días.

–¿Seguro que no los complica?

–Para nada. Hay una pieza libre.

Hicimos hueco en el dormitorio de mi hijo y Félix se trasladó a vivir un tiempo con nosotros. Le gustaba la compañía; altivo, recompuesto, vestido con pulcritud y haciendo uso de un desplante mundano que podía muy bien interpretarse como jovialidad indebida o prueba de carácter frente a la adversidad, parecía que aún llevara a mi madre del brazo cuando bajaba las escaleras de la casa cada mañana. El primer día que amaneció con nosotros había revisado con satisfacción el obituario del periódico donde sus condolencias figuraban con nombre y apellido, antecedido por el título de marido. Me mordí la lengua para no exigirle una explicación. Pero no fue su oportunismo fúnebre

lo que me incordió, ni tampoco que las señas particulares de Félix fueran seguidas de un genérico indistinto de hijos, nueras y nietos de la difunta. Le asistía un derecho de conquista y perseverancia para ocupar por un día la primera fila, pero lo incómodo fue que adoptara el equívoco como rutina. Saludaba a Vicky con un beso en la mejilla, me palmoteaba el hombro, tomaba asiento a la cabecera de la mesa, cogía el periódico en sus manos y lo desplegaba por delante mientras su infinita tristeza era servida con tostadas y café. De pronto, Félix parecía estar a gusto donde lo pusieran. Tampoco es que comenzara a desconfiar de él, sino simplemente que conservaba íntegro el misterio primero, cuando lo había visto desprenderse del tumulto en la puerta del teatro con un gesto de irrecusable satisfacción en el brazo ahora vacío.

Los días pasaban y con Victoria nos mirábamos en silencio por encima de la mesa del desayuno, sin atrevernos a intervenir ni a preguntar por sus planes futuros. Luego de revisar las novedades del día, Félix dejaba la taza a un lado, terminaba de plegar las páginas del diario, estiraba las mangas de su camisa perfectamente planchada y con gesto decidor se ponía en marcha.

–Nos vemos a la vuelta –decía, cogiendo la chaqueta–. Llego a comer.

Era inquietante. Por las noches, se instalaba con el remoto en la mano a presenciar los shows de risas en la televisión. Hablábamos de fútbol para compartir un rato, mientras su quebranto evolucionaba sin ofrecer reclamos ni dar señales de mayor independencia. Félix parecía disfrutar de su nuevo hogar, y cada mañana mi única esperanza era que dejara rápido el periódico a un lado para poder ordenarlo a mi amaño.

–¿Qué vamos a hacer? –dijo un día Vicky.

No hubo necesidad de aclarar a qué se refería. Ambos comenzábamos a notar cierta holgura invasiva en la conducta de Félix, una complacencia que picaba y me hacía evocar la muy extendida costumbre entre los exiliados chilenos que golpeaban las puertas de las casas para quedarse unos días y luego semanas y enseguida meses hasta cumplir años como parte del mobiliario que los había acogido en su momento de mayor precariedad. ¿No sería que Félix había

malentendido el propósito de hospedarlo para superar el primer impacto, y ahora consideraba seriamente la posibilidad de mudarse a vivir con nosotros? ¿Qué significaba esa presencia extendida?

–Voy a conversar con él –planteé, sin demasiada convicción y esperando acaso que Vicky me contradijera: cómo se te ocurre, está decaído, dale un poco más de tiempo. Pero no hubo réplica de su parte. Movió la cabeza y alzó un hombro, dando a entender que no había alternativa. Se me ocurrió entonces apelar a un viejo motivo; elevaría ante Félix la misma explicación que había utilizado antes con mi padre cuando la actriz de teatro Noh lo expulsó hacia el condominio: mi hijo necesitaba su pieza, le diría; ya estaba grande para dormir conmigo, y más encima viviendo con Victoria, todos en una misma cama. Era una promiscuidad inaceptable, abusiva. Así era como se destruían las familias.

–Tengo que ponerte fecha, Félix –dije de sopetón una noche que lo esperé a comer. Estábamos solos en la cocina. Creo que lo veía venir, porque no hizo amago de despiste ni se mostró contrariado cuando agregué–: Lo lamento, pero tienes que irte.

–Entiendo, claro que sí –respondió levantando la cabeza–. Déjame dos días y salgo.

–¿Qué vas a hacer?

–Volver al departamento de Lynch, a ver qué pasa.

Asentí. Era absurdo ofrecerle ayuda para el trance que se avecinaba; no había traído más que una maleta y un bolso con mudas de ropa, y lo único que quedaba por hacer era dejarlo confrontar su buen talante con los recuerdos que lo asediarían en la soledad de los muros. Procuré restarle dramatismo a la situación: a los sesenta años, le dije, seguía siendo un tipo apuesto, mantenía intacta su vitalidad práctica, con seguridad podría rehacer su vida luego de este trago amargo. La sensación de desamparo no duraría mucho. Félix sonrió detrás de los mostachos que lo ocultaban.

–Vamos a ver qué pasa –repitió, súbitamente desganado y en voz baja, como si lograra proyectar un choque a distancia donde él se llevaba la peor parte.

Recelaba una expulsión sumaria, por supuesto, y veía en esta primera petición de desalojo el comienzo de una serie ininterrumpida

de hostigamientos que acabarían con sus huesos no sólo fuera de mi casa, sino también de la que había sido suya mientras vivía con mi madre en la calle Lynch. Me adelanté a sus malos presagios y lo tranquilicé de inmediato, asegurándole que nadie discutiría su permanencia en el departamento que había comprado mi padre para librarse de ellos, aunque esto último no se lo dije, claro, para qué revolver antiguos pleitos, no tenía sentido. Si es necesario, afirmé, yo mismo alegaría su derecho a seguir donde estaba y en las mismas condiciones. Pero no sería necesario llegar a esto, podía asegurárselo. Félix movió la cola. Si, ésa es la expresión exacta: no dijo nada, movió la cola.

El departamento de la calle Lynch tenía sin embargo una innegable importancia simbólica en la historia de la familia, y no sólo por servir como moneda de cambio para la firma de la separación matrimonial. Había sido adquirido en hipoteca durante el exilio y bajo la expectativa de que mi padre lo tomara una vez que pudiera regresar a Chile. En el intertanto, fue ocupado sucesivamente por cada uno de los hijos y en distintos períodos, agregando a su modesta caja de resonancia algún nuevo empapelado, un sistemita de calefacción centralizada, cortinas y refacciones varias después de los temblores, hasta que un terremoto trizó por completo la estructura y debió ser apuntalado en los muros antes de convertirse en posesión definitiva de mi madre. Fue entonces cuando Lynch pasó a ser sinónimo de su vida en pareja con Félix. Finalmente habían logrado establecerse en la ciudad con algo propio.

Acaso por esto mismo, durante las semanas que siguieron al regreso de Félix a Lynch, nadie puso en duda el acuerdo para que dispusiera del departamento como a él se le antojase. Nadie excepto mi madre, cuyo testamento desdecía la suposición y omitía nombrarlo en los papeles de la escuálida herencia que se volatilizaba en pagar las millonarias deudas dejadas por su paso en la clínica. Incluso más: tampoco estaban casados, tal como me lo había asegurado ella en un arranque de celos o rebeldía, y si lo estaban se trataba de un matrimonio pasado por las aguas de las cataratas de Iguazú como único testigo. En suma, que el abogado al cual mi madre se había confiado durante las últimas semanas convocó a los hijos para aclarar

de una sola vez en qué tipo de negocio ella había ocupado tan afanosamente sus días de enferma postrada. El desenlace había dejado a Félix fuera del juego.

Era desconcertante, y con los hermanos decidimos pasar por alto el dictado ante lo que sonaba como una evidente injusticia. La furia de morir y ser sobrevivida había nublado a mi madre en sus últimos momentos. Es lo que pensaba. Es lo que nos decíamos unos a otros cuando nos reuníamos. Es lo que argumentaba yo mismo cuando las tintas se cargaban contra él por eludir su contribución en el pago de las deudas despachadas por la clínica. Asumiría su defensa a brazo partido si era necesario. Félix, compañero; la novela social seguirá de pie mientras tú vivas. Por ella había enfrentado la imperturbable pasividad de mi padre en Lechería, desechado la profundidad vacía del mito, desquiciado las oportunidades que se me ofrecían, arruinado mi buena estrella en su oscuro manto de contingencias, entregado la vida por sus opacas construcciones, y a pesar de que nada de lo anterior me sería devuelto ni su gasto retribuido, yo estaba tranquilo: sabía que Félix era real, quizá más real que ningún otro, un zorro de campo en plena forma, dispuesto a todas las metamorfosis con tal de sobrevivir en el bosque que lo cubría, así mi madre lo redujera y desnudara con su última voluntad. Vamos con el realismo todavía.

Por años habría seguido insistiendo en su custodia filosófica de no mediar una llamada de Roxana, la empleada del departamento de Lynch que hizo su aparición en escena como en un culebrón televisivo.

–No quiero que se entienda mal, pero yo quería mucho a su señora madre –me dijo ella con voz apagada, y era tal su prudencia que la imaginé hablando desde una cabina telefónica por miedo a ser descubierta–. ¿Sabe?, si no se lo digo a usted, esto me va a pesar. Yo ya no aguanto más. Discúlpeme, por favor…

Pedí que se calmara, prometí que no revelaría ante nadie su nombre ni su llamada, perdoné a quien fuese acusado antes de oír la infidencia, presté atención, agradecí a Roxana y luego colgué y permanecí un rato sentado como si masticara hielo mientras mi boca se llenaba de gases. De modo que una señorita de cuarenta y tantos, calculé. Bueno, al menos ya estaba repuesto. Voy a esperar hasta la tarde, me dije, pero no logré contenerme. Media hora después

marcaba el número de trabajo de Félix.

–Quiero hablar contigo –dije–. ¿Podemos juntarnos?

–Claro –respondió, atento–. Mañana paso a verte a la casa.

–No, mejor yo voy a Lynch.

–Mañana es sábado… –Hizo la pausa esperando una dilación. Permanecí en silencio y él agregó–: Bueno; te espero a mediodía.

–Antes –dije, cerrándole el paso–. Estaré a las nueve. Tengo un día ocupado.

–Sí… A las nueve, no hay problema.

La noche se fue en una larga conversación con Victoria. Empecé por contarle lo que la empleada me había informado. Reconstruimos juntos la secuencia, los tiempos, el episodio de su estadía en la casa, la forma desmayada y ciertamente elusiva de su comportamiento, remontando con la mayor ecuanimidad posible los motivos de su conducta hasta desarticular por completo la figura del pasajero y luego la de su doble hospedado en el viudo.

–Roxana dice que la mujer organizó una feria de pulgas con los vestidos y las bisuterías de mi madre. Convocó a un remate para deshacerse de todo lo que consideró inservible o viejo.

–¿En el departamento?

–Sí, lo anunció en la farmacia que está en la entrada de los bloques.

–No me lo puedo creer.

–Sólo entonces Roxana se decidió a llamarme –dije, despejando su asombro y el mío–. Me pregunto desde cuándo están juntos.

–Tu madre tiene que haberlo sabido –dijo Victoria, rebobinando.

Yo dudaba. Con un desprecio que trasuntaba conocimiento de causa, la empleada había descrito a la mujer como una aparecida en busca de fortuna. Había tomado posesión del departamento y gritaba sus órdenes a la noble Roxana, que entretanto apenas daba crédito a la brusca transformación de Félix. ¿Habría que pedirle que la presentara o lidiar contra ella? La fulana asomaría en la puerta, embutida dentro de las faldas plisadas que mi madre había encargado coquetamente en más de una ocasión, y escondería una chuleta detrás de la otra para desviar la atención. Los collares y los zapatos. La cama y sus libros. La señora Fresca y el señor Félix, regiamente establecidos en el departamento de Lynch como insoportable final a la historia de mis

padres.

–Qué horror –me oí decir, conclusivo.

Un brusco abatimiento me impedía seguir adelante, mientras la resignación se imponía en la quietud de la sala donde agotábamos el análisis del melodrama. Victoria se estiró en el sofá, quejosa. Estaba tan intoxicada de tabaco como yo.

–Deberías escribir sobre Félix –dijo sin ironía–. Ésa es una verdadera novela.

–Seguro que sí–repliqué–. Lo malo es que después de la visita de mañana, creo que voy a perder todo el interés por la novela.

Ella sopló fuerte por las narices, dando a entender que su cansancio era superior y rechazaba la invitación a iniciar un nuevo asalto a propósito del fauno de mi madre. Se puso en pie, hizo un saludo con los dedos y partió al cuarto. Fumé todavía tres o cuatro cigarrillos al hilo. La boca me ardía. Habíamos llegado al acto de cierre y el telón bajaba sin ningún género de duda. Qué triste era todo visto bajo los líquidos de la infidelidad que fijaban con sus ácidos la última imagen de mi cuarto oscuro. Un sentimiento de abandono o remate me clavaba al sillón. Recordé una escena que me acompañaba desde la infancia, una noche de verano como ésta, a las orillas de un lago del sur donde habíamos ido en verano. Mis padres habían partido a mediodía con unos amigos a recorrer las aguas, pero una brusca tormenta se levantó durante la tarde sin que el bote alcanzara a regresar. La lluvia arreciaba, y ya entrada la noche la gente del pueblo se reunió alarmada en las orillas, con los autos colocados de punta y los focos orientados hacia la cerrada y tempestuosa oscuridad del lago. Pero no había rastro de ellos ni del bote. Los turistas habían naufragado; el veredicto corría de boca en boca, en unas cuantas horas todo estaría perdido, mientras algunos lugareños se acercaban y nos abrazaban desconsolados sin que nosotros supiésemos el motivo. Con mis hermanos nos mirábamos un poco cohibidos, subidos los tres en la parte trasera de un camión que hacía sonar la bocina con agobiante monotonía para llamar la atención de los posibles sobrevivientes. Al otro lado, sin embargo, más allá de los focos y la orilla, no había sino un bramido de olas y viento que azotaban el aire enfermo. Alguien lloraba cerca nuestro, pero ninguno de los hermanos reaccionaba. La

catástrofe suspendía su amenaza sobre nuestras cabezas y quedaba vacilante, a punto de volcarse, pero sin tocarnos aún. La ignorancia nos protegía, y en la espera de una señal de vida los focos destacaban con una nitidez trágica los tres cuerpos rejuntados frente a la oscuridad y el rumor del agua.

Los padres habían sido rescatados horas después, desesperados y sujetos del bote volcado en medio del lago, pero ¿se habían salvado realmente? ¿No era acaso una mera invención verbal la sucesión de días historiados tras aquel remoto veraneo en el lago? ¿Una sustitución alucinatoria y desmesurada que los recuperaba del olvido? Podía imaginarlo. Incluso la aparente consistencia narrativa del exilio de mi padre se desvanecía, irrecuperable, diluida en los hipnóticos e inofensivos artefactos literarios que proliferaban alrededor como peces fuera del agua.

Comprendí algo. Y acepté que mi abatimiento tuviera todos los síntomas de una despedida. No sabía exactamente de qué me alejaba mientras componía el grosero final de una fantasía que me había acompañado más tiempo del que hubiese querido, pero mi lealtad había tergiversado a los padres tanto como a sus rivales. Desde un cierto punto de vista, recién ahora el retrato de Félix emergía libre de ellos dos, nítido y claro en su definitiva inconsistencia, liberando de paso mi propia percepción. No me gustaba el aspecto que ofrecía. Había algo resbaloso que se fijaba en la media sonrisa ladina. Ya podía confirmar su tendencia al acomodo. Incluso el vago fulgor de sufrimiento que había proyectado desde el primer encuentro se apagaba en una repentina falta de valor. El retrato de Félix se eludía a sí mismo, por así decirlo, y lo raro era que, al eludirse, nos debilitaba a los dos.

Al día siguiente llegué temprano, mucho antes de la hora acordada. Pasé frente a la farmacia y de refilón repasé los anuncios pegados al vidrio de la mampara: una oferta de alquiler, se busca a un perro perdido, por viaje vendo una bicicleta. Ni sombra de una feria de pulgas en uno de los cinco bloques que formaban el conjunto de departamentos. Pensaba sorprenderlo de alguna manera, o bien obligarlo a ser descortés y despedir a su amiga con el primer café de la

mañana. Un resarcimiento ridículo que valía por la farsa que había representado. Me sentía engañado, en el fondo.

Atravesé el largo espacio común que separaba los bloques unos de otros. Una mujer de mediana edad venía a mi encuentro, recortando camino a través del modesto recinto asignado a los juegos infantiles. Amplia cabellera platinada, falda al corte, carterita al hombro. Decidí cruzarla y enfilé en diagonal. Ella miraba al suelo, como queriendo evadir el círculo de arenilla esparcida bajo la zona de los trapecios y columpios. Cuando la tuve casi encima me paré con un cigarrillo entre los dedos.

–Perdón, ¿tienes fuego?

Ella levantó la cabeza, desprevenida. Sin hablar, rebuscó en su cartera y extendió un encendedor desechable. Tenía los labios pintados y colorete en las mejillas. Ojos claros, con patas de gallo pisando sobre los pómulos. Me di tiempo de estudiarla todavía un instante más. Di una pitada al cigarrillo y de inmediato lo tiré a los pies, como un insulto. La mujer me miró con sorna, adivinando.

–Gracias –le devolví el mechero.

–Cuando se le ofrezca –contestó, dejándolo caer en el hueco de la cartera.

Siguió su marcha hacia la salida mientras yo me volteaba a mirarla. La mañana era limpia y clara, pero ella caminaba con los hombros hundidos bajo el chaquetín celeste, con las hombreras endurecidas y una rigidez de uniforme corporativo en el conjunto. En ningún momento giró la cabeza para cerciorarse de que ese loco mañanero no la seguía en los talones para hostigarla. ¿Sería ella? ¿Y qué importaba si lo era? La tierra está llena de mujeres y hombres que salen a primera hora del sábado sin ser vistos por los vecinos, empujando una rueda de rencor o felicidad que de todos modos se trabará a media jornada. Pero yo no había venido a torcer el lance de Félix ni a tomar partido en un chisme de verdulería, y recién al ver que la mujer se alejaba, indiferente a mis sentimientos de aprobación o rechazo, algo distinto aparecía. No supe identificarlo de inmediato, pero tocaba una fibra que secretamente me concernía. Seguí el camino hasta dejar atrás el desértico rincón de juegos infantiles y me hundí en la sombra del chato edificio de cinco pisos. Toqué. Golpes en la puerta, como una

frase cualquiera.

–Hola, pasa. –Félix retrocedía al abrir y sin menoscabo de amabilidad volvía junto a la mesa donde tenía las tazas del desayuno todavía puestas. Con gesto veloz recogió los cubiertos y de un envión depositó el servicio en el lavaplatos cuando aún yo no terminaba de ingresar–. Madrugaste –agregó, quitándole apuro a su sorpresa.

No dije nada. Tomé asiento frente a su puesto en la mesa. El ardor tibio en el culo me hizo suponer que la mujer del encendedor acababa de pararse de la silla cuando nos topamos. Tuve un escalofrío. Qué despecho absurdo. Había madrugado para encarar a Félix como si se tratara de mi novio. Una escena patética por donde se la mirara. Olía a encierro, con un vago hedor a pedo y grasa diluido en el agua de lavanda sobre la piel recién afeitada, casi un perfume que me llenaba las narices y había notado desde el primer saludo lleno de miedo cuando nos presentaron a la salida del teatro. El hombre que llevaba a mi madre del brazo. Y mi padre que se había ido al pozo por la igualdad de clases. Y el mundo entero que se equivocaba y levantaba falsas expectativas ante esa fragancia cuya ponzoñosa inocencia ahogaba. Y yo que me pensaba un espíritu libertario cuando estaba a un palmo de ladrar como un vulgar sargento no bien lo expulsara de allí aduciendo autoridad moral para no permitir ciertas cosas que yo me permitía a la vez. Conque así de fácil era convertirse en un cabrón. Bastaba con pedir las llaves de la casa y demostrar buena educación. Recorrí con la vista el espacio de la sala. No había cambios sustantivos, y aspiré hondo mientras Félix volvía de la cocina.

–¿Algo de tomar? –dijo.

Negué con la cabeza. Esperé que se sentara al otro lado de la mesa. Me miró con la vieja burla de los labios escondidos detrás del mostacho. Pregunté dos o tres cosas banales sobre su regreso a Lynch, sobre cómo se hallaba en su nueva vida. Respondió cortés, mintió con nostalgia. Había vuelto a su ritmo habitual de trabajo, pero la soledad a veces no lo dejaba pensar. Se desmotivaba con frecuencia, distraerse no le resultaba fácil, quizá debía tomarse unas vacaciones pero no sabía muy bien dónde. Entonces aproveché mi oportunidad y coloqué el zapato.

–Ya es suficiente –dije, corto y seco–. Saca a la tipa que tienes

metida aquí dentro y te vas tú también.

Félix se retrajo en la silla, prevenido y como asustado de haber oído correctamente. Era la primera vez que le hablaba en serio desde que nos conocíamos. Más que violento, sonaba frío.

–Tienes que hacer tu vida, Félix –retomé, sin irritarme, casi neutro–. Pero tienes que hacerla lejos de aquí. No me importa dónde, ni cómo la hagas, ni con quién. Es necesario, por ti y por todos. Supongo que estarás de acuerdo, y si no, igual debes hacerlo. Tienes quince días, un mes como mucho.

–No embromes –replicó, moviéndose como un toro amarrado a la silla, con los hombros recogidos y una rara contorsión del cuerpo que evitaba la definición–. Alguien que ya sé quién es te llegó con el cuento.

–Nadie me contó nada fuera de lo normal.

–Déjame explicarte.

–No vine a pedir explicaciones –insistí.

–Es sólo una amiga –comenzó a disculparse.

–Aunque fuera tu hija –interrumpí–. No se trata de eso.

–¿De qué, entonces? –Y un brinco desesperado surgió en el cambio de tono.

No era la mujer que había cruzado en el patio. Tampoco la prudencia que esperaba de él respecto al lugar donde había vivido con mi madre. Nada de eso tenía importancia. En realidad, al observarlo me daba vueltas algo peor, una inversión total del orden que había quedado instalado hasta ese minuto en la hechura de las cosas, una normalidad pánica que arraigaba en el uso y abuso de la excepción que nos había templado a Félix y a mí en el mutuo acatamiento del otro, una docilidad aprendida en el castigo aun cuando nadie nos hubiese tocado un pelo. Con Félix éramos dos balas pasadas que habían envejecido una frente a la otra sin atreverse a disparar. Pero incluso así no había para qué ir tan lejos; quizá sólo la mala conciencia me hiciera recular hacia justificaciones del pasado, en circunstancias de que hoy no era más que un sobreviviente que se refrescaba en la pileta. Treinta años atrás, Félix había sido un niño. Eso fue lo que pensé. Mi madre había tomado un niño a su cuidado y ahora que había quedado solo, yo era su hermano mayor. En un punto, nos

parecíamos hasta el escándalo: ambos éramos formas trabajadas por el caos. Y había que poner orden. Ser justo. Impedir que la confusión reinara. El verbo encajar resonaba en mi mente. ¿Qué iba a decirle? Las palabras «estafa» o «fraude» no parecían las adecuadas para designar la situación, aun cuando circunstancialmente Félix fuera sorprendido en falta. «Artificio» era mejor, más adecuado. O «embutido». Sí, como una pieza de naturaleza distinta que a pesar de todos los afanes no entra ni calza en el sistema, pero que igual se enchufa con paciencia y constancia, se intenta ubicar a contrapelo, amarrada con cuerdas y alambres a la estructura del armazón para que pueda funcionar respetablemente camuflada. ¿Era eso? ¿Un intruso? ¿O sólo el mensajero de una falla general en el mecanismo, especie de criatura purgativa, como un invunche o un golem?

Las posibilidades de variación a lo largo del tiempo eran muchas, pero todas comunicaban con la escena de origen: Félix era el albedrío y la libertad que mi madre había incorporado a su vida. Ella iba colgada de su brazo, y en qué pensaba y hacia dónde creía dirigirse, es algo que todavía me pregunto. Una sola cosa era cierta: al llegar al pie de la escalera, ambos comenzaron a bailar. Sí, bailaban: Félix y mi madre bailaban en cada reunión o celebración social, sin esperar a los demás ni atender miradas mientras durara la canción; ella se dejaba llevar, olvidada, y de inmediato su frágil cuerpo se agitaba como una rama cogida del tronco, mecidos los dos al compás de una suave melodía o de un frenético rock and roll. Era feliz con Félix bailando. Ambos lo eran el uno con el otro. Había que admitirlo. Y luego decidirse.

Un fuego abrupto aclaró por completo mi cuarto oscuro y avancé sin remilgos esta vez, sabiendo lo que diría a continuación.

–Debes irte –sentencié, y agregué–: Aprovecha el momento y ándate de aquí. Ni siquiera lo pienses.

Al comienzo no entendió, y esperé atento su reacción. Me miraba de un modo intermitente, con recelo, primero hacia el piso y luego por sobre la mesa. El cuerpo de un gigante cogido en una trampa enana. Encendió un cigarrillo. De pronto quería explicaciones, un trato franco, palabras honorables. Se las di. Hablé de lo que siempre había callado por prudencia o consideración hacia los padres, y más: le dije

lo que pensaba de Félix, de la inutilidad de esforzarse en uno u otro sentido, y describí el falso escondite donde él se guardaba, alerta y desconfiado, simulando una certeza que no encontraría mientras viviera a expensas de un afecto insincero. Nunca quisimos a Félix, le dije, como tú tampoco nos quisiste, o al menos no como se quieren los vínculos insustituibles. Y nosotros, tú y yo, somos sustituibles el uno para el otro. Eso es así, Félix. Vas a ver; una vez que yo salga de aquí, y una vez que también tú cierres la puerta en el plazo de quince días, un mes como mucho, no quedarán más que las fotos que cruzamos en treinta años, y te parecerá increíble saber que no hay nada detrás ni a los lados, ni una sola huella tuya en mí ni un saludo mío en ti, porque todo se habrá desvanecido, incluso esta conversación se extinguirá para los dos como uno de esos malos sueños que se tienen entre dos borracheras. Y lo peor, o lo mejor, es que estará bien que así sea, porque será auténtico. No sacas nada con quedarte, esta familia no existe, naufragó contigo hace muchos años y no se reagrupará por ti ni en torno a ti, así ocupes un lugar ínfimo o monstruoso en el esfuerzo que haremos todos para hacerte un sitio los domingos y en cada reunión de cumpleaños. Estás solo, Félix, y tú lo sabes. Aprovéchalo, dije. ¿Para qué seguir viviendo de prestado?

Hablaba o hervía, como una tetera, sin detenerme a comprobar si él aún escuchaba o partía ya en busca de un revólver para disparar contra el muñeco a cuerda que de manera imprevista pero oportuna tomaba el control de la partida. Estábamos los dos como encerrados en la vergüenza. Un habitáculo estrecho y áspero, y encima a esa hora de la mañana. Desaparecer, Félix, le dije, recapitulando en voz baja, con un cabeceo resignado que parecía dirigido a mí mismo. Sí, desaparecer: es lo que yo hubiese querido cuando joven, perderse sin ataduras ni compromisos que te obliguen a comparecer. Lejos de la familia, lejos de lo justo y lo debido, lejos del padre y de todo. Por eso mi madre se fue contigo, reclamé, por eso te fuiste tú con ella; para no dar el juego por jugado, para recuperar juventud, movimiento, y si quedaron atrapados aquí fue sólo porque tuvieron la mala suerte de enamorarse en el momento equivocado, y hubo que aterrizar el deseo de huir para auxiliar al que habían echado, ¿cierto? Pero se acabó, dije: no tengo miedo de decírtelo. Así es mucho mejor, y tú no

deberías tener ningún miedo de escucharlo. Era como un susurro el que salía de mi boca y martillaba su expresión estrecha, devastada por la sospecha. Aunque no me lo creas, y sigas cuidándote, yo ya ni pienso en tomarme una revancha; es inútil de todos modos, ¿no te parece? Sólo sal de aquí para que todos, todos, incluido tú mismo, podamos hacer nuestras vidas en el tiempo que nos queda, porque mientras persistas en quedarte vamos a seguir imaginando que nos debes algo por mantenerte cerca. Créeme que nadie te va a aplastar cuando salgas por esa puerta, nadie ni siquiera se va a fijar, porque a nadie le importa donde vayas. ¿Y sabes por qué pasa esto en el fondo? Porque este lugar está vacío, Félix; aquí no hay nada que recuperar ni restituir, ninguna integridad pasada que haya que devolver a sus legítimos dueños. Esto se terminó, y sólo quedas tú, como una molestia para ti mismo que debe hacerse a un lado. Toca madera, Félix, le dije. Nunca más vas a tener que rendirle cuentas a nadie.

O lo pensé, pero en voz alta y como si lo recitara de corrido.

Estaba exhausto. ¿Me temblaba la barbilla? Daba igual. La oportunidad se había presentado, y punto. El caso fue que me puse de pie cuando él se levantó de la silla. Ya no me oía, ni yo tampoco. Se tomó la cabeza entre las manos mientras se paseaba por la sala, como si se alisara el pelo o buscara un claro en medio del feroz incendio que nos abrasaba. En un momento se paró, bajó la cabeza y cruzó los brazos, apoyado contra el quicio de la cocina. Quedamos los dos en silencio. Yo miraba hacia un hueco inexistente entre la sala y el corredor que iba al dormitorio. Una tierra reseca nos abismaba. Hasta que Félix deshizo el extenuante paréntesis y fue a abrir la puerta. El aire fresco me llenó la cara. Él se giró, mostrándome la salida.

–De acuerdo –dijo–. Voy a desocupar.

Asentí. Caminé tres pasos hasta la puerta, le extendí la mano y Félix me la estrechó. Su expresión era otra. No sé cómo decirlo. Había dejado de sonreír bajo el mostacho. Parecía un hombre más cansado y menos dispuesto. Un hombre de aspecto llovido, con bolsas en los ojos y carnes gastadas en la papada, respirando despacio como si reconociera terreno bajo una nueva coraza. Me alegré por él y salí.

Una vez fuera, atravesé la calle y tomé asiento en la terraza del cafetín que daba sobre la entrada de los bloques. Sentía el cuerpo

molido, la cabeza sin ideas y sumergida en la resaca de la prédica que había puesto en su cara. No le había dicho todo lo que pensaba, por supuesto. Nadie dice lo que piensa en un momento así, y menos cuando Félix me oía sin protestar. Él nunca lo haría; quiero decir, jamás saldría de su misterio, de su rumor solapado y reflejo, siempre atento a lo que el otro propusiera para escoger su camino. Pero yo no había equivocado el tiro. El viejo tapón había saltado por los aires como el resorte de un ventrílocuo, llevando por delante la falsa corrección que cargábamos encima. Era mejor quererse así, sin quererse. Qué importaba la brutalidad del gesto si con eso impedía una nueva recomposición mentirosa. Lo primero era que la sangre llegara al río para que el río se fuera al mar. El resto vendría por añadidura, pensé. Por lo demás, sin buscarlo, le evitaba un trato que en el mejor de los casos resultaría poco igualitario. Tarde o temprano los lazos de familia destruirían a Felix. Por impostado y pusilánime que fuera, difícilmente salvaría la despiadada etiqueta crítica que se imponía al interior del clan, o bien las maneras irónicas, los protocolos y las obligaciones tribales ahogarían los rescoldos de su escasa autonomía. Sería admitido, pero muy escasamente solicitado. O él quedaría cabeza gacha y sonriente frente a la pantalla del televisor, conectado con un mundo catódico y aislado de esa parentela vicaria que no había escogido, queriendo visitar los locales de la calle Diez de Julio donde vendían repuestos para forrar la camioneta, o viajando a Iquique para comprar estuches de perfumería y exóticos encendedores que nadie apreciaría. Sí, huiríamos de los regalos que Félix traería de vuelta, y a la larga su infantil satisfacción resultaría poco menos que urticante en honor a lo vivido. El estilo lo es todo en las familias. Yo, que encajé y tuve que matar a Félix esa mañana de sábado, puedo estar seguro de haberlo aprendido ahora que lo ejerzo sin complejos.

Me tranquilicé pensando que su instinto le había ordenado tomar la primera pierna que pasaba para aferrarse a ella como a una bandera. Finalmente, Félix no decepcionaba. Tuve ganas de correr a decírselo, salir a encontrarlo para transmitirle la impresión amistosa que retenía de él, y permanecí en el cafetín esperando que apareciera junto a la farmacia para abordarlo. Pero fue inútil. Dieron las doce y no salía. Se me ocurrió telefonear, pero aguardé en vano a que levantara el

aparato. Seguramente había pasado en camioneta mientras yo divagaba. Lo llamaría más tarde, u otro día. Claro que sí. Pero no lo hice. Claro que no. Me fui de allí y nunca más volví a ver a Félix, aunque no descarto que me lo haya cruzado en algún momento sin llegar a reconocerlo entre la multitud de todos los días. Siempre había sido un hombre escurridizo pero pegado a la rutina de las mayorías. Después de todo, quizá Victoria esté en lo cierto y lo mejor sea volver a encontrarme con el país de Félix en una novela. Si acaso queda chance para esas cosas y me dan ganas y curiosidad de saber quién era bajo su envoltura.

Antes de un mes, avisaron que había dejado las llaves en portería.

Edición en formato digital: junio de 2022

© 2022 Roberto Brodsky
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.
Merced 280, piso 6, Santiago de Chile.

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 9789566045762

Conversión a formato digital: www.acatia.es

www.megustaleer.cl